

NICK
ALEXANDER

Cosas que nunca dijimos

Traducción de Roberto Falcó



amazon crossing 

Cosas que
nunca dijimos

NICK
ALEXANDER
Cosas que
nunca dijimos

Traducción de Roberto Falcó

amazon crossing 

Título original: *Things We Never Said*

Publicado originalmente por Lake Union Publishing, Estados Unidos, 2018

Edición en español publicada por:

AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl

5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg

Octubre, 2018

Copyright © Edición original 2018 por Nick Alexander

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2018 traducida por Roberto Falcó

Imagen de cubierta © H. Armstrong Roberts/ClassicStock / Getty Images

© donatas1205 © Feng Yu © Bokeh Blur Background © Gondurazzz ©

weerawath.p / Shutterstock

Diseño de cubierta por PEPE *nymi*, Milano

Primera edición digital 2018

ISBN: 9782919804207

www.apub.com

ÍNDICE

<u>SOBRE EL AUTOR</u>	
<u>FOTOGRAFÍA N.º 24</u>	
<u>PRÓLOGO</u>	
<u>FOTOGRAFÍA N.º 1</u>	
<u>CINTA N.º 1</u>	
<u>FOTOGRAFÍA N.º 2</u>	
<u>CINTA N.º 2</u>	
<u>FOTOGRAFÍA N.º 3</u>	
<u>CINTA N.º 3</u>	
<u>FOTOGRAFÍA N.º 4</u>	
<u>CINTA N.º 4</u>	
<u>FOTOGRAFÍA N.º 5</u>	
<u>CINTA N.º 5</u>	
<u>FOTOGRAFÍA N.º 6</u>	
<u>CINTA N.º 6</u>	
<u>FOTOGRAFÍA N.º 7</u>	
<u>CINTA N.º 7</u>	
<u>FOTOGRAFÍA N.º 8</u>	
<u>CINTA N.º 8</u>	
<u>FOTOGRAFÍA N.º 9</u>	
<u>CINTA N.º 9</u>	
<u>FOTOGRAFÍA N.º 10</u>	
<u>CINTA N.º 10</u>	
<u>FOTOGRAFÍA N.º 11</u>	
<u>CINTA N.º 11</u>	
<u>FOTOGRAFÍA N.º 12</u>	
<u>CINTA N.º 12</u>	
<u>FOTOGRAFÍA N.º 13</u>	
<u>CINTA N.º 13</u>	

[FOTOGRAFÍA N.º 14](#)
[CINTA N.º 14](#)
[FOTOGRAFÍA N.º 15](#)
[CINTA 15](#)
[FOTOGRAFÍA N.º 16](#)
[CINTA 16](#)
[FOTOGRAFÍA N.º 17](#)
[CINTA N.º 17](#)
[FOTOGRAFÍA N.º 18](#)
[CINTA N.º 18](#)
[FOTOGRAFÍA N.º 19](#)
[CINTA N.º 19](#)
[FOTOGRAFÍA N.º 20](#)
[CINTA N.º 20](#)
[FOTOGRAFÍA N.º 21](#)
[CINTA N.º 21](#)
[FOTOGRAFÍA N.º 22](#)
[CINTA N.º 22](#)
[FOTOGRAFÍA N.º 23](#)
[CINTA N.º 23](#)
[FOTOGRAFÍA N.º 24](#)
[CINTA N.º 24](#)
[FOTOGRAFÍA N.º 25](#)
[CINTA N.º 25](#)
[FOTOGRAFÍA N.º 26](#)
[CINTA N.º 26](#)
[FOTOGRAFÍA N.º 27](#)
[CINTA N.º 27](#)
[FOTOGRAFÍA N.º 28](#)
[CINTA N.º 28](#)
[FOTOGRAFÍA N.º 29](#)
[CINTA N.º 29](#)
[CINTA N.º 29 B](#)
[EPÍLOGO](#)
[AGRADECIMIENTOS](#)

SOBRE EL AUTOR

Nick Alexander nació en 1964 en el Reino Unido, en una familia de pintores, y empezó a cultivar su pasión por la escritura desde la infancia. Ha vivido y trabajado en Inglaterra, Estados Unidos y Francia.

Su carrera como escritor autopublicado empezó en 2001. Aunque ya había cosechado importantes éxitos de ventas, la publicación en 2010 de *The Case of the Missing Boyfriend* y su continuación *The French House* lo llevó a vender más de 300.000 ejemplares. La consagración le llegó en 2015 con *The Photographer's Wife* y *El otro hijo*, dos dramas familiares con más de un millón de lectores, un hecho que hace de Nick Alexander el tercer autor *indie* más vendido del Reino Unido. Estos éxitos han dado pie a la traducción de varias de sus obras.

Tras una breve relación con editoriales que se interesaron por sus libros anteriores, en 2014 regresó al mundo de la autopublicación, un proceso que le resulta mucho más interesante y divertido que el mundo de la edición tradicional.

FOTOGRAFÍA N.º 24

Formato: 120, blanco y negro. Dos niños juegan con cubos y palas en la arena. El niño, que lleva vaqueros y un jersey de lana, mira fijamente a la cámara y sonríe de oreja a oreja. La niña viste un pantalón de peto y un jersey, y tiene la cara medio tapada por una melena rebelde que le cae hacia delante mientras juega.

PRÓLOGO

El trayecto desde la funeraria hasta casa transcurre en silencio. April mira por la ventanilla, ausente. Está sentada junto a Sean. Durante el funeral ambos han llorado desconsoladamente, pero ahora solo están aturridos. Piensan que deberían decir algo para consolar o calmar al otro, pero como no pueden recurrir a los formalismos habituales para llenar los silencios incómodos (¿de qué serviría, por ejemplo, preguntarle si está bien, cuando es obvio que la respuesta es no?) prefieren callar. El riesgo de provocar un nuevo torrente de lágrimas es demasiado elevado, al menos hasta que acabe el viaje.

Cuando llegan a casa, Maggie, una de las mejores amigas de la familia, les abre la puerta. Le acaricia el hombro a Sean y abraza en silencio a April, que hace un esfuerzo titánico para contener las lágrimas y acepta el abrazo con más rigidez de lo que pretendía.

—Hay comida en la sala de estar —dice Maggie—. Y Perry está preparando algo de beber en la cocina.

—Gracias, Mags —responde Sean—. No sé cómo agradecerte todo lo que estás haciendo.

Maggie entra en casa; Sean se quita el abrigo y lo cuelga en el recibidor.

Duda entre ir a la sala de estar, donde oye unas risas que le parecen fuera de lugar, o a la cocina, donde podrá conseguir la recompensa de un buen trago de alcohol, aunque para ello deberá pagar un elevado peaje: hablar con su hermano.

—¡Papá! —exclama April, agarrándolo del codo—. No me dejas pasar. Vamos a beber algo.

—Claro. Sí. Lo siento —dice Sean, que se dirige a la cocina a regañadientes.

—Eh —lo saluda su hermano—. ¿Cómo lo llevas?

—Bien. ¿Puedes prepararme un trago?

Perry señala la botella de Bombay Sapphire que tiene en las manos.

—¿Un gin-tonic? —le pregunta.

Sean asiente.

—Sí, con más *gin* que *tonic*.

—Marchando —dice Perry, mientras quita el tapón.

—Yo también, tío Perry —interviene April—. Si puedo, claro.

—Por supuesto, la cadena de producción ya está en marcha —añade Perry, que intenta llenar el silencio—: Ha sido una ceremonia muy bonita.

«¿En serio? —piensa Sean—. ¿De verdad tengo que pasar por esto?».

—Sí —admite—, ha sido bonita.

Sean nota que alguien le toca el codo y se disculpa, convencido de que ha elegido un mal lugar y está estorbando.

Pero solo es Maggie, que intenta consolarlo.

—¿Estás bien? —le pregunta ella con dulzura—. Quiero decir, teniendo en cuenta las circunstancias. ¿Estás tan bien como cabría esperar?

Sean respira hondo y asiente.

—Estoy tan bien como cabría esperar —asegura—. Solo necesito un trago, pero Perry está a punto de remediarlo.

En cuanto pronuncia las palabras, su hermano le tiende el vaso de gin-tonic. Los cubitos de hielo tintinean contra el cristal y, sin proponérselo, Sean evoca otro gin-tonic, uno que sujetaba su mujer bajo el sol griego, con sus manos menudas. Niega con la cabeza para ahuyentar ese recuerdo y se abraza a sí mismo porque, sí, en el futuro tendrá que enfrentarse a miles de pensamientos como ese.

—¿Cómo está mamá? —le pregunta a Perry—. ¿Hace mucho que no vas a verla?

Su hermano asiente y se encoge de hombros.

—Voy casi todos los fines de semana. Y... está más o menos igual. No reconoce nada ni a nadie.

—Claro —dice Sean.

—Pero le gustaría verte —añade Perry.

Sean reprime un bufido. Su madre nunca ha mostrado un gran interés por verlo, y su demencia no ha contribuido a mejorar la situación.

Pertrechados con las bebidas, Sean y April se dirigen a la sala de estar, donde los amigos de la familia recuerdan anécdotas de Catherine.

April se acerca a su padre y apoya la cabeza en su hombro.

—No sé si podré hacerlo, papá —murmura.

—¿Hacer qué?

—Aguantar todas esas anécdotas de mamá. Me dan ganas de darle un puñetazo al que vuelva a abrir la boca.

Sean esboza una sonrisa triste y le pasa un brazo sobre los hombros.

—No tienes que hacer nada, si no quieres. Ve a dar una vuelta con tu novio. O acuéstate un rato. Haz lo que te resulte más fácil. No tardarán mucho en irse y tú y yo podremos regodearnos de nuevo en la tristeza. ¿Te gusta la idea?

—Me encanta —responde April—. Venga, vamos. —Hace un esfuerzo ostensible, endereza la espalda y se acerca al grupo—. Hola, ¿qué tal? —les dice.

—¡Ah, hola! —dice una amiga de Catherine—. Les estaba hablando de las hortensias de tu madre.

A las cuatro ya se han ido todos.

Sean se quita la corbata y se deja caer en el sofá. Ha tomado cuatro gintonics y está un poco mareado, pero eso no le ha servido de gran ayuda, tal y como esperaba.

—Gracias a Dios que se ha acabado —dice April, que se sienta en la butaca de enfrente y toma un sándwich del plato que tiene en las rodillas.

—Desde luego.

—¿Has comido algo? —pregunta April—. Han sobrado muchos sándwiches. Mags ha debido de pensar que tenía que preparar comida para un regimiento.

Sean arruga la nariz.

—No tengo hambre. ¿Hasta cuándo has dicho que te quedabas?

Duda. No sabe si prefiere que lo dejen a solas con su dolor o si se le caerá la casa encima.

De momento está tan agotado, se siente tan muerto por dentro, que tampoco le importa demasiado.

—Hasta mañana por la tarde —contesta April—. Si te parece bien.

—Claro —le asegura Sean, que se vuelve y mira hacia la calle bañada por el sol.

—¿Te apetece que veamos una película o algo así? —pregunta April.

—¿Una película? —Se vuelve hacia ella.

La joven asiente.

—No... —dice con voz trémula mientras los ojos se le inundan de lágrimas—. No sé qué hacer. Quizá una película nos ayude.

Sean parpadea lentamente.

—Claro. Tú misma, el mando está...

Se revuelve, incómodo, busca con la mano debajo de la pierna, pero en lugar del mando saca el iPhone. Lanza un suspiro, frunce el ceño y lo deja en la mesita.

—Es su teléfono —dice April.

Sean asiente.

—Dios.

—No sé qué hacer con él.

—Es normal —admite April—. ¿Por qué no lo dejas en un cajón?

Sean asiente.

—Sí, seguramente será lo mejor.

April encuentra el mando metido entre el asiento y el reposabrazos de su sillón y enciende el televisor. Repasa la lista de películas disponibles y se detiene.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Sean asiente.

—Claro, cielo, lo que quieras.

—No quiero disgustarte.

—No pasa nada. He llegado a mi límite y no podría estar más disgustado. ¿De qué se trata?

—Es por... lo del último día. Cuando mamá dijo que volveríamos a tener noticias tuyas en breve.

Sean sonrío, apesadumbrado.

—Sí, parecía como estuviera pidiendo una cita para el dentista o algo por el estilo. Iba hasta arriba de morfina, cielo.

April asiente.

—Mamá no... —Niega suavemente con la cabeza—. No... no creía en nada, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? ¿A si creía en la vida después de la muerte?

April se encoge de hombros.

—En lo que sea.

Sean niega con la cabeza.

—No, cielo. Ya sabes que no creía en ninguna de esas cosas.

—Eso es justo lo que me parecía.

—Pero eso no impide que tú creas en lo que quieras.

—Claro, ya lo sé. Pero es que yo tampoco creo. —Mira a su alrededor, como si buscara una manifestación del espíritu de su madre—. Lo cierto es que me gustaría. Sería bonito saber que... bueno... que sigue con vida. En algún lado.

Sean se muerde el labio y cierra los ojos para reprimir las lágrimas. Se toca el pecho con la yema de los dedos.

—Aquí, cielo. Está aquí.

—Sí —conviene April, que se limpia los ojos antes de mirar hacia el televisor—. Bueno, ¿elegimos una película?

—Pero que no sea un dramón, ¿vale?

—No, no, claro.

Al final, April, que no quiere elegir un film demasiado emotivo, pero tampoco una película de acción o de miedo, acaba escogiendo una biográfica sobre el Che Guevara. Sin embargo, no es capaz de concentrarse en la pantalla porque no puede dejar de pensar en su madre.

Sean, por su parte, no tarda en quedarse dormido. Al cabo de unas horas, cuando se despierta, el televisor está apagado y la sala, vacía. Permanece sentado unos segundos, y entonces, cuando empieza a preguntarse dónde está Catherine, lo recuerda. Da un grito ahogado y se sienta erguido.



Sean se sienta a la mesa de la cocina y rodea la taza de té con las manos. Dirige la vista hacia el fregadero, lleno de platos sucios, luego mira hacia la ventana y después hacia el jardín.

Es un día radiante de primavera. Debería ducharse y salir a la calle. Quizá se sentiría mejor. O por lo menos no tan mal.

Solo han transcurrido dos días desde el funeral y es el primero que está solo, o sea que tampoco pasa nada, ¿verdad? No vuelve al trabajo hasta el lunes, así que puede permitirse pasar el fin de semana con la mirada perdida, tiene todo el derecho del mundo a sentirse un auténtico desgraciado en las próximas cuarenta y ocho horas.

Mira el rosal, mecido por el viento. Oye la voz de Catherine, que le dice: «Tendrás que podarlo dentro de poco ahora que ya han acabado las heladas».

—Pero no sé podar un rosal —murmura, como si Catherine pudiera

oírlo.

Se da cuenta de que seguramente hay miles de cosas que no sabe hacer, cosas de las que se ocupaba ella y que él siempre dio por supuestas. Empieza a hacer una lista mental, pero comprende que es otra forma de describirla, otra manera de pensar en la pérdida, y se detiene. Es demasiado doloroso.

Sean aún está sentado, el té de la mesa hace ya un buen rato que se ha enfriado, cuando alguien llama en la ventana y se sobresalta.

Se vuelve y, más allá del arco que separa la cocina del salón, ve a Maggie, que lo está mirando con el rostro enmarcado entre las manos. Lanza un suspiro, se levanta de la silla y se dirige a la puerta de la calle. Una ráfaga de aire gélido invade la casa en cuanto abre.

—Aún no he acabado de arreglarme —le dice a Maggie con voz inexpresiva.

Ella observa su ropa arrugada y lo mira a los ojos en busca de... ¿en busca de qué? Algo, cualquier cosa, quizá. Sean repara en su mirada y se da cuenta de que ella ve que no hay nada. Comprende que Maggie percibe el vacío, y el hecho de que lo haya detectado convierte esa sensación en algo más real, algo de lo que es plenamente consciente.

—Te he traído sushi —le dice mostrándole la bolsa de papel rosa que tiene en la mano izquierda. Bajo el brazo derecho lleva una caja envuelta en papel de estraza—. Seguro que aún no has comido nada y sé que te gusta el sushi.

Sean asiente y acepta la bolsa.

—Gracias.

—Es de ese restaurante que hay en Mill Road. Creo que hacen el mejor sushi de la zona. ¿Puedo pasar?

—Esto... ¿es necesario? —pregunta Sean, que se estremece—. Es que... como te he dicho... aún no me he arreglado.

—Solo será un momento —dice Maggie, que da un paso adelante y obliga a Sean a apartarse a un lado—. Solo quiero asegurarme de que estás bien.

—Bien... —repite Sean, en voz baja. Ya no sabe qué significa eso.

Pone los ojos en blanco al ver que Maggie ha entrado en su casa, lanza un suspiro y se vuelve para seguir a su amiga.

—Esto parece un vertedero, Mags —le advierte, mientras saca la bandeja de plástico de sushi y la sigue—. En estos momentos solo quiero un poco de calma.

Al llegar a la cocina, ve que Maggie se ha quitado el abrigo y se ha puesto a llenar el lavavajillas.

—... y deja la puerta del lavavajillas abierta si eso te ayuda. Así los pondrás automáticamente cuando estén sucios en lugar de apilarlos en el fregadero. Y cuando esté lleno, lo único que tendrás que hacer es cerrarlo y ponerlo en marcha. Ya meto la pastilla, así lo tienes todo listo. ¿Qué te parece?

—Que no sé llenar el lavavajillas —responde Sean, lanzando otro suspiro—. Estoy... Ya sabes...

—Mira, sé que te sientes fatal. No quiero ni imaginar lo mal que te sientes, de verdad —dice Maggie—. Pero si dejas que todo se vaya al garete, tampoco te servirá de nada.

—Maggie —suplica Sean.

Ella se detiene con una taza sucia en las manos.

—Lo sé. Quieres que me vaya. Ya me he dado cuenta. No soy estúpida. Sean asiente.

—Eres muy amable —dice—. Pero sí, en estos momentos solo me apetece estar a solas.

Maggie se lleva una mano a la cadera y hace una mueca.

—Te propongo un trato. —Señala la taza—. Ve a ducharte y a cambiarte. Y mientras, yo limpio un poco la cocina.

—Pero, Mags...

—Me iré antes de que acabes. Te lo prometo.

Sean asiente y traga saliva. La amabilidad de su amiga hace que le den ganas de llorar, pero sabe que ya ha derramado demasiadas lágrimas en los últimos días.

—De acuerdo —accede, y se da la vuelta—. De acuerdo. Lo que tú digas.

Se dirige a las escaleras, pero entonces se vuelve y la mira.

—Gracias —dice con voz ronca—. Te... te lo agradezco mucho.

—Lo sé —asiente ella, mientras se pone los guantes de Catherine—. Ahora ve a ducharte. Porque eso es lo único en lo que no puedo ayudarte y, la verdad, hueles un poco.

Cuando Sean se ha duchado y se ha puesto unos pantalones y una sudadera limpia, comprueba que Maggie ha cumplido su promesa y ya se ha ido.

La encimera de la cocina está reluciente, huele a lejía, el lavavajillas

está en marcha y la mesa, hasta entonces sepultada bajo una montaña de tazas, envoltorios, correo sin abrir y varios cables de ordenador, aparece limpia. Solo queda una taza de té recién hecho y la caja envuelta en papel. Está en el centro de la mesa. Sean se imagina a Maggie con la cabeza ladeada, moviéndola una y otra vez hasta encontrar el centro geométrico.

Aunque le agradece el regalo, sea lo que sea, se ve incapaz de concentrar las fuerzas necesarias para averiguar el contenido. O, para ser más precisos, no puede reunir la energía que necesitará si el regalo de Maggie es conmovedor o emotivo. Se siente demasiado frágil para correr ese riesgo.

Toma la taza de té, mira fijamente la caja envuelta, se va a la sala de estar y se tumba en el sofá. Mientras busca el mando a distancia, se da cuenta de que Maggie también ha pasado la aspiradora.

El rostro de Jeremy Kyle ocupa la pantalla.

—¿Cómo es posible que no supieras que tu amante era tu hermano? —pregunta Kyle y suelta una risa del todo falsa—. Venga. Cuéntanoslo.



A la mañana siguiente, suena el teléfono fijo justo cuando Sean entra en la cocina. Enciende la tetera, sube el termostato de la calefacción (hace frío y llueve) y coge el teléfono.

«April - Móvil», lee en la pantalla.

—Hola, cielo —dice Sean—. Acabo de levantarme.

—Mmm, yo también —dice April y, por su tono de voz, Sean adivina de algún modo que aún está bajo el edredón—. Bueno, todavía no me he levantado.

—Es domingo, no pasa nada.

—Eso me han dicho. ¿Qué tal lo llevas, papá?

—Bueno, aquí sigo. ¿Y tú?

—Igual. De vez en cuando me pueden las ganas de llorar, pero imagino que es normal.

—Sí. Sí, es del todo normal.

—¿Quieres que me acerque con el coche? —pregunta April—. No tengo planes. Tardaría menos de una hora.

—No es necesario. Yo... Es que... Estoy tirado en el sofá, viendo un culebrón.

—Sé que no es fácil. Tengo la sensación de que debería haber estado

más preparada... por así decirlo.

—Te entiendo.

—En fin..., en el fondo lo sabíamos, ¿verdad? Pero aun así... No sé. Me está costando hacerme a la idea.

—Ha sido traumático, sí. Pero es normal. Es un hecho muy trascendental. Solo puedes perder a tu m... —Sean carraspea antes de continuar—. Es algo que solo puede pasar una vez en la vida, gracias a Dios.

—...

—¿April?

Sean oye que su hija se suena la nariz.

—Es que la echo mucho de menos —dice al final, con la voz rota—. Pero ni siquiera eso tiene mucho sentido. No sé, tampoco la veía tan a menudo. Ahora me arrepiento de no haber ido más. Ojalá no me hubiera concentrado tanto en el trabajo. Pero a pesar de que lo sabía... no... no sé. Creo que nunca llegué a creérmelo. No podía concebir que fuera a...

April llora desconsoladamente.

—Venga, tranquila, cielo —dice Sean, que tiene que hacer un gran esfuerzo para no llorar él también.

—Me parecía imposible que fuera a... ya sabes, que fuera a morirse —dice April, entre sollozos—. No tiene ningún sentido, ¿verdad? Supongo que me negaba a aceptar... que era irreversible.

—No hay nada más irreversible que esto —señala Sean, con voz trémula.

—Lo sé. Pero no me lo parecía. Cuánto me arrepiento de no haber ido a veros más a menudo. Dios.

—No pasa nada, cielo. De verdad. En los últimos tiempos ya no hablaba demasiado. Lo sabes. Y ella quería que siguieras adelante con tu vida. Se alegraba mucho de que todo te fuera tan bien. Estaba orgullosísima de ti.

—Lo sé. Es que... ya sabes.

—Lo sé —dice Sean, con amabilidad—. Pero no debes sentirte culpable.

—Bueno. Oye, ¿y tú ya comes bien? No quiero que ahora te descuides.

—Ajá. Aún quedan sándwiches del funeral en la nevera. —Sean piensa en la caja de sushi y mira a su alrededor, pero entonces recuerda que la ha dejado en la nevera—. Y Maggie se ha dedicado a traerme comida —añade.

Es una exageración, pero al menos servirá para tranquilizar un poco a su hija. Aunque quizá es cierto. Quizá la caja de la mesa también es comida.

Estira el brazo y acaricia el cordel marrón con el que está atada.

—Ah, qué bien. Maggie es un cielo —dice su hija.

—¿Y tú?

—No tengo mucha hambre, la verdad —admite April—. Pero no pasa nada, hace tiempo que quería perder un par de kilos. Así que... es mi gran oportunidad.

—Bueno, tampoco vayas a pasarte ahora. Ya estás muy delgada.

—No es verdad.

—No, bueno... Las mujeres siempre os veis gordas. Pero tienes que comer. Lo sabes, ¿verdad?

—En estos momentos subsisto a base de cereales. No me entra nada más. Pero, tranquilo, ya sabes que aquí hay muchos sitios donde comprar comida para llevar. Si de repente recupero el apetito, solo tengo que bajar a la esquina.

Sean, que ha estado todo este rato jugando con el cordel del paquete, acerca la caja. No pesa tanto como se imaginaba. A lo mejor no es comida.

—¿Seguro que no quieres que vaya a verte? —insiste April.

—Seguro. Tú descansa, come algo y cuídate. ¿Mañana vuelves al trabajo? —Sin darse cuenta, desata el nudo del cordel y el papel de estraza se abre lentamente, como los pétalos de una flor.

—Sí —responde April—. Tres días. Es todo lo que te dan en... en estos casos. O sea, a lo mejor podría tomarme alguno más a cuenta de las vacaciones, pero no sé, me pregunto si no es el mejor lugar donde puedo estar ahora. Espero que no te parezca insensible.

—En absoluto. Yo opinaba lo mismo, pero ahora que el lunes ya está a la vuelta de la esquina, me lo estoy replanteando. Al final he decidido esperar a ver cómo me encuentro mañana. No me dirán nada si no voy. No le importará a nadie.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta de nuevo April.

—Sí. De verdad —le asegura Sean, que piensa que el estado en el que se encuentra se ajusta más a una definición nueva y muy desagradable del concepto de «bien»—. Recuerda que Mags me ha traído un poco de sushi.

—No puedes subsistir a base de sushi, papá.

—Y otras cosas. Me ha traído una caja con otras cosas. No te preocupes, de verdad.

—De acuerdo —dice April—. Bueno, creo que intentaré dormir un poco más. Es la opción menos horrible en estos momentos. Duermo mucho.

Es el despertar lo que no me gusta.

—Cuando de pronto te viene todo a la cabeza, ¿verdad?

—Sí. Me despierto y durante unos segundos todo es normal. Pero entonces recuerdo que ya no está.

—Es horrible. A mí me pasa lo mismo.

—Mañana tengo una cita a la hora del almuerzo. Con una psicóloga. Mi amiga Sinead fue a verla cuando murió su hermano. Me ha dicho que es buena, por eso quiero probarlo. No me hará ningún daño, ¿verdad?

—No, tienes razón. Me parece buena idea. Si crees que lo necesitas, hazlo.

—¿Tú has pensado en ir a ver a alguien?

—No soy de esos, ya lo sabes. Creo que estoy bien, teniendo en cuenta la situación. Pero no dejes de contarme cómo te va.

April no puede contener un bostezo.

—Sí, claro.

—Intenta dormir un poco más, cielo.

—Vale, hablamos luego, papá.

—Claro, pequeña.

Cuando cuelgan, Sean se levanta y va a la nevera. Saca una botella de leche y la huele. La deja en la mesa, junto al paquete de muesli y un cuenco y una cuchara que ha sacado del lavavajillas.

Desde que murió Catherine tiene náuseas. Seguramente él también debería comer algo.

Se pone el muesli, añade leche y se lleva una cucharada a la boca. Mastica sin demasiado entusiasmo, pero hace un esfuerzo para tragar antes de poner cara de asco y apartar el cuenco a un lado. No. Es demasiado temprano para comer.

Entonces coge el paquete que le ha dejado Maggie, quita el envoltorio y ve una caja de zapatos azul celeste. Al fijarse en la tapa, contiene el aliento.

Alguien ha puesto: «Nuestra historia». Parece la letra de Catherine, pero está escrito en mayúsculas y con un rotulador grueso. Desliza el dedo por las letras, se muerde el labio inferior y quita la tapa: ve un paquete pequeño y una fila de sobres blancos, alineados como si fueran fichas bibliográficas.

A pesar de que le tiemblan las manos, coge uno, lo inspecciona, luego otro, y se da cuenta de que están numerados y en orden. Cada uno contiene un pequeño objeto, del tamaño de una caja de cerillas.

Gira la caja para ver los números y saca el primer sobre. Dice:

«Segunda semana». Busca la primera semana y al final saca el paquete pequeño de la caja. La inscripción dice: «Empieza por aquí. Ábreme».

En este caso, se trata de la letra de Catherine, no hay duda, es su caligrafía, apenas legible. Rompe el envoltorio del paquete y encuentra un dictáfono Olympus y una polaroid.

—Dios mío —murmura.

Coge el dictáfono y acerca el dedo al botón de *play*, pero cambia de opinión; deja el aparato y examina la fotografía.

FOTOGRAFÍA N.º 1

Polaroid, color. Una mujer tumbada en una cama de hospital. Un hombre está sentado junto a ella, con la cabeza apoyada en su hombro. La mujer lleva un pijama a rayas y del pecho abotonado sobresale un manojo de cables, conectados a un monitor. A pesar de la máscara de oxígeno, que le tapa la boca, se intuye que logra esbozar una sonrisa.

CINTA N.º 1

Hola, Sean.

Qué mal rollo, ¿no? La voz de tu esposa... finada... Esto no te lo esperabas, ¿verdad? Pues sí, ya ves, ahora que me llegó el final, recibes este casete de tu esposa finada.

Estoy grabando esta cinta un viernes por la noche. Empecé escribiéndote cartas, pero al final acababa tirándolas a la papelera (ya sabes lo insegura que me siento por culpa de las faltas de ortografía) y a una de las enfermeras se le ocurrió esta idea. Seguro que April me habría dicho que lo hiciera con el iPhone, pero me siento más cómoda con estos casetes, aunque cuestan un dineral. ¡Siete libras cada uno! ¿Te lo puedes creer?

En fin, la cuestión es que este sistema me resulta más cómodo, así que vale la pena. Además, te permite oír mi maravillosa voz en lugar de leer mi letra jeroglífica, no está mal, ¿no?

¿Ya has visto la fotografía? Es la que hizo April con su Polaroid. ¿No te parece curioso que algo tan antiguo como una cámara Polaroid vuelva a ponerse de moda? Debe de ser que la gente está harta de mirar pantallas.

Ambos acabáis de iros del hospital y me han dado una de esas horribles pastillas de adrenalina para subirme la presión, así que ahora estoy desbocada, como los caballos de Patti Smith.

He ido posponiendo la grabación de esta última cinta porque... bueno, porque supongo que es mi mensaje de

despedida. Sí, lo sé, ni tú ni yo hemos asimilado aún esta idea. Pero esta noche me has dicho: «Ah, nos enterrarás a todos», algo que, teniendo en cuenta el estado en que me encuentro, me ha parecido el paradigma de la negación. Pero, a decir verdad, estoy segura de que escucharás esta cinta antes de que acabe el mes.

Las sombras... ¿Te he hablado de las sombras? Creo que sí, pero a lo mejor fue un sueño. Últimamente he tenido sueños rarísimos... A lo que iba: cuando sueño veo sombras, sombras que parecen los árboles oscuros que se ciernen sobre un camino. Y este está iluminado por una luz más débil. Es como si de un tiempo a esta parte la batería de mi linterna se estuviera agotando y las sombras del contorno se hubieran vuelto más oscuras y aterradoras.

Los médicos me han dicho que es un efecto de la morfina, pero yo creo que esas sombras son la muerte, que me acecha.

Hmm, acaba de interrumpirme la enfermera, así que he tenido que parar y empezar de nuevo. En realidad, es un milagro que no haya pasado más veces.

A ver, ¿por dónde iba? Las sombras. Como te decía, últimamente se ciernen sobre mí.

Pero desde hace unos días ya no les tengo miedo. Ahora me parecen un lugar de calma y reposo a resguardo del sol, un remanso de hierba suave en el que tumbarme, lejos del mundanal ruido. Tengo ganas de dejar la linterna y adentrarme en la maleza. Hay tanto dolor en el sendero... Ese es el problema.

No te he hablado mucho del dolor; creo que no, vamos, y tampoco voy a hacerlo ahora. Pero debes saber que he sufrido dolor. Mucho. ¿Podrás perdonarme por rendirme y no querer seguir adelante? ¿Podrás comprender que el precio por quedarme era demasiado alto? Es el único motivo por el que he decidido hablarte del dolor ahora... para que comprendas que me habría gustado seguir adelante si hubiera podido. Pero ya no es posible, cielo. Lo siento.

Bueno, a lo que iba: los paquetes. Hay veintiocho cintas (llevo varios meses grabándolas, un esfuerzo que nace del amor, sin duda) y ya están empaquetadas y guardadas en el pequeño armario que tengo junto a la cama, aquí en el hospital. Si todo va según lo previsto, Maggie te las dará cuando me haya adentrado en el bosque.

Se me ocurrió la idea cuando trajiste aquella caja de fotos. Mientras las mirábamos, vi una imagen mía, en el muelle de Margate, con esa pinta tan rara. ¿La recuerdas? Y tú dijiste: «Vaya. ¡Qué cara ponías! A saber en qué estarías pensando».

Bueno, la cuestión es que eso ya lo habías dicho. Habías pronunciado casi las mismas palabras cuando fuimos a recoger las fotografías a la tienda, en 1994. «Vaya. Qué cara más rara. A saber en qué estarías pensando». Y luego, cuando dije que no estaba pensando en nada concreto, me respondiste: «Nadie conoce a nadie. Es increíble, ¿no crees? Lo compartimos todo, pero tenemos nuestros jardines secretos. Todos tenemos fantasías, miedos y fetiches. Todos guardamos secretos que no deseamos compartir».

Te pregunté cuáles eran tus fantasías, tus fetiches, y contestaste: «Me refería a los demás, no a mí. Yo soy muy aburrido. Y ya sabes que te lo cuento todo».

Pero yo sabía que no era verdad. Y también que había cosas que no podría contarle a nadie, ni siquiera a ti. Así que tenías razón. Es raro pasar toda la vida con una persona y no llegar a conocerla bien.

La otra cosa que me hizo pensar fue una conversación que tuvimos cuando murió mi madre. Yo dije que había sido una persona maravillosa y tú añadiste: «Bueno, los muertos cometen pocos errores». Habías tomado un par de cervezas, así que tenías disculpa, pero me sentó como si hubieras intentado manchar su buen nombre (por entonces, yo era muy sensible a todo lo relacionado con ella), y acabamos discutiendo. Pero

también tenías razón. Cuando muere alguien, preferimos olvidar las discusiones. Borrarnos los desaires y las injusticias. Canonizamos a nuestros muertos, lo cual no facilita el proceso de duelo.

Así pues, debo admitir que me preocupaba la posibilidad de que tu memoria te jugara una mala pasada. ¡No quiero que me canonicen! Porque cuando me muera, algo que sucederá en breve, quiero que sigas adelante con tu vida. Quiero que empieces una nueva etapa. Quiero que conozcas a otra persona, que discutas con ella después de haber bebido un poco más de la cuenta, que os vayáis de vacaciones a disfrutar del sol. Quiero que hagas esa crema de zanahoria horrible, aunque solo sea para que tengas una segunda opinión y por fin entiendas que no era que me excediera en mis críticas.

Tranquilo, puedo oír tus protestas como si estuvieras aquí, sentado a mi lado. Seguro que estás diciendo que eso nunca ocurrirá, que nuestra relación fue algo único, algo que solo ocurre una vez en la vida. Pero espero que te equivoques. Espero, y rezo, para que no estés en lo cierto.

Estos mensajes... hacen referencia a toda esa parte de mi ser que ya conoces y que no quiero que olvides. Y también hablan sobre aquello que ignoras. Los grabo para que no caigas en la tentación de convertirme en un ángel, en una esposa modélica, para que nunca te aferres a la idea de que no encontrarás a nadie que esté a mi altura. Porque bien sabe Dios que tengo mis defectos. Y esta es mi forma de recordártelos.

Sé que ahora me dirás que soy una obsesa del control, pero no pasa nada, porque tienes razón. Lo soy. Es uno de mis muchos defectos.

Los paquetes están numerados del dos al veintinueve (este es el primero). Quiero que los abras en orden y que lo hagas al ritmo de uno por semana.

Sé que estás pasando unos días difíciles. Lo sé y ese es uno de mis mayores pesares, no poder estar a tu lado para ayudarte, para cuidar de ti en un momento tan difícil.

Pero se me ha ocurrido esta forma de estar contigo. Un mensaje a la semana. No hagas trampas. Confía en mí, por favor.

El dolor ataca de nuevo, así que voy a tener que pulsar el botoncito gris de la morfina. Esto significa que ha llegado el momento más difícil. Tengo que despedirme y no sé cómo hacerlo. Ya no hay vuelta atrás.

Tu madre diría que hay vida después de la muerte y, bueno, no seré yo quien lo niegue. He vivido. He visto. He gozado. He amado. Mientras no haya dolor en la nada que me espera, me parece bien. Quiero que sepas que he tenido una vida maravillosa. Una vida fantástica. Ha sido mucho mejor de lo que podría haber imaginado y te lo debo a ti.

En lo que a mí respecta, solo hay una cosa mejor que compartir la vida con alguien que te ama: hacerlo con alguien que te ama y que se llama Sean Patrick.

Te quiero con toda mi alma, Sean. Te quiero tanto que se me parte el corazón solo de pensar que voy a separarme de ti. Pero es que en el camino solo hay dolor. Y las sombras resultan muy tentadoras. Así que escucha las cintas, una a la semana. Tómate tu tiempo para ver las fotografías, para recordar lo que vivimos en cada etapa del camino. Tómate tu tiempo para llorar por las cosas buenas. Tómate tu tiempo para gritarme por las cosas que nunca te dije. Y cuando lo hayas hecho, guarda la caja y sigue adelante con tu vida.

Dile a April que la quiero mucho. Dile que estoy orgullosísima de ella. No permitas que albergue la más mínima duda sobre ello. Díselo una y otra vez, lo necesitará.

Es muy doloroso, quizá más que todo lo demás junto: el hecho de no poder estar con ella para decírselo yo misma, de no poder estar contigo para decirte que te quiero.

Porque es verdad. Te quiero. Y te amaré siempre.

Hola otra vez. He escuchado la cinta y creo que no

expresa todo lo que siento. No hay suficientes palabras en el diccionario para hacerlo. O quizá las haya y yo no las conozco. Así que voy a acabar enviándote un besazo enorme y un corazón virtual para que te lo imagines. Vaya, eso me ha hecho pensar en las cajas de bombones en forma de corazón que me regalabas. Aún noto el dulce sabor ahora mismo, a pesar de la morfina, que se apodera de mí y me aturde, como los efluvios intensos, oscuros y suaves de un vaso de ponche. Qué rara es la memoria, ¿verdad?

FOTOGRAFÍA N.º 2

Formato: fotomatón, blanco y negro. Una adolescente con el cabello enmarañado, teñido de rubio platino y el flequillo peinado hacia atrás junto a un chico delgado, con el pelo liso y oscuro, que le tapa casi por completo el ojo derecho. La chica parece en pleno ataque de risa.

Sean se sienta y mira la fotografía. Son las cinco de la mañana del domingo y acaba de renunciar a su intento de dormir, se ha puesto la bata y ha bajado a la cocina. Al otro lado de la ventana, la oscuridad y el frío reinan en el jardín.

No puede con su alma. Ha sobrellevado como buenamente ha podido los primeros días tras su regreso al trabajo. Incapaz de concentrarse en las tareas encomendadas, se ha visto obligado a recordarse a sí mismo una y otra vez, cada pocas horas, que debía diseñar unos balcones para su último proyecto y dejar a un lado las imágenes que le acudían a la cabeza: Catherine incapaz de respirar. Catherine pulsando el botón de la morfina. Catherine soportando el dolor. El cuerpo de Catherine, ya sin dolor, pero también sin Catherine. El miércoles, por suerte, ocurrió algo fantástico. Durante una hora, logró concentrarse en el trabajo. Solo durante una hora, logró olvidarse de todo y pensar en la resistencia a la tensión del hormigón, en la resistencia al impacto del cristal laminado y los soportes cromados. El jueves lo consiguió dos veces. Y el viernes temía la llegada del fin de semana, temía verse obligado a pasar el sábado entero frente al televisor por culpa de la lluvia. Un sábado lluvioso en esa vivienda vacía. Por eso decidió llevarse trabajo a casa. Al final logró sobrevivir al sábado fingiendo que era viernes.

Ahora es domingo por la mañana y a Sean le sorprende haber podido dormir. No ha dejado de pensar en el segundo mensaje durante toda la

semana. Ha ocupado su mente de una forma tan intensa que en varias ocasiones ha cogido el sobre, antes de cambiar de opinión y devolverlo a la caja. Ayer por la noche incluso lo abrió. Sin embargo, siempre piensa que Catherine lo está vigilando. Y no soportaría la idea de decepcionarla.

La fotografía es del verano de 1982, el día en que se conocieron. Había ido con tres compañeros de universidad, Tracey, Theresa y Glen, a pasar el fin de semana a Margate. Tracey los había invitado a pasar unos días de las vacaciones de verano. Su madre tenía una pensión destartalada en Cliftonville y les dio alojamiento gratis a cambio de que la ayudaran a empapelar una de las habitaciones.

Catherine era la chica más guapa que Sean había visto jamás. No está muy seguro de qué fue lo primero que le llamó la atención, quizá su melena de leona, o tal vez el maquillaje, muy osado, rozando lo punk. Al ver la fotografía ahora, le cuesta mucho adivinar qué fue aquello que lo cautivó de forma tan arrebatadora. Lucía un peinado al estilo Bonnie Tyler. Llevaba unos pendientes enormes, unos aros de lo más vulgares. Sin embargo, recuerda el brillo de sus ojos. Siempre le había parecido que tenía una mirada sonriente, como si, de algún modo, estuviera pensando en algo gracioso.

Fuera lo que fuese, al dirigir la vista hacia ella la vio limándose las uñas mientras vigilaba el torno de la entrada de la casa de los espejos. Se volvió hacia Glen, que le estaba soltando un sermón (probablemente sobre la guerra de las Malvinas, a la que se oponía con fervor), pero algo hizo que Sean la mirara de nuevo y, entonces, la chica levantó la cabeza y le guiñó un ojo. Señaló el interior de la casa con la lima y dijo:

—Venga, sabes que te mueres de ganas. Solo cuesta diez peniques.

De modo que Sean arrastró a los demás, que intentaron oponerse en mayor o menor medida, al interior del laberinto de los espejos y lo recorrieron entre risas. Glen no paró de quejarse de lo «penoso» que era todo. Pero hasta él se rio al ver su reflejo en el espejo de «cabeza de extraterrestre».

Sean se aseguró de ser el primero en llegar a la salida.

—Qué rápido —dijo la chica—. Espero que no me pidas que te devuelva el dinero. —Y con la mano apoyada en el torno, añadió—: Este trasto tiene contador, así que no puedo hacer gran cosa.

—No —respondió Sean—. Yo, solo... —Se ruborizó.

—¿Quieres invitarme a tomar algo? —preguntó la chica, que le dedicó una sonrisa pícaro—. ¿Es eso?

—No, yo... —balbuceó Sean.

Ella hizo una mueca exagerada, fingiendo tristeza, y Sean recuerda que se fijó en sus labios, carnosos y brillantes. Se había puesto dos tonos distintos de pintalabios: rosa y morado.

—Qué mal... —dijo ella.

—Bueno, vale, sí —dijo Sean, armándose de valor. Se imaginó a sí mismo besando esos labios multicolor.

Catherine le regaló una sonrisa radiante.

—No acabo hasta las nueve —le dijo.

—Ah. Vale.

—Pero tengo veinte minutos para comer. A las doce y media. Podemos ir a tomar un perrito caliente o algo, si quieres.

En ese momento, Glen, Theresa y Tracey salieron del laberinto.

—Vaya mierda —se quejó Glen.

—Ha estado bien —replicó Theresa, que siempre encontraba algo positivo en lo que hacía. Examinó el rostro de la chica, comprobó la expresión de Sean y frunció el ceño antes de dirigirse a ella—. Hola, ¿quién eres?

—¿Yo? Catherine.

—Yo me llamo Theresa. Encantada de conocerte. Estos son Glen y Tracey. Ah, y Sean, aunque supongo que él ya se habrá presentado.

Sean no reunió el valor necesario para acudir a la cita del almuerzo. Y eso que lo intentó: incluso dejó plantados a sus amigos en el otro lado de la feria antes de regresar corriendo al laberinto de los espejos. Pero cuando llegó, todo su valor se esfumó. Nunca se había considerado un chico atractivo, ese era el problema. Siendo niño, su madre siempre le decía que tenía una cara más larga que un «domingo de lluvia», lo que seguramente no había contribuido a afianzar su seguridad en sí mismo. ¿Por qué iba a interesarse Catherine por él?

En lugar de acercarse e invitarla a almorzar, se quedó frente a la tienda de postales, rezando para que ella no lo viera.

Entró para pagar las postales que había elegido, unas imágenes muy cursis de gente que llevaba un gorro con la inscripción «Bésame rápido» frente a la playa de Margate, y cuando salió, en lugar de ella había un chico flacucho y alto, con un acné peor que el suyo. Presa del pánico, recordó los perritos calientes que había mencionado Catherine y se fue corriendo hasta el puesto más cercano. Y ahí, en la cola, estaba ella.

—Vaya, mira quién ha llegado —le dijo al verlo—. Venga —añadió y

se dio una palmada en el muslo para que se saltara la cola. En ese momento, Sean tuvo la sensación de que la conocía de toda la vida.

CINTA N.º 2

Hola, guapo. Soy yo.

Es mi primera grabación y mi tercer intento. No paro de borrarlos y regrabarlos. Primero me he puesto la máquina muy cerca, luego muy lejos y no se oía nada. Como la mayoría de gente, no soporto cómo suena mi propia voz, de modo que es muy tentador pulsar el botón de borrar y empezar de nuevo, pero como siga así, nunca haré lo que me había propuesto. Confío en que le pillaré el tranquillo.

En fin, que llevo un buen rato mirando esta fotografía, intentando recordar qué fue lo primero que me atrajo de ti. No suena muy bien, lo sé. Es como si me resultara inconcebible que me sintiera atraída por ti y no es eso lo que quería decir. Qué va.

Cuando miro esta fotografía veo a una chica de Margate, con un aspecto algo marginal y peinado estilo Chewbacca, y un novio flacucho y con granos que llevaba flequillo. Pero me gustabas. Me gustaste desde el primer momento. Y cuando me esfuerzo, cuando cierro los ojos e intento recordar, las dos cosas que siempre me vienen a la memoria son tu timidez y lo familiar que fue nuestra relación desde el principio. Más adelante, claro, ya encontramos un motivo para esa sensación de familiaridad, pero por entonces a mí me parecía algo mágico.

A pesar de todo, tu timidez me parecía muy atractiva. Recuerdo, por ejemplo, que cuando te guiñaba el ojo tú apartabas la mirada. Y cuantas más vueltas le doy a ello,

más llevo a la conclusión de que fuiste el primer chico tímido que conocí.

Sé que sonará raro, pero en mi escuela no había chicos tímidos. Todos estaban muy ocupados fingiendo ser los más duros del barrio, por mucho que solo fuera una fachada.

Recuerdo que te pregunté cómo te gustaba el perrito y que me dijiste que no lo sabías, y entonces te sonrojaste cuando me reí porque nunca lo habías probado.

¡Me pareció encantador! No el hecho de que no hubieras probado un perrito caliente en tu vida, sino que te avergonzara no haberlo hecho. ¡Es que hasta te disculpaste!

También tenías una voz muy suave, algo que se debía, supongo, a tu acento del suroeste, pero me gustaba que utilizaras un tono tan bajo. La mitad de las veces no sabía si te había oído bien.

Recuerdo ese tic que tenías, que te hacía sacudir la cabeza para apartarte el flequillo de los ojos, y recuerdo que me parecía que tenías unas pestañas enormes.

Aún tienes las pestañas largas, claro, pero a medida que fuiste madurando tus facciones se endurecieron y tienes la cara más ancha. Es como si las pestañas se hubieran acabado difuminando. Pero cuando tenías veinte años, me parecían larguísimas. Recuerdo que quería besarte los ojos. Me parece que nunca te lo dije. Qué curioso, ¿verdad?

En fin, que al final te saltaste la cola y compramos los perritos. Tú te comiste el tuyo bañado en mostaza y luego me dijiste lo bueno que estaba, una reacción muy graciosa y mona también.

Me preguntaste por mi trabajo y te dije que solo era una cosa de verano, y luego me preguntaste si tenía novio y agachaste la mirada cuando te dije que no. Hablamos de mí. Querías conocer todos los detalles más inútiles y aburridos de mi vida en Margate. Querías saber a qué pub iba y si vivía con mis padres. Y eso supuso una novedad

para mí. Por mi experiencia, en general los chicos se pasaban el rato hablando de sí mismos para impresionar a las chicas. Pero tú... ¡tú querías saberlo todo de mí!

Pasamos junto a un fotomatón y dijiste que necesitabas una fotografía para tu carnet de estudiante del tren o algo por el estilo, y decidí meterme contigo en plena sesión de fotos. En las dos primeras salías muy serio, la tercera quedó borrosa, pero esta sí que salió bien. Es increíble lo jóvenes que éramos. ¡Y menudos peinados! Pero qué le vamos a hacer, era 1982. Teniendo en cuenta que Bucks Fizz dominaban las listas de éxitos, está claro que la gente no conocía el significado de la expresión «mal gusto».

Cuando volvimos al laberinto de espejos, te pregunté qué hacías, y me dijiste que estabas estudiando en la universidad, que querías ser arquitecto; recuerdo que eso me sorprendió mucho. No lo entendía. Creo que debí de decirte algo así como: «¿Para construir casas y cosas así?».

Mis amigos trabajaban en Tesco's o Dreamland. Los novios de mi madre eran albañiles o mecánicos, y eso con suerte, porque lo más frecuente era que no tuvieran trabajo.

Por eso me pareció increíble que fueras a la universidad y aspiraras a diseñar casas. No eras como ninguno de los chicos que había conocido hasta entonces.

¡Hablabas en voz baja, te sonrojabas, estabas estudiando arquitectura y querías saber de mí! En ese momento pensé: «Dios mío. ¡Es el hombre de mi vida!».

Quizá suene un poco... ¿Cómo lo diría? ¿Materialista? Pero no era así. Cuando te conocí, fue como si de repente me diera cuenta de que nunca había encajado en el entorno en el que me había criado.

Tú hablabas de un modo distinto, escuchabas de un modo distinto, vivías de un modo distinto. Fue como si hubieras abierto una puerta en la que nunca me había fijado y de golpe comprendiera que me había pasado los últimos dieciocho años de mi vida en la habitación

equivocada.

De modo que cuando llegaron tus amigos y se te llevaron, yo ya lo sabía: eras el hombre de mi vida.

De hecho, eras más que eso. Eras el mejor hombre que podría desear jamás. Pero hasta entonces yo no lo sabía.

Cuando te fuiste, me quedé sin habla. Me quedé mirando cómo te arrastraban y me embargó una sensación de gran pánico. Cuando doblaste la esquina, me di cuenta de que había la posibilidad de que no volviera a verte nunca más. Me imaginé a mí misma al cabo de veinte años, pensando todavía en ti, arrepintiéndome de no haberte dicho nada. Por eso dejé la casa de los espejos y fui a buscarte.

Te encontré junto a la pista de patinaje. Patinar sobre plástico, qué fantástico. ¿Recuerdas la pista de patinaje sobre hielo hecha de plástico?

Te agarré del brazo.

—Disculpa —dije entre jadeos—, pero ¿volverás luego?

—Hm, si tú quieres —contestaste. Te pusiste a parpadear con fuerza y te ruborizaste otra vez—. Nos vemos a las nueve, ¿vale?

Tu amigo Glen exclamó «Ooooh» como un estúpido y tú le dijiste que cerrara el pico.

—Sí, a las nueve —convine—. Nos vemos allí, a la salida. ¿Vale?

Entonces, sin hacer caso a Glen, que seguía comportándose como un idiota, te pedí que me prometieras que ibas a venir. Y me lo prometiste. Y viniste. Y te besé y fue fantástico.



Es miércoles por la noche y Sean está descargando la compra del coche cuando aparece el Fiat de Maggie.

Sean deja las bolsas en el escalón de la entrada y se vuelve para

saludarla.

—Hola —le dice mientras ella baja del coche, que es de color azul celeste con franjas laterales de estampado de leopardo. Él siempre ha creído que parece más un bolso que un coche, y sufrió un auténtico calvario la única vez que, obligado por las circunstancias, tuvo que pedírselo prestado—. ¿Has venido a ver cómo estoy?

—Bueno, como no me llamas... —dice Maggie, cerrando la puerta del coche.

—Lo siento —se disculpa él, que pone la mejilla para que le dé un beso—. Es que he estado muy ocupado. Últimamente tenemos mucho trabajo en el despacho.

—¿De verdad?

Sean asiente con un gesto algo vago.

—Además, a decir verdad, no estoy muy sociable. Ya sabes...

—Claro —dice Maggie, que se acerca hasta su coche—. Deja que te eche una mano.

—Ya casi estoy —asegura Sean, que saca una bolsa refrigerada del maletero y lo cierra.

Cuando llegan a la puerta, Maggie coge una de las bolsas y echa un vistazo al contenido.

—Guau —dice en tono burlón—. Un festival de platos precocinados. No es habitual en ti.

En su círculo de amistades, Sean tiene fama de buen cocinero, sobre todo por sus curris de Kerala.

—En los últimos tiempos no tengo la motivación suficiente para ponerme a los fogones —se justifica él—. Al menos es mejor que comer bocadillos.

—Me conformo con que te alimentes —dice Maggie—. Estás muy delgado.

—Lo sé. —Se encoge de hombros y esboza una sonrisa algo forzada—. He tenido que hacerle un agujero al cinturón porque se me caían los pantalones. Pero ahora como mejor.

—¿Qué tal va lo demás? —pregunta Maggie, dejando la bolsa en la encimera de la cocina.

—¿Todo? —repite Sean.

—Me refiero a cómo lo llevas.

Sean se encoge de hombros.

—Bien, supongo —dice. Abre la nevera y empieza a meter los paquetes de comida—. Como te decía, tengo mucho trabajo, lo cual está muy bien.

—Sí —asiente Maggie, observando la cocina—. Seguro que sí.

—¿Buscas algo?

—Ah, no. Bueno, la caja que te dejé.

—¿La caja de Catherine?

Maggie asiente y lo mira a los ojos.

—Entiendo que la has abierto.

—Sí. ¿Te dijo qué había dentro?

Maggie niega con la cabeza.

—No. Supuse que debían de ser fotos. ¿Era eso?

—Sí —dice Sean—. Más o menos.

—¿Puedo verlas? —pregunta ella—. ¿Mientras tomamos una taza de té?

Sean frunce el ceño y sonríe al mismo tiempo.

—Hm, preferiría no hacerlo.

—Ah, entiendo. Lo siento. No ha sido un comentario muy delicado por mi parte. Es que al no saber exactamente el contenido...

—No hay solo fotos —la interrumpe Sean—. También hay mensajes, grabados en cintas de dictáfono. Son un poco personales. Bueno, muy personales. Catherine quería que escuchara una a la semana.

—Ah. ¿Una a la semana? Qué bien organizada.

—Bueno, Catherine es... era... así —dice Sean, que siente una punzada de dolor al cometer de nuevo el error de tiempo verbal. Aún le sucede muy a menudo.

—Sí, es verdad que lo era —admite Maggie, mientras busca las llaves de su coche.

Se siente tan incómoda que Sean quiere ayudarla.

—Si quieres que te diga la verdad, a veces tengo ganas de abrirlos todos de golpe, pero otras pienso que no debería escuchar ninguna otra cinta —dice. Tal vez, el gesto de compartir un detalle tan íntimo ayude a aliviar la incomodidad de Maggie—. Pero, a falta de una idea mejor, de momento sigo sus instrucciones. Una a la semana.

—Bien hecho —dice Maggie.

—Pero es duro.

—Me lo imagino.

—¿Qué tal está Dave? —pregunta Sean—. Últimamente no me cuentas

nada de él.

—Ah, ya sabes —dice Maggie—. Dave es Dave.

—¿A qué te refieres?

—Caótico. Desorganizado. Confuso. Distráido.

—La situación no ha mejorado, ¿no?

—¿Hay algo que mejore a nuestra edad? —pregunta Maggie, con un suspiro—. ¿Hay algo que cambie?

—No lo sé —contesta Sean, pensativo—. Sin duda, las cosas siempre pueden empeorar, así que... —Se rasca la cabeza.

—Sí —dice Maggie, que vuelve a sentirse incómoda—. Lo siento, solo faltaba... que fueras tú quien tuviera que aguantar mis quejas. Lo siento. No se me dan muy bien este tipo de cosas.

—No pasa nada, Maggie. No tienes de qué disculparte.

—Es que no sé cómo... no sé. O sea, tú no quieres hablar de... todo lo ocurrido..., algo comprensible, claro. Pero el resto de temas de los que podemos hablar... me parecen banales. Triviales. En comparación con... lo que te ha pasado. ¿Entiendes a lo que me refiero?

Sean parpadea lentamente.

—La carta de la esposa muerta gana a todas las demás, supongo.

—Sí —dice Maggie—. Lo siento. Debería irme.

—¿No te apetece el té?

—No. Debería... —Señala la puerta—. Solo quería comprobar que estabas bien.

—Te agradezco el detalle.

—De nada. Y ya veo que estás muy bien.

—¿Ah, sí?

—Sí. De modo que... sigue así.

—Gracias, lo intentaré.

—¿Qué vas a cenar esta noche? —pregunta Maggie, señalando el congelador con un gesto de la cabeza.

—Esto —responde Sean, señalando la caja de pollo tikka masala que hay en la encimera—. No está mal.

—Me alegro. —Maggie se acerca a él y le da un beso en la mejilla—. Adiós.

—Ah, una cosa más —dice Sean cuando ella ya se ha vuelto.

Maggie se detiene con la mano en la jamba y lo mira.

—¿Sí? —dice, con un deje de esperanza.

—No se lo digas a April, ¿vale? Lo de los mensajes.

—Ah, no, claro que no, tranquilo.

—No es por nada... No es un secreto ni nada de eso... —balbucea Sean

—. Es que quiero escuchar las cintas antes de decírselo.

—Por supuesto. Ya me conoces. No diré palabra.

FOTOGRAFÍA N.º 3

Formato:110, color, descolorida. Ligeramente desenfocada. Una mujer con delantal que lleva unas gafas enormes, con los cristales tintados, levanta una copa y sonríe de oreja a oreja. De fondo se ven varios armarios de formica y una cocina eléctrica blanca.

Sean tuvo una infancia sin cariño ni amor, pero no se dio cuenta de ello hasta que conoció a la madre de Catherine.

El padre de Sean era un oficial de la RAF cojo, y su madre, una mujer que rehuía el contacto físico y con un carácter más impredecible que el tiempo británico.

Su triste infancia siempre le había parecido lo normal, al igual que la disciplina férrea de su padre y las críticas constantes de su madre. Y el hecho de que lo enviaran a un internado, como habían hecho anteriormente con su hermano, le pareció una decisión inevitable.

Así pues, su exposición a la gente que su padre definía como «clase trabajadora» se había limitado de forma casi exclusiva a lo que veía en televisión, de modo que se crio con los prejuicios de sus padres, reforzados por algún que otro capítulo de *Coronation Street* y Alf Garnett. Todo muy sórdido, a decir verdad.

En la universidad conoció a gente de todas partes y su percepción del mundo empezó a cambiar. Sin embargo, lo que nunca había experimentado, hasta el día que fue a casa de Catherine, fue lo relajado y plácido que podía ser un hogar cuando la etiqueta y las costumbres sociales más rancias quedaban aparcadas. Qué agradable. Qué divertido. Qué maravilloso.

Y allí, sentado en el sofá desvencijado de Wendy, comiendo patatas fritas, se quedó patidifuso al comprender por primera vez que llevar el

apellido Patrick (algo que la madre de Sean nunca se cansaba de comparar con haber ganado la lotería) también tenía sus inconvenientes.

CINTA N.º 3

Hola, Sean.

Esta, como puedes ver, es una de las pocas fotografías que me quedan de mamá.

Está esperando a que se acaben de hacer las patatas fritas McCain. Si no recuerdo mal, acababan de inventarlas, o quizá era que nosotros acabábamos de descubrirlas, la cuestión es que en la imagen mamá está haciendo uno de sus ensayos clínicos para comprobar qué ocurría si alimentabas a tus hijos únicamente a base de patatas congeladas hechas al horno y *brown sauce*. La respuesta, por sorprendente que parezca, fue «nada extraordinario». El cuerpo humano tiene una capacidad de recuperación asombrosa. Pero, bueno, ya ves cómo estoy ahora. ¿No será que todo esto viene a consecuencia de las patatas que comimos entonces?

Me daba muchísima vergüenza llevarte a nuestra casa porque sabía que tú eras muy pijo.

Tenías ese acento tan dulce del suroeste, pero hablabas de un modo muy distinto a toda la gente que conocía. Por aquel entonces, yo habría dicho que hablabas de un modo muy «distante», claro.

Mi madre te llamaba Sean Leadbetter, por los personajes de Margo y Jerry en *The Good Life*. Creo que nunca llegaste a enterarte.

Lo que te comentaba: yo estaba aterrorizada. Pero me suplicaste que te enseñara dónde vivía y, como solo teníamos ese fin de semana, decidí asumir el riesgo. Y por

increíble que parezca, te gustó.

Hasta que no vi una fotografía de dónde vivían tus padres no fui consciente del golpe que debió de suponer para ti ver nuestra casa de protección oficial.

Teníamos aquel sofá viejo plantado en medio del jardín y, cuando llegamos, mi madre estaba allí sentada, vestida aún con la bata, fumando.

Dentro, Dennis Shelley, el despreciable novio que mamá tenía por entonces, estaba viendo la televisión en calzoncillos.

Pero ella te dio un abrazo, te preguntó si tenías hambre y cuando le contestaste que sí, te dijo que metieras unas patatas en el horno. Otra cosa cuya existencia ignorabas: las patatas congeladas al horno.

De modo que nos sentamos, comimos patatas y bebimos cerveza frente a la tele, y luego te llevé arriba. Recuerdo que te sorprendió que me dejaran subir con un chico y recuerdo que me pregunté por las reglas de las familias pijas. Mi madre nunca me había impedido hacer nada.

Te reíste de mi póster de ABBA y te presenté a Barnie, mi osito de peluche. Puse la radio y nos quedamos en mi diminuta habitación. Me moría de ganas de que me besaras.

Al final me di cuenta de que no ibas a hacerlo y deduje que se debía a otra misteriosa regla de los pijos. Así que te agarré y te planté un morreo en toda la boca, como decíamos entonces. Y, como recordarás, no te resististe.

Ya sé que no habrás olvidado todo esto, pero me gusta recordarlo. Me alegra dejarlo grabado para la *infinidad*. No lo he dicho bien, ¿verdad? *Infinidad*. No, seguro que no es la palabra correcta. En fin. A veces las palabras se te van de la cabeza y por mucho que te esfuerces no puedes recordarlas. Ah, ya sé: *posteridad*. Eso quería decir. ¡No, posteridad! Grabarlo para la posteridad.

La cuestión es que cuando te fuiste, mamá me dijo:

—Es un poco rarito, ¿no?

Le dije que no eras nada rarito.

—Pues espero que no te lo hayas tirado.

Le dije que no lo había hecho.

—Mejor. Porque a los chicos como ese les gusta tener una amiga guarra el fin de semana, pero luego seguro que se casará con una niña pija de Londres. Ya verás.

Supongo que me estaba diciendo que yo era «un poco guarra», pero en aquel momento ni me di cuenta. Solo me preocupaba que tuviera razón en lo otro.



Sean distribuye las patatas en la bandeja, lee las instrucciones del envoltorio, las mete en el horno y pone el temporizador. Lleva toda la semana con antojo de patatas y *brown sauce*, desde que escuchó el mensaje el domingo pasado. Pero ayer, sábado, tuvo por fin la oportunidad de ir a comprarlas y, como ha quedado para comer con April, no ha parado ni un momento en todo el día.

En dos ocasiones ha estado a punto de hablarle de los mensajes. La pobre echa mucho de menos a su madre y los mensajes podrían servirle de consuelo. Pero si April descubre su existencia, querrá saber qué dicen, cada domingo. Y hasta que él no averigüe su contenido, no sabrá si es buena idea. De momento cree que su decisión es la mejor forma de protegerla, aunque no sabe exactamente de qué.

Así pues, ha guardado la caja en el hueco de las escaleras antes de que ella llegara y se han pasado el día caminando por Cambridge. Han paseado por el Cam y han comido en un pub, el Fort St George. Ambos han hecho un gran esfuerzo para consolarse mutuamente, pero a decir verdad Sean se siente aún más solo cuando está con April. Es como si el dolor de su hija exacerbara el suyo.

Ahora que ya ha vuelto a Londres, por fin podrá hacer las patatas y abrir la caja.

Saca el sobre número tres y lo deja sobre el borde de la caja. Prepara el plato, la sal, el vinagre y la botella sin abrir de *brown sauce*, y se hace un té también. Al cabo de veinte minutos, sirve las patatas en la bandeja y se sienta.

—Esto es culpa tuya, Cathy —murmura, mirando la caja mientras se

lleva la primera patata a la boca. Está muy caliente, así que la deja en el plato y coge el casete. Saca la cinta de la semana anterior e introduce la nueva. Lleva todo el día esperando este momento. Lleva toda la semana esperando este momento. Le da la vuelta a la fotografía.

FOTOGRAFÍA N.º 4

Formato: 35 mm, color. La fotografía está arrugada, desgastada. Hay un hombre con el pelo largo tirado en un horrible sofá de cuero. Está fumando un porro. De fondo, una estantería llena de vinilos y un tocadiscos con una cubierta de plástico tintado. Al lado, un altavoz enorme. Alguien ha quitado la membrana y se ven los conos negros.

«¡Guau! ¡Alistair!», piensa Sean.

Alistair fue el primer compañero de piso de Sean cuando dejó la residencia universitaria después del primer curso. Se pasaba el día fumando porros y lo expulsaron de Bellas Artes al final del segundo año, pero tenía tanto dinero que pudo permitirse el lujo de seguir en la residencia para continuar creando sus obras de arte (una serie de pinturas horribles que utilizaban la técnica de la salpicadura) en el desván.

Hacía años que Sean no pensaba en Alistair. Se pregunta en qué estará metido ahora. Seguro que ya no es artista. Lo más probable es que acabara cediendo a los deseos del padre en un momento u otro y que ahora trabaje en un banco o algo parecido.

Al principio trabaron una gran amistad por el simple hecho de que ambos provenían de familias acomodadas y, a pesar de ello, y cada uno por motivos distintos, habían acabado estudiando en la Universidad Politécnica de Wolverhampton.

Alistair decidió matricularse ahí porque sabía que era la mejor forma de disgustar a sus padres. Sean, sin embargo, acabó en esa universidad porque se olvidó de enviar las solicitudes de matrícula de las otras. Se pasaron meses, metidas en los correspondientes sobres y con los sellos ya puestos, en la

guantero del coche de su padre, y cuando se dio cuenta ya era demasiado tarde para Cambridge, demasiado tarde para Oxford, demasiado tarde para cualquier universidad de renombre. De modo que pasó a la lista de espera y, cuando quedó una plaza libre en Wolverhampton, la aceptó de inmediato. A fin de cuentas, tenían una licenciatura de Arquitectura bastante interesante. Y la alternativa, infinitamente menos atractiva, era quedarse un año más en casa de sus padres.

Sean recuerda que se horrorizó al comprobar el estado en que se encontraba la casa que habían de compartir. Alistair la encontró y pagó la sustanciosa fianza, pero ahí acabó su implicación. Nunca asumió su parte de las tareas domésticas, algo que acabó siendo una fuente constante de discordia entre ambos, sobre todo la pila enorme de platos sucios. La mañana en que había de visitarlo Catherine, Sean se pasó tres horas limpiando, pero cuando llegó el momento la casa aún parecía un campo de batalla. Sean no la habría culpado si hubiera dado media vuelta y se hubiera ido, pero no fue así, sino que fingió que le encantaba.

CINTA N.º 4

Hola, Sean.

¿Has visto? Una fotografía de tu casa de estudiante. Y una foto de Alistair también.

Solo habíamos pasado dos días juntos, nuestro fin de semana en Margate, haciendo el loco con tus amigos de la universidad —más que nada, robándonos besos furtivos en el paseo—, pero el lunes tenías que irte. Ya habías reservado el billete de tren y no podías permitirte el lujo de cambiarlo, o eso me dijiste. Al principio creía que te habías cansado de mí. Que estabas utilizando el billete como excusa para huir. Pero luego confesaste que trabajabas a tiempo parcial en una tienda y me di cuenta de que te daba vergüenza decirme la verdad.

Al pensar en esos días, me sorprende que estudiaras en la universidad de Wolverhampton. Creía que alguien de tu clase social y con tu educación habría ido directo a Oxford o Cambridge. Estoy segura de que me explicaste cómo acabaste ahí, pero debo de haberlo olvidado. ¿Quizá no sacaste buenas notas en los exámenes de acceso? Es una opción que me resulta familiar, así que supongo que fue eso. En fin, la cuestión es que por aquel entonces la palabra Wolverhampton no significaba nada para mí. Me producía la misma emoción ir a verte allí que ir a París o Nueva York. Nunca había viajado a ningún lado. Bueno, miento, había ido a Londres un par de veces, pero en excursiones del colegio al Museo de Ciencias o algo así. Creo que también fui una vez con mamá a las rebajas de

enero, pero eso fue siendo yo muy pequeña. Lo único que recuerdo es que tomamos un taxi negro para llegar a la estación porque se nos había hecho tarde. Me pareció muy emocionante.

Para mí, Wolverhampton era un lugar muy exótico.

Mi madre no se lo podía creer. «¿Por qué narices quieres ir ahí?», preguntó.

«Es por ese Sean —dijo Dennis el Apestoso—. Le gusta, hijo».

Los billetes de tren costaban una pequeña fortuna y no era fácil trazar el itinerario (tenías que cruzar Londres en metro), así que al final compré un billete de autobús. No recuerdo cuánto duró el viaje, pero sí sé que se me hizo eterno.

Cuando el autobús entró en Wolverhampton, me llevé una pequeña decepción, la verdad. No te lo dije, pero era un día gris, llovía y las afueras eran un lugar triste e inhóspito, un desierto industrial. Recuerdo que vi fábricas medio derruidas. Creo que fue en los años del gobierno de Thatcher cuando murió la industria de la zona.

De modo que, a pesar de venir de Margate, todo me pareció muy pobre, gris y sucio.

Viniste a recogerme a la estación de autobuses y me llevaste a tomar una copa de vino. Kipps, creo que se llamaba el local, pero a lo mejor me equivoco. Era un lugar oscuro, cavernoso, y las mesas estaban pegajosas.

Después de tomar el vino y compartir un plato de patatas con queso, cruzamos la ciudad dando un paseo para llegar a tu casa. Recuerdo que me llevaste la bolsa y que no parabas de hablar con ese tono amable y atento tan típico de ti. Me contaste que el fin de semana habías ido a una fiesta, y me hablaste del grupo que fue a tocar a la asociación de estudiantes. Ya no recuerdo cuál era, pero sé que nunca había oído hablar de ellos, y mientras cruzábamos el paso subterráneo para sortear una gran rotonda, me cantaste su canción más conocida. Estabas convencido de que debía de conocerla, pero no era así.

Había pasado demasiados años cantando temas de ABBA y Bucks Fizz para conocer grupos como ese.

Creo que ese fue el momento en que me enamoré de ti. Ya me gustabas mucho, pero cuando te pusiste a cantar, me enamoré como una tonta. Siempre has tenido una voz muy bonita, pero cuando cantabas el corazón me latía con fuerza, y lo hacías a menudo. Me pregunto cuándo dejaste de hacerlo y por qué. Supongo que es algo normal a medida que te haces mayor.

Cuando llegamos a tu piso, la música sonaba a toda pastilla. Es gracioso que recuerde este dato: Alistair había puesto un disco de The Pretenders. Era ese en el que aparece Chrissie Hynde en la portada con una chaqueta de cuero rojo. La canción que sonaba cuando abriste la puerta era «Kid».

Yo la había oído en la radio, pero nunca le había prestado demasiada atención al grupo y, desde luego, no los había escuchado en un equipo de alta fidelidad como el que tenía Alistair.

Ese recuerdo, entrar en el caótico recibidor, ver a Alistair lanzando vaharadas de humo, lo conservo tan claro en la memoria como si lo hubiera vivido ayer mismo.

Le pediste que bajara la música, tuviste que hacerlo a gritos para que te oyera, y él te preguntó: «¿Por qué?». No tenía intención de bajarla, de modo que, para evitar una discusión, te dije que no me importaba. Te dije que me gustaba y, en cierto sentido, era así.

Ese fin de semana fue muy... denso..., imagino que dirías tú, en nuevas experiencias. Alistair me puso The Pretenders, Patti Smith y Yazoo. Fumé mi primer porro y vomité discretamente en ese baño mohoso que teníais en la planta baja. Conocí a gente más interesante en esos tres días que en Margate a lo largo de todo un año. Pero lo que más recuerdo de todo son las conversaciones.

Supongo que si lo miro en perspectiva, la conclusión más obvia es que erais todos un poco engreídos, pero, por aquel entonces, el hecho de quedarnos hasta las cuatro de

la madrugada discutiendo sobre la existencia de Dios supuso toda una revelación para mí. Pensarás que exagero, pero en mi casa las conversaciones no iban más allá de si Tracey Furlong estaba preñada y quién podía ser el padre.

Al principio fue duro porque me di cuenta de que no encajaba. No estaba acostumbrada a ese tipo de conversaciones y no tenía nada que aportar. Por eso me quedaba sentada en silencio, escuchando lo que decíais todos.

Tu amiga Theresa comentó que se me daba muy bien escuchar. «Todo el mundo sabe hablar —dijo—, pero la gente más inteligente prefiere escuchar». Eso me gustó. Me dio una identidad, una especie de camuflaje, para poder quedarme sentada, sin perder ripio, y no sentirme juzgada por no decir nada. Lo malo es que, cuanto más os escuchaba, más me daba cuenta de que tampoco encajaba en mi casa. Cuando volví fue un auténtico trauma. De pronto me sentía desubicada, todas esas charlas insustanciales que oía a mi alrededor solo me provocaban desdén.

El domingo por la noche, me llevaste al bar estudiantil y bailamos. Pinchaban música rara, temas que nunca sonaban en las discotecas de Margate. Era todo Lloyd Cole, The Smiths y The Cure, y yo tenía que mirar a mi alrededor, a las demás chicas, para saber cómo tenía que bailar. En realidad, no bailaban. Se limitaban a balancear los brazos adelante y atrás, y a arrastrar los pies. En comparación con aquello, lo de Margate era *Fiebre del sábado noche*.

Como era de esperar, cuando nos fuimos estábamos borrachos. Tú habías bebido tanto que te tumbaste en el centro de la rotonda y tuve que tirarte de los brazos para que te levantas de nuevo, pero entonces fuiste tú quien tiró mí, me caí sobre ti y nos enrollamos allí mismo, en mitad de la rotonda.

A la mañana siguiente lo hicimos por primera vez, e incluso eso fue distinto a todas mis experiencias anteriores.

Me había acostado con cinco chicos antes de hacerlo contigo (otra cosa que tampoco sabías), pero todos buscaban lo mismo: correrse cuanto antes y a otra cosa. Pero, como siempre, tú me convertiste en la protagonista del momento. Cuando acabaste, yo me había corrido... ¡Me había corrido de verdad! Antes también lo había logrado por mi cuenta, pero no con ninguno de los chicos con los que me había acostado hasta entonces. Recuerdo que en el autobús de vuelta a casa pensé que, como decía mi madre, eras un buen partido y no podía dejarte escapar.



Pasa otra semana. Si se esfuerza de verdad, Sean es capaz de sentir una pizca de orgullo por el hecho de que está sobreviviendo, de que es capaz de seguir adelante: se ocupa de la colada, plancha la ropa, va a trabajar todos los días. De momento, no puede hacer mucho más. Su situación le recuerda a menudo a esa película de Tom Hanks en la que el actor se pasa el día esperando a ver qué le traerá la marea.

Se siente en un estado de suspensión, esperando el regreso de Catherine. Esa idea, el hecho de que no va a volver, es una de las más dolorosas, de las que más le cuesta asimilar; no deja de sorprenderse, a pesar de que sabe que es ridículo, cada vez que llega a casa y descubre que no está ahí.

El lunes no puede concentrarse en el trabajo. Se queda sentado, mirando fijamente la pantalla del ordenador, con la cabeza perdida en los años ochenta.

Las grabaciones le recuerdan lo que sentía de joven: lo emocionante, divertido y estresante que era todo entonces. Por algún motivo había olvidado que todos esos recuerdos pertenecían a su propia vida, que era experiencias que había vivido en carne propia, no eran meras historias que había leído en algún lado.

El miércoles por la noche rompe a llorar en el trayecto de vuelta a casa y tiene que detenerse en la cuneta hasta que vuelve a ver bien. Permanece sentado, con las manos al volante, mientras intenta averiguar el motivo de las lágrimas. Cuando levanta la mirada y ve la rotonda cubierta de césped se da cuenta de que estaba recordando la noche que se besó allí con Catherine.

Una vez más, le cuesta creer que el chico de ese recuerdo fuera él y no

entiende ese salto que se ha producido en el continuo de su vida, entre el chico que fue y el hombre de americana gris que conduce un Astra y está llorando en el arcén. Se pregunta por qué sus recuerdos parecen la historia sacada de un libro o una película que vio en el pasado. ¿Por qué le cuesta tanto sentir el vínculo que une a ese Sean que se emborrachaba, que besaba, que follaba, que cantaba... y el de ahora?

Quizá se siente más cerca del Sean que era antes de conocer a Catherine, lo cual tiene su lógica. Esas sensaciones adolescentes de miedo y soledad, de incertidumbre ante el futuro, lo asaltan de nuevo.

En un intento por intentar averiguar quién es él ahora que Catherine ya no está, Sean recae en viejas costumbres, en algunos casos, muy viejas costumbres. Es como si tuviera que recordar que experimentó un cambio al conocerla, que ya existía antes de que sus caminos se cruzaran.

De modo que ha vuelto a comprar patatas congeladas y bebe cerveza en lata. De vez en cuando cae algún cigarrillo (después de no probar el tabaco durante veinte años) y se pasa los fines de semana haciendo el vago en chándal hasta la hora de comer. El viernes por la tarde sale un poco antes del trabajo y pasa por una tienda de equipos de alta fidelidad que hay en Hills Road.

Le ha estado dando vueltas a lo que le ha dicho Catherine, que ya no canta. Intenta recordar cuándo y por qué dejó de hacerlo, y se da cuenta de que tampoco escucha música. Este paréntesis musical empezó a mediados de la década de 2000, lo cual tiene sentido, porque es cuando convirtió todos sus CD a archivos mp3 antes de guardarlos en el desván con sus discos. Quizá no es de extrañar que dejara de escuchar discos cuando estos se desmaterializaron.

Y ahora es domingo por la mañana y acaba de conectar el nuevo plato a los altavoces con sonido envolvente del televisor. Ni siquiera tiene un amplificador en condiciones.

Abre la trampilla del desván y despliega la escalera. Sube y se pone a hurgar entre las cajas hasta que encuentra la de los vinilos.

Examina los discos, uno a uno, y cada cubierta provoca una avalancha de recuerdos. Al final elige *Animals* de Pink Floyd; el disco está tan sucio que tiene que limpiarlo en el grifo antes de ponerlo.

Baja la aguja, que empieza a deslizarse por el surco, y él se sienta en el sofá con el sobre número cuatro en una mano y un Marlboro Light en la otra. Escuchará la primera cara y luego reproducirá el mensaje de Catherine.

FOTOGRAFÍA N.º 5

Formato: Kodak Disc, color. Una imagen granulada, de baja calidad y descolorida. Una mujer muy joven con una permanente encrespada posa en el paseo marítimo de Margate. Un hombre que lleva Dr. Martens, vaqueros desteñidos y una cazadora bomber verde del ejército estadounidense le rodea los hombros con un brazo. Señala con el dedo a la persona que está haciendo la fotografía, con un gesto a medio camino entre la sonrisa y la mueca despectiva. De fondo, los restos del muelle de Margate, más nítidos que los protagonistas.

Mientras escucha Pink Floyd, Sean examina la fotografía, pero tiene la mente en blanco. Catherine le parece muy joven y no está muy seguro de haberla visto con permanente. No recuerda el día que se tomó la foto y no tiene la menor idea de quién es el rapado. Al final, lo vence la curiosidad, se levanta, para la música y pulsa el botón de *play* del dictáfono.

CINTA N.º 5

Hola, Sean.

Aquí me tienes otra vez. Hoy conocerás a Phil.

Como te expliqué en la primera cinta, el objetivo de todo esto no es, para nada, consagrar los recuerdos que conservas de mí, sino crear un registro realista de mi vida, sin omitir los defectos. Confío en que esto te ayude a no aferrarte a la imagen idealizada que puedas tener de mí y que sigas adelante, como se suele decir. Pero ello también significa que no todo será un camino de rosas, de modo que si necesitas un trago antes de escuchar el resto de esta cinta, tú mismo.

Este es Phil. Coincidisteis una vez, pero dudo que te acuerdes de él. Estábamos caminando por el paseo marítimo, íbamos a recoger a April, que debía de tener unos tres años, a casa de mi madre. De repente un tipo que iba en moto se paró para saludarme. Le dije que eras mi marido y se fue sin decir nada más. No creo ni que llegaras a verle la cara. Si mal no recuerdo, me preguntaste quién era y yo te dije que solo era «un amigo de la escuela». Pero te mentí, así que perdona.

Lo cierto es que, cuando te conocí, yo estaba saliendo con Phil. Es más, la mañana que nos conocimos en Dreamland, yo había dormido en el piso de Phil, en su cama.

Quizá te parezca algo horrible y cruel, pero él dejó de ser alguien importante para mí desde el momento en que te conocí. Era un borracho, un vago que vivía de las ayudas

que no merecía y de la venta de artículos pirata que le conseguía un conocido. Por aquel entonces, no te puedes ni imaginar la de cosas que se caían de los camiones en Margate.

Me gustaría ofrecerte una lista de todos los motivos por los que salía con Phil, pero lo cierto es que no tengo ni idea. Me gustaría poder decirte que tenía sus cosas buenas, pero me temo que no es verdad.

Era, como ya te he dicho, un borracho, un ladrón y un fumador empedernido. Supongo que el sexo no estaba mal, aunque seguramente se debía a que yo no tenía mucho con que comparar. Pero era sexo salvaje, y por entonces me gustaba, o al menos así lo creía yo. En comparación con Phil, eras tan absolutamente maravilloso en todos los sentidos, que me cuesta horrores comprender qué hacía con él. Solo se me ocurre que era una versión más joven de los hombres con los que salía mi madre. Así pues, era el único tipo de hombre que conocía.

Solo vi a Phil una vez más después de que te fueras ese lunes. Pasé una noche con él, únicamente para confirmar mis sospechas. Comimos *fish and chips*, echamos un polvo de despedida y luego, si no recuerdo mal, provoqué una discusión. Entonces me fui, encantada y satisfecha conmigo misma. Solo tenía dieciocho años. Perdóname, por favor.



Sean pasa la semana reconcomido por los celos. Es consciente de que no tiene sentido estar celoso del exnovio de hace treinta y cinco años de tu mujer fallecida, pero no puede evitarlo. Es una suerte que Catherine no le haya dicho el apellido de Phil, porque de lo contrario habría tenido la tentación de ir a buscarlo.

El jueves, a la hora del almuerzo, Sean acepta una invitación para ir a comer al pub con tres colegas de Nichols-Wallace. Es el primer acto social al que acude desde la muerte de Catherine y en el que el tema principal de conversación no es «cómo lo lleva», lo cual supone un alivio enorme, y

durante una hora casi puede olvidar que su vida fuera de esas cuatro paredes se ha detenido.

Están apurando las bebidas cuando Jenny, la secretaria de la empresa, le pregunta qué planes tiene para el fin de semana.

—No gran cosa —dice Sean.

Jenny lo mira, asiente con un gesto leve y esboza una sonrisa de comprensión. Una sensación de inmensa tristeza se apodera de Sean. «Nunca volveré a tener planes», piensa dramáticamente.

—¿Por qué no sales con Mike y conmigo? —pregunta ella—. Vamos a ir a un restaurante de Bourn a comer curri. Dicen que es fantástico.

Sean empieza a sentirse avergonzado. Se da cuenta de lo que está haciendo Jenny. Imagina perfectamente la imagen que tiene de él. Porque aunque Catherine y ella habían salido a cenar con Jenny y Mike en el pasado, sin su mujer es algo distinto, se convierte en un gesto de amabilidad, un acto de sacrificio. Se estremece solo de pensarlo.

—Ya, gracias —contesta Sean—. Pero este fin de semana no puede ser. Tengo... Tengo que hacer un par de cosas en casa. Pero gracias. Bueno, debo volver a la oficina y acabar esos malditos balcones.

Jenny asiente y dirige una mirada de complicidad a Steve y Jim.

—Deberías salir —dice Jim—. Te vendrá bien.

—Sí —añade Steve—. Pienso lo mismo.

—Esta vez no —insiste Sean, que se levanta tan rápido que casi derriba la mesa—. Nos vemos en la oficina.

«¡Idiota! —se riñe a sí mismo mientras cruza el aparcamiento—. ¿Tan difícil es salir a cenar curri con Jenny y Mike?»

Sin embargo, a pesar de sus intentos para convencerse a sí mismo, el mero hecho de imaginarse sentado frente a Jenny, que lo mirará con cara de preocupación, y frente a su amigo Mike le resulta insoportablemente doloroso.

De modo que no, no irá a cenar con ellos, ni con ninguna de las otras parejas que conoce. Beberá las latas de cerveza solo en casa. Escuchará sus discos solo. Y esperará a que llegue el domingo para abrir el maldito sobre de turno.

FOTOGRAFÍA N.º 6

Impresión de Google Street View. La imagen, en el centro de una hoja A4 por lo demás vacía, muestra un pub llamado Dog and Doublet.

CINTA N.º 6

Hola, Sean.

Creo que nunca nos hicimos una foto en Kipps, el bar donde fuimos a tomar una copa de vino, por eso le pedí a Maggie que me ayudara. Por desgracia, esto es lo único que consiguió.

Por cierto, no te preocupes: Maggie no sabe nada del contenido de estas cintas. Lo que tú cuentes, y a quién se lo cuentes, depende solo de ti. Si sientes la necesidad de compartirlo, adelante. Como estoy muerta, no me opondré.

Así que ya ves, el Kipps que conocimos tú y yo se ha convertido en The Dog and Doublet. O al menos eso me han dicho. Estoy casi segura de que también han reformado la fachada, porque no la recuerdo así. Espero que sea el lugar correcto. Aunque tengo la ligera sospecha de que Maggie se ha equivocado.

En fin, es importante porque se supone que esta foto muestra el Kipps, donde tú y yo hemos pasado algunas de nuestras mejores noches. Y es también el lugar donde te dije que estaba embarazada.

Me había pasado tres semanas discutiendo con mi madre: ella quería que abortara y, de hecho, por poco se sale con la suya. Estaba a punto de convencerme de que era la única opción sensata. A fin de cuentas, yo solo tenía dieciocho años. Era demasiado joven para ser madre. Tenía toda la vida por delante y bla, bla, bla.

Pero, en lo que a mí respecta, el principal motivo era que no sabía quién era el padre.

A pesar de que nunca te lo dije, supongo que no te sorprenderá del todo. Creo que algo ya imaginabas.

A lo que iba: esa noche fuimos al Kipps y pedimos las bebidas. Yo necesitaba un buen trago para decir lo que quería decir. Me aterraba la posibilidad de que me dejaras allí mismo. Me imaginaba a mí misma durmiendo en un banco de la estación de autobuses para tomar el primero que me llevara a Margate el día siguiente. Tenía tanto miedo que apenas podía respirar.

Tú te diste cuenta de que algo no iba bien y me preguntaste qué me pasaba. Por entonces yo ya me había tomado un par de pintas de Tennent's y te solté:

—Estoy embarazada.

Iba a decirte que podía ser hijo de Phil, de verdad. Era lo siguiente que quería decirte. Sin embargo, lo único que pude balbucear fue:

—Pero resulta que...

Tu rostro se transformó en una enorme sonrisa. No era, en absoluto, la reacción que esperaba.

—¿Qué? —te pregunté. Creía que estabas a punto de reírte de mí.

—No lo sé —dijiste—. Es increíble. ¡Es fantástico!

Por eso fui incapaz de contártelo. Me prometí a mí misma que te lo confiaría a la mañana siguiente, o al menos antes de que me fuera.

Sin embargo, en lugar de eso, te pregunté si te parecía que debía tenerlo. Yo creía que me ibas a decir «¿por qué no?», en cuyo caso podría explicarte que las cosas no eran tan sencillas como parecían.

Pero tu respuesta fue:

—¡Claro! ¡Claro que debes seguir adelante! ¡Vamos a tener un hijo!

Te inclinaste sobre la mesa, me besaste y tiraste tu pinta de cerveza.

Me dejaste empapada, pero nos quedamos en el bar y me pasé la noche poniendo objeciones. ¿Dónde iba a vivir? ¿De qué iba a vivir? Y tú estabas cada vez más y más

borracho, más y más feliz.

—Me da igual —decías—. No me importa nada de eso. Ya pensaremos en algo.

A la mañana siguiente me desperté con una resaca de mil demonios. Me quedé en la cama un buen rato, pensando en cómo iba a darte la mala noticia.

Pero cuando bajé, Alistair, Theresa (que acababa de trasladarse) y tú estabais celebrando una de las «reuniones de casa».

Me comunicaste que lo habíais decidido todo. Podía quedarme. Íbamos a vivir juntos. Alistair y Theresa estaban de acuerdo.

—Será como una comuna —dijo Alistair. Theresa dijo que se moría de ganas de hacer de canguro.

Nunca me había pasado algo tan emocionante, por eso no abrí la boca.

Llamé a mi madre desde la cabina que había al final de la calle y le di la noticia. Le dije que no iba a acudir a la cita que tenía en la clínica de interrupción del embarazo y que tampoco iba a volver a casa.

Se enfadó y se puso a gritarme, de modo que al final tuve que colgarle.

Creo que nunca me lo perdonó, al menos hasta que conoció a April.

Seguro que no te ha resultado nada fácil escuchar todo esto. Así que te pido disculpas. Pero, prepárate, porque me temo que aún te quedan unas cuantas sorpresas más.



El sábado siguiente, Sean decide llamar a Maggie, que le ha dejado tres mensajes en el buzón de voz en las últimas cuarenta y ocho horas. Está convencido de que si no habla pronto con ella, no tardará en presentarse en la puerta de su casa.

Como tiene la casa hecha un desastre, el congelador está vacío otra vez y es incapaz de reunir la energía necesaria para remediar ninguna de las dos

cosas, no le apetece mucho verla.

Lo cierto es que desde que escuchó la cinta del pasado domingo está más triste de lo habitual. Algunas personas incluso considerarían que está deprimido.

En los últimos días solo ha tenido dudas sobre su paternidad de April en una o dos ocasiones. El sentido común le dice que, en realidad, se trata de una cuestión irrelevante, ya que la ha criado desde que nació. La quiere y eso es lo único que importa. Siempre la ha querido y nada de lo que pueda enterarse cambiará eso. Sin embargo... Sin embargo... ¿No se sentía más cómodo cuando creía que era su padre biológico? A pesar de que en ocasiones le había asaltado alguna duda al respecto, había tomado la firme decisión de creer que lo era, por el simple motivo de que cualquier otra opción le resultaba insoportable.

Pero ahora, a menos que se haga pruebas de ADN, nunca lo sabrá. Y ¿qué sentido tendría someterse a unas pruebas de este tipo a estas alturas? ¿Qué ventajas le ofrecería el hecho de saberlo? La única ventaja sería que no tendría que volver a pensar en ello.

De modo que ahora también está enfadado con Catherine. No por lo que pudiera haber hecho o no a los dieciocho años, sino por no habérselo contado entonces y, también, sin duda, por contárselo ahora. Le parece una decisión cobarde. Sí, esperar a decírselo cuando ya no está ahí para escuchar cómo se siente él es de cobardes.

—Ah —exclama Maggie, cuando por fin la llama—. ¡Pero si estás vivo!

—Sí —dice Sean, fingiendo optimismo—. ¡Estoy vivo! ¿Qué tal estás?

—Bueno, ya sabes —contesta Maggie.

—Pues no, no lo sé, por eso pregunto.

—Hemos dedicado los últimos días a intentar decidir adónde vamos a ir de vacaciones este verano —explica Maggie—. Pero, por lo visto, tenemos que discutir hasta de esto.

Sean cree que cuanto más hablen de Maggie y Dave, menos tendrá que hablar de sí mismo, y por eso pregunta:

—¿Qué opciones barajáis?

—Bueno, yo quiero ir a Portugal.

—Está muy bien. ¿Qué tiene de malo?

—¡Exacto! Quizá debería ir contigo.

—Pero ¿qué motivos da Dave para oponerse? —pregunta Sean, que prefiere no hacer caso de su comentario.

—Dice que el agua está muy fría. Porque es el Atlántico o qué sé yo. Dice que hará muchísimo calor en la playa, pero que no podremos mojarnos ni un dedo sin sufrir un infarto.

—Ah, ya veo. Bueno, a lo mejor tiene un poco de razón. ¿Cuándo queríais ir?

—En junio o julio.

—Entonces sí... El agua estará helada.

—Que os den a los dos —replica Maggie—. El viaje es muy barato y el hotel es precioso. Además, tiene piscina. No quiero gastarme mil libras en ir a Bali.

—Ah, eso ya es una propuesta muy distinta —comenta Sean.

—Y que lo digas.

—¡Muy bonito! He oído que Bali es maravilloso.

—Sí, pero hay que invertir un día en el viaje de ida y otro a la vuelta, y se pasa de nuestro presupuesto.

—¿Y una opción a medio camino? —propone Sean.

—A lo mejor —responde Maggie, que duda—. ¿Eso dónde quedaría? Se me da fatal la geografía.

—Hm, supongo que Israel —dice Sean—. O Arabia Saudí. ¿Dubái, quizá?

—Ah, fantástico —exclama Maggie con sarcasmo—. Llevaré mi burka a la tintorería.

—Pues Israel está bastante de moda —asegura Sean—, por sorprendente que parezca. Un par de compañeros de la oficina han ido hace poco. Y no tienes que llevar burka.

—Sabes que me he pasado todo el invierno recaudando fondos para los pobres palestinos, ¿verdad? —dice Maggie.

—Ah, claro. Lo siento, se me había olvidado. ¿Y Egipto? Está un poco más cerca. O Grecia. O Turquía.

—Ahora que lo dices, Turquía podría estar bien. Debe de ser un destino barato, ¿no? Me parece que, después de lo que me pasó la última vez en Grecia, no volveré ahí.

—Ah, no. Lo siento. Me había olvidado de tus peripecias griegas.

—Pues yo no. ¿Crees que en Turquía el mar estará un poco más caliente?

—¿Más que en Portugal? Eso seguro. Está en el Mediterráneo, ¿no?

—Genial, pues cuando el señorito se calme un poco, se lo propondré. A

menos que quieras acompañarme tú. ¿Qué me dices? ¿Nos vamos a Portugal?

—Esto... Creo que no le haría ningún bien a tu relación con Dave — dice Sean.

Maggie lanza un suspiro.

—Ya, tienes razón. Bueno, ¿qué tal estás tú?

—Estoy bien.

—Últimamente no te vemos el pelo.

—¿No?

—No. ¿Todavía no tienes... ya sabes... ganas de socializar?

—Supongo que no.

—Te daré un par de semanas más de descanso, pero luego vendremos y te secuestraremos para salir una noche. No puedes quedarte el resto de tu vida sentado en casa.

Sean hace una mueca mientras mira el teléfono.

—No me paso el día sentado en casa, sino en el trabajo. Pero ya te avisaré cuando me apetezca que me secuestren, ¿vale?

—¿Ya has acabado con la caja?

—¿De las grabaciones de Catherine?

—Sí.

—No, tengo que escuchar una por semana, ya te lo dije.

—Ah, sí, es verdad. Claro. ¿Cuántas hay?

—Veintinueve.

—¿Veintinueve semanas? Caray, eso es...

—Casi siete meses. Sí.

—Espero que estén bien. Quiero decir, que te hagan bien. Porque, no sé, me preocupa que no sean lo más adecuado para alguien en tu estado.

Sean olvida momentáneamente que está hablando por teléfono y que Maggie no puede verlo, y se encoge de hombros.

—No sé —balucea—. Algunas son un poco... De hecho, mira, lo siento, Mags, pero no me apetece hablar del tema ahora.

—Claro, claro, lo entiendo —dice Maggie—. Pero recuerda que... Mira, me duele decirlo, pero Catherine se ha ido.

—Ya lo sé.

—Quiero decir que ahora tú decides. Puedes escucharlas al ritmo que prefieras. Haz lo que te vaya mejor.

—Vale —responde Sean, algo molesto. Tiene la sensación de que Maggie le está faltando al respeto a su mujer muerta y no le gusta—. Oye,

llaman a la puerta —le miente—. Creo que es el cartero. Tengo que dejarte.

—De acuerdo. Cuídate. Y ten presente que te queremos, ¿vale?

—Gracias —dice Sean—. Adiós, Mags.

Cuelga y suelta un resoplido.

—Bueno, una cosa menos —murmura.

Se hace una taza de café, se sienta y mira la caja de sobres. Piensa en lo que le ha dicho Maggie y se permite preguntarse si está haciendo lo adecuado.

Porque ella tiene razón, claro. Catherine ya no está. Y él es el único que puede decidir lo que más le conviene.

El problema es que no sabe qué es lo que más le conviene. Aunque no puede negar que le atrae la idea de sentarse un día y devorar las cintas una detrás de otra, sacárselo todo de encima, la imagen de ese montón de sobres abiertos, le aterra pensar que cuando lo haga se acabará la ilusión y ya no quedarán sorpresas que temer.

En cierto sentido, escuchar esos casetes es una forma de mantener a Catherine con vida. Mientras su mujer siga siendo una persona impredecible, mientras él no sepa qué es lo que va a decirle, es, en cierto modo, como si no hubiera dejado de existir.

Y, a falta de una idea mejor, decide que, de momento, seguirá adelante con el plan previsto.

FOTOGRAFÍA N.º 7

Formato: 35 mm, color. Una mujer tras el mostrador de una tienda. Su rostro aparece enmarcado por los diversos productos que abarrotan el establecimiento: un estante lleno de paquetes de colores de chicles a la derecha, y otro con piruletas y barritas de chocolate a la izquierda. Tras ella hay una nevera repleta de latas de cerveza y, al lado, un estante lleno de paquetes de cigarrillos.

Sean examina la fotografía y recuerda el olor del lugar: a almizcle y especias. Es la tienda de barrio en la que trabajó. Su primer trabajo a tiempo parcial. Y también es el lugar donde trabajó Catherine, que en la foto aparece tras el mostrador, cuando él volvió a la universidad. En la fotografía aparece joven, emocionada, y está guapísima.

Es una foto muy buena, pero Sean no recuerda cuándo se hizo. De hecho, cree que es la primera vez que la ve. Examina los productos de la tienda y recuerda el sabor de la Tennent's Extra y la sensación de los caramelos de tofe que se derretían en la boca.

CINTA N.º 7

Hoy no me encuentro muy bien. Es el tercer intento que hago de grabar una cinta. Espero que sea el bueno.

Aquí tenemos la «tienda paki», aunque ahora ya nadie las llama así, por suerte.

Sorprende bastante la naturalidad con que usábamos esa expresión por entonces. «Voy un momento al paki». Horrible, ¿verdad?

Una vez incluso oí que Bilal, el hijo del dueño, la llamaba así también. Pero supongo que al ser él no pasa nada. Es como cuando los homosexuales se apropian de la palabra «maricón».

La tienda es el motivo que te hizo volver a Wolverhampton el fin de semana en que nos conocimos, aunque te daba vergüenza decírmelo. Menuda tontería, ¿eh? Como si yo, de entre todas las personas, fuera a juzgarte por algo así. Pero supongo que por entonces no podías saberlo.

Tus padres se habían enfadado contigo y habían dejado de pagarte la matrícula de la universidad, si no recuerdo mal, por eso tuviste que buscarte empleos como ese. También trabajaste repartiendo periódicos y llenando sobres. Pero volvamos a la tienda de Salman, porque es de lo que quería hablarte hoy. Quiero explicarte por qué me caía tan bien Theresa.

Cuando volviste a clase en septiembre, me quedé con tu puesto. ¿Recuerdas lo contenta que estaba de trabajar allí? Me acogisteis en vuestra casa sin tener que pagar

nada, pero yo estaba muy orgullosa de ganar dinero y de poder llevar la cena de vez en cuando.

Salman siempre se portó de fábula conmigo. ¿Recuerdas que me daba todos los productos que ya habían caducado? Os alimentaba a todos con sándwiches de atún y pasteles de frutas pasados, y cajas de bombones que se habían estropeado por culpa del calor del verano. Pero no fue todo tan bonito.

¿Te has fijado en lo que he hecho?

En fin, la cuestión es que Bilal, el hijo mayor de Salman, era asqueroso. Se arribaba a mí cuando estaba tras el mostrador. Siempre encontraba una excusa para restregarme el paquete, incluso cuando yo estaba atendiendo a alguien y no podía decir nada. Notaba su erección contra mi trasero cuando intentaba coger las pilas o los encendedores que estaban en el estante que había sobre el mostrador. Con el tiempo también empezó a decirme obscenidades. Me pedía que se la chupara. «¿Cuánto? —me preguntaba una y otra vez—. ¿Cuánto por una mamada en el almacén? ¿Cinco? ¿Diez?».

Yo sabía que se había criado en Pakistán y que le costaba comprender que una mujer maquillada y con falda no era una prostituta, así que procuré ignorarlo. «Más de lo que puedes permitirte», le decía, convencida de que si le tomaba el pelo lograría mantenerlo a raya.

Pero la cosa fue a más y yo empecé a tener miedo de que intentara hacerme algo, sobre todo cuando trabajaba de noche y estaba oscuro.

Hoy en día lo habría grabado con el móvil y lo habría denunciado por acoso sexual, pero estábamos en los ochenta y vivíamos en Wolverhampton. Y necesitábamos tanto ese dinero...

Estuve a punto de contártelo un par de veces, pero tenía miedo de que lo mataras y acabaras en la cárcel. De verdad. De verdad creía que podía llegar a suceder.

Al final, se lo conté a Theresa y fue increíble.

Una tarde, cuando volví a casa, estábamos solas.

Alistair había salido a comprar hachís, supongo, y tú aún no habías vuelto de la universidad.

Theresa me preguntó, medio en broma, cómo me iba con Bilal. Me dijo que le parecía mono, algo que, desde un punto puramente físico, supongo que no era muy descabellado. Vestía bien, tenía un cutis perfecto y era musculoso; tenía la tez aceitunada y el pelo negro azabache. Pero digamos que fue la peor pregunta posible, en el peor momento. Yo había empezado a tener las primeras náuseas matutinas y estaba siempre cansada, incluso antes de que Bilal empezara a acosarme. De modo que rompí a llorar en cuanto oí la pregunta.

Theresa se puso hecha una furia. Me dejó llorar y luego me acompañó a la tienda. Como recordarás, era una feminista en toda regla. Dedicaba su tiempo libre a cortar carreteras con las mujeres de Greenham Common para que no pasaran los convoyes de misiles, y no le tenía ningún miedo a Bilal.

—Quiero hablar contigo —le dijo en cuanto entramos en la tienda. Había tres o cuatro personas esperando para pagar, pero no le importó—. Quiero saber por qué acosas a mi amiga.

—Yo no acoso a nadie —replicó Bilal, que siguió atendiendo a los clientes.

—¡Sí que la has acosado! —gritó Theresa—. Le has restregado el pene contra el trasero y has intentado forzarla a que te practicara sexo oral.

Hablaba como la abogada de una serie de televisión que interrogaba al acusado.

Los clientes se quedaron tan horrorizados como yo. Una mujer que estaba con un niño murmuró un reproche y se fue de inmediato.

—¡Tu empleada está casada! —dijo Theresa, algo que aún no era verdad—. ¡Y también está embarazada!

Bilal se quedó mudo. No sabía a dónde mirar, por lo que decidió seguir atendiendo a la gente.

—Como vuelvas a decirle algo inapropiado, lo

lamentarás porque, uno: se lo contaré a su marido, que es un tipo fuerte de mal carácter. Y dos: convocaré a cincuenta mujeres del Sindicato de Estudiantes para que se manifiesten frente a tu tienda con pancartas, y lo haremos hasta que lo hayan publicado todos los periódicos y todo el mundo sepa que eres un perverso. Y tres: llamaré a la policía para que te detengan. Soy estudiante de Derecho, por cierto, así que sé lo que me digo.

Tendrías que haberla visto, Sean, temblaba de pies a cabeza, hasta la punta de su melena teñida de henna. Estaba fuera de sí. Recuerdo que pensé que llegaría a ser una gran abogada defensora de los derechos humanos, y tenía razón, claro.

La tienda se había quedado vacía y Bilal no sabía qué decir ni qué hacer, de modo que se limitó a agachar la mirada.

—¿Te ha quedado claro? —le preguntó Theresa. Como no contestó, ella insistió—: ¿TE HA QUEDADO CLARO, Bilal?

—Sí —murmuró él.

—Venga —dijo agarrándome de la mano—. Nos vamos.

Cuando llegamos a la puerta, Bilal murmuró:

—Putas lesbianas.

Theresa se volvió.

—¿Qué has dicho? —le preguntó.

—Nada —respondió él.

—Ya me parecía. Pero que sepas que sí, que soy lesbiana, y harías bien en tener miedo, porque las lesbianas somos una hermandad y estamos locas, somos malas y peligrosas. Ah, y una cosa más, Bilal: ni se te ocurra despedirla por esto, ¿vale? Porque la legislación sobre trabajadores irregulares es muy estricta y acabarás en la cárcel. Y esos hombres fortachones de la cárcel seguro que sabrán qué hacer con un chico tan guapo como tú. Te aseguro que tu trasero no saldría indemne.

En el camino de vuelta a casa, me rodeó con un brazo

para que dejara de temblar.

—¿Es verdad? —le pregunté al final.

—¿El qué? ¿Que soy lesbiana? No. Pero prefiero no definirme —dijo—. No me gusta someterme a los estereotipos sexuales de los demás.

—No, me refería a lo de la cárcel.

—Ah, no tengo ni idea, la verdad —contestó Theresa—. Aún no hemos estudiado derecho laboral. Pero al menos le he metido el miedo en el cuerpo.

Bilal no volvió a causarme problemas. De hecho, a partir de ese día, tuvo un comportamiento exquisito conmigo. Y Theresa me cayó aún mejor que antes.



Acaban de dar las once de la mañana cuando Sean se detiene frente a la residencia Los Cedros. Sale del coche y se pone las manos en la nuca mientras se estira después del largo viaje.

Es una preciosa mañana de mayo, el primer día de todo el año en que parece que ya ha llegado el verano, y, embelesado por el azul intenso del cielo y el trino de los pájaros que hay en el árbol, siente un atisbo de felicidad fugaz.

Examina el aparcamiento en busca del Mini de April y lo ve, aparcado en diagonal en una de las plazas para las visitas, coge el abrigo del coche y se dirige al interior del edificio.

April, que está sentada en el vestíbulo, mirando el móvil, levanta la mirada cuando entra, echa un último vistazo al teléfono y, cuando se da cuenta de que es él, levanta de nuevo los ojos.

—¡Ah, hola, papá!

Deja caer el teléfono en el bolso y se pone de pie de un salto.

Sean cruza el vestíbulo y le da un beso en la mejilla.

—¿No te has perdido?

April niega con la cabeza.

—Gracias al GPS —dice.

—¿Llevas mucho tiempo esperándome? —le pregunta él.

—Solo diez minutos, como mucho. Es que apenas había tráfico. Debería haber entrado, pero... —Acaba la frase encogiéndose de hombros.

—Da un poco de miedo —dice Sean—. Ya sabes que no estás obligada a venir. Sé que este tipo de experiencias pueden afectar bastante.

—Me sentiría peor si no viniera nunca —admite April—. Hace tiempo que debería haberlo hecho. No había venido ni una vez desde que cambió de residencia. Además, como te he dicho por teléfono, tengo que ir a Cardiff.

—Cardiff, ¿eh? —comenta Sean, mientras se dirigen al mostrador de recepción—. Las vidas de los ricos y los famosos.

—Es donde vive Simon ahora —le explica April. Simon es su mejor amigo, al que conoce desde hace más tiempo, desde su época de estudiante. Sean y él han coincidido varias veces.

—¿Cómo le va? —pregunta.

—Bien. Trabaja para la BBC. Y aún está con Gavin.

—Me alegro.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarlos?

Sean se vuelve hacia la recepcionista.

—Hola, sí. Soy Sean Patrick. He venido a ver a Cynthia Patrick, mi madre. Esta es mi hija, April.

La recepcionista mira la pantalla de ordenador, echa un vistazo al carnet de conducir de Sean y se lo devuelve de inmediato.

—Habitación veintitrés —dice. Mira el reloj y añade—: En estos momentos debería de estar ahí. Saben cómo se llega, ¿verdad?

Sean asiente.

—Claro.

La mujer les abre la puerta de seguridad de cristal, cruzan el comedor vacío y una sala de planta abierta. Es un espacio diáfano, amplio, decorado elegantemente con sillones orejeros azules y sofás de velvetón del mismo color. Hay unos grandes ventanales con vistas al jardín y una docena de pacientes, distribuidos por la sala, en diversos estados de vigilia.

—No está nada mal —dice April—. Mucho mejor que la de antes.

—Ya puede serlo —masculla Sean—. Cuesta una auténtica fortuna.

Cuando llegan a la habitación veintitrés, encuentran la puerta entreabierta.

—¿Lista? —pregunta Sean, que levanta la mano, a punto de llamar.

April respira hondo y esboza una sonrisa algo forzada.

—Venga.

Sean llama con los nudillos y abre la puerta.

—¿Hola? —dice, y la abre hasta que pueden entrar.

Es una habitación limpia y bonita, decorada con unos muebles minimalistas. Tiene moqueta azul y una colcha y cortinas a juego. Hay una cama doble sin hacer, una cómoda, un pequeño escritorio con una silla y otro sillón orejero azul. Salta a la vista cuál es el color favorito del diseñador de interiores.

La madre de Sean está sentada en el sillón. Tiene la mirada fija a lo lejos y mueve la boca.

—¿Hola? —insiste Sean, alzando la voz y entrando en su campo de visión—. Hola, ¿mamá? ¡Mira quién ha venido a verte!

Cynthia gira un poco la cabeza. Lanza una mirada fugaz a April y luego observa a su hijo.

—Hola, abuela —dice April, que duda y no para de frotarse las manos.

Cynthia frunce el ceño.

En ese momento aparece una enfermera negra muy guapa.

—¡Ah, hola! —dice con un entusiasmo fingido—. Tenemos visita, ¿verdad? —añade, con una curiosa mezcla de acento caribeño y del sudoeste británico.

Entra en la habitación, se acerca a la anciana y, con mucho cariño, le recoge un mechón de pelo detrás de la oreja, antes de volverse hacia Sean y April.

—Me alegro de que hayan podido venir a verla. Es su hijo, ¿no?

Sean asiente.

—Sí, y esta es mi hija.

—Claro —dice la enfermera—. Sí, está muy bien que hayan venido, pero... —Parpadea lentamente y niega con la cabeza, en un gesto apenas perceptible.

—¿No tiene un buen día? —pregunta él.

La enfermera se encoge de hombros.

—Ya sabe cómo es esto —dice—. A veces está mejor, otras peor. Pero no le hará ningún daño que se queden aquí con ella. Seguro que le gusta. Aun así, yo en su lugar no esperaría demasiado de la visita.

Sean asiente.

—De acuerdo.

—¿Quieren un té o un café?

—Un té, por favor —dice Sean.

—Sí, a mí también me gustaría tomar un té —añade April.

—De acuerdo, enseguida se lo traigo. Y una silla para ti —le dice a

April.

—Ah, no es necesario —le asegura ella—. Me sentaré en la cama, si no le importa.

—Bueno, ¿cómo estás, mamá? —le pregunta Sean, que coge la silla del escritorio y la sitúa frente a su madre.

Cynthia rechina los dientes sin dejar de fruncir el ceño, como si la presencia de su hijo supusiera un enigma irresoluble que se ha abierto camino hasta el lugar donde se encuentra ella, dondequiera que eso sea.

—Soy Sean. Tu hijo.

Las arrugas que surcan su frente se vuelven más profundas.

—¿Sean? —repite la anciana.

Sean estira el brazo y le toma la mano, todo piel y huesos, entre las suyas.

—Sí. Sean. Tu hijo pequeño.

—¿Sean? —repite Cynthia.

—Sí, mamá. Sean. Así es.

—Hola, Sean —dice ella con voz monótona.

—Hola, mamá —responde él.

Le da una suave palmada y le lanza una mueca discreta a su hija.

—¿Sabes quién soy? —pregunta April, que también frunce ligeramente el ceño.

Cynthia arruga la nariz y asiente con un gesto vago en dirección a su nieta.

—April te pregunta si te acuerdas de ella. ¿Verdad que la recuerdas?

Cynthia niega con la cabeza.

—No me gusta —murmura—. Nunca me ha gustado. No sé por qué la has traído.

—¡Mamá! —exclama Sean—. Es April, no...

Pero April, boquiabierta, se levanta como un rayo y se dirige a la puerta.

—Nos vemos fuera —le dice con voz ronca—. Tómatelo con calma.

Sean alcanza a April en la puerta de seguridad, donde ha quedado atrapada mientras espera a que la recepcionista repare en su presencia y le abra.

—Eh —dice Sean, agarrándola del codo—. Cielo...

—No... Ni hablar... —le advierte ella—. No pienso volver. No quería... Vuelve ahí y tómate tu tiempo.

Sean ve que le brillan los ojos.

—Entiéndelo, no sabe lo que dice. Ella cree que eres Catherine, solo es eso.

—¿De verdad?

La puerta emite un zumbido, lo que significa que pueden abrirla, pero April levanta la mano para indicar a la recepcionista que puede volver a cerrarla.

—Sí —le asegura Sean y le acaricia la espalda a su hija—. Tu madre nunca le cayó muy bien. Y ahora los únicos recuerdos que conserva son los más antiguos. Cree que eres Catherine y que vivimos en los ochenta.

April lanza un suspiro y asiente. Se seca un ojo con el dorso del índice.

—Aun así es... No sé...

—¿Desagradable? ¿Difícil de asimilar?

—Bueno, sí.

Sean asiente.

—Y tienes razón, desde luego. Pero también sabemos que ya no rige, que su filtro mental está alterado, digámoslo así. Nunca ha sido muy bueno, seamos sinceros. Pero ahora está atrofiado y siempre dice lo primero que le pasa por la cabeza, tenga sentido o no. Lo mejor es que no te lo tomes muy a pecho.

—¿Sabe lo de mamá...? Ya me entiendes.

—¿Si sabe que ha muerto?

April asiente.

Sean niega con la cabeza.

—No —responde, afligido—. No, no se lo he dicho. No serviría de gran cosa. No... ya sabes... no retiene la información. Aunque lo comprendiera, sería solo durante un momento. Y lo más probable es que dijera que se alegra, o algo por el estilo. No serviría de nada.

April asiente y le estrecha el brazo a su padre.

—Eres demasiado bueno con ella, papá.

—Hm... No es la primera vez que me lo dicen.

—¿Mamá?

Sean asiente y se muerde el labio inferior.

—¿Vas a volver a entrar?

—Tengo que hacerlo. O sea, tampoco servirá de gran cosa, pero ya que he venido hasta aquí...

—Si quieres te acompaño.

Sean niega con la cabeza.

—No. A decir verdad, creo que es más fácil sin ti. Descansa un rato o ve a dar un paseo. Y luego... —Mira el reloj antes de seguir—. A las doce y media, por ejemplo, podemos ir a almorzar. Hay un pub agradable un poco más adelante. ¿Qué te parece?

—De acuerdo —accede April—. Lo siento, papá, de verdad, pero es que me pone de los nervios.

Sean lanza una risa amarga. Se vuelve y regresa a la habitación veintitrés, pero antes de desaparecer le dice:

—Tranquila, cielo. También me pone de los nervios a mí.



Cuando entran en el Langford Poacher, April pone una cara extraña.

—Dios —dice—, este lugar tiene más pinta de residencia de ancianos que el asilo de la abuela.

—¿De verdad? —pregunta Sean, mirando a su alrededor—. Pues a mí me gusta. Al menos la comida está buena. Y son amables.

—Lo siento —dice April—. Supongo que es por la moqueta.

—Hm —murmura Sean, mirándose los pies—. Sí, ya entiendo a qué te refieres. Es muy de los setenta.

Una vez que han pedido la comida y se han sentado a la mesa con las bebidas, April retoma la conversación.

—Bueno, ¿qué tal te ha ido?

Sean se encoge de hombros.

—Ya has visto cómo estaba hoy. Me he sentado y prácticamente me he limitado a leerle el periódico. En realidad, no estoy muy seguro de que supiese quién era. Pero bueno... debo hacerlo y ya está. A veces tiene días buenos y está casi normal. Pero es impredecible.

—¿Y Perry? ¿Aún viene a verla habitualmente?

Sean asiente.

—Mamá siempre se ha llevado mejor con Perry que conmigo. No creo que sea tan dura con él cuando viene de visita. Pero sí, viene todos los fines de semana. O eso creo.

—Entonces te reconoce. Es decir, si os trata de forma distinta es porque sabe quiénes sois.

—Supongo que en cierto sentido, sí —admite Sean, que toma un sorbo de su pinta de IPA—. Aunque no creo que sea consciente de quién soy. Al

menos no en días como hoy. Es más como si mi presencia sacara a relucir su comportamiento más habitual. Conmigo siempre fue muy gruñona, y aún se comporta así, pero lo hace más por la fuerza de la costumbre que por otra cosa. Con Perry sucede lo mismo. Con él siempre fue más amable, de modo que, por inercia, se comporta del mismo modo, de forma automática.

—Aun así me parece raro que sea más buena con uno de sus hijos que con el otro.

—¡Ja! —exclama Sean—. Es más habitual de lo que piensas. Tienes suerte de ser hija única. Te colmamos de amor.

April hace una mueca y finge que no la convence su argumento.

—¿Irás a verlo luego? —le pregunta.

—¿A Perry?

April asiente.

—Pues no —responde Sean—. No, ya lo vi en el entierro. Me basta con una vez al año.

—Es verdad —dice April—. Tengo suerte de ser hija única.

—Además, los Patrick siempre hemos sido muy deprimentes. Cuéntame algo de ti.

—Soy una Patrick —se queja April.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí. Y estoy bien. Teniendo en cuenta la situación, estoy bien.

—¿Qué tal te va con Ronan?

—Muy bien. Últimamente trabaja mucho, por eso me voy yo sola a Cardiff. No podía tomarse un par de días.

—Es una pena.

—Bueno, ya sabes cómo va. Trabaja por su cuenta, así que ha de aprovechar cuando tiene más encargos. Ha aceptado varios proyectos para Pfizer.

—¿Folletos y cosas así?

April asiente.

—Yo también le he echado una mano en mi tiempo libre. Y si quieres que te diga la verdad, por eso voy a ver a Simon. No me apetece pasarme mi semana de vacaciones redactando textos sobre antidepresivos.

—Claro, te entiendo.

—¿Y tú?

—¿Trabajo?

April se encoge de hombros.

—Trabajo, casa, todo... ¿Cómo lo llevas?

—Bien. Tengo momentos buenos y momentos malos, pero estoy bien.

—¿Te sientes solo? —le pregunta April—. Pienso a menudo en ti, viendo la tele, calentándote la comida y esas cosas. No debe de ser fácil después de tantos años.

—A veces se me hace cuesta arriba —admite Sean—. Pero bueno, me siento triste cuando me siento triste, y solo cuando me siento solo. Y también me digo a mí mismo que no pasa nada si algún día me siento bien. En este tipo de situaciones, es muy fácil darle más vueltas a las cosas de lo necesario.

—Me parece sensato. Espero que Mags, Dave y los demás te cuiden. Sean se ríe.

—Bueno, lo intentan. Pero últimamente no estoy muy sociable. Un par de veces he intentado hacer un esfuerzo y salir, pero en el último momento cambio de opinión. No sé, me paso el día en el trabajo, tampoco soy un ermitaño. Y si llega el fin de semana y no me apetece ver a nadie, también tengo derecho, ¿no?

—Supongo —concede April—. Siempre que no acabe convirtiéndose en una costumbre. En algún momento tendrás que salir y enfrentarte al mundo real, lo sabes, ¿verdad?

—Hm —dice Sean, como intentando eludir la pregunta. En estos momentos no quiere ni pensar en lo que implica salir y enfrentarse al mundo real—. ¿Aún vas a ver al terapeuta?

April se ríe y toma un sorbo del refresco antes de responder.

—Es una mujer. Ay, Señor, no te he contado las últimas novedades, ¿verdad? Tampoco me entusiasmaba mucho, que digamos.

—¿Ah, no?

—No... Me dijo un montón de obviedades que todo el mundo sabe. Las distintas fases del duelo y todo eso... Negación, ira, etcétera. Y luego empezó con el rollo de los cristales.

—¿Cristales?

April arruga la nariz y asiente.

—Sí, me dijo que me iría bien cuarzo rosa. Que era el cristal más compasivo.

—¿Compasivo...?

—Como lo oyes. Y ya sabes cómo me pongo cuando me vienen con esos engañabobos. Tuve la sensación de estar pagando a una amiga chalada de la universidad para que me hiciera terapia. Es curioso porque, en muchos

casos, las mujeres que se hacen terapeutas son incapaces de prepararse una taza de té sin romper a llorar. Las que están más destrozadas a nivel emocional suelen ser las que más ganas tienen de ser terapeutas.

Sean se ríe.

—Sí, ya sé a qué te refieres. Seguramente hay algo de cierto en eso.

—¡Ah! —exclama April, que busca en el interior de su bolso—. Me dio un trozo de cuarzo compasivo. Lo tengo aquí, en algún lugar.

—¿Ah, sí? —pregunta Sean.

—¡Ja!

April le muestra un cristal rosado que saca de las profundidades de su bolso.

—¡Tachán!

—Oh, vaya —dice Sean en tono burlón, examinando detenidamente la piedra—. Sí que parece un trozo de roca muy compasivo.

—Te lo regalo. Creo que a mí ya me ha curado...

—Bueno, pues gracias. —Sean toma la piedra y la gira—. Yo... no sé qué decir.

—Om, ¿quizá?

—¿Om?

—Sí, ya sabes: ommmmmmmm —explica April, que junta el pulgar y el índice para hacer el símbolo de om.

—Ah, om... Sí.

De pronto aparece la camarera.

—¿Bacalao con patatas y una ensalada *niçoise*? —pregunta.

—Sí —responde Sean, que se guarda el cristal en el bolsillo del pantalón—. Sí, para nosotros.

FOTOGRAFÍA N.º 8

Formato: 35 mm, color. Una pareja joven frente a un edificio de ladrillo rojo de protección oficial. La mujer lleva un vestido sencillo de satén blanco, con mangas tres cuartos de encaje. Se ha peinado hacia atrás para aumentar el volumen del cabello y sostiene un ramillete de flores rosas. El hombre viste un traje negro de solapas anchas y raya diplomática, una camisa blanca y una corbata roja ancha. Lleva unas gafas de piloto enormes y sonríe de oreja a oreja.

Sean examina la fotografía mientras toma su desayuno de los domingos: una tostada con Marmite. Recuerda la sensación y el olor a naftalina de aquel traje que le iba tan grande, comprado en la tienda de Oxfam. Se fija en su sonrisa, su barba rala y las gafas enormes cortesía de la Seguridad Social.

—Los ochenta... —murmura—. ¡Por Dios!

Había sido un día muy estresante y sonreía porque fue en ese preciso instante cuando se dio cuenta de que lo habían logrado. A pesar de todas las objeciones de los demás, lo habían logrado.

Su padre se había negado a asistir. Su madre se había inventado una excusa para justificar la ausencia de su marido, algo que Catherine nunca había llegado a saber. Cynthia le había dicho que le dolía la espalda. Pero sí, en el fondo, se había negado a ir. Si Sean quería arruinar su vida, nada podía hacer él. Pero antes prefería caer muerto que ser testigo de todo aquello.

Cynthia sí que había ido, acompañada por Perry en su nuevo Jaguar. Su hermano trabajaba en una inmobiliaria y eran los años de la Thatcher. El traje cruzado de Perry debía de haber costado mucho más que la beca que había recibido Sean para estudiar en la universidad.

Sin embargo, lo cierto es que habría sido mucho mejor que no hubiera ido ninguno de los dos. Perry parecía convencido de que, como hermano, era su deber preguntarle una y otra vez si estaba seguro de querer casarse. Su madre se pasó el día de morros, enfadada sin explicación. Incluso la madre de Catherine se opuso a la boda, pero como tenía un carácter más pragmático que la de Sean, dio un giro de ciento ochenta grados y cambió totalmente de actitud cuando se dio cuenta de que no había marcha atrás. Cuando su hija entró en el registro civil, Wendy dejó de poner mala cara y se convirtió en un pozo sin fin de alegría. Una vez cumplido el trámite, y en un gesto de lo más estafalario, hasta le dio las gracias a Sean.

—Creo que lo que estás haciendo es increíble —le dijo—. Muchas gracias.

Cuando él se lo explicó a Catherine al cabo de unos días, ella se limitó a reír.

—Es solo que está agradecida de que alguien haya decidido cargar conmigo. Debía de pensar que nunca conocería a nadie lo bastante loco para hacer algo así.

CINTA N.º 8

Hola, novio mío.

¡Ha llegado el gran día! 27 de noviembre de 1982. Estaba helada con ese vestido, pero como no tenía un abrigo bonito que ponerme, tuve que lucir la mejor de mis sonrisas y apechugar con las bajas temperaturas. ¡Mira qué jóvenes éramos!

Al ver esta fotografía ahora entiendo por qué estaba tan disgustada mi madre. Éramos demasiado jóvenes para casarnos. Y yo demasiado joven para tener un hijo. Que conste que no me arrepiento de nada, pero, por Dios, ¿te imaginas cómo nos habríamos sentido si April se hubiera quedado embarazada a los dieciocho? Te habría dado un ataque.

He encontrado un par de fotografías de la boda, pero como tu madre y Perry parecían dos almas en pena, he elegido esta. Pero búscalas y échales un vistazo porque Theresa y Alistair también salen y, por algún motivo, me alegró bastante verles de nuevo la cara. Me pregunto qué habrá sido de ellos.

Nuestros padres fueron una auténtica pesadilla, ¿verdad?

Tu padre estaba en cama con ciática y tu madre, creo, echaba humo porque no había podido acompañarla. Bueno, esa fue al menos la versión oficial.

La verdad era, y eso lo sabíamos todos, que en su opinión yo era una chica demasiado vulgar para ti, lo cual tampoco me sorprende mucho. Hasta mi propia madre lo

creía. ¡Dios mío, yo misma lo pensaba!

Creo que tu madre estaba convencida de que yo era un putón porque me había quedado embarazada a propósito. ¡Como si fuera algo que solo dependiera de mí!

En fin, ¿recuerdas que mi madre y yo fuimos en taxi hasta el registro? Sé que siempre has tenido una opinión muy elevada de ella, pero debo confesarte que intentó disuadirme de que me casara contigo hasta el último momento.

—¿Seguro que quieres hacerlo? —me preguntó—. No es necesario que te cases con él solo porque te haya dejado preñada.

Mi madre, siempre tan delicada.

—¡Mírame! —me dijo—. Te tuve a ti, pero no me casé. ¡Hasta yo sabía que no era lo ideal!

A diferencia de tu madre, que estaba enfadada conmigo, la mía creía que todo era culpa tuya, claro.

—Solo porque se haya comportado de forma irresponsable... Ya no vivimos en los años cincuenta. ¿Es que no le han explicado para qué sirve un condón?

Al final perdí la paciencia y le conté lo de Phil. Solo quería que se callara. Le dije que no sabía quién era el padre.

Entonces empezó a preocuparse por lo que podía pasar si te enterabas. «Te dejará en cuanto se entere», me dijo.

Así que le mentí y le dije que ya lo sabías. Y que no te importaba. Y funcionó.

Cuando lo asimiló todo, cambió de opinión sobre ti y decidió que eras el no va más.

La ceremonia fue algo deslucida. A fin de cuentas, la hicimos en el registro civil de Wolverhampton, no en la catedral de Canterbury. Pero a nosotros no nos importaba, ¿verdad? Nos presentamos ante el altar, o más bien dicho, ante la mesa del funcionario. Estábamos en nuestra propia burbuja de felicidad y lo demás no nos importaba.

Luego nos fuimos a casa a celebrar una pequeña

fiesta. Vino bastante gente, pero solo me acuerdo de Theresa y Alistair y, ah, también de aquella chica galesa, Bronwen. Creo que también estaba Dave, ese chico alto y calvo, pero es que ese no se perdía ninguna fiesta. Siempre que hubiera cerveza gratis, claro. Alistair no tardó en poner la música a todo volumen y todo el mundo se emborrachó, excepto tu madre, pero ni siquiera ella logró amargarme el día.

Recuerdo que no paraba de quejarse del estado en que se encontraba la casa, y también le disgustó que no hubiera tarta de boda. No soportaba el humo de los cigarrillos y la música alta, pero nosotros seguimos disfrutando de la fiesta, bailando, mientras Perry y ella se quedaban en un rincón, con cara de amargados. Recuerdo que intentamos animarla. Yo había bebido un poco más de la cuenta (por aquel entonces las mujeres no dejábamos de beber durante el embarazo y, gracias a Dios, April no tuvo ningún problema).

Mi madre se emborrachó con la cerveza casera de Alistair y se colocó con sus porros. Bailaba como un derviche con la música de Dexys Midnight Runners y recuerdo que al verla sentí pena por tu pobre madre, que estaba ahí, totalmente desubicada, en un rincón, viéndonos bailar. De repente lo único que yo quería era que todos fuéramos amigos.

Así que me acerqué a ella y le dije algo así como:

—Venga, Cynthia, suéltate el pelo. No tienes nada que perder.

Esto nunca te lo he contado porque sabía que te disgustaría, pero seguramente siempre te has preguntado por qué había empezado con tan mal pie nuestra relación. La cuestión es que tu madre cortó de raíz cualquier intento de tender puentes. Me soltó:

—¿Cómo te atreves a llamarme así? Para ti soy la señora Patrick.

—Ah —me limité a responder. Estaba convencida de que debía de ser una de esas reglas de la clase alta que

también ignoraba.

—Y no creas que no sé cómo son las de tu calaña — me dijo en un tono muy desagradable. En realidad fue una especie de gruñido—. No nací ayer. Te tengo bien calada.

Theresa, que observaba la escena, intervino de nuevo para salvarme. Me arrastró al centro de la sala, donde tomo el mundo cantaba y bailaba al ritmo de «Come On Eileen».

—No le hagas caso. Es tan estirada que no sabe ni lo que significa soltarse el pelo —me susurró al oído.

Yo estaba al borde de las lágrimas. Miré a tu madre, vi que le decía algo a Perry y me señaló. Tu hermano no pudo contener la risa.

Mi madre, que bailaba junto a mí, se dio cuenta de que había pasado algo. Se acercó a nosotras y dijo a voz en grito:

—¡Esa no ha echado un buen polvo desde que concibió a Sean! Eso es lo que le pasa. Solo necesita un revolcón.

Y las tres estallamos en carcajadas.

Lo siento, Sean, porque sé que fui un poco maleducada, ¿verdad? Pero imagino que fue mejor eso que pasarme la noche llorando. Además, para entonces todos habíamos bebido mucho.

En fin, ese fue el momento en que me di cuenta de que tu madre y yo nunca seríamos amigas. Lo descubrí el día de la boda.



Es un domingo por la mañana y Sean está en el trabajo.

Se encuentra solo en las oficinas inmensas y de planta abierta de Nicholson-Wallace, disfrutando del inquietante silencio del lugar. A pesar de que son casi las once, fuera reina la oscuridad y la lámpara de su escritorio arroja un cálido resplandor sobre la mesa de trabajo.

Sean va algo atrasado en el proyecto de una residencia de ancianos. Se ha dado cuenta de que lo ha ido posponiendo porque le recuerda a su madre, y el mero hecho de pensar en ella lo pone de los nervios.

De hecho, pensar en sus padres casi siempre lo saca de quicio, pero desde que escuchó la cinta de la semana pasada, ese sentimiento se ha exacerbado.

Siempre ha sabido que ninguno de sus padres quería que se casara con Catherine, pero creía que eso solo era una muestra más de su carácter, que los llevaba a rechazar todo aquello que él decidía.

Sin embargo, no sabía que su madre había llegado a discutir con Catherine, que había sido tan grosera con ella, y el día de su boda, ni más ni menos.

Sean hace clic en la esquina de una ventana para ajustar el tamaño a las proporciones de la pared cuando una vibración y el estruendo de la lluvia lo sobresaltan. El viento sopla con ganas contra las ventanas del lado este.

De hecho, el aguacero no podría haber llegado en mejor momento porque Sean se da cuenta de que ha olvidado una parte importante del proyecto: que las ventanas puedan limpiarse desde dentro, sin escaleras ni ningún otro tipo de ayuda exterior. Tendrá que cambiar el mecanismo de las bisagras para que puedan abrirse ciento ochenta grados. Debería dejar de pensar en Catherine y su madre para poder concentrarse.

Es cierto, él siempre había culpado un poco a Catherine por la mala relación que tenía con sus padres. Bueno, culpaba más a su madre, pero siendo sincero consigo mismo, solo lo hacía porque era la opción más fácil. A fin de cuentas, él vivía con Catherine, no con su madre.

Intenta pensar en todas las ocasiones en que Catherine y él discutieron sobre ellos. Aunque no recuerda haberle reprochado nada, en ocasiones podría haberse mostrado algo más comprensivo. Podría haberse disculpado más a menudo por el comportamiento de su padre.

Al escuchar la última cinta se enfadó, y más después de haber malgastado todo el sábado con la visita a Cynthia en la residencia. Se arrepintió de haberse tomado tantas molestias. Le dieron ganas de no ir a verla nunca más.

Sin embargo, esa sensación familiar le crea un conflicto consigo mismo. Enfrenta al Sean que quiere ser fiel a su mujer fallecida con el Sean que se siente en deuda con sus padres, por mucho que hayan podido hacer o decir. Los lazos de sangre son mucho más fuertes de lo que creía.

Sean llega a casa poco antes de las tres y, aunque el cielo aún amenaza con tormenta, ya no llueve.

En la puerta encuentra un *crumble* de manzana de tamaño familiar. Está

envuelto en una bolsa de plástico con una nota de Maggie.

He venido a verte, pero no estabas. ¡Me alegro! ¡Cómete esto! Con cariño, Mags. Besos.

Sean entra en casa y echa un vistazo en la nevera vacía antes de calentar la mitad del *crumble* de manzana en el microondas. Quería pedir pizza, pero de pronto tiene demasiada hambre para esperar.

Mientras aguarda a que suene el *ping* del microondas, saca la caja del armario y coge el siguiente sobre.

FOTOGRAFÍA N.º 9

Polaroid. Descolorida. Una mujer con el rostro reluciente, pero de aspecto cansado, sostiene a un bebé en brazos. La recién nacida tiene la cara rosada y casi tan hinchada como su madre.

—Vaya —dice Sean, orgulloso.

Desliza la yema del dedo por la cabecita de April, como si pudiera sentir el calor que desprende la recién nacida.

Se moría de ganas de tocarla. Tenía la sensación de que solo el tacto de su piel podía convertir el momento en algo real.

El parto no fue fácil. De hecho, en ese momento ignoraba si había sido más o menos complicado que un parto «medio», pero nadie podría haberlo descrito como «fácil».

Catherine gritó y gritó durante horas. Se desgañitó. Le suplicó a Sean que pusiera fin a aquel suplicio, como si fuera algo que estuviera en sus manos. ¿Acaso no era culpa suya? Ella gritó que era todo un error, que su madre tenía razón, que no estaba preparada para algo así, que nunca lo había estado.

Las enfermeras le aseguraron que todo aquello era «normal».

Al final, cesaron los gritos y el temor a que Catherine estuviera al borde de la muerte fue sustituido por el miedo a que le pasara algo al bebé. Porque no se parecía en nada a los que había visto en la televisión hasta entonces. Su bebé, cubierto de sangre y otros restos orgánicos, parecía salido de una película de terror.

Las enfermeras le dijeron que era normal, pero él no acababa de creérselo.

Sin embargo, cuando la pequeña rompió a llorar, todo cambió y él dejó

de ser presa del miedo, para ser presa de la desesperación por tocarla, para confirmar que era real. Parecía una muñequita de plástico, diminuta, pero una muñequita de Halloween de plástico.

Cuando la tuvo en brazos, lo embargó una sensación de orgullo y el concepto de «amor incondicional», tema del que había hablado con Alistair en los últimos tiempos, de pronto cobró sentido. Fue entonces cuando entendió que era posible amar a alguien, que era posible estar orgulloso de alguien por el mero hecho de que esa persona existiera. Y se prometió que nunca sería como sus padres, cuyo amor siempre había estado condicionado a su rendimiento personal. Se prometió a sí mismo que nunca olvidaría ese sentimiento, sin importarle lo que decidiera hacer April con su vida, sin tener en cuenta las decisiones que pudiera tomar. Esa sensación de orgullo se mezcló con otra de miedo. Porque ser padre era algo muy distinto a todo lo que había hecho hasta entonces. Era algo inconmensurable y aterrador. Y en esos momentos de ansiedad, todo lo que le habían dicho sus padres, todo lo que le había dicho Perry, le pareció verdad. Porque no, no estaba seguro de la decisión que había tomado. Y no, no estaba preparado para lo que se le venía encima.

Entonces una enfermera le quitó a April de los brazos y se la devolvió a Catherine, que se echó a llorar. Por entonces no lo sabían, pero en las semanas posteriores la joven madre fue incapaz de controlar sus emociones.

Mientras Catherine derramaba sus lágrimas sobre April, Sean sucumbió de nuevo a sus temores iniciales de que había algún problema con el bebé. Y pensó que Catherine también se había dado cuenta. Era lo único que podía explicar su reacción desconsolada.

Intentó animarla, pero ella se puso a reír y llorar a la vez como una loca. No paraba de decir que estaba bien.

Incluso esa reacción, insistió la enfermera, era normal. Al parecer la concepción de lo «normal» del personal sanitario no coincidía con la suya.

—Vaya a buscar una taza de chocolate en la máquina que hay al final del pasillo. Así podremos asearlas un poco a las dos —le dijo.

Y Sean se limitó a obedecer.

Cuando volvió, miró por el cristal de la puerta y vio que April estaba mamando del pecho de su madre, y en ese momento se apoderó de él una sensación tan intensa que aún a día de hoy la recuerda nítidamente. Y mientras observa la fotografía, se le eriza el vello de la nuca.

Tuvo la sensación de que desaparecía, eso fue lo que sintió. Como si

hubiera abandonado su cuerpo y estuviera observando su vida desde una perspectiva distinta.

Hasta ese momento, toda su existencia había girado en torno a él. Su única prioridad era conseguir lo que deseaba, lo que necesitaba para ser feliz. También era cierto que en ocasiones su prioridad había sido hacer felices a aquellos que lo rodeaban. Nadie lo había acusado nunca de ser un egoísta. Sin embargo, se dio cuenta de que esos momentos de supuesta generosidad hacia los demás nacían, en realidad, del deseo de ser feliz.

No obstante, cuando miró a través del cristal de la puerta, todo cambió, y algo, quizá su ego, se desvaneció temporalmente. A partir de ese momento lo único importante era April, protegerla, proporcionarle todo lo que necesitara; asegurarse de que era feliz, gozaba de buena salud y se sentía querida. La sensación de generosidad, de devoción total hacia otra persona, no se parecía en nada a lo que había experimentado hasta entonces.

Tampoco duró mucho, por suerte, porque ¿quién puede vivir sujeto a unas emociones tan intensas?

Pese a ello, con el tiempo, esa sensación regresó en determinadas ocasiones: cuando April estaba enferma, o las dos veces que desapareció, o cuando intentaba cruzar una calle con el semáforo en rojo, o aquella en que bajó de un taxi encaramada a unos tacones, borracha, cuando solo era una adolescente. Y en esos momentos siempre recordaba que April era lo único que importaba, que proteger a su hija era su única razón de ser.

CINTA N.º 9

Hola, Sean.

April acaba de venir a verme, se ha ido ahora mismo, por eso he elegido esta fotografía. Me ha dicho que Ronan quiere que tengan un hijo. ¿Te lo ha contado? Si no lo ha hecho, no digas nada. Probablemente se supone que es un secreto.

Es una chica maravillosa. Seguro que tiene sus momentos malos, pero no se los hace pagar a los demás. Siempre está alegre, llena de energía.

La idea de que tenga un hijo me resulta algo extraña porque yo siempre había creído que nunca sería madre. No sé por qué, pero estaba convencida de que sería así. La cuestión es que ahora se lo están planteando seriamente, así que a lo mejor te hacen abuelo.

Si acaba ocurriendo, no te pongas en plan lacrimógeno porque me lo he perdido. Te aseguro que nunca he soñado con tener nietos. Criar a una hija fue duro, pero cuidar de los hijos de los demás siempre me ha parecido un auténtico infierno.

Al ver la fotografía, lo primero que he recordado es lo mucho que te preocupaba que naciera el 1 de abril. ¿Te acuerdas? Estabas obsesionado con que la gente dijera que era una broma. Hasta me preguntaste si podría «aguantar» un poco si el parto empezaba el 1 de abril. No sé, a lo mejor creías que bastaba con que juntara las piernas para que no saliera el bebé. Al final salió, o más bien dicho, me la sacaron, cuando solo faltaban diez minutos para

medianoche, de modo que no tuvo que sufrir la ignominia de que la considerasen una inocentada.

¿Sabías que, por mucho que me esfuerce, no recuerdo por qué decidimos llamarla April? Qué raro, ¿no? Creo que todos estos medicamentos que me dan me están atrofiando el cerebro.

Recuerdo vagamente que no me hizo mucha ilusión que naciera en marzo porque yo quería ponerle April y tú dijiste: «Pues hagámoslo de todos modos». Así que a lo mejor fue por un motivo tan sencillo como ese.

Dar a luz fue lo más difícil que he hecho en toda mi vida. Mucho más duro que la quimioterapia que, no te lo voy a negar, no ha sido un lecho de rosas. Pero dar a luz fue muy doloroso. No hay palabras para describir ese nivel de dolor. Pongamos que darte un golpe en el codo es un tres, pillarte el dedo con una puerta es un cinco; que te corten la pierna sin anestesia sería un diez, pues dar a luz sería un quince. Como mínimo. La gente dice que con el tiempo lo olvidas, pero no es verdad. Es una mentira que les dicen a las futuras madres para que no tengan miedo. Pero deberían tenerlo. Es horrible.

A mí me hicieron creer que podría pedir la epidural en cualquier momento, pero cuando me rendí, cuando pensé «a la mierda todo este rollo del parto natural» ya no había anestesistas. Estaban todos atendiendo a los pacientes de un accidente múltiple de la M6 o algo así, y estaban hasta arriba de cuerpos destrozados (palabras literales de las enfermeras, no mías). ¡Qué pesadilla!

De modo que fue horrible. Ocho horas, si no recuerdo mal, incluidas dos horas de gritos espeluznantes, en plan *Viernes 13*.

Cuando nació April, la odié de lo mucho que me había hecho sufrir. Se supone que debes sentir un vínculo instantáneo e increíble con tu hijo, lo sé, pero no fue así, yo la odié. No se lo dije a nadie, creo, y al cabo de unos días ese sentimiento quedó aniquilado por un amor pavoroso que cambió mi visión del mundo de tal manera

que todo lo que veía, pensaba o imaginaba constituía una cadena de peligros para April, nada más.

Me aterrorizaban los coches, las escaleras, las inyecciones y los resfriados. Me aterrorizaban las teteras, las cazuelas con agua hirviendo, los perros y los gatos, los accidentes nucleares y todo aquello que se me pasara por la cabeza y que pudiera, de un modo u otro, causarle daño a nuestra hija.

Los bebés humanos son la cosa más lastimosa que hay. Ese es el problema. Es decir, he visto documentales de animales y las crías de caribú salen del útero de su madre y ya pueden huir de los leones. Pueden correr al cabo de un minuto de haber nacido. Literalmente.

En cambio April... era un ser indefenso que no podía pasar frío, que babeaba, casi ciego, que tenía hambre, que comunicaba sus necesidades a gritos, que esperaba que yo la protegiera de todos los peligros y todos los males del mundo. Fue algo aterrador.

Decir que vivía en un torbellino de emociones sería quedarse corto. La odiaba por haberme hecho daño, por asustarme, por depender mí, y sin embargo la amaba por... no lo sé. Por el mero hecho de existir, supongo.

Aun así, la emoción más intensa de esos primeros días fue, sin duda, la de pánico: pánico a que le ocurriera algo, pánico a que, sin ningún motivo, dejara de respirar. Parecía muy frágil. En algunos momentos no entendía cómo era posible que un ser tan frágil pudiera sobrevivir veinticuatro horas más. Ni siquiera podía dormir cuando ella lo hacía porque quería asegurarme de que respiraba.

Creo que hoy en día las comadronas y las instructoras de los cursos de preparación al parto son más sinceras con estas cosas, pero en nuestra época nadie me habló de sentimientos como el rencor, el miedo o la depresión. Se suponía que tenías que seguir adelante como fuera y punto. Sin embargo, a pesar de lo sensible, malhumorada e irrazonable que pudiera parecerme (y sé que dirás que lo fui mucho), quiero que sepas que siempre me esforcé al

máximo para tenerlo todo bajo control. Por dentro me sentía, si cabe, mucho peor de lo que seguramente parecía a simple vista. Por suerte te tuve siempre a mi lado.

Al menos salió algo bueno de todo eso. Bueno, dos cosas, incluida April, claro. Todo ese miedo me demostró que no me había equivocado contigo. Porque tú, querido, tuviste un comportamiento perfecto. Creo que debías de estar tan asustado como yo, pero mantuviste la calma y el control de nuestras vidas, me ayudaste y me tranquilizaste con auténtica devoción en todo momento.

La gente decía que April se parecía mucho a mí y recuerdo que esos comentarios me afectaron mucho. Deseaba con toda el alma que alguien me dijera que era como tú.

Sin embargo, ni siquiera eso te alteró. Tú seguiste adelante, aprendiste a cambiar pañales y a dar el biberón, y fuiste capaz de sobrellevar mis cambios de humor, a pesar de las clases de la universidad. Cuando echo la vista atrás y pienso en que no dejaste de lado los estudios ni el trabajo me maravilla aún más que fueras un padre tan perfecto. Y es que lo fuiste. ¡No podía dejarte escapar!



No para de llover durante tres días. Llueve tanto y el cielo está tan encapotado, que no parece que sea mayo, sino enero. Enero y en Islandia.

Por sorprendente que parezca, a Sean no le importa. El sol hace que se sienta culpable, como si el hecho de pasarse el día encerrado en casa como alma en pena fuera algo más aceptable durante un aguacero.

Sin embargo, el jueves por la mañana, cuando Sean se despierta con un cielo radiante y una milagrosa brisa cálida, la alegría se apodera de él.

De camino al trabajo, con la ventanilla bajada y la radio encendida, admite para sí mismo que está en su mejor momento de los últimos meses. Incluso canta un fragmento de un viejo éxito de Steely Dan.

Trabaja todo el día con entusiasmo. Las ventanas y las puertas de la residencia de ancianos ya están acabadas y ahora se dedica al paisajismo de los jardines, de forma virtual, claro. Cuando un mirlo se posa frente a la

ventana de su oficina y se pone a cantar con ganas, casi logra convencerse de que está ahí, dentro de los planos, trabajando con una pala. Se pregunta si es posible que el dolor empiece a desvanecerse. Se pregunta si la niebla de la depresión empieza a despejar.

No obstante, supersticioso como es, teme que el simple hecho de plantearse la pregunta ponga en peligro su estado de ánimo. Como si la esperanza fuera un fantasma que ve por el rabillo del ojo, un fantasma que se desvanecerá si se vuelve para mirarlo directamente. De modo que hace un auténtico esfuerzo para no darle vueltas a cuánto durará la situación y tararea la canción de Steely Dan como si fuera un mantra mientras se concentra en el trabajo que tiene entre manos. Por increíble que parezca, la alegría le dura todo el día.

Esa tarde, cuando llega a la puerta de su casa, lo embarga una sensación de peligro y duda. Con la llave en la cerradura, se imagina el interior frío, oscuro y silencioso. Entonces, atemorizado, saca la llave y decide ir a dar una vuelta hasta el río.

Es una tarde preciosa y parece que la mitad de Cambridge ha tenido la misma idea. Los carriles bici están llenos de padres en bicicleta y niños en triciclo; en las terrazas de los pubs no cabe ni un alma, están a rebosar de estudiantes que ríen y beben. La alegría flota en el ambiente, a disposición de todo aquel que desee contagiarse de ella.

De camino a casa, Sean se sienta en la terraza del Fort St George y pide una hamburguesa con patatas, lo que sea con tal de postergar su llegada a casa. Ni siquiera el hecho de comer solo le empaña el día. Una paloma vieja y maltrecha se posa en la verja que hay a la derecha y balancea la cabeza de un lado a otro, así que tampoco está solo del todo.

Llegar a casa cuando el sol ya se está poniendo supone un auténtico desafío, pero en lugar de ceder al pesimismo, de nuevo es capaz de analizar fríamente la situación en la que se encuentra. Por primera vez sopesa la opción de mudarse y se imagina viviendo en un piso de soltero moderno, de diseño, una posibilidad que no le desagrade en absoluto. O a lo mejor debería comprar una parcela y diseñar su propia casa, un sueño al que había renunciado hace mucho tiempo.

Cuando se despierta a la mañana siguiente, se queda un rato en la cama antes de reunir el valor necesario para preguntarse: ¿ha sobrevivido el estado de ánimo de ayer a una noche de sueños? Por increíble que parezca, se siente bien. Y ya es el segundo día. Sorprendido, frunce el ceño y le pide perdón a

Catherine mentalmente. Se levanta de la cama, asiente con un gesto de alivio y baja a la sala, donde pone un viejo disco de Simple Minds, *New Gold Dream*, en el plato nuevo que se compró. Luego va a la cocina a prepararse el desayuno.

Está a punto de llegar indemne al fin de semana, pero el viernes, a las cinco menos diez, mientras cierra los documentos abiertos del ordenador, la secretaria de la empresa aparece por su cubículo.

—Hola, Sean. ¿Cómo estás?

Él se rasca la cabeza. Sin saber muy bien por qué, tiene la tentación de mentirle. Pero tras un breve debate consigo mismo, cambia de opinión.

—Pues bien, estoy muy bien.

—¡Ah! —exclama Jenny.

¿Esa reacción de sorpresa es un reproche o es que de pronto se está convirtiendo en un paranoico? Quizá habría sido mejor haber hecho caso a la reacción instintiva de mentir. Quizá aún no tiene derecho a sentirse bien.

—Ah —repite Jenny—. Me alegro. Genial.

—Gracias —dice Sean, frunciendo el ceño—. Lo siento, pero ¿querías algo? Porque estaba a punto de irme.

—¿Eh? —Jenny mira su reloj—. Es que como normalmente trabajas hasta tarde... Pero, bueno, imagino que querrás disfrutar del fin de semana.

—Así es.

—Puede esperar hasta el lunes —dice Jenny—. No mucho más, pero puede esperar hasta entonces.

—¿Qué es lo que puede esperar?

—Ah, nada importante. Las vacaciones. Necesito introducir tus fechas en el calendario. Los demás ya me lo han dicho. Eres el último.

—Vale —dice Sean, que intenta no pensar en las implicaciones de lo que le está pidiendo. No quiere ceder a la tentación de creer que la maldita pregunta tiene poder suficiente para destruir su buen estado de ánimo—. Te lo digo el lunes —le asegura, forzando una sonrisa.

—Perfecto —responde Jenny—. Bueno, que disfrutes del fin de semana.

—Lo intentaré —dice Sean.

—Y, por cierto, me alegra ver que estás tan bien —añade Jenny a modo de despedida.

Cuando el icono de la rueda desaparece y la pantalla del ordenador se apaga, ya no se siente tan bien. Se pregunta cómo va a sobrevivir al fin de

semana, cómo se las apañará para llegar hasta el lunes ahora que el tema de las vacaciones ha aparecido en el horizonte, como un misil de crucero que ha elegido como objetivo su frágil felicidad.

A fin de cuentas, ¿hay algo más deprimente que intentar decidir cuándo va a tomarse cinco semanas de vacaciones? Cinco semanas que habrá de pasar a solas. ¿Hay algo peor que decidir qué va a hacer, adónde va a ir? ¿Hay algún destino que no le haga sentir diez veces más asustado y cien veces más vulnerable de lo que se siente ahora?

FOTOGRAFÍA N.º 10

Formato: 110 mm, color. Un grupo de jóvenes posa ante la cámara. La fila de delante está formada por niños que sostienen una pancarta escrita a mano. En una de ellas se lee: «De mayor quiero ir a la cola de la mina, no a la del paro». En la segunda fila hay estudiantes, algunos de los cuales llevan pancartas del Partido Socialista de los Trabajadores que dicen: «La victoria es de los mineros». Tras el grupo hay una fila de mujeres de mediana edad, esposas de los mineros, que sujetan una pancarta más grande, con palos. Dice: «ESPOSAS DE LOS MINEROS DE BLYTH. Thatcher nos robó la leche, ahora quiere robarnos el pan».

Sean examina la fotografía hasta que ve los rostros sonrientes de Catherine y Theresa. El Comité de Apoyo a los Mineros del Sindicato de Estudiantes había organizado el viaje. Fletaron un autobús para llevar a la gente al piquete de Orgreave, y Theresa, militante entregada de casi cualquier causa, había convencido a Catherine para que la acompañara, algo que no le hizo ninguna gracia a Sean.

Aunque le aterrorizaba la posibilidad de que se produjeran altercados violentos en la manifestación, no había podido hacer entrar en razón a su mujer, y como Theresa solía ser su canguro, le había tocado a él quedarse con April, que por entonces solo tenía quince meses. Por lo tanto, no pudo acompañar a Catherine para asegurarse de que no se metía en ningún problema.

Fue, recuerda, la primera vez que se quedó él solo con April durante más de un par de horas, pero Catherine había insistido en que todo «iría

bien». Le aterraba la idea de tener algún problema y no ser capaz de solucionarlo. Pero también le halagaba que ella confiara en su capacidad como padre y solo pensaba en demostrarle que tenía razón.

En un último intento a la desesperada por hacer que cambiara de opinión, la había acompañado por las calles desiertas de la ciudad a primera hora de la mañana, mientras April dormía en el cochecito. Theresa había pasado la noche en casa de una amiga, donde había quedado con ellos.

Recuerda la muchedumbre de estudiantes que esperaban bajo una nube de humo de cigarrillos, con las pancartas a un lado. En ese momento había logrado convencer, momentáneamente, a Catherine de que no fuera.

Theresa se presentó con varias pancartas del Partido Socialista de los Trabajadores. Se había pasado la noche grapándolas a palos de madera.

—Va a venir —insistió Theresa cuando Sean le comunicó la noticia—. No sé en qué tipo de sociedad patriarcal crees que vives, Sean, pero los días en que los maridos podían obligar a sus mujeres a quedarse en casa son cosa del pasado. Su deber fraternal es acompañarme y eso es lo que va a hacer, ¿verdad?

Catherine, que se debatía entre su marido y su amiga, dudó.

—Además, será divertido —prosiguió Theresa—. Apenas has ido a ningún lado desde que nació April. Te vendrá bien salir un poco.

El argumento surtió efecto, porque Catherine arrugó la nariz y asintió.

—Tiene razón. Creo que lo necesito.

—Pero será peligroso —protestó Sean—. Ya has visto en la tele lo que pasa en estas manifestaciones. Hay mucha tensión.

—¿Crees que no cuidaré de ella? —le preguntó Theresa, haciéndose la ofendida.

—No, yo...

—Pues ya está —dijo, zanjando el asunto.

Sean se pasó el día pegado al televisor, angustiado ante la posibilidad de ver a su mujer golpeada con una porra. Aunque, en el fondo, también albergaba la esperanza de verla y poder decirle a su hija:

—Mira, April, ahí está mamá.

A pesar de los cientos de autobuses que se habían desplazado desde todos los puntos del país, Sean sabía que el acto no iba a tener una gran cobertura en los medios, que solo hablaban de las elecciones al Parlamento Europeo, un tema por el que nunca habían mostrado interés hasta entonces, pero que ese día tuvo prioridad, inexplicablemente, ante las manifestaciones

de apoyo a los mineros.

CINTA N.º 10

Hola, Sean.

Seguro que esta foto te pone nervioso, ¿verdad? ¿Recuerdas el miedo que tenías de que me aplastara un caballo?

Me sentí fatal por dejarte solo en casa, y aunque fingí que no era así, me pasé todo el día pensando en April. Pero volviendo la vista atrás, creo que hice lo correcto, desde un punto de vista político y personal.

Ese día crecí como ser humano. La posibilidad de hablar con las esposas de todos esos mineros, de cantar canciones de protesta en el autobús y de enfadarme, como no lo había hecho nunca, por lo injusto de la situación, me cambió, o al menos desencadenó un proceso de cambio.

Yo era muy joven. Había vivido muy poco. La verdad, creo que aún no había decidido qué quería ser. Nunca había ido a una manifestación y me llevé una auténtica sorpresa porque acabó siendo una de las cosas más emocionantes que había hecho jamás.

Al hilo de todo esto, debo admitir que me preocupa el futuro de nuestros jóvenes. ¿A ti no? Tampoco nosotros éramos unos comunistas radicales, ¿verdad? Pero sabíamos distinguir entre el bien y el mal. Sabíamos cuándo debíamos plantarnos y decir: «¡No!». Sabíamos cuándo había que protestar, gritar y cortar carreteras. La generación de April es muy pasiva, y los más jóvenes aún peor.

Hay muchas cosas que deberían hacernos enfurecer:

el futuro del sistema sanitario público, los ricos que no pagan impuestos o esta estupidez del Brexit. Pero tengo la sensación de que muchos de ellos ni siquiera se molestan en votar y aún menos en manifestarse. Cuando hablo con April del tema siempre me dice: «¿De qué va a servir?», lo cual parece haberse convertido en el sentimiento imperante de nuestra época. Para ella no hay nada más radical que hacer clic en una petición de Facebook. De modo que sí, me preocupa que hayamos engendrado una generación de avestruces.

No me refiero solo al hecho de que la generación de April se dedique a esconder la cabeza bajo tierra y a dejar que los políticos se salgan con la suya, sino que también se están perdiendo una gran parte de la diversión. Porque, sí, nosotros creíamos en las causas y, sí, estábamos furiosos porque iban a dejar a todos los mineros en la calle. Pero vaya si nos divertimos luchando, ¿no crees?

Para empezar, ese día, cuando el autobús se puso en marcha, todo el mundo estaba medio dormido. Era temprano y, a fin de cuentas, casi todos eran estudiantes.

Pero a medida que nos fuimos acercando a Orgreave, empezamos a ver las hileras de furgonetas de la policía aparcadas y el ambiente se crispó. Nunca había visto a tantos policías. Eran un auténtico ejército.

La gente a la que conocimos ese día era increíble. Recuerdo que me enzarqué en una bronca tremenda con un tipo del Sindicato de Mineros al que no le hacía mucha gracia que hubiera «nenas», tal y como nos llamó él, en el piquete. Su amigo, que tenía el bigote más grande que hubiera visto jamás, y él estuvieron discutiendo con Theresa y una amiga suya durante media hora porque consideraban que no pintábamos nada allí. Pero al final, comprendió que era importante contar con nosotras, y nosotras comprendimos que, como te pasaba a ti, simplemente temía por nuestra seguridad. Los policías con porras no eran mujeres. Eran agentes muy bien armados y protegidos, y muy furiosos.

Al final nos separamos. Los hombres se unieron al piquete y nosotras fuimos con las mujeres de los mineros y sus hijos para manifestarnos al margen.

Hablar con toda esa gente fue una experiencia fantástica. Todo el mundo estaba muy implicado y era muy consciente de las manipulaciones de los medios de comunicación. Estaban muy agradecidos de que alguien que no fuera ni minero ni esposa de minero se hubiera tomado la molestia de desplazarse hasta ahí para luchar con ellos. Dos de las mujeres estaban tan conmovidas que rompieron a llorar. Hasta entonces nunca había hecho nada por nadie, pero sentir esa gratitud, ese vínculo, fue increíble.

Alrededor de las once llegaron los esquirols del cambio de turno y la policía empezó a abrirse paso entre el piquete. A decir verdad, fue un alivio no estar en primera línea. Nosotras gritamos e hicimos ondear las pancartas. Cuando volví al autobús estaba afónica.

Creo que un par de estudiantes recibieron golpes de porra, y un chico cayó al suelo y le hicieron un corte en la oreja. Pero no vi nada más. No fue tan violento como esperaba.

Si no recuerdo mal, los actos violentos de verdad tuvieron lugar el lunes siguiente. Esperaron a que pasara el fin de semana porque sabían que todos los que no eran mineros volverían al trabajo y que los insolentes estudiantes estarían en clase. Theresa, tú y yo lo vimos juntos el lunes por la noche. Fue horrible y creo que entonces, al ver imágenes de la policía a caballo cargando contra la multitud y golpeando a la gente en la cabeza, a hombres y mujeres por igual, por fin comprendí de qué tenías miedo.

Lloré mientras veíamos las imágenes y durante varios días. También lloré cuando el sindicato dio el brazo a torcer, porque entendí que toda esa gente maravillosa a la que había conocido se había quedado sin esperanza alguna. A pesar de las manifestaciones y de los panfletos que

repartimos en el Centro Wulfrun, fracasamos. Supongo. Thatcher ganó, las minas cerraron, tal y como dijo Arthur Scargill, y no hicieron nada para ayudar a toda esa gente que se quedó en la calle. Quizá por eso ya nadie se toma la molestia de manifestarse, porque al final resultó que el número de manifestantes era lo de menos. Quizá fue ese el día que todos recibimos una paliza.

Sin embargo, a pesar de los pesares, fue una experiencia que me cambió la vida. Me sentí una más de los huelguistas y una más del Sindicato de Estudiantes, a pesar de que no era miembro oficial. También sentí que formaba parte de la hermandad de Theresa, tal y como la llamaba ella.

Ah, por cierto, acabo de recordar una anécdota muy jugosa que nunca te he contado.

En el camino de vuelta a casa me quedé dormida, con la cabeza apoyada en el hombro de Theresa. Cuando me desperté, me estaba acariciando el pelo y ¿sabes qué me preguntó? Si había hecho el amor con una mujer. Cuando le dije que no, me preguntó si me gustaría probarlo. ¿Te imaginas la vergüenza que pasé? Me lo dijo en un autocar lleno de gente. Yo acababa de cumplir veinte años.

Le contesté que no, claro. Era demasiado mojigata para plantearme algo así, y a decir verdad, nunca he sentido la tentación desde entonces.

Pero ese día quedé prendada de Theresa y, aunque le dije que no, debo admitir que no fui del todo sincera. En ese instante, me habría gustado responder que sí. Solo para probarlo, por decirlo de algún modo. Seguro que te sorprende, ¿verdad?

En fin, cuando llegamos a Wolverhampton, April y tú me estabais esperando en la estación. Yo me sentía tan cansada y tan feliz de veros que rompí a llorar.

Y ahí acabaron mis escarceos lésbicos.



El lunes Sean elige las fechas de las vacaciones. Se toma tres semanas en enero y dos en marzo. No tiene ni idea de por qué elige esas fechas. Tan solo sabe que no tendrá que volver a pensar en el tema durante mucho tiempo.

—¿Seguro que no quieres cogerte una semana en Navidad? —le pregunta la secretaria—. Creo que serás el único de toda la oficina que vendrá.

—Sí —responde Sean, que no quiere ni pensar en lo que supondría pasar la semana entera de vacaciones de Navidad, solo—. Sí, seguro.

El jueves por la noche lo llama April.

—Hola, papá. Ronan y yo habíamos pensado en ir a verte el fin de semana. Han pronosticado un tiempo fabuloso. ¿Qué te parece?

—Claro. ¿Por qué no? Quería ir a ver a la abuela, pero puedo dejarlo para otro día. Avisaré a Perry.

—Si quieres lo dejamos para la otra semana —propone April—, pero han organizado una gran manifestación anti-Brexit en el centro de Londres, así que la zona estará imposible. Por eso hemos pensado en ir a verte.

—¿No podéis quedaros en el apartamento de Ronan?

—No, lo tiene alquilado. Sabes que a veces lo pone en Airbnb, ¿no? Pues ese fin de semana está ocupado. Y mi barrio será un infierno. La manifestación empieza en Hyde Park, creo.

—Ah —dice Sean, que piensa en la última cinta de Catherine—. ¿Y no quieres ir?

—¿A la mani? ¿Yo? —pregunta April, con un deje de asombro—. No.

—¿Por qué no?

—¿Cuándo me has visto en una manifestación?

—Pues siempre te quejas del Brexit —aduce Sean.

—Claro, porque es estúpido. Pero ahora ya no hay marcha atrás. Y lo sabes.

—Sí. Sí, creo que lo sé.

—¿Entonces qué? ¿Nos vemos el fin de semana? —pregunta April.

—Claro. ¿Cuándo vendréis?

—El viernes por la noche. Así evitamos todo el jaleo.

Cuando cuelgan, Sean deja el teléfono en la mesa y lo mueve con un dedo, como si fuera un coche de juguete, mientras repasa mentalmente la conversación que ha mantenido con su hija y el último casete que ha escuchado de Catherine. Y sí, en cierto modo es consciente de cómo cambió Catherine ese día. Cuando la conoció era una chica que nunca había

destacado en los estudios y que vivía en un piso de protección oficial. Era lista y vivaz, pero nunca había expresado su punto de vista en los debates universitarios. Sin embargo, después de la manifestación empezó a tomar conciencia de sus propias opiniones, al menos en lo relacionado con ese tema. Y no volvió a tener miedo de enfrentarse a todo aquel que estuviera en desacuerdo con ella.

—¿Has cambiado de opinión? —le pregunta April en cuanto responde a su llamada.

—No. Bueno... más o menos —balbucea Sean—. Mira, ¿qué te parecería si me acerco yo hasta Londres?

—Pero ya te lo he dicho, el centro estará imposible...

—¿Qué te parece si vamos juntos a la manifestación?

—¿En serio? —pregunta April—. ¿Por qué?

—Para expresar nuestra disconformidad, ¿qué te parece?

—Hubo un referéndum y ya expresamos nuestra disconformidad entonces. Y perdimos la votación.

—Quizá no baste con eso.

—Empiezas a asustarme un poco.

—¿Has ido a una manifestación alguna vez?

—No entiendo qué tiene que ver...

—Tú dime. ¿Has ido a una manifestación?

—Pues no. ¿Y tú?

—Sí. A muchas.

—¿De verdad? ¿Por qué? Me refiero, ¿a qué manifestaciones has ido? ¿En defensa de qué?

—De muchas cosas. Con tu madre. Te lo cuento mañana. Y el sábado... Es el sábado, ¿no?

—Sí. Pero...

—El sábado vamos. Juntos.

—Espera, papá. Acaba de llegar Ronan.

A pesar de que Sean no puede oír claramente lo que dice, intuye que le está explicando el cambio de planes a Ronan y que no parece entusiasmada con la idea.

—¿Tiene algo que ver con mamá? —le pregunta—. ¿Es una especie de crisis de madurez posmamá?

—No. Oye, mira, si no te gusta la idea, olvídalo.

—No, no es eso. De verdad. De hecho Ronan cree que será divertido.

—Así es.

—Pero me parece extraño. No es propio de ti.

—Hm. A lo mejor no me conoces tan bien como creías. A lo mejor nunca conocemos a los demás tan bien como creíamos.

—Vale, estás empezando a darme un poco de miedo. Pero, mira, tengo que hablar con los demás. Porque solo hay un sofá, y si alguien más tiene huéspedes, me temo que no será posible.

—Por supuesto.

—Pero no creo que haya ningún problema. Es probable que Matt se vaya el fin de semana, de modo que podrías quedarte en su dormitorio.

—Claro, ya me dirás algo —le dice Sean.



Sean decide ir en tren a Londres, porque será imposible encontrar aparcamiento cerca del piso de April.

Cuando sale del metro y llega a su apartamento compartido, ya son casi las ocho de la noche.

Tal y como le había dicho, Matt pasará el fin de semana fuera, por lo que puede instalarse en su habitación.

El piso, en Hyde Park Gardens, es bonito aunque está algo destartado. Y desde las ventanas del dormitorio de Matt se ve, por un resquicio que dejan las casas de Bayswater Road, el propio Hyde Park. Sean deja la bolsa en la silla de oficina de diseño sueco y se acerca a la venta. Mira a la calle, se vuelve y observa la habitación.

Matt, un diseñador gráfico de éxito, es joven y moderno, y eso se nota. La habitación rebosa juventud y colorido. En la pared hay un póster de Aladdin Sane, y también tiene una gran colección de vinilos. Hay un plato de disco doble y las estanterías están llenas de libros de arte.

Sean se pasea por la habitación. Acaricia los lomos de los discos y luego curioseas en el armario. Esa habitación hace que se sienta joven de nuevo, a pesar de la nostalgia que también le provoca por la juventud perdida. Dios, ¡daría lo que fuera por vivir de nuevo esa época!

—¿Todo bien? —pregunta April, que asoma la cabeza por la puerta.

—Sí —dice Sean—. Estoy echando un vistazo. Es un dormitorio muy... guay.

—El trabajo de toda una vida —dice April.

—¿La habitación? —pregunta Sean.

April entra en el dormitorio.

—No. Me refería a ser guay.

Sean percibe un deje de amargura en su voz y recuerda que Catherine le contó que al principio, antes de conocer a Ronan, su hija estuvo colgada de Matt.

—¿No estuviste enamorada de él al principio? —le pregunta Sean.

—Por Dios, mamá te lo cuenta... te lo contaba... todo —dice April, en un tono de falsa indignación—. Y no estaba enamorada de él. Solo... —Se encoge de hombros con timidez—. Me gustaba, nada más. Es guapo. Pero él también lo sabe. Y no me tires más de la lengua.

—Vale —dice Sean.

—Está muuuuy ocupado siendo guay —le explica April.

—Ya, no es el primero que conozco.

Suena el timbre, April da media vuelta y se dirige hacia la puerta.

—Fantástico —dice—. Me estoy muriendo de hambre.

Cuando Sean llega a la cocina, Ronan está abriendo unas bandejas de aluminio que ha sacado de una bolsa.

—Hola, Sean —lo saluda.

Le da una suave palmada en la espalda y le estrecha el hombro.

—Hola, Ronan. Veo que has traído comida. Quería invitaros a cenar en algún lado.

—Podemos ir mañana —dice April, que quita la tapa de una de las bandejas, examina el contenido, introduce un dedo y se lo lame—. Hemos pensado que esto también podía estar bien, quedarnos los tres solos en casa.

—¿No está Aisha, entonces? —pregunta Ronan, que arrastra las vocales con su acento irlandés y las dos últimas palabras se convierten en una sola.

—No, ha quedado con sus amigos —le dice April—. Creo que luego saldrán de fiesta.

Juntos, reparten los curris antes de tomar asiento en la mesa del comedor.

—Es un piso muy bonito —dice Sean, mirando alrededor—. Me recuerda a mi época de estudiante.

April se ríe.

—Pero nosotros no somos estudiantes, sino profesionales liberales que ya han cumplido los treinta. Hoy en día ya nadie puede permitirse alquilar un piso en Londres.

—Tienes razón, pero aun así me parece divertido. ¿Cuánto me has dicho que pagabais?

—Mil libras al mes.

—¿Cada uno? Madre mía.

—Sí. Y en junio subirá a mil doscientas.

—Pero... —dice Ronan, que deja la frase a medias tras la mirada fulminante de April.

—Pero ¿qué? —pregunta Sean.

—Pero nada. Bueno, ¿qué tal estás, papá?

—Sí —dice Ronan, mientras prueba los champiñones biryani—, ¿qué tal estás?

April, que no ha bebido, espera hasta que abren la segunda botella de chardonnay antes de atreverse a decir lo que tiene en mente.

—Bueno, papá —dice—. Ronan y yo... esto... tenemos que decirte algo.

Sean toma un sorbo de vino y asiente para que siga.

—Claro, decidme.

April mira a Ronan.

—¿Se lo digo yo o...?

Ronan se encoge de hombros.

—Como quieras. Tú eliges.

—Vale —dice April, que respira hondo—. Queremos irnos a vivir juntos. Hemos encontrado un piso muy bonito en South Hampstead y nos lo podemos permitir. Es pequeño...

—Pero precioso —se apresura a añadir Ronan.

—Es verdad —admite April—. Y tiene una habitación pequeña que Ronan puede usar como despacho.

—Sabes que casi siempre trabajo en casa, ¿verdad? —pregunta Ronan.

Sean asiente.

—Pinta muy bien —dice, frunciendo el ceño y esbozando una sonrisa, porque tiene la sensación de que aún no se lo han contado todo—. Pero ¿no echarás de menos el piso? Creía que te gustaba compartirlo con Matt y Aisha.

—Qué va. Estoy harta de compartir.

—Aisha le roba el maquillaje —dice Ronan, que enarca las cejas—. Y Matt no contribuye en las tareas de la casa.

—Aaah... La dicha de compartir piso. Sí, lo recuerdo perfectamente.

—Solo queremos tener un lugar para nosotros. A partir de cierta edad te

apetece más estar solo, ¿no crees?

Sean asiente.

—Y luego llegas a otra cierta edad y lo peor del mundo es estar solo.

April se muerde el labio inferior.

—Lo siento, qué bruta soy. Debería ponerme un candado en la boca o algo así. Siempre me ha pasado lo mismo.

—No te preocupes, cielo —le asegura Sean—. Lo decía en broma porque me da envidia cómo os habéis organizado. De repente creo que me gustaría vivir en la habitación de Matt y pinchar en las fiestas de mis amigos.

—Si quieres puedes instalarte en la habitación de April —le ofrece Ronan, medio en broma—. Quedará libre dentro de poco.

—No me acaba de convencer la distancia hasta mi trabajo —dice Sean—. Hay un buen trecho hasta Cambridge.

—Bueno —los interrumpe April, que parece algo cansada de tanta cháchara—. Hemos decidido cambiar de casa por otro motivo.

—¿Ah, sí?

April mira a Ronan y le acaricia la muñeca antes de volverse hacia Sean.

—Estoy embarazada —dice—. Así que necesitamos un nuevo hogar antes de tener el bebé.

—¡Dios mío! ¿Estás embarazada? —exclama Sean.

A pesar de los esfuerzos por parecer convincente, April lo mira con una mueca.

—Ya lo sabías. ¿Te dijo mamá que lo estábamos intentando?

—No —responde Sean. Mira a Ronan y, sin querer, se pregunta si el bebé es suyo. Entonces mira a April y se aplica a sí mismo la misma pregunta. No sin cierto esfuerzo decide pensar que es su hija—. No, no me dijo nada.

—Hmm —murmura April, que no está en absoluto convencida.

—Es verdad —insiste Sean, que no sabe por qué está mintiendo. Quizá porque Catherine no se lo dijo en persona, sino en uno de los casetes. Y April aún ignora su existencia, ¿no?—. Pero tampoco es que sea algo inaudito. Ya sabes, chico conoce a chica. Chica se queda embarazada... Además, me he fijado en que no has bebido.

—Ah. Sí, supongo que teniendo en cuenta mi historial me he delatado. En fin, ahora entiendes por qué queremos un piso para nosotros solos.

—Tú viviste los dos primeros años en una casa de estudiantes

compartida —le recuerda Sean.

—Sí pero como he dicho, nosotros ya no estudiamos.

—Sí, claro. No me refería...

—La cuestión es que necesitamos tu ayuda —lo interrumpe April.

—Venga, dispara.

—Nos piden un aval. Para el alquiler, que es de dos mil doscientas libras al mes.

—Es porque trabajo por cuenta propia —le dice Ronan—. Quiero decir que podemos asumirlo, pero tenemos que convencerlos de ello.

—Claro, ningún problema —responde Sean.

—¿De verdad? —pregunta April.

—Por supuesto. ¿Por qué iba a negarme?

April frunce el ceño en un gesto adorable, se inclina hacia delante y le da un beso en la mejilla.

—Gracias, papi. Eres el mejor.

—De nada, cielito.

—Se lo pediría a mi padre —tercia Ronan—, pero...

Sean alza una mano para interrumpirlo.

—No pasa nada, de verdad —le asegura con la voz rota y se da cuenta de que está a punto de romper a llorar—. Lo siento... tengo que ir al baño —les dice levantándose de la mesa, antes de que puedan reaccionar.

En el baño, cierra la puerta, se sienta en el retrete y se frota la frente. Tiene un nudo en la garganta. Porque, sí, a pesar de que se había preparado para este instante, la tristeza puede con él. La ausencia de Catherine, en este momento concreto de su vida, es devastadora.

Al cabo de un ratito oye la voz de Catherine: «Nunca he soñado con tener nietos. Criar a una hija fue duro, pero cuidar de los hijos de los demás siempre me ha parecido un auténtico infierno». En su momento no supo verlo, pero ahora comprende que esas palabras eran una mentira para que se sintiera mejor. Porque nada, absolutamente nada, habría hecho más feliz a Catherine que tener en brazos a su primer nieto.

Cuando Sean sale del baño, April y Ronan lo miran con una sonrisa, expectantes. Al ver su expresión, deduce que en su ausencia han estado hablando de un tema delicado.

—Hay algo más —dice April, mientras Sean aprovecha para comer—. No... No vamos a casarnos.

—De acuerdo —dice Sean lentamente—. ¿Por qué no?

April frunce la nariz.

—No creemos en ello. Ninguno de los dos.

—Me parece bien. Creo que es algo que debéis decidir vosotros. Mientras ambos estéis de acuerdo...

—Así es. Entonces ¿no te importa? —le pregunta April.

—¿Que si no me importa no tener que pagar una boda tradicional...? —pregunta Sean—. A ver que lo piense...

—¿Y no te sorprende?

Sean se ríe.

—¿Crees...? ¿Cómo crees que...? —balbucea April.

—¿Cómo habría reaccionado mamá? —pregunta Sean.

—Sí. —April asiente—. No le habría importado, ¿verdad?

—Lo dudo. Pero tampoco te lo puedo asegurar.

—Yo creo que no le habría importado —dice April. Salta a la vista que intenta convencerse a sí misma—. De verdad lo creo.

—Ya no importa —dice Sean negando con la cabeza—, ya no está con nosotros.



En el trayecto de vuelta a Cambridge en tren, Sean intenta echar una cabezadita, pero no puede.

Decir que no ha descansado bien en la cama de Matt sería quedarse corto. La luz de la farola de la calle le daba en toda la cara (no había cortinas) y el colchón plagado de bultos y deformado es el peor en el que ha dormido jamás. Sean cree que Matt debería gastar un poco más en la cama y menos en discos. Cuando se da cuenta de lo que acaba de pensar, se lamenta por haberse convertido en un viejo cascarrabias, pero ello no impide que sea cierto. La cama era horrible.

El sábado por la mañana Sean aún tiene tortícolis, y el domingo está a punto de pedir cita con un osteópata para que le recomponga la columna vertebral.

Sin embargo, a pesar de la falta de sueño y del suave vaivén del tren, Sean no puede pegar ojo. No para de pensar en las palabras de April y en la experiencia de la manifestación anti-Brexit. Porque, sí, la manifestación ha supuesto toda una decepción.

Se unieron a la marabunta de manifestantes cuando salían de Hyde

Park, pero al cabo de una hora desistieron y se metieron en un Pizza Hut.

—Me siento como un traidor —dijo Sean cuando los tres ocuparon la mesa, mientras los últimos manifestantes pasaban frente al local.

—Ahora ya sabes por qué los de mi generación no van a manifestaciones —dijo April—. Es muy deprimente.

—Pero es deprimente porque no va nadie, no al revés.

—Creo que se debe a un círculo vicioso de apatía —sugirió Ronan.

—Además, no cambiará nada —dijo April—. ¿No recuerdas toda la gente que se manifestó contra la guerra de Irak? Fueron millones. Pero no sirvió de nada. Así es como nos han convertido en una nación apática. Nunca nos hacen caso. No les importa nada lo que pensemos.

Sean tuvo que darle la razón al recordar el análisis similar que había hecho Catherine sobre la huelga de los mineros.

—Bueno, ahora concentrémonos en lo importante —dijo Ronan—. ¿Qué pizza queréis?

Una vez en casa, Sean por fin puede recuperar el sueño perdido. Se tumba en el sofá y, cuando se despierta rodeado de oscuridad, recuerda que aún no ha abierto el paquete de ese fin de semana. Mira el descodificador de la tele por cable y ve que son casi las siete y media. Decide que primero se preparará algo de cenar; luego abrirá el sobre y pasará la noche con Catherine. Será, casi, como si cenara acompañado.

FOTOGRAFÍA N.º 11

Formato: 35 mm, blanco y negro. Varios jóvenes bailan en una sala de estar. En el sofá, apartado en un rincón, hay tres chicos. Sonríen con una botella de cerveza en las manos. Tumbada sobre sus rodillas hay una chica con el pelo largo y la cara demasiado borrosa para identificarla.

Sean reconoce a los dos chicos del sofá de inmediato. El de la izquierda es Andy. Se parecía tanto a él que la gente los llamaba «los gemelos». El de la derecha es al que llamaban Dave el Fiestas para distinguirlo de Dave el Afeitado (que no llevaba barba) y Dave el Primero (porque llegó al grupo antes que los otros dos). Dave el Fiestas hacía honor a su apodo y nunca se perdía una. Fue la primera persona a la que Sean vio hacer el baile de *big box, little box, cardboard box*. Sean no reconoce al del medio, pero le parece recordar que era el amigo de un amigo que se había presentado en la fiesta con una despampanante alumna sueca de intercambio que llevaba minifalda. Aún la recuerda perfectamente. Y en su memoria sigue siendo una de las mujeres más bellas que ha visto jamás.

—¿Quién es esa? —le preguntó Sean a Andy nada más verla.

—Está buena, ¿eh? —le dijo Andy—. Se llama Leah, creo.

—¿Princesa Leah?

—Exacto.

—Pues está como un tren —murmuró Sean.

—Hm —dijo Andy entre risas—. ¿Te arrepientes de haberte casado?

¿Tan pronto?

Preocupado por el comentario de Andy, así como por su incapacidad para apartar los ojos de Princesa Leah, Sean fue a buscar a Catherine, que

había desaparecido.

La encontró en el jardín trasero, vomitando en un cubo de basura. El hecho de verse obligado a llevarla a casa, en algún momento incluso en brazos, le permitió dejar a un lado la atracción irresistible que sentía por la princesa Leah de Suecia.

Fue uno de esos momentos en los que pensó que a lo mejor valía la pena ponerlo todo en peligro por una aventura, por un momento con una mujer tan guapa como ella. Se dio cuenta de que la atracción física podía ser tan intensa que corría el riesgo de convertirse en un estúpido capaz de echarlo todo por la borda. Gracias a Dios, no volvió a coincidir con ella.

CINTA N.º 11

Hola, Sean.

Son las once de la mañana del viernes y acabo de ver al oncólogo. Me ha dado los resultados del TAC de ayer y me temo que no son muy halagüeños. Creo que aún no puedo asimilarlo, y he decidido grabar una cinta para pensar en otra cosa.

Ese medicamento tan caro que me han dado, gemcitidín o como se llame, el que tenía esos efectos secundarios tan jodidos que no podía ni andar, no ha servido de gran cosa. El doctor quiere reunirse con nosotros dos para analizar «otras opciones», pero, a decir verdad, no albergo grandes esperanzas. No creo que ninguna sea muy divertida. La buena noticia es que han dejado de darme ese medicamento de inmediato, así que podré ir a pasar el fin de semana a casa. Creo que esperaré hasta el lunes para darte la mala noticia. Imagino que tendré que inventarme algo. Me muero de ganas de pasar un fin de semana normal contigo. Un fin de semana en el que podamos hablar de algo que no sean las náuseas o las tasas de supervivencia de distintos tipos de cáncer.

En fin, he llorado un rato cuando me lo ha dicho, pero ahora me encuentro bien. Estoy preparada para hablar de la siguiente foto. La verdad es que este proyecto me está ayudando a seguir adelante.

Es curioso, porque me he dado cuenta de estas cintas se están convirtiendo en algo distinto a lo que había planeado.

Al principio, solo pretendía contarte algunas cosas que no sabías de mí, compartir algunos secretos. Pero ahora veo que se ha convertido en un relato de nuestra historia. Cada vez se parece más a esa novela que siempre he dicho que escribiría. A lo mejor podrías pasarla a ordenador y publicarla un día. Solo espero que aún no te hayas aburrido del tema. A fin de cuentas, la mayoría son experiencias que hemos compartido.

Suponía que habría más fotos como esta. Fuimos a tantas fiestas... Pero imagino que estábamos demasiado borrachos para hacer fotos.

Creo que el único motivo por el que tenemos una foto de esta es porque Theresa estaba pasando por su fase de fotógrafa. Instaló un cuarto oscuro en el sótano polvoriento con una ampliadora y todo lo demás. Esta fotografía en blanco y negro tiene que ser suya. Puede que incluso la ayudara a revelarla.

Si no recuerdo mal, su pasión por la fotografía no duró más de seis meses, pero fue divertido. Todos sus amigos de la asociación fotográfica pasaban por nuestra casa, y todos eran muy majos. Recuerdo que se quedaban embobados con April. Durante una época tuvimos muchas fotografías suyas en blanco y negro, pero no sé cómo desaparecieron. Quizá estén en la otra caja del desván.

Éramos unos estudiantes muy extraños, ¿verdad? Sobre todo yo, claro, que no iba a la universidad. Éramos una pareja casada con una niña pequeña y tú también eras un arquitecto que empezaba a dar sus primeros pasos profesionales. Pero aunque yo me pasaba el día cuidando de April, también me sentía como una universitaria. Una estudiante de la vida, quizá. Siempre he pensado que al menos la mitad de lo que aprendes en la universidad está más relacionado con la vida que con los conocimientos puramente académicos. Por eso yo estaba empecinada en que April fuera a la universidad. Vivir en una casa compartida, discutir hasta las tres de la madrugada sobre la colada, Dios y política, y las facturas de la electricidad...

todo eso nos ha permitido llegar a ser quienes somos.

Aprender a amar, a hacer amigos, a separarte de ellos cuando la gente se licenciaba. Y, en mi caso, lo más increíble fue que pude participar de todo ello a través de vosotros. De modo que a pesar de que era una chica de clase baja que siempre había vivido en un piso de protección oficial, pude experimentar de primera mano la vida del estudiante. Conocí el feminismo, el socialismo, el budismo y cien -ismos más. Y también hice grandes amigos.

Cuando no intentábamos arreglar el mundo, salíamos de fiesta. Nunca necesitábamos una excusa, ¿verdad? Unas cuantas botellas de cerveza casera, un tocadiscos y ya está. La de la foto soy yo, por cierto, como imagino que habrás visto. Acababa de fumarme el segundo porro de mi vida, pero aún no había vomitado.

No sé si lo recordarás, pero me encontraste en el jardín vomitando y te mentí porque te dije que había bebido más de la cuenta. Pero no, en realidad todo fue por culpa del porro de Alistair. Fue entonces cuando decidí que la droga no iba conmigo.

Al día siguiente confesé lo que había pasado y tú me dijiste que también le habías dado alguna calada y también te habías mareado. A ninguno de los dos nos gustaba fumar hierba, menos mal. A los que les gustaba de verdad, eran los que acababan dejando los estudios. Imagino que no es una droga que ayude a mejorar la motivación de la gente. No recuerdo quién cuidaba de April esa noche, pero sé que no éramos nosotros ni Alistair, y tampoco pudo ser Theresa, si es la que hizo la foto. Supongo que fue Annie o Steve, o Donna Verde. De hecho, Donna aún no era «verde» por entonces, ¿verdad? Solo Donna y ya está. Lo de verde vino luego.

Pero antes de que Donna llegara a la casa, tampoco nos faltaron nunca los canguros, ¿verdad? Todos querían mucho a April. No creo que haya muchos niños que recibieran tanto amor de pequeños.



Es sábado por la mañana y Sean está pasando la aspiradora por la sala de estar. Por culpa del ruido no oye el timbre de la puerta y se sobresalta cuando se vuelve hacia el ventanal. Al otro lado, Maggie salta y agita los brazos.

Sean pulsa el botón de la aspiradora con el pie y se dirige a la puerta.

—¡Por fin! —dice Maggie—. Llevaba un buen rato saltando aquí fuera como una loca. Además, hace un frío de mil demonios.

Le da un beso en la mejilla y entra en el recibidor.

—Hace frío, sí —admite Sean.

A pesar de que brilla el sol, la temperatura se mantiene baja.

—Es por culpa de los vientos que vienen de Islandia o algo así —dice Maggie, entrando en la sala.

Sean cierra la puerta y la sigue. Se alegra de tener visita, pero al mismo tiempo lamenta no poder seguir limpiando. Ha tardado tanto en reunir el valor necesario para enchufar la aspiradora, que se pregunta si luego podrá recuperarlo.

—Un hombre con una aspiradora Hoover —dice Maggie.

—Dyson —la corrige Sean—. Siempre me he encargado yo de pasar la aspiradora, incluso cuando estaba Catherine.

Maggie lo mira a los ojos y esboza una sonrisa. Sean se da cuenta de que no le ha pasado por alto la novedad: ahora puede pronunciar su nombre sin que se le rompa la voz.

—Genial. Me dejan muy tranquila esos profundos conocimientos que muestras sobre las marcas de aspiradoras.

—Muchas gracias.

Maggie frunce la nariz.

—Y además de pasar la aspiradora, ¿también sabes hacer café?

Sean sonríe.

—Claro —dice—. Ven. ¿Qué tal estás? —le pregunta mientras enchufa el hervidor de agua y saca la cafetera del armario—. Hacía varias semanas que no nos veíamos.

Maggie se quita el abrigo y lo cuelga en el respaldo de la silla.

—¿Y eso de quién es culpa? —pregunta ella.

—No era mi intención culpar a nadie —alega Sean.

—En realidad vine el fin de semana pasado, pero no estabas.

—Fui a ver a April —le explica él—. Fuimos a la manifestación del

Brexit.

—¿Manifestación del Brexit? —repite Maggie.

—Bueno, contra el Brexit.

—No sabía que había una, la verdad.

—No me sorprende —dice Sean, mientras añade el café molido a la jarra de cristal—. No fue mucha gente. Y los medios de comunicación no le han dado mucho bombo.

—Creo que la mayoría se ha dado por vencida —dice Maggie—. Pero enhorabuena por intentarlo.

—Tienes razón. Esa es la sensación que tuvimos, al menos.

—Es curioso —dice Maggie—. Es decir, han admitido que el dinero no irá a parar a la Seguridad Social. Y han admitido que no vamos a firmar un acuerdo comercial magnífico. Y han dicho que tampoco se reducirá la inmigración. Es como si todo el mundo estuviera de acuerdo en que es una idea estúpida, pero todos aceptamos que, aun así, vamos a seguir adelante. Somos un niño pequeño que ha tomado una decisión estúpida, pero decide seguir adelante en lugar de admitir el error. Lo único que han conseguido ha sido tirar piedras contra su propio tejado. Contra nuestro propio tejado, más bien.

—Así es —admite Sean.

—Mi hermana está a favor, ¿lo sabías?

—¿De verdad?

Maggie asiente.

—Vive en Ealing. Lo llaman la pequeña Varsovia. Aunque tampoco es un fenómeno muy reciente. Hay polacos en Ealing desde la guerra, pero Angie no lo entiende. La cuestión es que está a favor del Brexit si ello significa que los polacos van a largarse.

—Harían bien en irse, pero con ellos también se iría su médico, su enfermera y quizá también su fontanero. Creo que los echará de menos si se van todos.

—Eso es lo que le he dicho una y mil veces —dice Maggie—. En fin. Así que fuiste a la manifestación. Me sorprende un poco, pero en el buen sentido.

—Era algo que quería hacer con April. Nunca había ido a una.

—¿Nunca?

Sean niega con la cabeza.

—Vaya. ¡Cómo son los jóvenes de hoy! ¿Y qué tal está nuestra adorable

April?

—Hm, embarazada.

Maggie abre los ojos de par en par.

—¡No!

Sean asiente.

—Ronan y ella han buscado piso para irse a vivir juntos. Ahora mismo cada uno vivía en un piso compartido, así que...

—Claro, entiendo. ¿Eso significa que van a casarse? —pregunta Maggie.

—No. No creen en conceptos tan anticuados como el matrimonio.

—¿Y a ti no te importa? A juzgar por tu tono, diría que un poco.

—¿De verdad? Yo creo que no. Quizá. Pero no, me parece que no.

—¡Vaya, un bebé! —exclama Maggie—. Qué emocionante.

—Sí, es toda una sorpresa.

—Es curioso, nunca me pareció que April fuese de las que quisiera tener hijos —dice Maggie—. No sé por qué, pero no la veía.

—Eso mismo decía Catherine.

A Maggie se le ensombrece el rostro y lanza un suspiro.

—No lo digas —le advierte Sean.

—No, tranquilo. Es que... solo iba a decir que es una mie...

—No lo digas —insiste Sean—. Por favor.

—No —accede ella—. De acuerdo, lo siento.

Sean baja el émbolo, sirve el café en dos tazas y las deja en la mesa de la cocina.

—Aquí tienes. Bueno, ¿qué habéis hecho Dave y tú este fin de semana?

—Lo he enterrado en el patio —responde Maggie, muy seria.

—Es el primer lugar donde lo buscarán.

—¿Quién?

—La policía.

—Ah. No, en realidad se ha ido a pasar el fin de semana a su piso. Me dijo que necesitaba un poco de «espacio». —Maggie hace el gesto de las comillas con dos dedos.

—¿Problemas en el paraíso? —pregunta Sean.

Maggie suelta una risa amarga.

—Si mi vida es el paraíso, prefiero el infierno, sin duda.

—¿Tan mal está la cosa?

—En realidad no es para tanto. Pero es que al llegar a los cincuenta

resulta más difícil encajar con alguien. Cada uno se acostumbra a sus manías. O sea, cuando una pareja se conoce en la adolescencia, como os pasó a vosotros, los dos aún se están formando como adultos y se amoldan el uno al otro. Pero a mi edad, las filias y fobias personales están grabadas a fuego. Ese es el problema.

—Imagino que no es fácil, pero tú eres inteligente. Seguro que encuentras una solución.

Maggie lanza otro suspiro, esta vez más profundo, y mira hacia el jardín.

—Supongo que si eras tú quien se encargaba de pasar la aspiradora, la responsable del jardín era Catherine, ¿no?

Sean mira hacia fuera.

—Ah, sí. ¿Tan mal aspecto tiene?

—Al menos deberías cortar el césped porque, si no, dentro de poco estará demasiado alto y no podrás hacer nada.

—Sí —admite Sean sin demasiado entusiasmo—. Lo sé.

—Si quieres te echo una mano. Quizá mañana.

—¿Mañana? —pregunta él frunciendo el ceño—. ¿No han dicho que va a llover?

—No —responde Maggie—. Sol todo el día. Venga, ánimo. Traeré mis tijeras de podar. A mí me vendría muy bien... Así no pienso en otras cosas.

Sean se encoge de hombros.

—Claro —accede—. ¿Por qué no? Si lo tienes claro, por mí adelante. Pero ¿podría ser por la tarde?

Quiere reservarse la mañana para su siguiente dosis de Catherine.

FOTOGRAFÍA N.º 12

Formato: 35 mm, color. Una mujer rubia y pálida sentada en una colcha verde. A su lado, un gato atigrado, tumbado boca arriba, le ofrece la barriga para que se la rasque. La luz de la habitación, que se filtra a través de las cortinas, confiere un matiz verde al rostro de la mujer y al pelaje del gato.

CINTA N.º 12

Hola, Sean.

No te imaginas la alegría que me he llevado al encontrar esta fotografía. ¡Una de las pocas fotos de Donna Verde!

Debe de ser de nuestro último año en Wolverhampton, porque para entonces Theresa se había ido a vivir a su comunidad budista y Donna se quedó con su habitación.

Theresa nos pidió que aceptáramos a Donna, que estaba deprimida y necesitaba lo que Theresa describía como una «casa alegre y feliz» en la que vivir.

Lo malo es que cuando se mudó Donna, la casa dejó de ser un lugar tan feliz, ¿verdad? Por mucho que nos esforzáramos por ayudarla, ninguno de nosotros podía aliviar su tristeza.

Es más, diría que acabó contagiándonosla a los demás. Se filtraba por debajo de la puerta de su dormitorio y bajaba por las escaleras como un manto de niebla que nos afectaba a todos. Hasta April se quedaba callada cuando aparecía Donna, aunque a menudo nos alegrábamos de ello.

Lo primero que hizo al llegar a la casa fue pintar su habitación de verde, y mientras lo hacía tuvo que dormir en la sala, algo que nos molestaba a todos. Cuando se secó la pintura, no recuerdo haber vuelto a verla en las zonas comunes de la casa. Siempre se quedaba en su dormitorio.

Una de las cosas buenas de Donna fue que me

inculcó el gusto por la lectura. Me dio a conocer a autoras como Fay Weldon, que me encantaba, y también a Lynne Reid Banks y Sylvia Plath. Incluso intentó que leyera a Virginia Woolf, pero aunque apreciaba su estilo, la música de sus palabras, debo admitir que siempre fue una autora que se me atragantó un poco.

Recuerdo que me preocupaba mucho por Donna. Cuando llegaba de trabajar en la tienda y tú habías salido a dar una vuelta con April, Donna siempre estaba escuchando Dead Can Dance o Echo And The Bunnymen. A veces la casa estaba sumida en un silencio absoluto, yo subía hasta la habitación de Donna, respiraba hondo, y llamaba a la puerta. Siempre tenía miedo de que no respondiera. Me daba auténtico pavor que se hubiera cortado las venas, se hubiera tomado veinte frascos de paracetamol o se hubiera colgado de una viga. Pero no. Siempre estaba allí. Siempre en su dormitorio, sentada bajo ese extraño manto de luz verde, leyendo algún libro para sus clases, con cara de ser la persona más desdichada que había pisado jamás la faz de la tierra.

¿Recuerdas lo poco que me gustaba dejar a April con ella? Creo que nunca llegué a explicarte los motivos. Quizá tampoco llegué a saberlos yo. Pero al volver la vista atrás, supongo que tenía miedo de que tomara una sobredosis. Y tenía miedo de que se llevara a April con ella.

Siempre pensé que debía de haberle pasado algo horrible antes de llegar a nuestra casa. Espero equivocarme. Y espero que al final lograra salir adelante.

Antes de que se instalara, Theresa y yo fuimos a verla actuar en un centro comercial. Estudiaba Humanidades, con especialidad en Arte Dramático, y en una de las asignaturas tenía que participar en una representación en un espacio público.

Organizaron un *happening* en el Centro Wulfrun y Theresa me llevó con ella para que conociera a su amiga.

Ahora prepárate: te lo creas o no, Donna interpretaba

a un hongo atómico. Había cinco actores maquillados como las víctimas, una chica con un disfraz de cohete que se suponía era el misil de crucero. También estaba la Parca, con una de esas hoces que se sujetan con una mano... Imagino que nadie tenía una guadaña a mano. Y Dona, pues era el hongo atómico.

Oh, Sean, era una obra tan mala que daba risa. Ni te lo imaginas...

Cuando el misil de crucero gritó «boom» y las cinco víctimas cayeron al suelo, Donna, que iba tapada con una sábana blanca, apareció agitando los brazos y silbando. Creo que el silbido representaba el viento, o la lluvia radioactiva, o yo qué sé.

A decir verdad, parecía una niña de cinco años disfrazada de fantasma. Fue algo tan penoso... Ojalá lo hubieras visto.

Theresa, que se tomaba el tema del desarme nuclear muy en serio, se enfadó conmigo porque me dio un ataque de risa y ya no pude parar. Uno de los muertos hasta se levantó para decirme que me callara y al final tuve que irme porque estaba a punto de mearme encima.

Por su actuación con la sábana, deduje que sería una persona divertida, por eso os dije a Alistair y a ti que la aceptáramos en lugar de Theresa. Pero nada más lejos de la realidad. Compartir casa con ella fue de todo menos divertido, ¿verdad?

El día que llegó, me preguntó qué pensaba de su obra y, como no supe qué responder, le dije que me había dejado sin habla.

—Lo sé —dijo ella—. Me metí tanto en el papel que me puse a llorar bajo la sábana. Por toda esa gente muerta.

Estuve a punto de estallar en carcajadas.

—Sí, fue muy conmovedor —logré decir al final.

Y como tenía los ojos anegados en lágrimas, creo que no se me notó nada.

Cuando se fue Theresa la eché muchísimo de menos. Nunca me imaginé que su marcha supondría el fin de

nuestra amistad. Siempre la había considerado una de mis mejores amigas y supuse que siempre lo sería.

Pero solo volví a verla dos veces más, en ambas ocasiones de casualidad. Por entonces solo sabía hablar de lo increíbles que eran sus compañeros de casa y de lo maravilloso que era el budismo. No preguntó por ninguno de nosotros. Supongo que era una chica muy independiente.

La ruptura de relaciones con Theresa supuso un pequeño revés para mi autoestima, recién descubierta, pero supongo que eso forma parte del proceso de madurar.

Conoces a gente y a veces se vuelven más importantes para ti que tú para ellas. Y quizá debes limitarte a darles las gracias por cómo te han hecho cambiar y despedirte de ellas cuando parten hacia prados más verdes.

Incluso ahora, cuando pienso en Theresa y en lo rápido que cambió de círculo de amistades, me cuesta contener las lágrimas. Y debo admitir que aún me enfado.



La previsión meteorológica de Maggie da en el clavo. Es un domingo de junio radiante.

Después de escuchar la cinta de la semana, Sean sale al jardín y se dirige a la caseta, de la que saca el antiguo cortacésped, sepultado bajo otras herramientas de jardinería. Luego se pasa una hora buscando el alargador.

Un mes después de la muerte de Catherine, Sean se armó de valor y quitó la ropa de su mujer de los armarios. Verla cada mañana era una experiencia traumática, pero solo logró meterla en bolsas. Estas se quedaron en el dormitorio durante varias semanas, luego las trasladó al pasillo durante unas semanas más, antes de finalizar el proceso migratorio en el armario que había bajo las escaleras. Y es debajo de ese montón de bolsas donde encuentra el alargador.

Está dándole los últimos bocados a un sándwich cuando llega Maggie. Aún se está relamiendo las migas cuando abre la puerta y encuentra a su amiga, que blande las tijeras de podar.

—Hola, Mags. Das un poco de miedo.

—¡Lo sé! —dice ella, que entra en el recibidor y corta el aire con las tijeras.

—¿Ya has comido? —pregunta Sean—. Porque si quieres te preparo un sándwich.

—He desayunado a lo grande y bastante tarde, así que manos a la obra. —Se detiene al ver las bolsas que hay junto al armario de las escaleras—. ¿Has hecho limpieza?

Sean lanza un suspiro y adopta una expresión de dolor.

—Son las cosas de Catherine —dice—. Hace tiempo que lo metí todo en bolsas, pero ya no he sido capaz de ir más allá.

Maggie asiente pensativa.

—Sí, no debe de ser fácil. Si quieres me las llevo, cuando me vaya. Hay una tienda de Oxfam cerca de mi casa.

—La verdad es que te lo agradecería mucho —responde Sean, que atraviesa la cocina y se dirige a la puerta que da al jardín trasero—. ¿Seguro que no quieres nada de comer? ¿O de beber?

—Seguro —asiente Maggie, que lo sigue hasta el jardín y lo inspecciona con los brazos en jarras—. ¿Qué te parece si tú te encargas de cortar el césped mientras yo podo la forsitia? ¿Sí?

—Genial —dice Sean—. ¿Cuál es la forsitia?

Maggie la señala con las tijeras.

—Ese arbusto de ahí. Hace poco debía de tener flores amarillas, pero ahora ya se le han caído, por eso es el momento de podarla.

Sean asiente.

—Bueno —dice—. Me habría gustado empezar a cortar el césped antes, pero no encontraba el alargador.

—¿Estaba bajo las escaleras?

Sean sonrío.

—Pero ¿cómo lo sabes?

—Es donde lo guardamos también nosotros —dice Maggie, que ya ha comenzado a podar la forsitia.

—Ah, claro. ¡Pues a cortar!

El césped está muy alto, demasiado para un cortacésped eléctrico como el suyo, por lo que Sean tiene que levantar el aparato y empujarlo para que avance algo. A pesar de que el jardín no es más grande que la casa, Sean ya está sudando a mares cuando acaba con la primera franja, por lo que apaga el

cortacésped y entra a cambiarse.

Cuando vuelve, en pantalón corto y con chaleco, Maggie lo mira de pies a cabeza.

—¡Muy bien! ¡Que te dé un poco el sol!

—Es la primera vez en lo que va de año —le dice Sean, algo acomplejado—. Me estaba muriendo de calor con los vaqueros.

—Hace un día precioso, ¿no crees? —le pregunta ella, que sonrío y mira el cielo azul—. La semana que viene tenemos el día más largo del año. Empieza el verano.

—Siempre me ha parecido raro —comenta Sean— que el día más largo del año sea el inicio del verano, en lugar de a mitad de verano.

—Yo me conformo con tener verano, por pocos días que sean —dice Maggie.

Cuando Sean ha acabado de cortar el césped, Maggie ha podado tres arbustos y arrancado las malas hierbas de los parterres.

—Mucho mejor —dice ella, mientras Sean guarda el cortacésped en la caseta.

—Sí. Y tenías razón. Debería haber segado antes. La hierba había crecido demasiado y el cortacésped se atascaba cada dos por tres.

—No pasa nada. ¿Nos tomamos un descanso para tomar un té?

—Descanso para el té y un cigarrillo, si no te importa.

Cuando vuelve con las tazas, Maggie ha puesto dos sillas plegables bajo el peral que hay al final del jardín. Sean le da una taza, deja la suya en la hierba y saca el paquete de cigarrillos y las cerillas del bolsillo.

—Me sorprende que hayas empezado a fumar —dice Maggie.

—Sí —admite él—. A ver, solo fumo un par al día, pero tienes razón. Es raro.

—Sobre todo... —dice Maggie, pero prefiere dejar la frase a medias—. ¿Cuándo madurarán las peras? —pregunta—. ¿En qué época del año?

—A principios de septiembre. ¿Ibas a decir que sobre todo porque Catherine murió de cáncer? —pregunta Sean, que lanza una bocanada de humo hacia las ramas del frutal.

—Sí. Lo siento. Qué falta de tacto.

—No pasa nada. Y quizá ese sea el motivo. A fin de cuentas, Catherine no fumaba.

—¿Nunca?

—Bueno, debió de fumar unos diez cigarrillos cuando estábamos en la

universidad. Pero no volvió a probarlo en treinta años.

—Entonces ¿a qué viene esto? ¿Has decidido castigarte a ti mismo con los cigarrillos que no provocaron el cáncer de Catherine? —pregunta Maggie, confundida.

Sean frunce el ceño y observa el cigarrillo.

—No —responde—. No, creo que lo hago más bien por nostalgia. Las cintas que me dejó solo hablan del pasado. De cuando era joven y fumaba. Y al escucharlas me han dado ganas de volver a fumar. —Le da una última calada al cigarrillo y lo apaga en la hierba—. Pero yo tampoco le daría más vueltas al asunto. Seguro que no tiene ningún sentido.

—A lo mejor sí que lo tiene y supongo que solo lo sabrás tú. En fin, ¿qué tal te va con las cintas?

—Voy por la mitad. Como decía, son muy nostálgicas. Me he puesto a ver vídeos de Echo And The Bunnymen en YouTube, imagínate.

—¿Echo And The Bunnymen? ¿Qué cantaban? Recuerdo el nombre, pero...

—Hm, «The Cutter» o «The Back Of Love».

—Ni idea —admite Maggie—. Supongo que yo era demasiado vulgar para Echo And The Bunnymen. Entonces ¿eso es de lo que habla en las cintas? ¿De los recuerdos de los años de universidad?

Sean asiente.

—Más o menos —dice—. Al menos de momento.

—Estudiaste en el norte, ¿no? —pregunta Maggie.

—En las Midlands —puntualiza Sean—. En Wolverhampton, para ser precisos.

—Es verdad. ¿Os conocisteis ahí de estudiantes?

Sean se ríe.

—No. ¿No conoces la historia?

—Creo que no. Pero no... ya sabes... que si es doloroso lo dejamos para otro día.

—No, no pasa nada. Nos conocimos en Dreamland, una especie de parque de atracciones.

—¿En Margate? Creo que he estado ahí.

—Sí, en Margate. Más adelante Catherine vino a vivir conmigo. En la universidad. Pero quien estudiaba era yo. Catherine no tenía estudios superiores. Solo hizo hasta secundaria y no sé ni si llegó a aprobar todas las asignaturas.

—Es increíble —comenta Maggie—. No lo sabía. Quiero decir, ella era muy... no sé. Inteligente, supongo que sería la palabra más apropiada. Y culta.

Sean asiente.

—Sí. Siempre pensé que si hubiéramos hecho un test de inteligencia juntos, ella habría obtenido una puntuación muy superior a la mía. Además, leía mucho. Le encantaba leer.

—Es verdad —admite Maggie—. ¿De eso tratan las grabaciones? ¿Son recuerdos nostálgicos del pasado? Sentía curiosidad por saberlo.

Toma un sorbo de té y lanza una mirada inquisitiva por encima del borde de la taza. Sean respira hondo. Se pregunta, por enésima vez, hasta dónde debería contarle. La cuestión es que hay algunos temas de las cintas de los que le gustaría hablar con alguien. Pero, como muchos hombres de su edad, no tiene amigos que se presten a hablar de esos temas. De hecho, tiene la sensación de que muchos lo han evitado desde la muerte de su mujer.

—No se limitan a eso —dice al final, mientras piensa que los hombres a los que conoce no se sienten muy cómodos ante el concepto de dolor por la pérdida de un ser querido—. No son solo recuerdos nostálgicos. Algunas de las cintas son... un poco duras, podríamos decir.

—Duras —repite Maggie—. Vaya.

El tono neutro que emplea insinúa que es él quien debe decidir si quiere seguir hablando del tema o no, un gesto que él le agradece.

—Mira —dice Sean, rascándose una oreja—, ¿puedo...? Si te cuento algo... algo de las cintas..., ¿me prometes que no saldrá de aquí?

—¡Claro! —exclama Maggie—. Ya lo sabes.

—Es sobre April —dice Sean, tras una pausa—. Al parecer, cabe la posibilidad de que no sea mía.

Maggie deja la taza de té en el suelo y frunce el ceño.

—¿En serio?

—Catherine se quedó embarazada poco después de que nos conociéramos. Bueno, en cuanto nos conocimos. Y no puede descartarse que April sea mía, o del ex de Catherine, un tipo llamado Phil.

—¿Es lo que te decía en una de las cartas? —pregunta Maggie, negando con la cabeza—. O sea, ¿en una de las cintas?

Sean asiente.

—Sí.

—¿Y no lo sabías? Madre mía, es horrible.

Sean se encoge de hombros.

—No te diré que nunca se me pasara por la cabeza, pero tampoco le di muchas vueltas.

—Vaya. —Maggie le acaricia el codo—. Debe de haber sido un duro golpe. Pero no se lo habrás dicho a April, ¿verdad?

Sean niega con la cabeza.

—En cierto sentido, fue un golpe, pero en otro, no tanto.

—¿Por qué decidió contártelo? —pregunta Maggie—. ¿Por qué te ha hecho esto?

—No lo sé. Creo que simplemente tenía ganas de sacarlo todo.

Maggie tuerce el gesto.

—¿Confesarse? —pregunta, con un deje de duda.

Sean frunce el ceño.

—¿Te parece raro?

—No... Es que... Bueno, no es verdad, ¿no? —balbucea ella.

—¿Qué es lo que no es verdad?

A Maggie se le escapa una risa entrecortada.

—Pues todo eso. April es igualita a ti, ¿no lo ves? Si se pareciera más a ti, sería tu doble. Tiene tus ojos, tu nariz, lo tiene todo.

—¿Eso crees? —pregunta Sean, con una mezcla de duda y esperanza.

—Por supuesto. Eso lo ve cualquiera.

FOTOGRAFÍA N.º 13

Formato: 35 mm, color. Un hombre joven y delgado vestido con un traje azul, camisa blanca y corbata a rayas azules frente a un puente neogótico cubierto y muy recargado. Es un día de verano soleado, y bajo el puente se ven varias barcas.

Sean frunce el ceño al ver esa fotografía de él cuando era joven. Le da vergüenza.

El traje, recién comprado en Marks & Spencer, le quedaba bien. Pero la camisa, que le había prestado Alistair, le iba muy grande. También se fija en la corbata, enorme y con un nudo desastroso. No comprende cómo consiguió el trabajo.

Estaba muy nervioso porque era su primera entrevista laboral.

Ni Catherine ni él habían estado nunca en Cambridge y, como les aterrorizaba la posibilidad de llegar tarde, tomaron un tren que los dejó en la estación tres horas antes de la entrevista. Era un día radiante, de modo que pasearon por el centro de la ciudad y luego por las facultades. Ambos se quedaron asombrados por la prosperidad de la población y por la sencilla elegancia de sus habitantes.

Al final, Sean dejó a Catherine sentada junto a la ventana de un café de estilo francés, The Dome, y acudió a su entrevista con Nicholson-Wallace Architects.

—Todo irá bien —le dijo Catherine mientras le arreglaba el nudo—. Alucinarán contigo.

CINTA N.º 13

Hola, cielo.

He tenido que dejar las grabaciones durante unos días porque he estado en casa y April y tú no os apartabais de mí en ningún momento. Pero ahora he vuelto al hospital de Addenbrooke y estoy siguiendo una nueva pauta de quimio que forma parte de un ensayo clínico y que, entre tú y yo, tiene toda la pinta de ser un último intento a la desesperada. No tengo efectos secundarios, lo cual podría ser una buena noticia, o, lo que es más probable, podría significar que me ha tocado el placebo. Pero bueno, lo importante es que puedo seguir con las grabaciones.

Ahí tienes una fotografía de ti, delgadísimo y con cara de susto en Cambridge, frente al Puente de los Suspiros. ¿Te puedes creer que sabía por qué lo llamaban así y se me ha olvidado? Como ya te he comentado en otra ocasión, todos estos medicamentos me están destrozando el cerebro.

Creo que fue la primera vez que te vi llevar un traje decente. Es verdad que te pusiste ese a rayas el día de nuestra boda, pero si no recuerdo mal, era horrible. Ese día me sentí orgullosísima de ti. Estabas guapísimo. Es una pena que no volvieras a ponértelo. Dejamos a April con Donna Verde y Alistair, y la idea era que Alistair no permitiría que Donna Verde se hiciera el harakiri con April en brazos, y que a su vez ella no permitiría que él se colocara fumando porros. Aun así, me pasé todo el día preocupada. No paraba de preguntarte si creías que iba a

estar bien, y tú no parabas de decirme que sí, que no le pasaría nada. Por entonces no teníamos móviles, claro. De hecho, no teníamos ni teléfono en casa, así que no íbamos a saber nada hasta que volviéramos a Wolverhampton.

Cambridge supuso una sacudida. Sé que a ti te sorprendieron cosas como lo bonitas que eran las facultades y los carriles bici que había por todas partes. Pero ¿yo? Yo me quedé patidifusa. En comparación con Margate, en comparación con el Wolverhampton postindustrial, Cambridge parecía otro planeta.

Las calles estaban immaculadas, las tiendas eran preciosas y estaban llenas de quesos franceses y camisas a rayas. Una taza de té costaba una libra con veinte, más o menos, y recuerdo que nos pareció un robo. Estábamos acostumbrados a pagar treinta peniques en Wolverhampton.

A decir verdad, mientras paseábamos entre las facultades me daban ganas de vomitar. Y no lo digo como un eufemismo, sino que en sentido literal, me estaba mareando.

Tú no parabas de decir lo bonito que era todo y yo, claro, solo podía darte la razón. Césped por todas partes, flores, y el río... era precioso. Pero yo captaba algo más, algo que, tal vez por tus orígenes familiares, te pasaba desapercibido.

Yo detectaba privilegios. Cuando vi a los estudiantes paseando por la ciudad con sus camisas, encorbatados, y las chaquetas a rayas, y luego pensé en las pobres madres que había conocido en Orgreave, me di cuenta de la espantosa desigualdad y los privilegios escandalosos que existían. Porque esos estudiantes se comportaban como si fueran los dueños de la ciudad, y lo cierto es que era así. Aquel lugar se había construido para ellos. Recuerdo que me pregunté qué habría dicho mi madre si hubiera visto Cambridge. Por aquel entonces la mayoría de los habitantes de Margate ni siquiera sabían que existían lugares como ese. Y quizá aún no lo sepan.

Tú te fuiste con esa carpeta enorme bajo el brazo y desapareciste durante dos horas, tiempo que aproveché para pasear en círculos cada vez más grandes en torno al café donde me habías dejado. Entré en una panadería y vi que tenían baguetes francesas auténticas que costaban el triple que un paquete de pan de molde en el supermercado de Salman. Vi una tienda donde vendían corbatas que costaban más que tu traje y zapatos de mujer que costaban ciento noventa libras. Pensé que nunca podríamos permitirnos vivir en Cambridge y que, en el fondo, era una obscenidad que alguien pudiera permitirse vivir ahí. Cuando volviste, yo había decidido que Cambridge no solo no era para gente como nosotros, sino que me alegraba, qué diablos, estaba orgullosa de no encajar ahí. Era una ciudad que desprendía un tufo engreído. Petulante. Había demasiados hombres que llevaban tirantes y demasiadas mujeres que llevaban traje pantalón y zapatos Oxford.

Recuerdo tu expresión cuando volviste de la entrevista: radiante. Sonreías de oreja a oreja y te brillaban los ojos como si estuvieras a punto de romper a llorar.

Te relamiste los labios y dijiste, con los ojos abiertos como platos, que te habían ofrecido el trabajo sin andarse con rodeos. Así de fácil. Empezabas el 1 de septiembre, creo. Y luego me preguntaste cuánto creía que te iban a pagar. Tuve que intentarlo unas cuantas veces antes de acertar la cifra, que creo que ascendía a setecientas cincuenta libras al mes. Era algo así, ¿verdad? En cualquier caso, a nosotros nos pareció una fortuna.

Llegamos a Wolverhampton poco después de medianoche y encontramos a April durmiendo como un tronco en la cama de Donna. A pesar del palizón que nos habíamos dado, ninguno de los dos podía dormir. Estabas tan nervioso que estuviste hablando hasta bien entrada la madrugada. La oferta de trabajo dependía de la media de tu expediente académico. Y aunque no dije nada, yo también estaba aterrada.

Por entonces estaba convencida de que yo nunca

encajaría, de que sería incapaz de abrir la boca en Cambridge sin que la gente se riera de mí. También creía que nunca podría hacer amigos. Y que no podría pasear por King's Parade sin sentirme incómoda.

Pero te licenciaste *cum laude*, ¿verdad? Así que no nos quedó más remedio que trasladarnos aquí. Y tuve que superar mis miedos y acostumbrarme a la vida en Cambridge.

De hecho, en realidad no me acostumbré. Qué insincera soy. ¿Se puede decir eso? En fin, no me acostumbré a la ciudad, sino que me enamoré de ella.

Eso es lo más curioso de los privilegios. Cuando vives en un lugar como Cambridge, te das cuenta de que el problema no lo tiene esta ciudad, sino las demás. Te das cuenta de que todo el mundo debería recibir una buena educación y tener suficiente dinero para comprarse una baguete y queso brie, si eso les gusta. Entiendes que todos los niños habrían de tener la oportunidad de ir a una buena escuela en la que los profesores sean inteligentes, educados y estén motivados. Desearías que todas las ciudades tuvieran espacios verdes y carriles bici. Y entiendes que cuando pones a la gente en un entorno tan agradable, sale a relucir lo mejor de cada uno, no lo peor. No hay capullos racistas de derechas que solo quieren proteger sus privilegios, sino que en general acaban siendo progresistas modernos. Cuando la gente no tiene que invertir todas sus energías en encontrar una forma para pagar la factura de la luz puede dedicar más tiempo a preocuparse por los vietnamitas que viven en barcas, los derechos de los animales o el calentamiento global. Acaba bebiendo capuchinos con leche de soja y lleva zapatos veganos.

Pero ahora me he adelantado, ¿no? Porque en estas grabaciones aún no hemos llegado a Cambridge, ¿verdad?

Todavía estábamos en Wolverhampton, aterrizados: tú tenías miedo de no obtener la licenciatura y perder el trabajo, y yo de que lo consiguieras y me

obligaras a trasladarme a aquella ciudad de esnobs.

Por aquel entonces no me atreví a manifestar mis temores. No era capaz de expresar todo lo que sentía. Pero a medida que fueron transcurriendo las semanas, el miedo se apoderó de mí. Era un miedo atroz. Estaba convencida de que Cambridge me pondría en evidencia, de que cuando me vieras en el nuevo entorno te darías cuenta del error que habías cometido. Verías que una vulgar chica de Margate como yo desentonaba de mala manera y me dejarías por una chica pija, lista, culta con un nombre como Camilla y un padre que te daría un Bentley como regalo de bodas.



A medida que se aproxima el verano, Sean se despierta cada vez más temprano, y un miércoles por la mañana se levanta a las seis y decide pasar por unas obras antes de llegar al trabajo. Es una mañana radiante: el cielo está despejado y el aire es fresco.

Al llegar al lugar de las obras de su próximo proyecto (un solar donde han demolido cuatro casas y para el que está diseñando un bloque de doce apartamentos de lujo), saca la cámara del maletero y sube al montón de escombros.

Se sitúa en el punto más alto y observa la zona. Dos embarcaciones, una de cuatro con timonel y otra de ocho, se deslizan sobre la superficie especular del río Cam. Uno de los timoneles grita a su equipo con el megáfono. Sean recuerda la época en que él también practicaba remo, lo feliz y lo bien que se sentía, física y anímicamente. No le gustaban los gritos, claro, y en los días fríos y de lluvia era un infierno. Pero en días como hoy, la sensación era insuperable. No había mejor forma de empezar la jornada.

Respira hondo y observa las embarcaciones que desaparecen tras un meandro. Sí, las vistas desde los apartamentos serán magníficas.

Tras comprobar las medidas del solar y tomar las fotografías desde todos los ángulos posibles, regresa a la calle. Atraído por la estela de las barcas, ya lejanas, se apoya en la barandilla. Mira el reloj. Solo son las ocho. De pronto no tiene prisa por llegar al trabajo. Ninguna prisa. Así que, en lugar de volver al coche, se sienta en la barandilla y saca los cigarrillos del

bolsillo de la chaqueta. Mientras busca el encendedor, encuentra el cuarzo rosa que le dio su hija. Sonríe al recordar el momento y se lo guarda de nuevo en el bolsillo.

Debajo, un poco más a la izquierda, una pareja joven, de veintimuchos, baja de una barca. Ambos están despeinados. Salta a la vista que se acaban de despertar. Sean observa al chico, que abre una mesa y sillas plegables en el tejado de la embarcación y al cabo de un instante aparece la chica con una cafetera y dos tazas.

Sean mira a la joven: una morena muy guapa y con curvas. De repente se lamenta de no ser su novio veinteañero. Ojalá viviera en un barco. Se imagina a sí mismo los domingos en la cama, haciendo el amor con el suave vaivén del río.

Entonces se siente culpable, como si le estuviera siendo infiel a Catherine, lo cual es una tontería, claro, por diversos motivos. Pero aun así no puede evitarlo.

De pronto se da cuenta de que lo que más desea, lo que más le gustaría, es volver a ser joven. Enciende el cigarrillo y observa a los gansos que alzan el vuelo y aterrizan, que aletean sobre el agua.

Está inquieto. Los días como ese siempre despiertan en él un ansia irrefrenable por irse.

Una vez leyó un artículo sobre los aborígenes australianos en el que se explicaba cómo se iban de *walkabout*: cualquier mañana, al levantarse, se ponían a andar y no volvían hasta al cabo de meses. Así se había sentido Sean de joven, sobre todo en mañanas de verano como esa. Sí, a pesar de que amaba a su mujer y su hija, y a pesar de que le encantaba su trabajo, siempre había algún día en que sentía la necesidad casi biológica de irse.

Recuerda que en el trayecto al trabajo se preguntaba qué ocurriría si no salía de la carretera de circunvalación... ¿Qué ocurriría si seguía conduciendo? Si se dirigía al sur podía ir hasta Dover, subir a un ferri y cruzar el Canal. Y luego, ¿qué? ¿Seguiría hacia España o iría en dirección este, a Rusia? ¿Hasta dónde podría llegar antes de que la tarjeta de crédito se quedara sin fondos?

Por aquel entonces estaba molesto con Catherine. La amaba, pero al mismo tiempo la odiaba, porque ella era el motivo que le impedía irse, el motivo por el que la aventura ya no formaba parte de su vida.

Pero hoy... ¿Acaso no es libre hoy? Nadie lo espera, a nadie le importa lo que haga. La chica del barco inclina la cabeza hacia atrás y se ríe de algo

que ha dicho su compañero. Sean se pregunta cuándo fue la última vez que rio. Ella se inclina hacia delante y lo besa, y mira a su alrededor, nerviosa, como si el hecho de besar fuera un crimen.

La chica ve a Sean, le dirige una sonrisa y le guiña un ojo. Él por su parte, esboza una sonrisa y, avergonzado, apaga el cigarrillo en la barandilla y se baja. Tira la colilla en una papelera y regresa al coche.

Cuando abre la puerta, nota la vibración del teléfono. Lo saca del bolsillo y mira la pantalla. Ha recibido un mensaje de Perry en el que le dice que no puede ir a ver a su madre el fin de semana, y que si puede sustituirlo. Sean lanza un suspiro y responde:

Claro, ningún problema. Iré el sábado.

Se guarda el teléfono en el bolsillo y piensa: «¿No tenías ganas de ir a algún lado?».

Entra en el coche y se pone el cinturón. Arranca el motor. Dirige una última mirada a la pareja del barco, pero han desaparecido. Se pone en marcha y se aleja lentamente.

Al llegar a la rotonda, no se dirige al sur, en dirección a Dover, sino al norte, hacia el trabajo, por Elizabeth Way.

—Lo siento, Catherine —murmura—. Tú no tenías ninguna culpa.

Al final se da cuenta de que Catherine y April no fueron las responsables de que él no se marchara. Quizá fue su cobardía lo que le impidió partir en busca de aventura; quizá fue la falta de imaginación y la incapacidad genética para asumir riesgos lo que lo retuvo. Sin embargo, al final entiende que si no se marchó fue porque en Cambridge tenía todo lo que siempre había querido. Se le nubla la vista y se seca las lágrimas con el dorso de la mano. Sí, incluso ahora que es libre se niega a irse. Incluso ahora, lo único que quiere es vivir veinte años más con Catherine.

FOTOGRAFÍA N.º 14

Formato: 35 mm, color. Un joven posa para la cámara. Lleva una toga negra y birrete. Sonrojado, sujeta en las manos un certificado enrollado.

Los resultados se publicaron en junio y Sean recibió el contrato laboral a principios de julio. Catherine y él disfrutaron de un mes en Wolverhampton, sin hacer nada, celebrando las buenas noticias y despidiéndose de todo el mundo, antes de meter todas sus pertenencias en la furgoneta destartalada de un amigo y partir hacia Cambridge, donde habían alquilado su primer piso. Era un apartamento pequeño, de un solo dormitorio, y subterráneo; tenía unos muebles que se caían a pedazos y estaba rodeado de carreteras, era casi como vivir en una rotonda. Pero era el suyo. Era su primer hogar.

Al salir de Wolverhampton llovía, pero en Cambridge brillaba el sol y, a pesar de los lloros de April, Sean lo interpretó como un buen presagio. Catherine, sin embargo, estaba nerviosa, se comportaba de un modo extraño, algo que influía en el estado de ánimo de su hija. Sí, Catherine estaba triste e irritable, y no cambió hasta septiembre. Sean había albergado la esperanza de que la situación mejorara enseguida, porque era desquiciante llegar a casa después de un día de trabajo agotador y encontrar a su mujer de morros y a su hija que no paraba de llorar. La ceremonia de graduación fue a mediados de septiembre, pero él no estaba muy motivado para asistir. Llevaba poco tiempo en su primer trabajo y no les sobraba ni el dinero, ni el tiempo, ni la energía. Además, tenía la sensación de que Wolverhampton y los años de universidad ya pertenecían al pasado. Sin embargo, Catherine, que siempre parecía desesperada por salir de Cambridge, insistió en que fueran.

Sean se pasó la semana previa preocupado por sus padres. Tenía la

esperanza de que no fueran, pero, como en la boda, Perry acompañó a su madre y, como en la boda, se pasaron toda la ceremonia con cara larga. La madre de Sean hasta fue con el mismo vestido. Fue una segunda parte del todo innecesaria.

CINTA N.º 14

Hola, Sean.

Creía que no podría utilizar esta porque la tenemos enmarcada en el salón, pero parece que había dos copias, así que aquí está. Mi querido Sean tocado con el sombrero más ridículo que haya existido jamás.

Te morías de vergüenza, pero yo estaba orgullosísima de ti. Es más, no solo te daba vergüenza el birrete, sino que creo que no te apetecía ir a la ceremonia. Pero para mí no había discusión posible.

No llevaba bien el traslado a Cambridge, no me había acostumbrado a la nueva vida, y me moría de ganas de ver a nuestros viejos amigos una última vez. Pero, aparte de eso, el hecho de que hubieras estudiado durante cuatro años, de que fueras un licenciado en Arquitectura, para mí eran unos logros insuperables. Eran dos hechos que requerían algún tipo de celebración.

Fue una pena que Perry y tu madre también vinieran esta vez, porque, como no podía ser de otra manera, hicieron todo lo posible para arruinarnos el día.

Nos quedamos en nuestra antigua casa con Alistair y Donna, a quien aún le faltaba un curso, porque era un poco más joven, mientras que él seguía pintando esos cuadros horribles en el desván. Así que nos quedamos despiertos hasta tarde, bebiendo y escuchando música con Alistair mientras Donna dormía con April, y, por primera vez en mi vida, sentí nostalgia. Por primera vez tuve la impresión de que había perdido algo valioso. Incluso nuestra hija me

dio la razón, ya que parecía más feliz en los brazos de Donna que en Cambridge.

En la ceremonia vimos a Theresa, a Brownen, a Angie y a los demás. Todos habían ido acompañados de sus padres e imagino que por eso se comportaban de un modo algo distinto al habitual. Estaban muy tensos y su conducta era ejemplar, pero para tensos los Patrick.

Hicieron acto de presencia juntos, Perry con una de sus novias (vete a saber cómo se llamaba esa, ¡tuvo tantas!), y tu madre, para variar, con cara de pocos amigos, como si alguien le hubiera dado un bofetón. Creo que no llevaban ni un minuto allí cuando Perry logró sacarte de quicio. Si no recuerdo mal, tu madre te preguntó por tu nuevo trabajo. Parecía que, por una vez, intentaba mostrar entusiasmo por algo. Entonces tu hermano te preguntó cuánto te pagaban y cuando le respondiste puso una cara rara. Y te soltó por las buenas que con un título de la Politécnica de Wolverhampton no podías aspirar a ganar mucho más.

—Si hubieras ido a Cambridge, como se suponía que debías hacer, te pagarían el doble —te dijo.

Tú replicaste que estábamos viviendo en Cambridge.

—Claro, hermanito —te dijo entre risas—, tú siempre tienes que hacerlo todo al revés.

Cuando te llamaron para subir al escenario a recoger el título, se me saltaron las lágrimas de emoción. Perry no paraba de decir que esas ceremonias eran mucho más bonitas en las buenas universidades, como Oxford o Cambridge, pero no dejé que me afectara. Estaba muy orgullosa de ti y lo demás me daba igual. No iba a permitir que nada me estropeará el día. Pero, al final, resultó que me equivocaba.

Tu madre me preguntó qué tal estaba April y quién estaba cuidando de ella (la habíamos dejado otra vez con Donna y Alistair), y por un momento tuve la esperanza de que nuestra relación mejorara. Pensé que, después de comprobar que, a pesar de nuestro matrimonio, no habías

dejado los estudios y habías encontrado un buen trabajo... en fin, creí que existía la posibilidad de que por fin pudiéramos llevarnos bien. April ya hablaba bastante bien, se lo conté emocionada y ella reaccionó con entusiasmo.

—Crecen tan rápido a esta edad...

Por eso le dije que podíamos ir a visitarlos a Dorset con April. Creí que a lo mejor estaba preparada para empezar a ejercer de abuela.

—Oh, Giles no soportaría tener un bebé en casa — dijo.

Repliqué que April tenía ya casi tres años.

—Es la peor edad.

—En fin, solo me pareció que podía ser algo agradable para vosotros, para todos nosotros —le dije.

—No creo. Mira, no he cambiado de opinión respecto a ti. Te tengo bien calada.

Utilizó las mismas palabras que en nuestra boda. Ese día me había quedado con las ganas de enfrentarme a ella y preguntarle a qué se refería. Supongo que en ese tiempo yo había madurado un poco y ya no le tenía miedo, de modo que esta vez no me callé.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo soy? Me gustaría saberlo.

—Eres una pelandusca hipérgama —me dijo.

Como no tenía ni idea de lo que significaban esas palabras, aunque «pelandusca» no sonaba muy bien, me lo tuvo que repetir, lo cual le hizo gracia. De este modo pudo añadir «ignorante» a la lista de adjetivos. Al menos sonrió. Sonrió por primera vez en todo el día.

Después decidí no ir a la comida con vosotros. No te lo dije porque no quería estropearle un día tan especial, así que me inventé una excusa y me fui con April.

Cuando llegué, le pregunté a Alistair qué significaba «pelandusca hipérgama», pero él tampoco lo sabía, así que cogimos el diccionario de Donna y las buscamos. Alistair estuvo a mi lado y me abrazó cuando rompí a llorar.

Mientras esperábamos a que volvierais de la comida, salí para acercarme a una cabina de teléfono, llamé a mi

madre y le conté lo que me había dicho Cynthia. Tuve que explicarle lo que significaba «hipérgama», pero conocía de sobra la palabra «pelandusca».

—No le hagas caso, cielo —me dijo—. Es una vieja bruja estúpida que no reconocería el amor auténtico aunque lo tuviera delante de su fea y arrugada cara.

También me dijo que tenías suerte de haber conocido a una buena chica como yo. Y que de no ser por eso habrías acabado casándote con una arpía como tu madre. La verdad es que logró levantarme el ánimo de tal manera que, cuando volviste a casa, yo ya estaba bien.

Tú, sin embargo, estabas que echabas chispas por culpa de tu hermano y tu madre, y te alegrabas de haber huido de ellos, algo que me consoló aún más si cabe. Creo que fue eso lo que acabó convenciéndome de que mi madre tenía razón. Aun así, me pregunto con quién te habrías casado de no haberlo hecho conmigo.



El martes por la tarde, mientras Sean vuelve a casa del trabajo en coche, April lo llama al móvil. Pulsa un botón del volante y la voz de su hija empieza a sonar por los altavoces.

—Hola, papá. Soy yo.

—Hola, tú. ¿Estás bien?

—Sí, bien. Siento no haberte llamado ayer, pero se me pinchó una rueda en el camino de vuelta a casa y tuve que llamar a la grúa para que me la cambiaran.

—¿No sabes cambiar una rueda? —pregunta Sean.

—No, claro que no.

—Pues deberías. Es importante. Si quieres, yo te enseño.

—Gracias, papá, tienes razón —dice April, con alegría.

«¿Qué le ha pasado al feminismo?», se pregunta Sean, que ha tomado la firme decisión de enseñarle a cambiar una rueda a su hija la próxima vez que se vean.

—La cuestión es que cuando llegué a casa estaba muy cansada. Además, tuve una pequeña discusión con Ronan.

—Espero que no fuera nada serio —dice Sean, que mira por el retrovisor y pone el intermitente para cambiar de carril.

—¿Estás conduciendo? —le pregunta April—. Hablas raro.

—Sí, voy de camino a casa. Estoy con el manos libres.

—Ah, vale. No, no fue nada serio. En realidad, me dijo lo mismo que tú sobre el pinchazo. Pero como Ronan es como es, me estuvo machacando hasta que me cansé y me enfadé.

—A veces tendrías que intentar dar la razón a la gente —le recomienda Sean a su hija—. Sobre todo cuando los demás decimos algo que no es ninguna tontería.

—Sí, vale —dice April, intentando zanjar el tema—. Bueno, ¿qué tal con la abuela? Fuiste el sábado, ¿no?

—Sí. —Sean toma Mitcham's Corner, el lugar donde tuvieron su primer apartamento, oculto tras un muro de ladrillos, luego tuerce a la derecha, cruza el puente y se adentra en la ciudad—. Estaba peor que cuando la viste.

—¿Eso es posible? —pregunta April.

—Sí. Por desgracia, sí. Creo que ni siquiera se dio cuenta de que estaba allí. La verdad, me parece que fue un viaje en vano.

—Oh, papá —dice April con voz lastimera—. Lo siento mucho. Con todo lo que tienes, y encima... Pero supongo que si no hubieras ido también te habrías sentido mal.

—Sí, si no hubiera ido me habría sentido mal —repite Sean—. Así que...

—Entonces ¿no se lo dijiste? Me preguntaba cómo había reaccionado. Si se lo habías contado.

—¿Lo de mamá?

—Sí.

—Como te he dicho en otras ocasiones, no habría servido de mucho —dice Sean—. Quizá no se lo diga nunca. Aunque la abuela tuviera un buen día, creo que no serviría de gran cosa.

—¿Porque solo lograrías disgustarla?

—Porque se habría limitado a responder con algo así como: «Pues adiós, muy buenas». Déjalo, no le des más vueltas.

—Es que me parece raro que no quieras contárselo.

—April, cielo, no me estás escuchando.

—Te escucho, papá. Pero la abuela sigue siendo parte de la familia. Y no es que tengamos una familia muy grande, precisamente.

—Por desgracia, es mi familia. Pero con respecto a tu madre, nunca se comportó como un pariente.

—Pues eso también me parece raro. Quiero decir, todos sabemos muy bien que a mamá no le caía muy bien la abuela. Pero hasta ahora solo te había oído defenderla y, de repente, te has pasado al bando de mamá.

—¿Yo? ¿Defenderla? —repite Sean, asombrado.

—Así es. Siempre intentabas... ¿Cómo lo diría? Relativizar todo lo que decía. Siempre se te ocurría una excusa cuando la abuela no nos compraba regalos, o cuando se ponía en plan gruñón, o cuando se olvidaba del cumpleaños de mamá. Siempre encontrabas alguna justificación.

—No creerás que me dedicaba a buscar excusas —protesta Sean.

—Es la verdad, papá. ¿Qué ha cambiado ahora? Eso es lo que no entiendo. ¿Pasó algo cuando mamá estaba enferma? ¿Dijo algo feo la abuela sobre ella, o...?

—No —dice Sean—. No pasó nada de eso. Pero si intentaba relativizarlo todo un poco, tal y como dices, lo hice para evitar que la relación entre ambas se deteriorara aún más. Siempre andaban como el perro y el gato, y lo único que yo quería era aliviar la tensión. Y funcionó, durante muchos años.

—Si tú lo dices... Pero aun así creo que deberías contárselo a la abuela.

—Bueno, quizá más adelante.

—¿Me contarás lo que te dice?

—¿Por qué te importa tanto? —pregunta Sean, que dobla a la izquierda y toma Newmarket Road—. Es que no lo entiendo.

—No lo sé —admite April—. Porque es mi abuela, supongo. Porque quizá quiero creer que aún tiene corazón.

—De acuerdo —asiente Sean—. Pues ya te avisaré si se lo digo. Pero yo que tú no me haría muchas esperanzas. Creo que te llevarás una decepción. —Enfila la calle donde vive y cuando ve un aparcamiento delante de su casa, algo muy poco habitual, da marcha atrás—. Bueno, acabo de llegar. ¿Quieres que te llame desde el fijo?

—No. Tengo que salir a comprar antes de que llegue Ronan, que no tardará demasiado. Esta noche empezamos a meterlo todo en cajas.

—Creía que no os mudabais hasta dentro de un mes...

—Sí, pero ya sabes que me gusta organizar las cosas con antelación.

—Es verdad. En eso has salido a tu madre.

—Igualita a mamá —asiente April—. ¿Estás bien, papá? Con todo el

jaleo ni siquiera te lo había preguntado. Lo siento.

—Estoy bien —contesta Sean—. Tú ve a comprar. Ya hablaremos.

Cuando cuelga, Sean se queda un rato en el coche. Mira hacia la ventana de su salón y se imagina a Catherine corriendo las cortinas y mirándolo. Tenía un sexto sentido para saber cuándo estaba aparcando, y a menudo él miraba hacia la casa y la veía en la ventana, con una sonrisa en los labios.

Piensa en la conversación con April y le preocupa no haber sido justo con su mujer. En cierto sentido, es cierto que sus intentos de disculpar el mal comportamiento de los demás habían servido de bálsamo para su familia. Sean ha conocido a otras familias en las que la menor discrepancia siempre desembocaba en una bronca monumental, mientras que en la suya, ni siquiera las más feroces disputas salían a la luz, hasta que al final se desvanecían, por el simple motivo de que nadie deseaba avivar el fuego.

Sin embargo, ¿se habría comportado igual de haber sabido que su madre había tenido una actitud tan hostil hacia su mujer? ¿Por qué no se lo había contado nunca Catherine? ¿Por qué no se lo había preguntado él? Quizá porque, en el fondo, no deseaba saberlo. ¿Qué habría hecho, entonces? ¿Cómo habría acabado el asunto?

FOTOGRAFÍA N.º 15

Formato: 35 mm, color. Una chica sujeta a una niña pequeña en brazos. Está en un salón con muebles destartalados, con una moqueta verde raída. Por la ventana que hay detrás de ella se filtra una luz fría y débil en el apartamento.

El primer recuerdo que le viene a la cabeza al ver la fotografía es olfativo, el olor a humedad que notaba cada vez que entraba en casa. Recuerda el olor de la moqueta mugrienta; el murmullo lejano del tráfico casi constante que había en Mitcham's Corner detrás del muro alto de ladrillos rojos que rodeaba su pequeño jardín.

Sorprendentemente, estos recuerdos llevan a su memoria un sabor: el de las pizzas deliciosas, grasientas y rebosantes de queso que compraban en el kebab que tenían enfrente. Y luego la felicidad. El orgullo. La satisfacción.

Porque, sí, Sean fue feliz en ese apartamento. Fue su primer hogar, solo para los tres. Desde luego, era un poco oscuro, y sí, la moqueta olía a rayos. Pero era un hogar y él, Sean, lo estaba pagando sin ayuda de nadie. Este simple hecho le inspiraba un orgullo distinto, primigenio, acaso. Se había convertido en el cazador de la familia, llevaba sus presas a casa, en forma de nómina, que servía para alimentar, vestir y dar un techo a su familia.

CINTA 15

Hola, Sean.

Hoy no me encuentro muy bien, así que quizá no sea una cinta muy larga. Ojalá estas náuseas signifiquen que no me ha tocado el grupo placebo, pero, a decir verdad, es probable que se deban únicamente a la comida del hospital. Que es nefasta.

Bueno, ¿qué te parece esta foto? Es de nuestro piso en Mitcham's Corner.

Empecé con muy mal pie en Cambridge, Sean. Creo que debió de ser un auténtico infierno vivir conmigo por aquel entonces, de modo que te pido disculpas si fue así.

En realidad, ese lugar me daba miedo. Miedo de no encajar, de dejarte en ridículo. Todo el mundo parecía muy educado, había estudiado en la universidad, estaban demasiado sanos, eran demasiado pijos y felices para mi gusto. Creo que todo esto se convirtió en una especie de espejo sobre mí misma, sobre cómo veía mis propios orígenes humildes.

Sin embargo, a ti te encantó la ciudad desde el primer día. Nunca te había visto tan feliz, tan lleno de energía, tan optimista. Yo me esforcé en fingir que sentía lo mismo y creo que interpreté un papel bastante convincente.

Cuando llegabas del trabajo por la noche, yo te contaba que había pasado un día fantástico con April, cuando lo cierto era que lo único que había hecho era limpiar nuestro piso mugriento.

Tuvimos buenos momentos, como la Navidad en que

salimos a comprar nuestro primer árbol. April estaba tan obsesionada con las luces que le cambiamos la cuna de sitio para que pudiera verlas mientras se quedaba dormida. Pero en general no lo pasé muy bien durante esos primeros meses en Cambridge.

Recuerdo que ese primer invierno fui con April a ver a mi madre a Margate varias veces. Te dije que era porque volvía a estar soltera, que era ella quien me necesitaba, pero en realidad era al revés.

—Cuéntaselo —me decía ella—. Dile que no eres feliz, que te gustaría vivir en otro lugar.

Pero yo no quería arrancarte de tu paraíso. Al menos no tan pronto.

Te encantaba tu trabajo, la gente a la que estabas conociendo gracias a él, te mostrabas entusiasmado con los proyectos que te habían encargado... De modo que decidí armarme de paciencia y esperar que la situación mejorase para mí, o que cambiaras de opinión y nos fuéramos a otra parte.

Hasta el verano siguiente no cambió nada porque fue entonces cuando empezaste a sentirte lo bastante seguro en tu nuevo trabajo para socializar con tus compañeros.

Yo tenía tanto miedo de ponerte en evidencia que al principio me inventaba todo tipo de excusas para no ir. Primero fueron jaquecas. Luego también fingí un par de veces que April tenía fiebre. Pero al final no me quedó más remedio que ir.

Maggie, que era tu compañera de trabajo y a la que yo aún no conocía, había organizado un pícnic junto al Cam. Era el mes de junio, creo, o quizá julio.

A mí se me habían acabado las excusas y me obligaste a confesar, más o menos, porque me preguntaste si iba a acompañarte o si iba a tener otra jaqueca.

—No, claro que iré, ¿por qué dices eso? —te pregunté, aparentando indignación.

Preparé el pícnic y metí el libro que estaba leyendo, convencida de que encontraría algún momento para leer,

hacerme la ausente y dárme las de inteligente con tus compañeros. Ese, al menos, era el plan.

Quedamos en Scudamore's y alquilamos tres barcas. Maggie vino en la nuestra y fue encantadora conmigo desde el primer momento. Vio el libro que yo llevaba, uno de Armistead Maupin, creo, y resultó que ella estaba leyendo la misma serie, de modo que ya tuvimos tema de conversación. Ambas estábamos enamoradas de Michael Mouse.

Todo el mundo bebía, y un compañero de la oficina algo mayor, cuyo nombre ya no recuerdo, y tú os pusisteis a los remos. Me sorprendió lo bien que se te daba. Y como lo único que podíamos hacer Maggie y yo era beber y hablar, acabamos algo borrachas.

April, que llevaba un pequeño chaleco salvavidas que nos habían prestado, metía las manos en el agua mientras yo la agarraba de los pies. Pasamos por detrás de las facultades y nos cruzamos con muchas barcas llenas de estudiantes y turistas, y al final llegamos a Grantchester, donde extendimos las mantas. Cuando acabamos de comer, nos tumbamos al sol. Recuerdo el momento exacto en que cambié de opinión sobre Cambridge y fue ahí, ese día, en Grantchester.

Yo tenía la cabeza apoyada en tu pecho, tú te habías quedado dormido con una brizna de hierba entre los dientes, y Maggie jugaba con April a la sombra de un árbol.

Unos estudiantes que también habían organizado un pícnic no muy lejos de donde estábamos habían llevado un gramófono antiguo, de los de cuerda, y ponían una y otra vez un disco antiguo de Mood Indigo. Supongo que sería el único que tenían.

Uno de los estudiantes, uno de esos tan pijos que se veían por todas partes en Cambridge, y que llevaba chaleco, zapatos buenos y el pelo engominado, se acercó hasta nosotros. Nos preguntó si queríamos pastel. Era el cumpleaños de uno de ellos y habían llevado una tarta

gigantesca, pero nos dijo que ya habían comido mucho y no podían más.

Yo rechacé la oferta, más por costumbre que por otra cosa. Pero April había oído «pastel», la palabra mágica, y se acercó a pedir un trocito. El chico del chaleco se lo dio y, al final, todos acabamos sucumbiendo. Estaba delicioso.

Nosotros les ofrecimos nuestro vino y tú compartiste tus cigarrillos. Ellos pusieron la cara b del disco y, al cabo de media hora, juntamos las mantas de ambos grupos para formar uno solo.

Los estudiantes eran bastante pijos, pero también increíblemente amables, simpáticos y abiertos. Fue la primera vez que experimenté en persona lo que hace de Cambridge un lugar tan especial.

Cuando vives en un pueblo como Margate, donde hay mucha gente en paro y nadie tiene dinero, supongo que siempre desconfías de los demás.

En ese momento vi que lo contrario también era posible: en una ciudad como Cambridge en la que, al menos por entonces, todo el mundo tenía trabajo y podía permitirse el lujo de comer pastel, beber vino y fumar, la gente se mostraba dispuesta a compartir lo que tenía. ¿No es cierto? La reacción instintiva no era «¿qué quiere ese de mí?», o «¿está intentando timarme?». Sino que era, más bien, «ah, qué amable, estupendo».

No creo que ese día entendiera todo eso de golpe. Pero después de haber bebido algo más de la cuenta, y tumbada en la manta, sobre la hierba, me sentía muy relajada y a gusto con todo el mundo.

A pesar de todo, no podía reprimir ciertos remordimientos por estar viviendo en un lugar donde no faltaba el dinero, cuando había gente en otras partes que lo estaba pasando tan mal. Pero creo que fui consciente de que si me dejaba llevar un poco, Cambridge podía ser un lugar muy cómodo y, por encima de todo, un sitio encantador para criar a nuestra hija. Porque cuando tienes un hijo el mundo se convierte en un parque temático de

posibles peligros. Y de pronto Cambridge me parecía una especie de santuario.

Cuando empezó a ponerse el sol y refrescó, subimos en las barcas y regresamos. Yo tenía claro que Maggie me caía muy bien y había decidido que quería ser su amiga, por eso procuré que fuéramos en la misma barca.

Le pregunté si tenía novio. Me dijo que no y, al ver la cara de vergüenza que puso, pensé que a lo mejor había metido la pata y le pregunté si tenía novia. Soltó una carcajada tan fuerte que la barca se balanceó y me dijo algo que no he olvidado.

—No se me dan muy bien las relaciones.

En su momento me pareció un comentario algo extraño porque nunca me había parecido que a la gente se le pudieran dar bien o mal las relaciones. Hasta entonces siempre me había parecido que era algo que hacías y ya está. Pero cuando quise ahondar en el tema, insistió en que era como una asignatura que podías estudiar en la universidad. Me dijo que era algo complejo, que podía abordarse desde distintos puntos de vista. Había que elegir a la persona correcta y cortejarla del modo adecuado. Había que tener la habilidad necesaria para resolver conflictos, elegir regalos y recordar fechas importantes.

—Deberían organizar cursillos sobre el tema. De verdad, solo para gente como yo —me dijo.

Con los años, creo que ambos nos hemos dado cuenta de que tenía razón. Maggie siempre ha elegido al hombre equivocado y, cuando ha elegido bien, no ha tenido suerte. Aunque en el caso de Ian, que era guapísimo, ella no tuvo la culpa de nada. Pero me sabe mal por ella. Diría que hasta me siento un poco culpable porque nunca ha tenido lo mismo que nosotros. Pero ya hablaremos de eso más adelante. Ahora estoy cansada y tengo que dormir.



El domingo Sean acepta la invitación de Maggie y Dave para ir a comer con

ellos al pub.

Maggie para delante de su casa justo cuando van a dar las doce y toca el claxon.

—¡Hola! —lo saluda, con una sonrisa de oreja a oreja, desde la ventanilla de su pequeño Fiat—. Sube. Tendrás que pelearte con Dave para decidir quién se sienta detrás.

—Le toca a Sean —dice Dave, que se inclina sobre el regazo de Mag y le hace un gesto a Sean—. Yo no me meto ahí ni de coña.

—Podemos ir en mi coche, si queréis —se ofrece Sean—. Está aparcado un poco más adelante y podéis dejar el vuestro ahí mismo.

—Venga, no seas tan llorica —le dice Maggie, entre risas—. Solo son cinco minutos hasta Grantchester.

—Quince —la corrige Sean—. Pero como preferiréis.

Dave sale del coche para que Sean pueda sentarse detrás.

—Lo siento, tío. Pero tengo las piernas más largas que tú.

—Podéis cambiar en el camino de vuelta —propone Maggie mientras Dave se pone el cinturón y mueve el asiento hacia delante para que su amigo tenga un poco más de espacio.

—Da igual —dice Sean, que se sienta de lado—. ¡Venga, Mags, en marcha!

Aunque llegan temprano al Green Man, solo queda una mesa libre fuera, por lo que tienen que turnarse para ir a pedir dentro y que no se la quiten.

—Joder —dice Dave, al ver el menú—. ¿Trece libras por un plato de *fish and chips*?

—Es un *gastro pub* —explica Sean—. En teoría tendría que valer la pena.

—Vaya, Mags no me avisó —replica Dave en broma—. De haberlo sabido, habría traído un antidiarreico.

Sean levanta los ojos de su menú y ve al dueño del pub frente a ellos.

—«Gastro» significa gastronómico, no «gastroenteritis» —les dice bruscamente.

Sean se sonroja.

—Lo que yo decía —añade Dave—, astronómico.

Sean aprieta los dientes y le dedica la mejor de sus sonrisas al dueño para intentar disculparse.

—Yo tomaré la empanada de apio, champiñones y castañas. Tiene muy

buena pinta.

—Ooh —dice Dave—. ¡Muy bien! Pues yo pediré el bacalao con patatas astronómico. Perdón, quería decir gastronómico. Y la señora tomará caballa. Le gusta mucho.

—¿No quieres enseñarle la carta? —pregunta Sean—. Es lo que habíamos acordado, que le llevaríamos una.

—No pasa nada —contesta Dave—, seguro que le gusta la caballa.

—Me temo que tendrán que esperar un poco —les dice el dueño del pub—. Andamos algo cortos de personal.

—No hay problema. No tenemos prisa, ¿verdad? —pregunta Sean.

—Depende —responde Dave—. ¿Cuánto es «un poco»?

—Treinta, cuarenta minutos, como mucho. Es por culpa del Brexit, me temo. Todos regresan a su país.

Cuando salen, Maggie los recibe con una sonrisa.

—Es un día precioso, ¿verdad? —comenta.

—Sí —dice Sean, que deja su pinta en la mesa y se sienta en el banco.

Dave le da a Maggie su spritzer de vino blanco. Las burbujas refulgen al sol.

—¿Y la carta? —pregunta Maggie.

—Te he pedido la caballa —responde Dave, que le devuelve su tarjeta de crédito—. ¿Te va bien?

—Hm, sí... —dice Maggie, vacilante, mientras guarda la tarjeta en el monedero y toma un sorbo de vino—. Sí, la caballa está bien —dice, en un tono algo forzado—. ¿Qué trae de acompañamiento?

—Lo he olvidado. Pero espero que no tengas mucha hambre. La mitad de las camareras han vuelto a Rumanía.

—Creo que eran italianas —dice Maggie—. Al menos lo eran la última vez que vine.

—Al parecer hay mucha gente que se está marchando —explica Sean—. Lo he leído en *The Guardian*. El NHS se está quedando sin personal.

—Por mí se pueden ir todos a la mierda —suelta Dave.

—Vaya —dice Sean en voz baja, y mira a Maggie con los ojos muy abiertos.

Ella lanza un suspiro y se relame los labios. Es obvio que está decidiendo si le dice algo o no.

—Bueno, Mags, ¿qué te parecería la idea de volver a hacer remo? —le pregunta Sean, intentando salvarla de su dilema.

—¿Remo? ¿Cómo se te ha ocurrido esa idea?

—¿Volver? —pregunta Dave—. ¿A qué te refieres?

—Oh, hace años lo practicábamos juntos —le explica Maggie—. Bueno, era Sean quien remaba, yo solo movía los brazos. Lo hiciste durante muchos años, ¿verdad?

Sean asiente.

—Cinco o seis años, sí.

—Creo que yo solo fui una docena de veces.

Sean se ríe.

—Como mucho.

—Sí —admite Maggie—. Dejémoslo en media docena.

—Creo que el remo no es lo mío —interviene Dave—. Soy más de rugby.

—Vale —dice Sean—. Bueno, ¿qué me dices, Mags?

Ella sonrío y ladea la cabeza de un lado a otro.

—Claro. ¿Por qué no? Me vendría bien.

Dave frunce el ceño, toma un sorbo de la pinta y se levanta.

—Voy a comprar una bolsa de patatas, me muero de hambre. ¿A alguien más le apetece?

Sean y Maggie niegan con la cabeza.

Cuando se ha ido, Maggie se inclina hacia delante, le acaricia la muñeca a Sean y le pregunta:

—¿Estás bien, cielo?

Él asiente con un gesto vago.

—¿Alguna otra pseudorrevelación? Me refiero a las cintas.

Sean niega con la cabeza.

—No, pero ¿a qué viene el «pseudos»?

—Ah, lo siento. No quería ser... Pero es que cuanto más pienso en ello, más obvio me parece que, ya sabes... lo de April... bueno, que no tiene sentido, ¿no? En casa tenemos una foto de vosotros tres y hace unos días la estuve mirando. Creo que nadie dudaría de que eres el padre de April. A ver, es que este tipo de cosas... Tú piensa en los príncipes Enrique y Guillermo. Uno de los dos se parece a su padre y el otro... Bueno, es muy guapo, ¿no?

—Pone una mueca.

—Sí, ya entiendo a qué te refieres —dice Sean.

—Estoy convencida de que te lo dijo por todos esos medicamentos que le daban. Seguro que es por eso.

En cuanto aparece Dave con la bolsa de patatas, llega también la comida.

—Joder, nunca habían pasado tan rápido cuarenta minutos —dice, mirando la pantalla de su enorme Samsung, que deja sobre la mesa, a la vista de todos.

—¿No te estarás quejando de que no te hayan hecho esperar? —le riñe Maggie, que lanza una mirada de disculpa a la camarera.

—Yo solo quería comerme mis patatas —dice Dave—. En fin, da igual. A ver qué tal sabe este *fish and chips* de quince libras.

—Trece —lo corrige Sean. El marido de su amiga empieza a ponerlo de los nervios—. De hecho, no llega ni a trece, en la carta ponía doce con cincuenta.

—Donde vivimos nosotros cuesta siete cincuenta —insiste Dave, mientras corta un trozo de bacalao.

—¿Por qué...? —dice Maggie, que cierra los ojos durante unos segundos—. ¿Por qué no intentas disfrutar de la comida y ya está? Ni siquiera has pagado tú, así que... ¿Te importaría?

Dave la mira fijamente y prueba un trozo de bacalao.

—Está bueno —dice con la boca llena—. Muy sabroso.

Después de comer se acercan paseando hasta el río, donde un grupo de jóvenes intenta controlar su barca sin demasiado éxito.

—¿Recuerdas los pícnicos que organizábamos? —pregunta Sean.

—¿Vosotros dos? Remo y pícnicos... Vaya, vaya —dice Dave.

—Era por el trabajo, nada que deba ponerte celoso —añade Maggie—. Alquilábamos las barcas y veníamos hasta aquí a disfrutar de un día de pícnico.

—¿Desde Cambridge? ¿En barca?

Sean se ríe y señala el río con un gesto de la cabeza.

—Todos estos han venido desde Cambridge —asegura—. No está tan lejos como crees.

—¿Cuánto tardábamos? ¿Una hora? ¿Hora y media? —pregunta Maggie.

—Más o menos —asiente Sean—. Tendríamos que volver a hacerlo algún día.

—Oh, sí —dice Maggie—. Sería divertido.

—A mí no me metéis en nada de eso, ni en broma —interviene Dave. Maggie arruga la nariz.

—Dave no sabe nadar —dice en voz baja, y le acaricia el brazo a Dave.

—No soy el único que no sabe. Además, no hay muchas posibilidades de aprender a nadar cuando te crías en lo más profundo de Derbyshire.

Cuando Maggie y Dave dejan a Sean en su calle, él está que no puede con su alma.

Mientras avanza por la acera se da cuenta de que ser sociable es como un músculo, un músculo que se le ha atrofiado en los últimos tiempos. Y el mero esfuerzo de mantener una conversación con Dave y Maggie durante tres horas lo ha dejado para el arrastre.

Aun así, mientras cierra la puerta piensa en la parte positiva de todo ello, y es que por una vez se alegra de estar solo en casa. Se deja caer en el sofá y suelta un largo «Aaaah» de satisfacción.

Entonces recuerda que es domingo. Aún le está dando vueltas a las palabras de Maggie, las pseudorrevelaciones. La verdad es que su comentario lo ha molestado un poco y tuerce el gesto. Quizá debería haberle dicho algo.

Se levanta del sofá y se dirige a la cocina, donde enciende el hervidor de agua y saca la caja del armario.

FOTOGRAFÍA N.º 16

Formato: 35 mm, color. Un hombre mira hacia la calle a través de unas cortinas de encaje. La luz de fuera es fría, desangelada y confiere a sus facciones un aspecto anguloso, duro. Está ensimismado en sus pensamientos, o quizá triste.

Sean examina la fotografía y recuerda lo que le pasaba. Había cometido un terrible error en el trabajo: había elegido mármol para la fachada de un pequeño bloque de oficinas del Parque Científico de Cambridge. Pero antes de que acabaran de instalar todas las losas, estas empezaron a resquebrajarse. Una cayó sobre el coche de un contratista y atravesó el techo. Si el hombre hubiera estado dentro, quizá habría muerto. Los trabajos para retirar el mármol, cambiar los ganchos e instalar el granito (que a diferencia del mármol no se resquebrajaría debido a la temperatura) ascendían a casi doscientas mil libras. De modo que todas las mañanas, cuando llegaba al trabajo, se preguntaba si iba a ser su último día. O, peor aún, si iban a demandarlo. De noche apenas dormía y Catherine lo había encontrado más de una vez en la planta baja, de madrugada, con la mirada perdida.

Él le había contado el problema, pero, como sucedía a menudo con todo lo relacionado con su trabajo, ella no había sido capaz de entender la gravedad de la situación.

—Eres humano, todo el mundo comete errores —le dijo ella.

Era como si Catherine no pudiera entender que alguien estuviese tan disgustado por problemas de trabajo. Por eso recuerda el momento en que se tomó la fotografía. El fogonazo del flash lo arrancó de su ensimismamiento.

—No estés tan triste, a lo mejor no pasa nada —le había dicho Catherine. Pero ya había pasado. Lo que ocurría era que Sean aún no sabía lo

que eso significaba para su carrera.

Al cabo de un tiempo decidió apuntarse a remo, y el esfuerzo físico no solo le sirvió para disminuir enormemente los niveles de estrés, sino que también le permitió entablar relación con uno de los socios del estudio que también era aficionado al remo. Gracias a esta nueva amistad, su situación en el trabajo mejoró.

Al final, el cliente aceptó un nuevo compuesto para el revestimiento del edificio que costaba menos de un tercio que el mármol original, y el proveedor del mármol aceptó asumir la mitad de los gastos. De modo que el problema acabó derritiéndose y desapareciendo como un cubito de hielo en un día de sol. Y Sean se preguntó si su reacción no había sido algo exagerada.

CINTA 16

Hola, Sean.

Seguro que no recuerdas esta foto. Es muy normalita. Creo que solo la hice porque tenía una cámara compacta nueva y quería acabar el carrete. Pero, con el paso del tiempo, ha acabado convirtiéndose en una instantánea muy evocadora de un momento muy concreto y, sobre todo, de algo de lo que no hemos vuelto a hablar: tu aventura.

No quiero que haya malentendidos, así que ya te digo ahora que nunca supe a ciencia cierta con quién fue; de hecho, admito que no llegué a estar cien por cien segura de que te vieras con otras. Pero cuando tomé esta foto... digamos que estaba bastante convencida de que había otra.

Supongo que, en parte, fue culpa mía. Yo no tenía muchas ganas de hacerlo desde que nació April. Sí, nos habíamos acostado una vez o dos, pero acabó convirtiéndose en algo muy excepcional por el simple motivo de que yo ya no disfrutaba de ello. Y como nunca se me dio bien fingir en estas situaciones, tú dejaste de intentarlo.

Algunas noches me despertaba y te pillaba masturbándote en el otro lado de la cama. Y me sentía muy culpable. Pero por aquel entonces era superior a mí, no podía acercarme y unirme a la fiesta. Y al cabo de un tiempo, cuando me di cuenta (o me convencí a mí misma) de que tenías una aventura, ya dispuse de otro motivo para no hacerlo más: un resentimiento enconado.

Sin que me diera cuenta, ese pensamiento se fue

apoderando de mí. Para empezar, te mostrabas muy distante, distraído. Además, en casa siempre estabas triste. Daba la sensación de que preferías estar en otro lugar. Al menos eso me parecía.

Entonces, un día me desperté y me di cuenta de que lo sabía. Fue como si lo hubiera descubierto mientras dormía. Seguí todos los tópicos. Te registré los bolsillos; mientras te duchabas miré también en tu cartera a ver si encontraba algún recibo que te delatara. Sin embargo, no encontré nada como para decir: «¿Qué narices es esto?». Así que me dediqué a observarte, y esperé, y cada vez estaba más y más enfadada.

También me asusté. Me aterraba la posibilidad de que nos abandonarás. A veces, cuando estabas en el trabajo, no podía contener las lágrimas, me imaginaba a mí misma presentándome en casa de mi madre con April en brazos y explicándole que, como le había pasado a ella con todas sus relaciones, la mía también se había acabado: de tal palo, tal astilla. Que había fracasado. Intentaba imaginarme a la mujer con la que te acostabas y siempre me venía a la cabeza una chica con estudios, rica, inteligente, joven, vivaz... Entonces me sentía abrumada porque sabía que había cientos, miles de mujeres en Cambridge contra las que no podía competir.

La situación cambió un poco cuando empezaste a practicar remo. Primero un día a la semana, luego dos, y al final acabaron siendo tres. De pronto parecías feliz. A veces sin justificación alguna. Estabas en éxtasis, sí, esa es la palabra.

Decidí, sabe Dios por qué, que habías cambiado la aventura extramatrimonial por el deporte. Me convencí a mí misma de que ibas a volver con nosotras. Sin embargo, al final me asaltaron las dudas de nuevo. ¿De verdad hacías remo?

Un día por la mañana, me armé de valor, esperé a que salieras de casa, metí a April en la sillita de paseo y me dirigí al río, casi corriendo.

Ahí estabas, en una barca de ocho, congestionado y sudoroso, navegando por el río a una velocidad increíble. Y durante un tiempo recuperé la calma.

También descubrí que me venía muy bien salir de casa por la mañana, de modo que el paseo hasta el río se convirtió en una costumbre. A veces te veíamos, otras no. Sin embargo, por increíble que parezca, tú nunca nos viste. Supongo que estabas demasiado ocupado soportando los gritos que os dirigía la horrible mujer del timón con su megáfono. April solo mencionó en una ocasión que te había visto remando y tú no le hiciste demasiado caso, así que no tuve que dar más explicaciones. Pero entonces, una mañana, la seguridad volvió a hacerse añicos cuando vi a Maggie remando contigo. Ambos estabais eufóricos y yo me sentí de nuevo como si hubiera ocurrido algo que siempre había sabido.

Me quedé detrás del cobertizo donde guardabais las barcas y os observé cuando os acercasteis y también cuando os fuisteis.

Maggie se atusó el pelo, aún mojado después de la ducha, y tú te reíste de algo que dijo ella. Entonces la estrechaste y le diste un fuerte abrazo.

Cuando llegué a casa rompí a llorar. Luego me senté y me pasé la tarde intentando razonar conmigo misma.

Esa noche, cuando llegaste a casa, te propuse que invitáramos a cenar a Maggie y a Duncan el Borracho, el novio que tenía por entonces. Quería ver cómo reaccionabas.

—Ah, ha roto con él —me dijiste en tono despreocupado—. ¿No te lo había dicho?

—No —respondí—. No me lo habías dicho.

—Pues sí. Pero si quieres podemos invitar a Mags.

Me pregunté cómo iba a salir de esa.



Sean empuja el dictáfono hacia el otro extremo de la mesa y se tapa los ojos

con las manos. Tiene ganas de llorar, pero al cabo de un rato se da cuenta de que no puede derramar ninguna lágrima.

También está furioso. ¿Cómo es posible que Catherine creyera que tenía una aventura con Maggie?

Bueno, a lo mejor no es tan difícil de entender. Siempre habían tenido una relación estrecha. Quizá demasiado.

Pero ¿por qué narices no se lo preguntó? Al menos él podría haberla tranquilizado. Podría haberle ahorrado meses de angustia, quizá años. Ahora sabe que ya es demasiado tarde para decirle la verdad. Y es un sentimiento devastador.



El jueves por la noche, un grupo de amigos invita a Sean para que participe con ellos en el concurso de preguntas que organiza el pub The Brook. En el pasado había sido uno de los habituales de ese tipo de concursos, y no recuerda cuándo dejó de participar, ni por qué. No ha visto a nadie del grupo desde que murió Catherine, pero ahora que piensa en ello, tampoco recuerda cuándo fue la última vez que salió con ese grupo. De modo que a lo mejor no existe relación entre ambos hechos.

Sea cual sea el motivo, acepta la invitación. La verdad es que agradece cualquier tipo de distracción y le apetece ver a sus viejos amigos.

Cuando llega al pub, ve cinco rostros familiares en un banco, bebiendo. Sean invita a una ronda a los que tienen el vaso casi vacío y se sienta en el otro extremo de la mesa. Tiene la extraña sensación de que está a punto de someterse a una entrevista.

—¡Bueno! —dice, examinando los rostros sonrientes—. ¡Cuánto tiempo! Antes de llegar estaba intentando recordar la última vez que nos vimos y por qué ya no quedábamos.

Jim, el más joven del grupo, observa a los demás y se encoge de hombros.

—Imagino que todos andamos muy liados. Ya sabes cómo es esto, con el trabajo, los niños y todo lo demás...

—Claro —dice Sean.

—¿Qué tal estás? —pregunta Pete.

—Bien —responde Sean—. Ya sabes.

El silencio se apodera del grupo y todo el mundo toma un sorbo de su

bebida.

—Mi mujer te vio en Grantchester —comenta Pete.

—¿Sylvia? ¿Por qué no me saludó?

—Estabas con alguien —responde Pete tímidamente—. Supongo que no quería molestar.

—Estaba con Maggie —replica Sean, frunciendo el ceño.

—¿Era Maggie? Ah, vale —dice Pete.

—Y su novio —añade Sean, que tuerce el gesto y sonrío, divertido—.

Se llama Dave.

—Ah, bueno.

Pete parece decepcionado con la respuesta.

Después de otro silencio incómodo, la conversación gira en torno a la mujer de Jim, que está embarazada otra vez, y la futura fiesta de jubilación de Pete, y al final acaban con un clásico: el fútbol. Para Sean es un alivio poder disfrutar de una hora de charla intrascendente.

Se da cuenta del efecto relajante de hablar de temas insustanciales, pero que le sirven para tener la cabeza ocupada y no ver fantasmas. Porque Sean está seguro de que algo acecha en las sombras y no quiere verlo.

A las diez y media, cuando acaba el concurso, todos se encuentran en un agradable estado de ligera embriaguez. A pesar del consumo de alcohol, han hecho un papel digno, gracias al dominio de Sean de la música pop de los ochenta. Tras el recuento de puntos, su grupo ha ganado. Primer premio. Un vale por ochenta libras a gastar en el propio pub.

—¡Bien! —exclama Pete, que alza una mano en gesto de victoria y está a punto de derramar su pinta—. ¡Menudo resultado! ¡Es la tercera vez seguida! ¡Somos los mejores!

A pesar de los esfuerzos de Sean para no pensar en ello, la verdad se impone como un jarro de agua fría y ahora no puede apartar esa idea de su cabeza. Es obvio que su grupo de amigos no dejó de participar en los concursos del pub, simplemente dejaron de invitarlo.

Sean se inventa una excusa y se levanta de la mesa. Sin embargo, su gesto lo delata porque mientras se dirige al baño, Jim, que siempre ha sido uno de los más perceptivos del grupo, lo sigue.

—Me alegro de que hayas vuelto —le dice Jim en los urinarios—. Te echábamos de menos.

—Yo no me fui —replica Sean, que no se corta ni un pelo debido al alcohol.

Jim carraspea.

—No —admite—. Lo siento. Es que ya sabes...

—No, no sé —replica Sean mientras se abrocha los pantalones.

—Es que, mira, cuando le detectaron la enfermedad a Cathy —prosigue Jim, muy incómodo—, fue un bajón y nadie sabía qué decir.

—Vale.

—Y luego la mujer de Pete se curó, y empezó a venir con nosotros. Y parecía... no lo sé. Se nos hacía extraño, solo eso. Habría sido como si te hubiéramos restregado su buena salud por la cara.

—Vale.

—No fue nada personal —insiste Jim—. No teníamos nada contra ti. Es que... no lo sé, la verdad.

Sean se lava las manos y se las seca en la toalla.

—Pero ahora has vuelto —dice Jim, dándole una palmada en el hombro.

—Sí —dice Sean, sin demasiado entusiasmo—. Sí, he vuelto.

FOTOGRAFÍA N.º 17

Formato: 35 mm, color. En el césped del jardín de un pub hay dos mujeres con vestido veraniego, tumbadas a ambos lados de un hombre atractivo, con el pelo peinado hacia atrás. Lleva chaleco y está remangado. Detrás de ellos hay una niña, con un vaso de zumo de naranja en las manos. De las cuatro personas de la fotografía, solo el hombre sonríe.

«Vaya», piensa Sean al ver la fotografía. Ese día Catherine y Maggie estaban enfadadas. A pesar del buen tiempo y del alcohol, el ambiente fue gélido y cargado de mal humor. Fue tan tensa la situación que al final Sean decidió plegar velas y volver a casa con Catherine y April.

Fue una pena porque él se sentía el amo del mundo. La Crisis del Mármol, como la habían bautizado, era cosa del pasado, y en ese momento estaba diseñando un edificio de protección oficial en Chesterton que no necesitaba ningún tipo de revestimiento.

Maggie había conocido a Stéphane, el hombre de la fotografía, y era feliz como no la había visto nunca. De hecho, volviendo la vista atrás, Maggie era irrazonable, histérica e irritantemente feliz, y él pensó que quizá era eso lo que había molestado a Catherine. Ahora, sabiendo lo que sabe, imagina que lo que ocurrió fue que aún estaba molesta por su supuesta aventura, lo cual no tenía ningún sentido porque en esa época Maggie solo hablaba de una cosa: Stéphane. El maldito Stéphane. En el trabajo llevaba varias semanas dándole la paliza con él, tal y como había hecho ese mismo día. Que si Stéphane tenía un gimnasio en su piso de Londres; que si Stéphane conocía los mejores restaurantes.

—Adivina quién me ha comprado estos preciosos pendientes.

¡Stéphane, claro!

A decir verdad, a pesar de que nunca se le había pasado por la cabeza la posibilidad de tener una aventura con Maggie, tampoco podía negar que desde la aparición en escena de Stéphane se sentía un poco desplazado. Aquel chico tenía algo que lo sacaba de quicio.

CINTA N.º 17

Hola, cielo.

Ahí tienes una fotografía de Maggie y yo con Stéphane, que evitó que nos matáramos la una a la otra poniéndose en medio. De hecho creo que el mal ambiente que existía entre ambas le divertía. A lo mejor creía que nos peleábamos por él. Tenía una visión muy personal del mundo. Y fíjate en la pequeña April, de morros en segundo plano. Parece a punto de tirarle el zumo de naranja por encima. Pero, caray... había olvidado lo guapo que era.

Yo llevaba medio verano preocupada por si había algo entre vosotros dos. Tú aún te mostrabas taciturno y yo no hacía más que intentar averiguar si me estabas poniendo los cuernos con otra.

Cuando supe que Maggie había roto con Duncan, empecé a evitarla como la peste. Poca gracia me hacía que trabajarais juntos, así que imagínate lo que me apetecía organizar planes para que os vierais también el fin de semana.

No fue una buena época para mí, qué quieres que te diga. Cuando te perdía de vista, solo podía pensar en que me estabas engañando con otra, pero cuando tenías que quedarte a trabajar hasta tarde y yo me inventaba una excusa para llamarte, siempre estabas ahí, localizable, en tu mesa de trabajo. Y a menos que Maggie y tú os dedicarais a hacerlo allí delante de todos, en esa oficina de planta abierta (una escena que se me pasó por la cabeza en algún momento), no se me ocurría dónde o cuándo podíais

acostaros.

En septiembre, cuando nos tomamos esta fotografía, todo había regresado a la normalidad salvo mi paranoia. Tú habías recuperado la serenidad y mostrabas interés por lo que pasaba en casa. Era como si no hubiese ocurrido nada. Yo sospechaba que en realidad se te daba muy bien fingir. Pero cuando fui al río y vi que Maggie ya no formaba parte del equipo de remo, me convencí de que se había acabado.

Entonces nos encontramos con ellos, ese día de septiembre, en el jardín de The Fort. Maggie estaba con Stéphane, su banquero francés, o corredor de bolsa, o como los llamen, del que tanto habíamos oído hablar. Era guapo, agradable y tenía un gusto excelente para la ropa, aunque iba un poco demasiado engominado, como les pasa a veces a los mediterráneos. ¿Te parece un comentario racista? No era mi intención. Seguro que entiendes a qué me refiero. En fin, la cuestión es que era obvio que Maggie estaba enamorada de él y no me extrañaba.

Tú te comportaste de un modo muy raro, como si la mera presencia de Stéphane te disgustara, y deduje que estabas celoso. Maggie te había dejado por un tipo guapo, rico y políglota, y yo estaba enfadada por tu comportamiento, pero también por mí, todo ello mezclado con una pizca de algo que solo podríamos definir como envidia.

Stéphane solo llevaba esas camisas de puño francés tan caras, tirantes, chalecos y trajes elegantísimos. No se lo he confesado a mucha gente, pero siempre me han puesto bastante los hombres con traje. Aunque de eso ya hablaremos en otro momento. La parejita se dedicaba a viajar de un lado a otro con el BMW descapotable de él, ya que ninguno de los dos tenía que pasarse el día en casa cuidando de su hija caprichosa. Como recordarás, por aquel entonces April estaba insoportable, por eso yo estaba celosa de todo aquel que no tuviera hijos. Y Stéphane, bueno, digamos que supo pulsar hasta el último botón de

mis celos. Sin embargo, ese sentimiento se acabó desvaneciendo porque, como sabemos, el francés resultó ser un grandísimo esnob.

¿Recuerdas el incidente del champán? Me ha venido ahora mismo a la cabeza.

Quedamos en un pub, creo que era por Navidad. Tú pediste una cerveza y luego descubriste que Stéphane, que estaba en la barra, la había anulado. Pidió una magnum de un champán francés carísimo para todos. No entendía cómo alguien podía pedir cerveza.

Tú reaccionaste decididamente y le explicaste, con calma, que no te gustaba el champán, pero que en cambio te gustaba, y mucho, la Harvey's IPA.

Stéphane estalló en carcajadas. Hizo un gesto de desdén con sus largos dedos, en los que lucía una manicura perfecta, cómo no, y dijo con ese acento francés:

—Tonterías. Te va a encantar este champán. ¡Créme!

Todos nos miramos y nadie dijo nada. Entonces, mientras servía el champán, Maggie movió los labios para decir «lo siento», o «¡socorro!». Me da pena admitirlo, pero me alegré cuando demostró que era tan capullo. Yo aún estaba enfadada con Maggie, pero menos de lo que debería. Quizá ya empezaba a dudar de mí misma.



Sean no deja de pensar en las cintas durante toda la semana. De pronto, al reflexionar sobre su relación de pareja, hay muchas cosas que cobran sentido, como los cambios de humor en apariencia incomprensibles de su mujer. Se da cuenta de que cometió la estupidez de dejarse llevar por las convenciones machistas de la sociedad y creer que los altibajos de Catherine formaban parte de la vida en pareja. Todos los hombres saben que las mujeres son un misterio, ¿no es cierto? Todo el mundo sabe que las mujeres son de Plutón y los hombres de Marte, o como sea.

Quizá debería haberse esforzado un poco más por comprenderla. Quizá debería haber insistido para que se abriera y le contara qué le preocupaba.

Quizá deberían haberse sentado, cara a cara, y no levantarse hasta que hubieran solucionado el problema.

No obstante, también es cierto que lo intentó en varias ocasiones. A Catherine le convenía que para él su mal humor fuera algo normal, aunque le molestara su actitud machista. Ay, Señor, si le hubiera contado una pequeña parte de la verdad cada vez que le decía: «No me hagas caso, tengo muchas cosas en la cabeza», entonces no habrían tenido secretos. Es una pena porque malgastaron mucho tiempo intentando no herir al otro, cuando, en realidad, lo único que necesitaban era una conversación sincera. Y ahora es imposible. El tiempo se acabó.

El viernes por la mañana, mientras Sean se sube los pantalones chinos, su iPhone da un salto espectacular desde el bolsillo, buscando la libertad, y cae en el remolino del retrete mientras se vacía la cisterna. Sean busca alguna posible solución en internet y, a pesar de las dudas, deja el teléfono dentro de un paquete de arroz, pero cuando el domingo por la tarde comprueba que el aparato no ha resucitado, se acerca a la tienda de Apple. El dependiente le dice que el martes ya estará reparado.

Cuando sale a Corn Exchange Street casi choca con Maggie, que se dirigía a su destino a toda prisa.

—¡Hola, desconocido! —exclama ella—. ¿Qué te trae por la civilización?

Sean le da dos besos.

—Se me ha caído el teléfono en el retrete y acabo de dejárselo a un «experto» de Apple. —Hace el gesto de comillas al pronunciar la palabra «experto».

—¿Cómo lo has hecho? —pregunta Maggie.

Sean hace una mueca.

—Pues la verdad es que no lo sé. Saltó del bolsillo del pantalón, por increíble que parezca.

—Yo creía que eran resistentes al agua, ¿no es así?

—El mío no, es demasiado viejo.

—Pero podrán repararlo, ¿no?

—El chico que me ha atendido estaba más preocupado por mantener su pose estudiada que por darme algún tipo de información útil. Pero, en teoría, el martes ya puedo pasar a buscarlo. O uno muy parecido.

—Pues vaya. Aun así, supongo que te han ofrecido un buen servicio.

—Por trescientas libras...

—Ah... Pues un servicio muy bueno y caro.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí, en este paraíso del consumismo?

Maggie le muestra la bolsa con sus compras.

—Bañador nuevo. El que tengo ya no me cabe. Aunque, si quieres que te diga la verdad, ni lo he intentado. Quería ahorrarme el mal trago.

—Pero si estás delgada —dice Sean, que mira de arriba abajo a su amiga con un gesto de fingida indecencia—. Estás muy bien.

—Para mi edad —añade Maggie, completando la frase de Sean—. Lo sé.

—No, estás muy bien y punto.

Maggie se sonroja.

—Gracias, buen hombre. Oye, ¿te apetece tomar un café en Clowns? No me dicen estos piropos todos los días y me gustaría disfrutar del momento.

Sean asiente y sonrío.

—Claro. Hace años que no voy. Además, me queda de camino.

Maggie lo agarra del brazo y echan a andar.

—Pero no me dejes pedir pastel —le dice en tono confidencial—. Por mucho que insista, no me lo permitas.

—De acuerdo, te mantendré bien alejada del pastel.

—¡Ja! —exclama Maggie—. Eso habrá que verlo. ¿Has probado su pastel de chocolate?

—Por cierto, hablando del peso y de estar en forma... —dice Sean.

Maggie le suelta el brazo.

—Vas a pedirme que me apunte a remo, ¿verdad?

—Entonces ¿has cambiado de opinión? Genial.

—En realidad, no. Bueno, sí. Pero es que Dave... La idea de que tú y yo lo hagamos, lo de remar, quiero decir, creo que no le hace mucha gracia. Así que será mejor que no.

Sean frunce el ceño mientras cruzan St Andrew's Street.

—Pues que se apunte él también.

—Ya, claro. Pero como no sabe nadar... el pobre.

—Hm —murmura Sean, de forma significativa.

—¿Hm?

—Es que me parece raro que no te deje hacer algo porque él no pueda participar. Un poco controlador.

Maggie lanza un suspiro.

—Mira, ya sé que no te cae muy bien, pero no me ha dicho que no me apunte. Al menos no con estas palabras. Y sé que él no...

Sean levanta la mano para interrumpirla.

—Eh, que yo no tengo una opinión formada sobre él. Solo digo que mereces estar con alguien que se porte bien contigo.

—Él se porta bien.

—Pues genial. Ningún problema.

—Te refieres a lo que pasó en el pub, ¿verdad? ¿A cuando pidió por mí? ¿Y a que pagó con mi tarjeta? No pasa nada. Conoce muy bien mis gustos.

Sean se ríe.

—No me refería a eso, pero ya que has sacado el tema... Te prometo que no lo decía por nada en concreto.

—En cuanto a lo del remo... Sí, claro, lo ideal sería tener una pareja maravillosa dispuesta a satisfacer todas tus necesidades y que te apoyara en todo lo que quisieras hacer. Estar con alguien que te dijera: «Disfruta de la clase de remo con tu mejor amigo, cielo. Cuando llegues, la cena estará lista». Pero la vida no es tan bonita, ¿verdad? No puedes... Bueno, al menos yo no puedo elegir entre un novio perfecto y Dave. Tengo que escoger entre Dave o quedarme más sola que la una.

Sean mira el escaparate de la tienda y tuerce el gesto. Maggie está muy susceptible hoy y como teme que pueda verle la cara reflejada en el cristal, se vuelve a mirarla.

—Qué mal ha sonado todo lo que he dicho, ¿verdad? —comenta ella—. Seguro que parece que estoy furiosa con el mundo. Lo estoy, ¿no? ¡Cierra el pico, Maggie! Es que me pongo un poco a la defensiva. Quiero decir, ya sé que Dave no le cae bien a todo el mundo. Pero tiene un buen corazón, de verdad.

Sean la agarra de los hombros y se los estrecha en un gesto de consuelo.

—Claro que tiene buen corazón —asegura—. Y eso está muy bien. Y no, no parece que estés furiosa con todo el mundo. Solo un poco... estresada, quizá. Pero no furiosa en sentido estricto.

—¿Tú lo odias? Me refiero a Dave.

Sean se ríe.

—No me escuchas, Mags. De verdad que no tengo una opinión formada sobre él. Lo único que deseo es que seas feliz.

—Pues lo soy. Y lo seré aún más cuando aterricemos en Siena mañana.

—¿Mañana? ¿Os vais a Siena? Creía que las opciones eran Portugal o

Bali.

—No, no hubo forma de ponernos de acuerdo. Seguro que la Toscana es preciosa, sobre todo si hace el mismo buen tiempo que aquí. —Maggie alza la vista al cielo azul.

—Y yo que creía que el bañador era para la piscina de Jesus Green.

—¡Ay, esa piscina! —exclama Maggie con un deje de alegría—. Casi la había olvidado. Antes íbamos muy a menudo. ¿Qué nos ha pasado? ¿Qué ha pasado con nuestra juventud?

Al llegar a la puerta del Clowns, Sean le hace un gesto a Maggie para cederle el paso.

—Hay bastante gente —dice ella, abriendo la puerta—. Pero a ver si encontramos mesa.

Cuando han pedido los cafés (y el pastel para Maggie), se sientan a la única mesa libre, medio escondida en un rincón.

—Tuvisteis mucha suerte de conoceros —dice Maggie, como si fuera la continuación natural de la conversación que estaban manteniendo hasta entonces.

—¿Cathy y yo? —pregunta Sean—. Supongo. Aunque en los últimos tiempos no me siento muy afortunado, que digamos.

Maggie pone los ojos en blanco.

—¿Qué me pasa hoy? A veces me comporto como una idiota. Lo siento mucho, Sean.

—No te preocupes —le asegura él, con voz cansina—. Ya entiendo a lo que te refieres. Y sí, supongo que, en cierto sentido, es verdad que tuvimos suerte.

—Es que congeniabais muy bien. En todos los sentidos. La mayoría de nosotros... bueno, tenemos que conformarnos con relaciones como la mía. —Toma un sorbo del capuchino—. Mi madre, qué bueno está el café —dice, limpiándose la espuma de los labios—. Me pregunto si estará igual de bueno en Italia.

—Yo diría que sí. —Y a continuación añade, en tono serio—: Oye, Mags, ¿eres feliz? Ya sé que me has dicho que sí, pero me choca lo de «conformarte» con una relación como la tuya. No me parece que estés muy contenta.

—Estoy bien —le asegura Maggie, que corta un trozo de pastel con el tenedor y se lo ofrece a Sean. Él lo rechaza con un gesto de la cabeza y es ella quien da buena cuenta de la tarta—. Como te decía, este año tengo a alguien

con quien ir de vacaciones —masculla mientras mastica el pastel—. Y quizá sea verdad que no me queda más remedio que conformarme con esto.

—Si creyeras un poco más en ti misma, podrías aspirar a mucho más —le dice Sean—. Eres divertida, inteligente, guapa...

—Gracias por tu voto de confianza. Ahora recuerdo por qué me caes tan bien. ¡Dios, cómo está el pastel de esta cafetería! —Hace un gesto de éxtasis—. No sabes lo que te pierdes.

—Es que he comido tarde —se excusa Sean.

—Nunca he tenido mucha mano para las relaciones —dice Maggie, frunciendo los labios—. Ese es el problema. Tampoco es que se me dé mucho mejor elegir al hombre adecuado. Nunca. Son unas habilidades que no poseo.

—Recuerdo que hace años le dijiste eso mismo a Catherine.

—¿De verdad? —pregunta ella. Parece algo confundida—. Bueno, pues es cierto.

—Yo no estaría tan seguro.

—¡Pues yo sí! Créeme.

—Quizá. Es decir, es obvio que tú estás convencida de que es así. Por lo tanto, debe de ser cierto.

—¿Como si fuera una profecía autocumplida?

—Exactamente.

Maggie pone mala cara.

—Pues entonces me he pasado gran parte de mi vida haciendo realidad esa profecía. Eso cuando no estaba en una relación penosa, claro.

—Venga ya. Tienes que admitir que no han sido todas tan horribles —dice Sean.

—¿De verdad? ¿Cuál se salva?

Sean se encoge de hombros.

—Ian era muy majo. Nos caía bien a todos.

Maggie suelta una carcajada sincera.

—¡Pues ya ves cómo acabó!

—Sí, supongo que tienes razón.

—Mira, no sé qué decirte, pero tengo la sensación de que este ha sido siempre mi destino —dice Maggie mientras balancea otro pedazo de pastel frente a la boca.

—¿Destino?

—Deduzco que no crees en el destino.

Sean niega con la cabeza.

—¿No crees que estabas predestinado a conocer a Catherine en Dreamworld ese día, hace muchos años?

—¿En Dreamland? No lo sé. A lo mejor si no hubiera sido ella, habría sido otra persona.

—Lo siento, pero no te imagino con otra mujer.

—No. Yo tampoco, la verdad —admite Sean.

—A menudo pienso que en todo el planeta solo hay una persona adecuada para cada uno —dice Maggie—. Pero también puede suceder que vuestros caminos no se crucen. O que se crucen, pero estés demasiado ocupado mirando hacia otro lado, o el teléfono o lo que sea. O que lo hagan en un momento equivocado de vuestra vida, cuando uno de los dos no está preparado.

—Insisto, no creo en eso —puntualiza Sean—. Es que no... no lo sé. Supongo que no me parece una explicación científica.

—No te lo niego. Pero te diré una cosa. Tener una cita a partir de los cincuenta es como ponerte a lamer en el plato de comida de un perro. Es en plan: la comida buena se ha acabado y solo quedan las sobras que nadie quería, lo que hasta los perros han rechazado.

Sean frunce el ceño. Se da cuenta de que Maggie se siente muy frágil y no le gusta el derrotero que está tomando la conversación, por lo que intenta cambiar de tema.

—Pues voy a decirte algo que te va a sorprender, voy a darte una pequeña muestra de la relación perfecta que teníamos Catherine y yo: mi mujer creía que tú y yo teníamos una aventura.

Maggie tuerce el gesto, como si no acabara de comprender lo que le ha dicho.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Quién tenía una aventura?

Sean señala a ambos.

—Tú y yo, al parecer.

Maggie se queda boquiabierta.

—¡¿Cómo?! —exclama.

Sean asiente.

—Es uno de los mensajes que me dejó grabados. Pensaba que estábamos liados y creía que lo nuestro acabó cuando conociste a aquel francés.

—¿De verdad? Pero ¿por qué? O sea, es una locura. ¿En qué se basaba?

—En el hecho de que teníamos... una relación estrecha, supongo.

Coincidió con una época en que yo estaba muy estresado y me mostraba distante. Era por culpa del trabajo, pero eso Cathy no lo sabía.

—¿Te refieres a la Crisis del Mármol?

—¡Ja! Tú lo recuerdas. Sí, a esa. Y la única justificación que encontré para mi comportamiento, para mi actitud extraña y distante, fue que yo tenía una aventura. Además, por aquel entonces tú y yo íbamos juntos a remo.

—¿Lo ves? El remo... —dice Maggie con un gesto elocuente— despierta el recelo de la gente. Pero es que... no sé... —Se queda con la mirada perdida y añade—: Todo esto da un poco de grima, la verdad.

—Sí —admite Sean—. Es curioso, ¿no crees?

—Es cierto que estuvo de bastante mal humor durante una temporada —evoca Maggie, mientras intenta poner en orden sus recuerdos—. Pero nunca me imaginé que podría ser por este motivo. No me dijo nada.

—No.

—¿Cuánto duró?

—¿Cuánto tiempo pensó que estábamos liados? Un par de meses, creo.

—Ooh —dice Maggie, con cara de preocupación—. Pero, no... Me refería a durante cuánto tiempo creyó que tú y yo habíamos tenido una aventura. No fue hasta... No fue todo el tiempo, ¿no?

—No lo sé. No creo. Diría que fue una temporada. Entonces, cuando entró Stéphane en escena, empezó a dudar de sí misma.

Maggie se frota la frente y resopla con los labios fruncidos.

—No sé qué pensar —dice.

—Te entiendo. Yo tampoco. Quizá no debería haberte contado nada.

—No es eso. No, prefiero saberlo. Siempre es mejor saberlo todo. Y, en cierto modo, entiendo que pensara eso.

—¿Ah, sí?

Maggie se encoge de hombros.

—Tú y yo siempre hemos tenido una relación estrecha. Stéphane estaba celoso de ti. Y también Dave, por eso no quiero hacer remo.

Maggie pone una cara rara, como si le doliera una muela.

—¿Qué pasa?

—Ah, lo siento. Estaba pensando en Stéphane. Menuda equivocación.

Sean le dedica una sonrisa enigmática.

—Por lo que recuerdo, diría que no lo pasaste tan mal con él. Era casi tu único tema de conversación.

—Bueno, sí —concede Maggie—. Cuando estoy con alguien siempre lo

disfruto.

Sean le guiña un ojo.

—Bien hecho —dice.

—Aun así no creo que esté bien —replica Maggie.

—¿Qué es lo que no está bien?

—Es como lo de April, ¿no? —dice y se lleva la mano a un pendiente—. Catherine era mi mejor amiga, ¿no? Me parece increíble que pensara que había algo entre nosotros. Yo lo habría notado. Me habría dado cuenta, ¿no crees?

—Quizá. En cualquier caso, las cintas son de todo menos aburridas.

—Sí, ya lo veo. Pero aun así creo que no deberías tomártelas tan en serio. Diría que en esas cintas habla más la morfina que ella.

Sean asiente, pensativo. Piensa que en gran parte de las grabaciones, sobre todo en las primeras, Catherine apenas tomaba medicación. No empezaron a administrarle morfina hasta el final. Sin embargo, decide dejar que Maggie crea lo que prefiera creer.

—Vete a saber —dice—. A lo mejor tienes razón.

Cuando llega a casa por la noche, Sean escucha de nuevo todas las cintas para asegurarse. Pero la triste verdad es que no, no parece que Catherine estuviera desvariando. De hecho, salvo la primera cinta, que fue la última que grabó cronológicamente, parece en plenitud de sus facultades mentales, lo que permitiría deducir que pasó gran parte de su vida de casada creyendo que Sean la había engañado.

—Es una pena que nunca lo preguntara —murmura con tristeza, mientras coge el siguiente sobre.

FOTOGRAFÍA N.º 18

Formato: 35 mm, color. Hay una niña frente a las puertas de una escuela, cogida a la mano de su madre. Se chupa el pulgar y le corren las lágrimas por las mejillas.

Habían discutido, recuerda Sean. Habían discutido justo delante del colegio porque tenía la sensación de que Catherine estaba haciendo todo lo que no debía.

En los días anteriores, él había intentado tranquilizar a April, le había hablado de lo bien que se lo iba a pasar en clase y de las cosas emocionantes que iba a aprender. Le había dicho que habría juguetes, columpios y que haría nuevos amigos.

Sin embargo, Catherine vivía inmersa en el caos y su carácter impredecible salió a relucir en las puertas de la escuela cuando rompió a llorar y abrazó a April como si no fuera a verla nunca más.

Era tal la desesperación que se apoderó de ella, que si alguien las hubiera visto habría pensado que la pobre niña estaba a punto de subir a un tren con rumbo a un campo de concentración en lugar de asistir a su primer día de escuela. Y la pequeña, claro, se contagió de su estado de ánimo. Estaba aterrorizada, un pánico que siguió asociando con la escuela mucho tiempo después de que Catherine se hubiera repuesto del trauma.

Para colmo, y como si la situación no fuera lo bastante mala, ellos dos discutieron. Bajo la atenta mirada de los demás padres y de la pobre April, que seguía llorando desconsoladamente, se enzarzaron en una de sus raras discusiones a grito pelado.

Sean frunce el ceño mientras intenta recordar si las fechas coinciden con su hipotética aventura con Maggie, porque eso explicaría muchas cosas.

¿Acaso las lágrimas de Catherine, la propia discusión, se debían a Maggie y no a April?

CINTA N.º 18

Hola, cielo.

Hoy me encuentro bastante bien. Es más, diría que me siento muy alegre y optimista. Pero no me preguntes por qué. No tengo ni idea. A lo mejor es porque después de una semana de lluvias, por fin ha salido el sol.

Ojalá esta comunicación fuera en ambos sentidos. Me gustaría mucho poder preguntarte cómo estás. Según mis cálculos, ya debe de ser verano. No te imaginas lo mucho que voy a echar de menos los paseos que dábamos por la orilla del Cam. Bueno, los echaría de menos si no estuviera muerta.

Venga, hoy toca hablar del primer día de escuela de April.

Sé que has tenido que esperar mucho para oír esto, pero ahí va: me equivoqué.

Ese día me derrumbé. Y sí, me comporté como una mala madre, una madre malvada que pasó por alto las necesidades de su hija. Y sí, hiciste bien en recordármelo. Me dejé arrastrar por mis propios problemas.

Como madre, dedicas mucho tiempo a solucionar los problemas de los demás. Pero ese día me dejé arrastrar por los míos.

La situación me sobrepasó y salió a relucir todo: lo inferior que me sentía a ti, a tu familia y a la gente que habíamos conocido en Cambridge, a las estudiantes que paseaban por la ciudad con sus vestidos veraniegos, luciendo su figura esbelta, sin niños, y sus piernas suaves y

bronceadas. Y sí, también me sentía inferior a Maggie.

Hasta ese día siempre había tenido al menos a April. Hasta ese momento, en las puertas de la escuela, mi existencia había estado justificada. Tenía un bebé que me necesitaba. Las veinticuatro horas del día. Pero de repente mi hija echaba a andar por el mundo sola.

Me sentía muy perdida. Tenía la sensación de que el único vínculo que me unía al planeta se había roto. Me aterraba la posibilidad de salir volando.

Tú no lo descubriste, pero me pasaba el día en cama y me levantaba justo antes de ir a recogerla a la escuela. Por entonces tú trabajabas hasta tarde, por lo que habitualmente tenía tiempo de cocinar, limpiar y hacer la compra antes de que volvieras a casa. Intenté que nuestras vidas siguieran conservando esa apariencia de normalidad.

Cuando ahora pienso en ello, supongo que sufría una depresión. Aunque quizá sea una etiqueta de la que se abusa. Hoy en día, cuando algún conocido me dice que está deprimido pienso: «No es verdad, lo que te pasa es que estás triste. O confundido. O te sientes solo». De hecho, creo que todo eso es lo que sentía yo.

Fuera lo que fuese, la cuestión es que yo no estaba bien, y estoy segura de que en más de una ocasión debiste de pensar que estaba volviéndome loca.

Gracias a Dios no duró demasiado, porque Maggie me consiguió ese trabajo en la tienda de la RSPCA, la protectora de animales, en octubre. La habían despedido de Nicholson-Wallace (algo que, me duele admitirlo, me alegró, pero a partir de ese momento ya no volví a imaginaros a Maggie y a ti haciendo el amor en la moqueta de la oficina). También había roto con Stéphane, así que yo estaba doblemente contenta de que ya no fuerais a trabajar juntos. Al final resultó que Stéphane tenía mujer en París y no le había dicho nada. ¡Típico de los franceses!

En fin, la cuestión es que de pronto Maggie tenía mucho tiempo libre para inmiscuirse en las vidas de los demás y como la mía estaba tan vacía, y quizá porque

quería vigilarla de cerca, acepté su intromisión.

Al principio pensé que era la forma que tenía de compensarme por la aventura que habíais mantenido y, a decir verdad, disfruté un poco viéndola humillarse de aquel modo.

Con el tiempo, y después de una serie de piruetas mentales, logré convencerme de que debía perdonaros, al menos en apariencia, por el simple motivo de que habías vuelto conmigo. De algún modo creía que yo había ganado ese asalto y que Maggie había perdido. Y en los momentos de más lucidez llegué a sentir pena por lo que le había ocurrido.

Con todo, no me hacía ninguna gracia que pasarais tiempo a solas e hice todo lo posible para evitarlo, porque a partir de ese momento Maggie siempre me pareció un poco peligrosa.

Sin embargo, era una presencia constante en nuestras vidas. Y mostraba una actitud tan natural hacia April y hacia mí, e incluso hacia ti, que creo que empecé a dudar de mí misma. Creo que empecé a preguntarme si de verdad habías tenido una aventura con ella, y con el tiempo ya ni siquiera estuve segura de que me hubieras sido infiel con otra.

Cuanto más pensaba en ello, más me costaba imaginar que Maggie fuera capaz de mantener una actitud tan descarada. Pero ¿quién sabe? Las mujeres pueden dar muchas sorpresas.



Sean se toma el viernes libre para ayudar a su hija con la mudanza.

Se ofrece a llevar su coche, pero April insiste en que no lo necesitan. Ronan ya ha alquilado una furgoneta.

Sale de casa poco después de las siete y, apretujado entre la gente que acude al trabajo vestida con traje, logra echar una cabezadita en el tren. Llega a Hyde Park Gardens antes de las nueve y se sorprende al comprobar que April ya casi ha acabado con la mudanza. Como habían alquilado el piso

antiguo amueblado, solo tiene que llevar sus efectos personales. Además, sus compañeros de piso les han echado una mano y han acabado enseguida. Sean por fin conoce a Matt. Por un momento se le pasa por la cabeza la idea de darle las gracias por haberle dejado su habitación, pero se pregunta si April llegó a decírselo y cambia de opinión. Aun así, entiende la atracción que sentía su hija por él. Es un chico que rebosa energía, una versión más joven y atractiva de Pete Doherty.

—No te preocupes —le dice April, recogiendo un mechón de pelo detrás de la oreja—. Aún tenemos que ir al piso de Ronan, que tiene un montón de cosas y solo un amigo. Así que vamos a necesitar tu ayuda.

—¡Tengo más de un amigo! Pero los demás ya estarán trabajando cuando lleguemos —le explica Ronan—. Es que suena muy triste, ¡caray! Solo un amigo, pues vaya...

Ronan conduce la furgoneta hasta su piso, que está al final de Finchley Road. April y Sean lo siguen en el Mini de ella.

—Así podemos hablar —le dice April.

Y hablar es lo único que hace. Le cuenta la fiesta de despedida que organizaron el fin de semana anterior, que todo el mundo se emborrachó, y lo mucho que se aburrió ella al no poder probar el alcohol. Le cuenta, con un deje de orgullo, que a Matt se le humedecieron los ojos mientras llenaban la furgoneta.

—Pero a lo mejor solo estaba resfriado —admite ella.

—Cualquiera diría que te alegras —le dice Sean en tono burlón—. No me digas que aún estás enamorada de él.

April se ríe.

—No me malinterpretes —replica April, que pone el intermitente para adelantar a un autobús—. Ahora que lo conozco no lo tocaría ni con un palo. Además, Ronan vale por tres Matts. Como mínimo. Pero, bueno, digamos que no me desagrada la idea de que se arrepienta de no haber aprovechado la oportunidad cuando la tuvo, ya me entiendes.

Luego hablan del trabajo de ella y de Ronan. April menciona un artículo que ha leído en *The Guardian*, le explica que fue a comprar una cama con su amiga Lisa y que las confundieron con una pareja de lesbianas, y que Lisa se ha hecho vegana, algo que a ella siempre le ha parecido muy de lesbianas, de modo que sí, a lo mejor resulta que Lisa acaba haciéndose lesbiana.

Al final Sean decide cortar su monólogo deshilvanado y le pregunta:

—April, ¿te encuentras bien?

—¿Yo? —pregunta ella. Se vuelve hacia su padre y aparta la vista de la carretera más tiempo del necesario—. Claro que sí. ¿Por qué? ¿No te lo parece?

—Es que... —Sean se encoge de hombros—. Me recuerdas a Maggie, eso es todo. A veces se pone a hablar y no hay quien la pare. Sobre todo cuando le preocupa algo. Solo quería asegurarme.

—Ah, lo dices por eso. Es que me he tomado un café porque hemos madrugado un poco. Lo dejé cuando supe que estaba embarazada, porque los médicos dicen que no es bueno. Pero hoy necesitaba una ayudita. Así que me he permitido el lujo de tomarme uno. Por eso voy un poco acelerada. Lo siento. ¿Desvarío?

Sean suelta una carcajada.

—No tienes que disculparte de nada.

—¡Además, estoy muy emocionada! —exclama April—. Me voy a vivir con mi novio. Me siento una mujer adulta, papá.

—Es que lo eres.

—¡Ya lo sé! ¿Cuándo he cambiado?

Al llegar a casa de Ronan, su amigo Toby los está esperando, sentado en un muro al sol, listo para echarles una mano. Al parecer, también van a contar con la ayuda inesperada de dos compañeros de piso que han decidido quedarse en el último momento, lo cual es una suerte, porque su apartamento está en la tercera planta y, a pesar de que lo habían alquilado amueblado, van a tener que llevarse bastantes muebles de Ronan.

—La mayoría cabrá en el maletero del coche —le explica este—. Así tenemos alguna cosa para decorar nuestro nidito.

Cuando han llenado la furgoneta, regresan a Finchley Road para dirigirse a su nuevo hogar, que está al final de Primrose Hill.

—No es que conozca muy bien Londres, pero ¿el piso nuevo no está al lado del antiguo? —pregunta Sean, algo confundido.

—Sí, no queda muy lejos.

—Entonces ¿por qué no hemos ido primero a por las cosas de Ronan?

—Mira, eso mismo me pregunté yo. Pero resulta que tenemos que devolver la camioneta en el sur de Londres y Ronan ha calculado la ruta óptima con Google o algo así. Es mejor que hables con él de este tema. Sigue una lógica masculina que a mí se me escapa.

El piso nuevo se encuentra en Eton Avenue, una calle muy bonita, con

una hilera de árboles en cada acera y en la que predominan las imponentes casas de ladrillo rojo. El apartamento de April y Ronan está en el sótano y, en cuanto Sean pone un pie dentro, le viene a la cabeza su casa de Mitcham's Corner.

—¡Vaya! —exclama cuando April abre la puerta.

—Sé que necesita una mano de pintura, pero...

—Os quedará precioso —añade él—. De verdad.

—¿Tú crees? —pregunta ella con un deje de duda—. Y aquí estará el despacho de Ronan y cuarto del niño.

—¿Despacho y habitación del niño? —repite Sean—. Una combinación interesante.

—Sí —dice April, que desliza los dedos por la repisa de la chimenea cubierta de polvo—. Por desgracia no podremos usar la chimenea. Pero da igual. Es bonita aunque esté apagada.

Se limpia los dedos en el peto y Ronan aparece en la puerta.

—Seguro que la conversación es muy interesante, pero hemos alquilado la furgoneta por horas, así que cuando podáis...

—Vale, vale —replica April, haciéndose la ofendida—. Dios, no sabía ni que habías aparcado.

Mientras descargan las primeras cajas, Sean le pregunta a April si recuerda el piso de Mitcham's Corner, pero no le da tiempo a responder.

—Claro que no lo recuerdas —dice—. Debías de tener tres o cuatro años cuando nos mudamos. Pero era como este, un sótano. Más pequeño, pero el ambiente era el mismo.

April niega con la cabeza.

—No lo recuerdo, pero a lo mejor por eso me resulta tan familiar este piso. Cuando lo vi por primera vez tuve la sensación de que me llamaba, me atraía. Y no es un sótano, sino una planta baja inferior, gracias. Ya nadie habla de sótanos. Es un poco de tarados.

—¿Tarados?

—¿Es que no has visto *Pulp Fiction*? Ya sabes, cuando dicen: «Trae al tarado».

Sean niega con la cabeza.

—No me acuerdo.

—Da igual. ¿Puedes llevar esa caja a la cocina? —le pregunta, señalando la caja que tiene en las manos.

Cuando salen de nuevo a la calle, Sean le dice:

—Entiendo que estés emocionada. Recuerdo lo que se siente al tener tu propio piso. Yo me sentí orgulloso. Y hoy me siento muy orgulloso de ti.

—Gracias, papá —dice April, feliz—. ¿Era bonito el piso de Mitcham's Corner?

—No estaba mal. Bueno, a decir verdad había mucha humedad. Y tenía poca luz, algo que tu madre no soportaba.

Salen a la calle y ven que Ronan y Toby están intentando sacar de la furgoneta el pequeño sofá con brazos de madera.

—¿Podréis con la butaca? —pregunta Ronan—. No pesa demasiado.

—Claro —dice Sean—. Pero tú ten cuidado, April, no corras ningún riesgo.

April sube a la furgoneta, levanta un extremo del sillón y se ríe.

—Pesa lo mismo que un paquete de patatas —dice.

—Sí —dice Ronan—, pero abulta mucho, por eso es mejor que la llevéis entre los dos.

—De modo que me volveré loca por la falta de luz, ¿no? —comenta April mientras cargan con la butaca—. Está bien saberlo. ¿Tenía habitación propia?

Sean sonríe.

—No. Te poníamos a dormir en nuestro dormitorio y cuando queríamos irnos a la cama te llevábamos al comedor. Nunca te despertabas.

—No he perdido esa costumbre —dice April—. Creo que podrían abducirme unos extraterrestres mientras se quema la casa y yo seguiría roncando.

—Pues ya sabes por qué. Pero te recomiendo que compréis bombillas de las buenas para iluminar el piso —añade, retomando el hilo—. Y una de esas lámparas de fototerapia antes de que llegue el invierno. Lo de la luz es real, créeme.

—Eso será problema de Ronan, no mío —responde April—. Y a él no le gusta la luz del sol. Podría vivir en una cueva. Hasta le gusta que llueva. Es un bicho raro.

—Soy irlandés —replica Ronan al pasar junto a ellos—. Claro que me gusta la lluvia.

—Pero cuando nazca el bebé —dice Sean después de meter la butaca en el piso—, estaréis todo el día en casa, ¿no?

—Creo que no, al menos yo —responde April—. Ronan dice que quiere intentar encargarse del bebé. Como ya pasa todo el día en casa, cree que

podrá combinar el trabajo con el cuidado del pequeño.

—¿Va a trabajar y cuidar de un recién nacido al mismo tiempo? — pregunta Sean después de dejar la butaca junto al sofá.

—Ya lo sé. ¿Crees que nos pasamos de modernos?

Sean se ríe.

—No es esa la palabra que me ha venido a la cabeza —dice—. Yo pensaba más bien en «optimistas».

FOTOGRAFÍA N.º 19

Formato: 35 mm, color. Un gato sarnoso, blanco y negro, casi sin pelo, duerme sobre un montón de ropa en el cesto de la colada, que está encima de una lavadora de carga frontal.

Sean estira el brazo para frotarse la nuca y se estremece. Aún le duele la espalda después de cargar cajas.

Observa la fotografía del gato y piensa: «¡Solo! Debería haber imaginado que acabaría saliendo tarde o temprano».

A veces tenía la sensación de que Catherine quería más a Solo que a él.

Si hay vida después de la muerte, se pregunta si cabe la posibilidad de que felinos y humanos acaben en el mismo lugar. Un sitio lleno de gatos angelicales sería el paraíso de Catherine.

Recuerda que discutieron sobre el gato. Sean no quería tener uno, ese era el problema. No le gustaban. Le parecían unos animales egoístas y distantes. Además, desde que lo habían ascendido, su situación económica había mejorado de tal manera que barajaban la posibilidad de ir de vacaciones al extranjero. Y no quería que la presencia de un gato echara por tierra sus planes.

Sin embargo, Sophie, una amiga de April, tenía un gato. Así que, como no podía de ser de otra manera, su hija también pidió uno.

Su nueva casa de Thoday Street tenía un pequeño jardín y, casualidades de la vida, los antiguos propietarios habían instalado una gatera en la puerta de atrás.

Cuando Catherine se unió a la batalla y le recordó que April era hija única, explicándole de paso todos los beneficios que podía aportar un gato, Sean se dio cuenta de que solo era cuestión de tiempo.

CINTA N.º 19

Hola, cielo.

Seguro que esta no te la esperabas, ¿verdad? Una foto de Solo de cuando tenía peor aspecto. Debía de ser de un par de días antes de que lo llevara a casa.

April se moría de ganas de tener un gato. ¿Recuerdas cuando intentó meter en casa el gato de Sophie, escondido en la mochila? Y tú no querías verlo ni en pintura. Sin embargo, yo sabía que acabarías cediendo.

Me erigí en una especie de jueza imparcial, analizando los pros y los contras de tener un gato, y deliberé sobre mi veredicto. Pero lo cierto es que yo también quería uno. Seguramente con más ganas que April.

Era eso u otro bebé, pero la única vez que insinué esa idea me lanzaste una mirada tan rotunda que supe que la opción de tener otro hijo quedaba descartada. Así que tenía que ser un gato.

Yo trabajaba tres mañanas a la semana en la protectora de animales, pero, a decir verdad, aún me sentía aburrida y algo sola.

Ya no me pasaba el día llorando en la cama (estaba muy ocupada decorando la casa de Thoday Street), pero creía que un gato me haría compañía. Significaba que la casa ya no estaría vacía cuando volviera de acompañar a April a la escuela. Nunca me ha gustado esa sensación, cuando cierras la puerta de la calle y oyes el silencio de una casa vacía. Siempre me ha puesto nerviosa, no sé por

qué.

De modo que, al final, después de escuchar los lamentos de April (que yo misma fomenté, por cierto, ya que a menudo se olvidaba del gato y había que recordarle el tema) durante un tiempo razonable, declaré que el período de deliberación había llegado a su fin y le di la razón a ella. Así que un día le pedí a Iris que nos llevara a April y a mí al refugio, después de la escuela.

¿Recuerdas lo emocionada que estaba con la oferta de trabajo que vi allí? Me hacía más ilusión conseguir ese trabajo que volver a casa con Solo.

Sé perfectamente que tú siempre has creído que debía aspirar a más. Querías que me presentara a los exámenes de acceso a la universidad para poder estudiar a distancia, o que fuera a clases nocturnas de pintura, o simplemente que me sacara el carné de conducir. Pero yo nunca aspiré a nada de eso.

Lo único que deseaba era no dejar de ser feliz, y del mismo modo en que supe que te amaba desde el momento en que te conocí, comprendí que quería ese trabajo en cuanto vi el cartel en el tablón de anuncios. Era la opción ideal porque me permitiría contribuir al presupuesto familiar y, al mismo tiempo, seguir disfrutando de April. En pocas palabras, no había otro empleo que pudiera hacerme más feliz. Y acerté. En ningún momento me arrepentí de aceptarlo.

A ver, es verdad que cuando llegaban esas mañanas de invierno gélidas, con niebla, y tenía que limpiar vómitos de gatos, o cacas, o ambas cosas... no voy a negar que me quejaba. Pero nunca me costó ir a trabajar por la mañana. Y en veinte años, no me tomé ni un solo día de baja por enfermedad.

En cuanto a Solo, bueno, fue un poco como el trabajo. Tú creías que debería haber aspirado a más y debería haber traído a casa algo más parecido a un tigre de Bengala.

Sin embargo, resulta que elegí un gato que tenía

problemas de la piel, una especie de eccema felino probablemente de origen nervioso. Antes de que lo llevaran al refugio, lo habían maltratado y se había pasado varios días encerrado en un sótano, de modo que no era de extrañar que estuviera alterado. El pobre apenas tenía pelo, pero sí más heridas que los piquetes de la huelga de Orgreave. En los últimos años había vivido en una jaula con el suelo de hormigón aunque, por suerte, con una cesta.

Solo se enamoró de April al instante. Sé que nunca te has creído esta historia, pero es cierta: se ponía sobre los pies de April, lo cual era todo un desafío, porque por entonces eran muy pequeños.

Llevaba tanto tiempo en el refugio que le dejaban la puerta de la jaula abierta y él nos seguía e intentaba encaramarse a los zapatos de April cuando nos deteníamos para acariciar o mirar a otro gato.

Mientras observábamos a los demás, la mujer del refugio (Sally, se llamaba) nos explicó cómo funcionaba el centro y que, a menudo, tenían que acabar sacrificando a los animales que nadie quería adoptar (como Solo). Sin embargo, todos lo querían tanto que nadie había tenido el valor de hacerlo.

Debo admitir que me pasó por la cabeza la idea de que si yo me convertía en esa alma caritativa capaz de adoptar al inadoptable Solo, pasaría a ocupar el primer lugar en la lista de candidatos al puesto de trabajo, pero había algo más. A pesar de todas las cicatrices que tenía, yo sabía que era muy bueno.

Al cabo de poco volvió a crecerle el pelo, así que, en efecto, era cierto que solo necesitaba un poco de cariño. Y él nos lo devolvió con creces.

Sabía que lo habíamos salvado y también de qué destino. Por eso nos quería tanto, no tengo ninguna duda. Sí, seguro que estás refunfuñando porque soy una sensiblera, pero escúchame y, por una vez, intenta creerme.

Como recordarás, seguía a April por toda la casa, como un perro. Se sentaba en la mesa y la observaba mientras hacía los deberes. Y durante el día la casa ya no estaba vacía. Cuando me iba a trabajar, estoy segura de que Solo dormía todo el día, sin parar. Al volver a casa siempre lo encontraba en el mismo lugar donde lo había dejado. Y siempre me olisqueaba los zapatos, como si quisiera recordarse el desagradable pasado del que había huido gracias a nosotros.

Los fines de semana, cuando no tenía que ir a trabajar, siempre andaba pegado a mis pies. Daba igual que estuviera cocinando, decorando la casa o cosiendo. Levantaba la vista y ahí estaba, mirándome y ronroneando. ¿Alguna vez has conocido a un gato que ronroneara tanto como Solo? Ya respondo por ti: no.

Tardó un poco en ganarse tu afecto, pero cuando ya se habían cumplido seis meses de su llegada, y tres desde que le había vuelto a crecer el pelo, un día, al llegar a casa, os encontré durmiendo en el sofá. April estaba entre tus piernas y Solo dormía con la cabeza apoyada en tu hombro, como un bebé. Y tú sonreías. Solo me miró y te juro que me guiñó un ojo. Fue entonces cuando supe que te había conquistado. De hecho, se me hizo un nudo en la garganta al ver a las tres personas, o a los tres seres, debería decir, que más quería del mundo, durmiendo tan plácidamente. Que sepas que ahora mismo se me están empañando los ojos al contarte la historia. Qué curioso, ¿verdad?

A lo mejor te parecerá raro que haya elegido una fotografía del gato, pero es que lo quería con locura. Y no es un eufemismo: lo amaba.

Solo vivió diez años con nosotros, casi un veinte por ciento de mi vida y más de un cincuenta de la suya. De verdad que llegó a ser uno más de la familia.

Y ya sé que es lo que todo el mundo dice de sus gatos, pero para mí era el más adorable, el más inteligente, el que tenía un ronroneo más agradable y el más empático

que ha existido jamás.

¿Recuerdas que se quedaba dormido en la cesta de la colada, sobre esa lavadora horrible que teníamos?

Cuando vi que habían inventado esas plataformas vibratorias que usa la gente para adelgazar, recuerdo que pensé que a Solo ya se le había ocurrido la idea. Y que tras años y años de ensayos clínicos acabó demostrando que no servía de nada.



El viernes siguiente, al llegar a casa del trabajo, Sean se da cuenta de que tiene un mensaje en el buzón de voz. Le extraña, porque ha tenido el teléfono en el bolsillo todo el día y no ha notado que vibrara en ningún momento.

—¿Ya has vuelto? —pregunta Sean en cuanto Maggie responde.

—¡Hola! —exclama ella—. ¡Sí! Llegamos ayer.

—Ha pasado rápido, ¿no?

—Diez días. Nueve noches. Pero ha sido fantástico. Sol todos los días.

—Qué suerte —dice Sean, sujetando el teléfono contra el hombro para poder comer algo—. Aquí hemos tenido un tiempo asqueroso.

—No puedo hablar mucho —dice Maggie—, pero ¿has tomado alguna decisión sobre el tema del remo?

—No, el fin de semana pasado tuve que ayudar a April con la mudanza. Pero me he prometido a mí mismo que llamaré mañana a ver qué me dicen. ¿Por qué? ¿Has cambiado de opinión?

—Quizá —responde Maggie—. Hay un sitio en Cantabrigian Rise donde dan clases de remo los sábados por la mañana.

Sean ha encontrado una bolsa de patatas abierta, pero cuando se lleva una a la boca, se da cuenta de que están pasadas y la escupe en la basura.

—¿Estás bien? —pregunta Maggie.

—Lo siento, me he comido una patata que estaba mala. Me dan arcadas, no sé por qué. En fin. Pero yo ya sé remar.

—Tú sí, pero yo solo fui seis veces, y de eso hace ya unos veinte años. A lo mejor yo debería apuntarme a las de principiantes y tú...

—Entonces ¿has cambiado de opinión? —pregunta Sean, interrumpiéndola—. Creía que Dave había vetado el tema.

—Digamos que lo he convencido. Pero, ahora en serio, si prefieres

apuntarte en otro lugar, ningún problema. Creo que yo iré mañana a primera hora a probar la clase para principiantes. A hierro candente, batir de repente.

—Me parece bien. Podemos ir los dos y hacernos pasar por novatos. Nos presentamos en el club y ya está, ¿verdad? No hay que apuntarse ni nada.

—Creo que no. Pero me temo que hay que estar allí a las ocho.

—Es lo habitual. Pues nos vemos allí.

Es sábado por la mañana. Sean mira a través de las cortinas de la ventana de la habitación y le asaltan las dudas. Se está demasiado bien en la cama. Pero parece que va a ser un día radiante, por lo que se arma de valor y baja a la cocina.

Al cabo de un rato sale a la calle con alegría y pasa junto a las tiendas cerradas y los trabajadores del pub que descargan las furgonetas de reparto. Atraviesa el parque hasta el Cam, cruza el puente de Riverside y se dirige al lugar donde han quedado. De pronto, imbuido de la calma de la mañana, y mientras la luz del sol baña las aguas del río, se siente como si estuviera en otro país, acaso Italia o España.

Cuando llega al club de remo, encuentra a Maggie sentada en muro, con cara triste.

—Hola —lo saluda ella—. ¿No has recibido mi mensaje? Me lo temía, por eso te estaba esperando.

—He dejado el móvil en casa —dice Sean, llevándose la mano al bolsillo—. Últimamente prefiero no tenerlo encima cuando estoy cerca del agua.

—Me temo que la he cagado —explica Maggie—. Debí de equivocarme al leer la información en su página web. Creía que podíamos presentarnos sin más, pero uno de los entrenadores me ha dicho que tenemos que reservar por internet y luego esperar a que nos inviten, o algo así.

—Ah.

—Me lo ha dicho de muy buenas maneras, pero digamos que se ha mostrado inflexible.

Sean suelta un resoplido.

Se imagina a Maggie intentando convencer al chico y, conociéndola como la conoce, se sorprende de que sea ella quien haya cedido si era tan amable como asegura.

—¿Te apetece un café? —pregunta él, señalando hacia el centro con la cabeza.

—Claro —responde Maggie, que baja del muro de un salto y agarra el manillar de su bicicleta.

Mientras cruzan el puente de Riverside, Sean señala las obras donde están poniendo los cimientos del edificio.

—Ese es nuestro —dice.

—¿Apartamentos? —pregunta Maggie.

—Sí. Pequeños. Muy monos. Están bien.

—Eso espero. Es una zona muy buena.

—Es una pena lo de la clase de remo. Me apetecía hacer ejercicio. — Sean se toca el estómago—. Tanta comida precocinada ya empieza a pasarme factura.

—Qué me vas a contar. —Maggie suspira—. Yo creía que los italianos tenían fama de estar pasados de peso, pero en la piscina del hotel me sentía como una ballena varada.

—¿Pero os lo pasasteis bien?

—Sí, no estuvo mal —dice Maggie, que parece decidida a ver el vaso medio lleno—. Tuvimos un tiempo maravilloso y Siena es muy bonita. Pero no me ha gustado Florencia. No nos ha gustado a ninguno de los dos.

—¿De verdad?

—Ya sé que es una ciudad con mucha cultura y todo eso. Pero nos timaban allí donde íbamos. Comimos en sitios donde la comida era malísima y carísima, nos despertábamos todos los días a las ocho por culpa de unas obras y tuvimos que hacer cola toda la mañana para entrar en un museo, donde no pudimos ver nada por culpa de los turistas chinos.

—¿Los Uffizi?

—Ese. Seguro que fue solo mala suerte, pero... En fin, como te decía, Siena es una ciudad preciosa.

Sean observa una barca que se desliza por el río.

—Si ya han abierto, podríamos alquilar una barca de remos o un *punt* —propone—. ¿A qué hora tienes que volver?

Maggie se encoge de hombros.

—Bueno —dice—. Hace años que no lo pruebo.

En su camino hacia el centro pasan por Midsummer Common, cruzan Jesus Green y, al llegar a Scudamore's, ven a un empleado abriendo el negocio.

—Tú primero —dice Maggie, que también sube a bordo después de los formalismos—. Tengo que acostumbrarme al balanceo.

Descalzo y con el pantalón arremangado, Sean empuja la embarcación.

Los tobillos empiezan a temblarle como si tuviera espasmos y la barca se balancea de un lado a otro, lo que provoca las carcajadas de Maggie.

—Al principio siempre pasa lo mismo —dice él, con gesto de concentración—. Enseguida se pasa, ya verás.

—Si aún estás seco, para mí eres un héroe.

Sean no tarda en cogerle el tranquillo y la barca empieza a surcar las aguas del río.

—Sabía que recordaría cómo se hace.

—Dios, esto sí que es vida —dice Maggie con un suspiro, cuando se cruzan con la barca que han visto antes—. Mucho mejor que tener que estar remando como un esclavo mientras alguien te grita. Este es el ejercicio que a mí me gusta.

—No te pases de lista, que en el trayecto de vuelta remas tú.

Sean se detiene un momento para quitarse la chaqueta y se la lanza a Maggie, que se la pone sobre los hombros.

—Hace fresquito —dice ella—. Pero no está mal, teniendo en cuenta que acaban de dar las nueve.

—En este lado hace más calor —replica Sean, secándose el sudor de la frente con la manga de la camisa.

—Qué quejica eres —bromea Maggie. Señala un bloque de apartamentos y añade—: Ese de ahí es uno de los tuyos, ¿no?

Sean mira hacia el lugar señalado y asiente.

—Es uno de los más bonitos que he diseñado. ¿Recuerdas la cocina con mesa deslizante?

—Mentiría si dijera que sí —admite ella—. ¿Era bonita?

—Fue la única vez que dejaron que me encargara del diseño de interiores —dice Sean—. Fue fantástico. Deberíamos haberlo patentado.

—Tienes suerte —dice Maggie—. Echo de menos la época de Nicholson-Wallace. En Wainbridge lo más innovador que hacemos últimamente es diseñar porches...

—Sí, ya me había fijado. No son muy selectivos, ¿verdad?

—No. Para nada. Pero me da de comer. —Levanta la mano y señala uno de los pisos—. Mira, ese de ahí tiene un cartel de «Se vende». Deberías comprarlo y dedicarte a preparar curri en tu cocina patentada.

Sean suelta una carcajada.

—¿Por qué te ríes? Lo digo en serio.

—Debo de haber diseñado al menos treinta edificios como ese, pero no podría permitirme ni un piso de una habitación.

—¿Pero qué dices? Tu casa debe de valer una fortuna. Las del centro se han puesto por las nubes.

—Te aseguro que no podría permitírmelo. Debe de costar medio millón, al menos. —Sean deja de remar y se inclina hacia delante, sin aliento—. Esto ya no es como antes, estoy en baja forma. ¿Quieres remar un rato?

—Creía que yo me encargaba de la parte fácil en el trayecto de vuelta. Lo de remar a contracorriente es cosa de hombres, ya lo sabes.

—Venga, Mags, no puedo con mi alma.

—Bueeeno, vale. ¿Dónde ha quedado la caballerosidad?

FOTOGRAFÍA N.º 20

Formato: 35 mm, color. Un hombre, una mujer y una niña posan para la foto. De fondo, la pirámide del Museo del Louvre, iluminada contra el cielo nocturno.

¡París! Su primer viaje al extranjero como familia. Fue cuando Sean descubrió el concepto de las vidas paralelas, de que había un millón de vidas distintas que los estaban esperando para que eligieran la que más les gustara.

Le encantó París. Le encantó la comida y la arquitectura. Le encantaron hasta los camareros estirados que encontraban por todas partes.

Catherine pasó el viaje en estado de éxtasis, todo le parecía maravilloso. Daba igual que fuera el Louvre, la silla de diseño de un restaurante, los diminutos tubos de pasta de dientes del hotel o el simple hecho de que los camareros aún vistieran camisa blanca y chaleco. Se pasó los tres días alucinando.

Incluso April, una de las principales preocupaciones de Sean de cara al viaje, se comportó de fábula. De hecho, aprendió algunas palabras en francés y saludaba con un «Bonjour» a todas las personas con las que se cruzaban. Y en el centro de París eso eran muchas personas.

Sean recuerda que se le ocurrió el concepto de las vidas paralelas un día que estaban sentados en una terraza al sol, frente a la Fontaine des Innocents, esperando a que les sirvieran unos cafés muy, muy caros y muy, muy cortos.

Un hombre que se parecía un poco a él caminaba por la acera con paso decidido. Fumaba y dejaba una estela de humo azul de Gauloises. Al llegar frente a ellos, arrancó el currusco de la baguete que llevaba y se lo comió con auténtico deleite. En ese momento Sean pensó: «¿Por qué no vivimos aquí? ¿Por qué vivimos en Inglaterra? ¿Qué nos impide aprender francés y

mudarnos a París?». Como Gran Bretaña formaba parte de la UE era un trámite relativamente sencillo.

Sin embargo, sabía que, al mismo tiempo, esa idea nunca dejaría de ser más que un sueño. Era un cambio de vida tan radical y complejo que no sabía ni por dónde empezar. Sobre todo teniendo en cuenta que tenía una mujer y una hija de las que cuidar. Pero ese sentimiento, esa envidia parisina, por utilizar sus propias palabras, lo acompañó durante meses, cuando regresaron a sus «plácidas vidas en Cambridge», tal y como las definía él.

CINTA N.º 20

Hola, Sean.

Como habrás visto, hoy toca París. Creo que fuimos en 1990, pero a lo mejor fue 1991. Por una vez no estuve a la altura de mi fama como persona organizada y no anoté la fecha en el reverso.

En fin, la cuestión es que para mí este viaje fue uno de los mejores momentos de mi vida. Sé que es un tópico decir que París es una ciudad romántica, pero vaya si lo es. Ni tú ni yo teníamos una aventura con otra persona, éramos felices en nuestro trabajo y, aunque solo fuera durante tres días, April se convirtió en una niña modélica. Y, por si todo eso fuera poco, ¡hizo sol!

Recuerdo que un día fuimos a dar un paseo junto a un canal, te miré y el corazón me dio un vuelco. Pensé: «Aún siento lo mismo». Por un momento había dudado. Perdóname.

No recuerdo muchos más detalles concretos de ese fin de semana, salvo que la ciudad tenía un brillo especial gracias al sol de abril, todo era bonito, chic y delicioso.

Tú volviste a fumar durante unos días (hacía un tiempo que lo habías dejado), pero el olor de los Gauloises lo impregnaba todo y no pudiste resistir la tentación, o eso fue lo que dijiste. Creo que pensabas que así te convertirías en un parisino más de pura cepa. April no dejaba de preguntar qué hacía papá, y yo le decía «una cosa muy fea». Pero a ella le gustaba. «Es bonito, como Thomas la locomotora», decía.

Disfrutamos de una comida deliciosa, con un camarero horrible. Lo recuerdo perfectamente. Y seguro que tú también.

Cometiste el error imperdonable de servirte vino en la copa del agua y el chico vino corriendo para reñirte. «¡Lo ha estropeado! ¡Los ingleses no saben nada!», dijo. Ambos nos pusimos a reír, lo que empeoró aún más la situación. Pero es uno de los mejores recuerdos que conservo del viaje. Qué curioso, ¿verdad?

Aun así, el camarero se portó muy bien con April. Lo recuerdo porque me pareció que era justo lo contrario de lo que ocurría en Inglaterra. Aquí no hay nada que ponga más nervioso al camarero de un buen restaurante que verte aparecer con un niño. En cambio, *monsieur* Copa de Agua, como nos dio por llamarlo, le trajo un alizador, platos con porciones especiales para niños y unas cuantas chocolatinas al final. Creo que le daba pena que la pobre April tuviera como padres a una pareja de incultos que no sabían distinguir entre la copa del agua y la del vino. Menudo escándalo montó. ¡Total, era el vino más barato de la carta!



Sean pone la cinta una y otra vez, pero solo oye esa frase: «Ni tú ni yo teníamos una aventura».

¿Significa eso lo que cree que significa o solo ha sido un lapsus? ¿Podrá esperar una semana entera para averiguarlo? ¿Quiere seguir escuchando el resto de cintas?

Cuando se ha convencido de que no hay más pistas, ni en el tono de Catherine ni en las palabras que ha elegido, aparta la grabadora a un lado y se queda mirando la foto.

Observa a April, con su impermeable azul. (El rojo, el que quería April, le recordaba demasiado a Catherine a *Amenaza en la sombra*). Su hija sonrío y saluda con la mano. Todos sonrío.

Intenta recordar quién tomó la foto. Alguien que pasaba por ahí, supone. Entonces, sin tomar una decisión de forma consciente, coge el móvil

que está en el otro extremo de la mesa y llama a Maggie.

Responde Dave, que le dice que Maggie no puede ponerse en ese momento, algo que Sean interpreta como que está en el baño.

Cuando está a punto de coger la grabadora, su teléfono empieza a vibrar.

—¿Mags?

—Sí, perdona. ¿Qué pasa? —pregunta, algo aturullada.

—Lo siento, pero...

—¿Sí?

—Mags, ¿crees que Catherine tuvo una aventura en algún momento?

—¿Cómo?

—¿Que si crees...?

—No, si te he oído. Es que... ¿Por qué me lo preguntas?

—No lo sé. Yo...

—¿Te ha dicho eso? ¿Es otra de sus revelaciones?

Sean frunce el ceño. Maggie ha reaccionado de forma brusca y poco comprensiva, algo muy poco habitual en ella.

—No exactamente —dice y empieza a arrepentirse de haberla llamado—. Pero en un momento de la última cinta dice que, en París, ninguno de los dos tenía una aventura.

—Ah. Entonces dice que ella no tenía ninguna, ¿verdad? Y por algún motivo eso te ha hecho pensar que la tuvo en otro momento. ¿Lo he entendido bien?

—Dice que por entonces ella no tenía una —insiste Sean con un deje de pedantería—. Por lo tanto, eso implica que sí la tuvo, aunque no en esa época, ¿no te parece?

Maggie lanza un suspiro.

—No veo la relación entre una cosa y la otra, Sean.

Él niega con la cabeza, frustrado. Se da cuenta de que sin más contexto, si Maggie no escucha la cinta, no entenderá nada.

—Bueno, no me hagas caso —le dice—. Lo siento. He sido un estúpido. Que acabes de pasar bien el domingo.

Y cuelga el teléfono.

Maggie lo llama de inmediato, pero él no responde y ella no le deja ningún mensaje.

Sean guarda la grabadora en la caja, guarda la caja en el armario de la cocina y espera poder olvidarse del tema, aunque sabe que eso no va a pasar.

Entonces oye un aviso de notificación y aparece un mensaje de texto en la pantalla de su teléfono.

No tuvo una aventura, Sean. Estoy segura. Y si dice o insinúa que fue así, no hagas caso. Como te he dicho otras veces, es la morfina la que habla, no ella. Relájate. Tómate un descanso de las malditas cintas. De verdad, no te hacen ningún bien.



Sean duerme muy mal durante tres noches seguidas.

En dos ocasiones, a altas horas de la madrugada, se levanta, baja a la cocina y saca la grabadora de la caja. El miércoles, a las tres de la madrugada, llega a introducir la siguiente cinta y pulsa el botón de reproducir. Pero solo oye hasta que la voz de Catherine le dice que es probable que el mensaje sea más breve de lo habitual porque no se encuentra muy bien, momento en que Sean, sobrepasado por el sentimiento de culpa, pulsa el botón de *stop*.

El jueves, en el trabajo, Jenny le pregunta si se encuentra bien.

—Estás un poco pálido —le dice.

Cuando Sean le dice que no ha dormido muy bien en los últimos días, ella le sugiere que haga ejercicio.

—A mí siempre me funciona —le explica—. Ve a dar un paseo bien largo después de cenar, ya verás.

Y como hace la noche ideal, decide seguir el consejo de su compañera.

Al salir de casa echa a andar en dirección al río de forma casi inconsciente y cuando llega no sabe qué dirección tomar. Si sigue hacia la derecha tendrá que ir hasta Riverside, lo que supondrá un esfuerzo mayor del que se ha propuesto en un principio. Si dobla a la izquierda irá hacia la zona de The Backs, y luego a Grantchester. Piensa en «su edificio» y, a falta de un mejor destino, decide que es ahí donde quiere ir. Debería ser un paseo muy agradable a la luz del atardecer.

Después de alcanzar la orilla del río en diversas ocasiones (no hay un camino de sirga continuo a lo largo del Cam), al cabo de una hora llega a su edificio.

Atraviesa la maleza que crece junto al muro más alejado y sigue hasta la orilla del río, desde donde puede observar con orgullo el edificio que creó. El sol empieza a ponerse e ilumina las dieciséis ventanas con un resplandor

maravilloso. Por una vez, la realidad supera con creces el proyecto que concibió sobre el papel.

Sean recuerda perfectamente los días que tuvo que quedarse hasta altas horas de la noche para diseñar las ventanas que pudieran abrirse por completo hacia dentro y permitieran transformar la sala de estar en un balcón. Se felicita a sí mismo por la perfecta orientación del edificio, que aprovecha al máximo la luz de la tarde. Recuerda de nuevo las innovadoras cocinas que diseñó, con las mesas giratorias que desaparecían por completo. En ese momento le gustaría entrar en uno de los apartamentos para sentir ese movimiento deslizante de nuevo. El responsable de ejecutar su diseño fue un carpintero de la ciudad. Se pregunta si habrán envejecido bien.

Uno hombre de unos cincuenta años y en mangas de camisa aparece en una de las ventanas del tercer piso y cierra el gran ventanal para proteger el interior del aire frío de la noche. Sean recuerda que, mientras diseñaba el edificio, pensaba que un día él viviría ahí, que un día sería ese tipo. Y recuerda, también, que al ver el precio de los apartamentos se dio cuenta de que nunca podría permitírselo.

El hombre regresa a la ventana con un vaso medio lleno de un líquido ámbar: quizá whisky, quizá zumo de manzana. Mira fijamente a Sean con desconfianza, se vuelve y le dice algo a alguien que está detrás de él. Aparece una mujer, joven, guapa, bien vestida que también lo mira, pero se encoge de hombros y desaparece de nuevo.

Sean da media vuelta y observa la fantástica escena una vez más. El sol se pone tras los árboles que hay al otro lado del río y una pareja pasea en bicicleta, con su hija pequeña en un asiento infantil en la parte de atrás. Se parece a April.

Sean regresa a la carretera, donde toma una fotografía de un cartel de SE VENDE antes de dar media vuelta y volver a casa.

FOTOGRAFÍA N.º 21

Formato: 35 mm, color. Un grupo de edificios blancos con el tejado curvo se aferra a un afloramiento rocoso que parece nacer de las plácidas aguas de un mar azul. Los turistas llenan las estrechas calles y muchos llevan cámara. Una bandera griega ondea con la brisa. La escena está teñida con la luz anaranjada del atardecer.

Sean sonrío al ver la fotografía. Recuerda el olor a sal que impregnaba el aire. Se pregunta si Catherine tuvo una aventura en Grecia. No, claro que no. Estaban todo el día juntos. Además, eran muy felices, ¿no?

Era sus segundas vacaciones en dos años, esta vez con Maggie e Ian. Y disfrutaron del sol, de la calma y de una felicidad absoluta.

April se quedó con la madre de Catherine, que tenía miedo de que tras dos semanas en Margate su hija se convirtiera en una vándala. Sin embargo, el único cambio que notaron a su regreso fue que su hija mostraba un gusto especial por las patatas hechas al horno y los refrescos de cola. Algunas cosas nunca cambian.

Se lo pasaron de fábula en Santorini. Lo que más recuerda es la luz del lugar. La luz y el increíble azul del mar y del cielo por doquier. En más de una ocasión, la belleza de la isla dejó a Sean sin aliento.

Después de Santorini fueron a Miconos, lo cual fue un error. Mientras que a principios de los noventa Santorini aún conservaba su esencia griega con toques de Oriente Próximo y de lugar subdesarrollado (por aquel entonces los burros aún se consideraban un medio de transporte), Miconos recordaba más a Cannes. Las calles estaban llenas de tiendas de lujo que vendían ropa absurda de Jean-Paul Gaultier o Dolce and Gabbana, y en los

bares no servían *retsina* acompañado de música *buzuki*, sino cócteles muy caros con música tecno de fondo. Además, Maggie e Ian rompieron y las vacaciones se fueron a la porra.

Aun así, el sexo fue maravilloso. Eso algo que Sean nunca olvidará. Cuando Maggie e Ian se separaron entre llantos y lágrimas, se quedaron con la casa para ellos solos y Catherine dio rienda suelta a la fiera que llevaba dentro. Nunca la había visto así. ¿Acaso tenía miedo de que Sean se fuera con otra?

CINTA N.º 21

Hola, cielo.

No sé cómo me las voy a apañar para grabar la cinta hoy. Me he pasado toda la mañana vomitando y aunque me han dado un antiemético, estoy fatal. A ver cómo sale.

Hoy nos vamos a las islas griegas.

Fue idea tuya y debo admitir que al principio no me hacía mucha ilusión. No sé por qué, la verdad, quizá porque siempre había creído que Grecia era un poco tercermundista y, aunque en cierto sentido lo era (¿recuerdas los burros que había?), me encantó. Es más, aluciné con el lugar.

El de París fue un viaje increíble y me pareció que sería difícil hacer otro que estuviera a la altura. De hecho, llegué a proponer que volviéramos a París en lugar de ir a Grecia. Pero Maggie tenía ganas de ir a un lugar donde hiciera sol, Ian quería mejorar su griego y tú querías playa, así que acabé cediendo.

Mientras que París era una versión más chic y más bonita de Londres, asombrosa, pero en cierto sentido también familiar, Santorini fue una experiencia del todo distinta, un choque brutal y maravilloso para los sentidos; fue como si hubiéramos aterrizado en otro planeta.

Olía distinto, eso fue lo primero que noté al bajar del ferri. Olía a calor y polvo, como uno cree que puede oler el desierto. Y el mar, omnipresente, ese azul... Dios mío, me enamoré del lugar al instante.

El tercer día alquilaste un ciclomotor para que

pudiéramos explorar la isla y la recorrimos de una punta a otra. Por entonces no había tanto tráfico, solo los demás turistas que también habían alquilado un ciclomotor, o algún que otro camión o burro. Una chica del trabajo fue a Santorini hace un par de años y lo que describió no se parece en nada a lo que yo recuerdo. Tengo la sensación de que ha acabado convirtiéndose en otro Miconos, así que vete a saber cómo será en la actualidad.

La idea de alquilar el ciclomotor fue fantástica, lo mejor del viaje. ¡Me sentía tan joven y libre de preocupaciones recorriendo esas carreteras polvorientas abrazada a tu cintura! Seguro que llevábamos pantalones cortos, ¿verdad? ¿Cómo es posible que fuéramos tan irresponsables?

Maggie e Ian se quedaban en el apartamento porque él decía que los ciclomotores eran demasiado peligrosos. Por aquel entonces yo creía que se quedaban para estar a solas, que querían divertirse por su cuenta, pero sabiendo lo que sabemos, supongo que es poco probable.

A la hora de comer seguimos una señal que decía RESTAURANTE y recorrimos varios kilómetros por una pista de grava. Llegué a temer que no saliéramos vivos de ese trayecto. Al final llegamos a un restaurante diminuto que estaba en una playa desierta, dejada de la mano de Dios. Éramos los únicos clientes.

Una mujer mayor vestida de negro, como todas las mujeres mayores de por allí, salió a servirnos. Nos dijo que había pescado o feta. Nada más. Así que pedimos feta de primero y pescado de segundo. Aún recuerdo perfectamente el sabor del queso. Denso, cremoso con un punto ácido, empapado en aceite de oliva de los olivos que cultivaba la propia mujer, y con el pan que había hecho ella misma.

Entonces, mientras estábamos acabando el primero, apareció una barca de pescadores en la playa. Era su marido, con la captura del día: el ingrediente principal de nuestro segundo. Era el bicho más feo que yo había visto

jamás, pero ella lo untó con aceite de oliva y lo puso en la parrilla. Fue el mejor pescado que hubiéramos probado tú y yo.

Después tomamos el ferri a Miconos y todo se fue a la porra. Si hubiéramos ido allí en primer lugar, creo que nos habría gustado, pero después de estar en Santorini, nos pareció que volvíamos a la civilización y que las vacaciones se habían acabado.

Cada vez veíamos menos a Ian. Yo no paraba de preguntarle a Maggie si habían discutido y ella me insistía en que no, que todo iba bien, que Ian tenía ganas de hablar griego con la gente del lugar. Algo que, en cierto sentido, fue lo que hizo.

Pero antes de que se diera a conocer el gran secreto, fue un pequeño bajón, porque a todos nos caía muy bien Ian, que era muy guapo, listo y hablaba griego, y estábamos convencidos de que era el hombre ideal para Maggie. Una noche, en Santorini, ella llegó incluso a hablar de planes de boda, cuando estábamos solas y habíamos bebido algo más de la cuenta.

Pobre Mags. Menudo palo cuando él le expuso lo que estaba pasando. Tú y yo habíamos salido a comer, creo, por lo que no fuimos testigos de la escena. Ella me lo contó todo cuando volvimos, lo cual me resulta extraño, porque tengo la sensación de haber asistido a ese momento. Es como si hubiera estado ahí. Seguramente se deba a que he recreado la escena cientos de veces en mi cabeza: Ian diciéndole que tenían que hablar, que había conocido a alguien. Y que ese alguien era un chico que se llamaba Dimitri.

«Debería haberme dado cuenta. El sexo entre nosotros no funcionaba. Lo demás era maravilloso, pero el sexo daba pena», me dijo Maggie.

Dejamos que pasara el día siguiente en la cama, y al otro alquilamos un coche y nos la llevamos a rastras hasta la otra punta de la isla, a una playa que habías descubierto gracias a tu *Rough Guide*.

Había tumbonas, parasoles colgantes que parecían las velas de un barco agitadas por la brisa. El uniforme de los camareros era un pareo blanco.

La pobre Maggie se pasó el día en un extremo de la playa, sentada en una roca, mirando el mar, mientras tú y yo observábamos a todas las parejas gays que había a nuestro alrededor, con una mezcla de miedo e intriga por si coincidíamos con Ian y Dimitri.

Maggie volvió a media tarde, roja como una gamba, y nos dijo que quería volver a casa, algo que nosotros interpretamos como que quería regresar al apartamento. Pero no, se refería a su casa de Inglaterra.

Ian se quedó, claro, aunque no en el piso que habíamos alquilado. Una noche coincidimos con él a la salida de un bar. Estaba con un chico griego aún más guapo que él. Era el famoso Dimitri, claro. Es curioso, pero en ese momento tuve la impresión de que todas las piezas del rompecabezas encajaban. Era esa misma sensación de epifanía que tuve cuando Barry Manilow admitió que era gay, o cuando me enteré de que Michael Jackson había muerto. En plan; pues claro que lo es, claro que ha muerto.

Nadie podía echarle en cara a Ian que tuviera mal gusto. Dimitri era guapísimo. Tenía la piel aceitunada, el pelo negro y unos ojos azules que combinaban a la perfección con su camisa vaquera de cuello abierto. Creo que habría llamado la atención de varios hombres aunque no hubieran sido gays. Y olía muy bien: era una mezcla de loción para después del afeitado, algo sutil, y un olor animal, mediterráneo, a sal y especias. Olía a humo de brasas, a mar y sexo... Aunque no sé si tiene mucho sentido lo que digo.

Ian nos preguntó si Mags estaba bien, y fui yo quien tuvo que informarle de que había vuelto a casa.

—Si existe el infierno, acabaré allí por lo que le he hecho —nos dijo, al borde de las lágrimas.

—Por suerte para ti, no hay infierno —replicaste.

No te imaginas lo que me gustó oírte decir eso porque, para mí, lo resumía todo. En cierto modo, zanjaba el asunto.

Creo que pasamos tres noches más, pero no recuerdo gran cosa. Las vacaciones se fueron un poco al cuerno porque yo sabía que Maggie estaba en Cambridge, llorando como una Magdalena. Todavía me pregunto si no deberíamos haber cambiado también nuestros vuelos y volver con ella. Estuve a punto de sugerirlo, de hecho, iba a hacerlo cuando Mags dijo algo que no me gustó y me hizo cambiar de opinión.

Ella me dijo que Ian era el único hombre del que había estado enamorada en toda su vida, pero como yo quería que se diera cuenta de que no era verdad, que había estado enamorada más de una vez y que, por lo tanto, podría volver a hacerlo, se lo dije, hasta que al final cedió y me dijo que era verdad.

—Tienes razón —me dijo—. Me enamoré en otra ocasión, pero él estaba casado, así que no cuenta.

En ese momento me pareció evidente que se refería a ti. De hecho, me aterraba que estuviera a punto de admitirlo en plenas vacaciones de verano. Se me pasó por la cabeza que tuviera ansias de venganza, que pensara que se sentiría mejor si torpedeaba nuestras vacaciones confesándolo todo para que tú y yo también nos sintiéramos unos desgraciados. Pensé también en el hecho de que volvía a estar soltera, de modo que volvía a ser un peligro potencial.

Así que, llevada por el egoísmo, decidí mantenerte a salvo de ella durante un par de días más mientras me esforzaba por demostrarte que estarías mucho mejor conmigo. Además, para ser sincera, y se supone que ese es el principal objetivo de estas cintas, el hecho de pensar en Ian y Dimitri me había puesto un poco cachonda. Eran tan guapos los dos...

Cuando volvimos a Inglaterra fui a recoger a April a casa de mi madre.

No te imaginas lo feliz que estaba nuestra hija. Tuve que llevármela a rastras. Había hecho mucho calor durante las dos semanas que habíamos estado fuera y mi madre me dijo que ellas también habían ido a la playa todos los días. Cuando le pregunté a April qué había comido me dijo:

—Patatas con Coca-Cola y helado de chocolate.

Supé de inmediato que era la verdad.

Al llegar a Cambridge os encontré a Maggie y a ti mirando la televisión. Pasaba algo raro y ambos teníais cara de preocupación. Por un momento pensé que ibais a darme una noticia devastadora.

Cuando miré la pantalla, vi que estaba llena de números rojos que no comprendía.

—Hemos salido del Mecanismo Europeo del cambio —me dijiste.

Yo no tenía ni idea de qué era eso, pero tú estabas muy preocupado. Era el día después del Miércoles Negro.



Sean se pone de lado y el sol le ilumina la cara. Se retuerce, se estira y disfruta de la agradable sensación del roce de las sábanas blancas y limpias con su piel. El olor del café recién hecho inunda su nariz, mezclado con algo distinto, un olor a especias y un toque ácido.

Se pone boca arriba, se estira de nuevo, con los brazos por encima de la cabeza, y abre los ojos. La luz del sol se filtra entre las hojas de los árboles de la calle, mecidas por la brisa.

Aparta la colcha y se levanta. Bosteza y se dirige a la sala de estar. Al salir del dormitorio es consciente de que está desnudo, pero cuando llega a la sala nota la suave bata que lleva puesta.

En la cocina hay una mujer, una mujer a la que ama. Está haciendo zumo de naranja y él se da cuenta de que ese es el origen del segundo olor ácido que ha notado en la habitación. La mujer lleva una de sus camisas blancas del trabajo y la luz del sol revela el perfil de su cuerpo a través del algodón.

—¿Café y zumo? —pregunta ella, que se vuelve hacia él. Sean se da cuenta de que no es Catherine. En cierto modo, tiene su misma esencia, pero

no es Catherine.

Él se da la vuelta para mirar hacia el ventanal que hay en el otro extremo de la sala y ve que la mujer está sentada fuera, esperándolo, por lo que cruza la estancia y abre la puerta, que se desliza fácilmente antes de desaparecer en la pared. Sale al balcón, se agarra a la barandilla fría y observa la escena que se desarrolla debajo.

Frente al edificio fluye el Cam, lleno de gente que practica remo y *windsurf*, y más allá una orilla cubierta de narcisos, y más allá, un mar azul inmenso, salpicado de pequeñas islas en un alba rosada.

—¡El mar! —exclama Sean.

—Sí, lo han movido —responde la mujer—. Qué gracia, ¿verdad?

—Lo han movido —repite Sean, que empieza a reír y ya no puede parar. Ríe y ríe y ríe.

Cuando abre los ojos se encuentra en su habitación de siempre, a oscuras, y se da cuenta de que aún está riendo. Se seca las lágrimas de los ojos y mira el despertador. Son las seis y cuarenta y ocho.

Son las diez de la mañana del sábado y Sean ya está en pie, pero no tiene café ni zumo de naranja. De modo que se prepara una tostada con Marmite y un té, mira hacia el jardín anegado por la lluvia y piensa en el sueño que ha tenido.

Es el primer sueño feliz y excitante que tiene desde que Catherine se puso enferma, hace dos años, y lamenta que no pueda cerrar los ojos y volver a ese apartamento soleado.

Intenta recordar el rostro de la mujer, pero está difuminado, como las caras que se ven en los documentales sobre crímenes.

Sin embargo, reconoce y recuerda el piso. Era uno de los apartamentos de Cantabrigian Rise, aunque con las proporciones cambiadas para ajustarse al sueño y trasladado a la costa del Egeo. Esa sensación de felicidad sencilla, tan vívida y al mismo tiempo tan inalcanzable ahora que se ha despertado, lo conmueve hasta las lágrimas. Coge el teléfono y examina la lista de fotos recientes hasta que encuentra la del cartel de SE VENDE. Entonces descuelga el teléfono fijo y marca el número.

Cuando cuelga, ya sabe el precio. ¡Seiscientas treinta mil libras por un apartamento de una habitación! Y cuando cierra el portátil y se dirige al cuarto de baño para ducharse, conoce también el precio aproximado de las casas de tres dormitorios de su calle: quinientas cincuenta mil libras. Una

diferencia de al menos ochenta mil libras.

FOTOGRAFÍA N.º 22

Formato: 120, color. Una adolescente posa de mala gana para una foto escolar sobre un fondo pintado de nubes. Está poniendo los ojos en blanco y viste el uniforme del colegio. Lleva la corbata reglamentaria tan mal anudada que le cuelga sobre el pecho y tiene una longitud total de casi ocho centímetros.

April sufría altibajos de humor. Durante periodos concretos, algunas veces durante un año entero más o menos, se portaba como un ángel. Luego se producía alguna inexplicable variación en algún punto del cosmos, y ella pasaba de ángel a demonio en cuestión de treinta minutos; estado que, nuevamente, podía durar una hora o un año.

Por norma general, tanto Sean como Catherine compartían la peor parte de lo que estuviera rondando la psique de April, pero, a veces, un progenitor era el favorito, mientras que el otro era detestado; resultaba imposible predecir por dónde irían los tiros, ni el porqué. Uno de esos periodos empezó en el duodécimo cumpleaños de April, y duró, casi con precisión, hasta su décimo tercer año de vida. Durante doce meses, con sus correspondientes días y noches, la chica se rebeló de tal forma contra cualquier cosa que su padre sugiriera, pensara o hiciera, que Sean tuvo que esforzarse lo indecible para que su propia hija le gustara. No obstante, para él fue una experiencia de aprendizaje a lo largo de la cual descubrió que querer a alguien y que ese alguien te gustara eran dos cosas muy distintas. Porque, en efecto, era totalmente posible seguir queriendo a su hija a pesar de que le disgustara absolutamente todo lo relativo a la relación entre ambos.

Sean dedujo que Catherine le atribuía a él parte de la culpa de ese distanciamiento, lo que él consideraba injusto, y todavía lo considera así.

Le constaba que, para Catherine, todo aquello guardaba relación con una supuesta crisis de Sean sobre la paternidad de April, debido a un comentario casual de una compañera de trabajo con la que se habían topado en la calle. Su mujer pensaba que le preocupaba que April no fuera suya cuando, de hecho, el problema era mucho más complejo y, en cierta forma, era todo lo contrario.

Durante ese único año de enfados, April parecía la síntesis de todas y cada una de las facetas que Sean detestaba de sí mismo, cada uno de esos rasgos de personalidad que había luchado por suprimir: su sarcasmo, su cinismo, su intolerancia ante la estupidez... Sí, parecía como si, durante un tiempo, su hija, que ponía los ojos en blanco, bufaba y resoplaba, se hubiera convertido en el espejo de su lado oscuro. «Puedes fingir todo lo que quieras, papá —parecía estar diciendo—, pero veo exactamente quién eres, porque así es exactamente como soy yo». Fue entonces cuando Sean permitió por fin que las dudas de Catherine relativas a su paternidad afloraran a la superficie. Los comentarios constantes de su mujer sobre todos los aspectos que padre e hija tenían en común hacían imposible ignorar dichas dudas. Sin embargo, lo cierto es que esos comentarios no hicieron más que empeorar la situación, porque Sean, en ese momento, se negaba a aceptar que el desdeñoso cinismo de April fuera parte de su herencia genética, al igual que no quería que le recordaran constantemente que quizá no tuvieran ninguna relación con su persona. En todos los aspectos de esa cuestión llevaba las de perder, sin importar cuál fuera el enfoque que le diera.

CINTA N.º 22

Hola, guapo.

Es sábado por la mañana, April y tú acabáis de iros. Hoy estabais los dos guapísimos. Yo he intentado decíroslo, pero los dos habéis puesto los ojos en blanco y os habéis avergonzado. Ninguno de los dos sabéis aceptar un cumplido. Pero, en un momento dado, estabais sentados, cogidos de la mano y ha salido el sol, y parecía que tuvierais un halo. Bueno, pues debes saber que no bromeaba. Estabais los dos de impresión.

En este momento en que te amo con locura, no parece muy justo hacerte retroceder hasta 1995, a tu espantoso año con April, pero me temo que esa es la siguiente foto que he escogido y, si no las elijo por orden, tengo miedo de acabar hecha un lío.

Así que allá va: las cosas iban tan mal entre vosotros que yo llegué a plantearme la posibilidad de dejarte, solo para que April y tú no os estrangularais. Algunas veces llegaba a casa con miedo de que uno de los dos hubiera apuñalado al otro.

No duró mucho, gracias a Dios, y cuando ella cumplió los trece, os reencontrasteis el uno al otro (y a vosotros mismos), y todo volvió a ser pacífico y agradable. Pero, durante un tiempo, aunque fuera breve, daba la sensación de que estábamos en zona de guerra. Te lo digo muy en serio.

Yo sabía por qué, claro. Estaba relacionado con tu preocupación por saber quién era el padre de April, y eso

empezó por aquella estúpida secretaria de tu trabajo que se topó con nosotros y comentó que April no se parecía en nada a ti. Fue solo un par de días antes de que la niña cumpliera los doce; a partir de ese día, no parasteis de lanzaros dardos.

Yo hacía lo posible por aplacar a todo el mundo, aunque no se me daba muy bien el papel de mediadora.

Porque, aunque podía entender que April se comportara como una colegiala de doce años, estaba convencida de que tú podías hacerlo mejor y tenía muchas ganas de gritarte que madurases de una vez.

Intenté hablarte de la cuestión; debí de preguntarte qué pasaba unas cien veces. Quería que lo verbalizaras, ¿sabes?, para poder sacarlo a la luz, para aclarar de una vez por todas ese asunto. Pero hasta que al final lo hiciste, no me atreví a sacar el tema, porque jamás estuve segura al cien por cien de si lo sabías. Además, nunca se te dio muy bien lo de hablar claro. Te limitabas a repetir que no pasaba nada, que todo iba bien. Siempre te ponías en plan hermético supermasculino cuando se trataba de hablar de nuestra hija.

Hace unos cuatro años, una mujer del trabajo comentó que un amigo suyo se había hecho una prueba de paternidad, y me di cuenta de que zanjar toda la cuestión no solo era posible, sino realmente barato. Así que pagué un par de cientos de libras y encargué la prueba. Quizá recuerdes cómo te sorprendió que me abalanzara una mañana, cortaúñas en mano, sobre tus pies... Lloré cuando llegaron los resultados. Porque al final April es hija tuya. Y en cuanto tuve la prueba, supe que siempre había resultado evidente, aunque hubiera perdido un montón años preocupada por si no lo era.

De no haber sido así, si Phil hubiera sido el padre, estoy bastante segura de que no habría vuelto a sacar el tema nunca más. Pero ya está, cariño, y ya está todo bien. Ya sea de nacimiento o por aprendizaje, todo lo que llegue a ser April ¡es directamente culpa nuestra! De hecho, si

alguna vez encuentras esa segunda caja de fotos, seguramente hallarás los resultados de la prueba de paternidad ocultos en el fondo.

Ahora bien, sé que probablemente has pensado en ello mil veces y sé que has decidido que la verdad daba igual, o te has convencido de ello. Los dos os queréis muchísimo, así que ¿por qué iba a importar, verdad?

Pero quiero darte las gracias de corazón, de todas formas, por tener tantísima clase con este tema, por no sacarlo a colación ni una sola vez. Porque hubo muchos momentos en los que yo no tenía un comportamiento lógico y en los que seguramente tú necesitaste munición para defenderte; hubo muchos momentos en los que podrías habérmelo echado en cara muy fácilmente. Gracias, cariño, por no haberlo hecho.

¡Dios! Acabo de caer en la cuenta de que, cuando escuches esto después de tanto tiempo, ya te habrás preocupado por el tema del ADN durante semanas. Ahora tendré que revisar todas las cintas y encontrar la que se llama «Phil» para borrarla y grabar un apéndice o algo así. Nota mental: ¡no lo olvides, Catherine!



Emily, la agente inmobiliaria —joven, profesional, guapa, a pesar de sus rasgos algo duros— habla sin parar mientras van desde el aparcamiento hasta la tercera planta.

Cuenta a Sean anécdotas sobre Cantabrigian Rise, que él ya conoce en gran medida, y sabe que son descaradamente falsas.

Tenía la intención de ser sincero sobre su relación con el edificio, pero enseguida se da cuenta de que es mucho más divertido no decir nada, y va dando cuerda a la chica para que acabe ahorcándose sola.

—El techo está totalmente cubierto de placas fotovoltaicas —dice ella cuando llegan a la última planta—, lo que significa que las facturas de electricidad son casi inexistentes para este tipo de bloques.

—Conque fotovoltaicas, ¿eh? —comenta Sean, procurando reprimir una sonrisa burlona—. Entonces ¿no es simplemente un sistema de calentamiento

del agua con energía solar?

Percibe que la confianza de Emily flaquea un instante; ve la sombra que nubla sus rasgos.

—¿Mmm...? —pregunta y luego dice—: No, no, son las placas de siempre, bueno... las fotovoltaicas. Que también calientan el agua, así que es una preocupación menos, claro.

—Claro —repite Sean.

Han llegado a la puerta naranja del apartamento 3F.

—Ya estamos —dice ella al tiempo que introduce la llave en la cerradura y empuja la puerta para abrirla.

Sean frunce el ceño en cuanto pisa el felpudo de la entrada. Porque se da cuenta enseguida de que el plano de la planta ha sido modificado. La pared divisoria del piso, que originalmente dividía la vivienda en comedor, la zona frontal y las habitaciones del fondo, ha sido derribada y sustituida por una pared alargada, que va desde la ventana de la fachada hasta la pared del fondo.

—Bueno, resulta que este apartamento es bastante único —prosigue Emily—, porque las habitaciones van de la fachada hasta el fondo para recibir luz de mañana y de tarde.

—A costa de hacerlas muy largas y estrechas, y eliminando la utilidad de la ventana panorámica retráctil —señala Sean con brusquedad.

—Sí, bueno, todavía puede abrirse por el lado de la sala —explica Emily.

—Ah, menos mal —comenta Sean, deduciendo, a medida que se adentra en el piso, que la cocina original también habrá sido eliminada. Por un momento se pregunta si su corazón será lo bastante fuerte para soportar tal destrucción y luego se prepara para lo peor al pasar del otro lado de la pared divisoria. Inspira con fuerza mientras contempla la cocina —una más del montón—, con módulos de roble contrachapado, colocados en la angosta cocina, larga y estrecha, que han instalado del otro lado.

—Todo esto es nuevo —comenta Emily pasando un dedo sobre la encimera—, así que es ideal para ti.

—Sí —dice Sean con voz inexpresiva—. Ideal. —Ya ha empezado a calcular mentalmente cuánto le costaría volver a colocar las paredes en su sitio y reinstalar los módulos de la cocina original. No está seguro de si el taller, situado en Fen Ditton, todavía existe—. Bueno, en cuanto al precio —dice—, ¿cuánto margen de negociación hay?

Emily mira, o, para ser más exactos, finge mirar una hoja de papel que lleva en el portafolios.

—Me temo que la respuesta es ninguno —responde—. El piso solo lleva tres semanas en el mercado, y ya hemos recibido más de diez ofertas, aunque todas han sido rechazadas. El mercado está en manos de los vendedores. La gente suele ofrecer más del precio que se pide, para garantizar la obtención de propiedades como esta. No estoy muy segura de cuánto conoces Cambridge, pero estas viviendas a la orilla del río son pocas y se ofertan con cuentagotas.

—Vale —dice Sean—, entonces siento haberte hecho perder el tiempo. —De pronto siente la urgencia de salir del edificio. Porque, cuanto más tiempo pasa en ese lugar, más consciente es de la cantidad de modificaciones que se han hecho, y ninguna de ellas es, desde su punto de vista, una mejora—. Mi presupuesto está más en la línea de los quinientos cincuenta —añade y empieza a desplazarse hacia la puerta de entrada.

—Ah... —dice Emily—. Pues a menos que se ponga a la venta uno de los pisos de una sola habitación..., aunque, sinceramente, eso solo pasa una vez cada diez años...

—¿Este tiene dos habitaciones? —pregunta Sean, solo por diversión.

—Oh, no... No, han tirado la pared para hacer solo una. Como ya ves. Pero, en origen, este piso era de dos habitaciones. Por eso tiene noventa metros cuadrados. Los de una sola habitación son casi todos de setenta metros cuadrados.

—Sesenta y seis —puntualiza Sean.

Emily lo mira y frunce el ceño ligeramente, sonrío de medio lado y dice:

—Sí, eso es. Sesenta y seis.

Cuando Sean llega a casa, se prepara una taza de café antes de salir al jardín trasero. Se sienta en la vieja y destartada silla plegable y se vuelve para mirar el edificio.

Seguramente sea lo mejor, reflexiona suspirando. Siendo sincero consigo mismo, sabe que no está en absoluto preparado para mudarse. Le daría la sensación de estar siendo infiel a Catherine, como una especie de traición hacia April, que al fin y al cabo todavía tiene su habitación en el piso de arriba.

«Las páginas —parece estar susurrando el universo— no se pueden pasar tan deprisa». Ojalá pudiera hacerlo. Mira hacia arriba, hacia la ventana

superior de la parte trasera y se imagina a la pequeña April asomada a ella. Aflora un recuerdo de una tarde de verano sofocante, cuando se había quedado dormido en una tumbona reclinable y no se despertó hasta sentir, de forma inesperada, el roce de las gotas de lluvia. April y Catherine, muertas de la risa, estaban disparándole con una pistola de agua desde la habitación de la pequeña, en el piso de arriba.

En la actualidad, April va a ser madre y Catherine ha dejado de existir, así de simple. Y, a pesar de ello, la casa sigue sin parecerle un montón de ladrillos y mortero que pueda ser anunciado y vendido. Además, no es solo su casa. Es el hogar de los tres.

Sean se tapa la boca con una mano y exhala sonoramente. Tiene un nudo en la garganta y se le nubla la visión.

—Dios, qué duro es esto —murmura, cuando una convulsión inesperada de pena emerge desde lo más hondo de su pecho y barre, como una ola, todo su cuerpo. Se enjuga los ojos por las esquinas—. Dios —repite.

Cantabrigian Rise sigue obsesionándole y se ve haciendo bocetos del plano modificado y el original. Se encuentra confeccionando una lista mental de los costes y las demoras, y de los nombres de posibles contratistas que podrían deberle un favor. Sueña con restaurar el 3F para devolverle su antiguo esplendor. Pero sabe que solo está soñando despierto. El sitio ya es demasiado caro sin contar siquiera todas las reformas necesarias.

Sin embargo, a pesar de lo mucho que lo piense de forma racional, la idea le sigue rondando la cabeza el domingo por la tarde, mientras saca la caja de zapatos del armario de la cocina.

—¿Tú qué opinas? —pregunta a la caja, como si esta pudiera responderle de alguna forma. Levanta la tapa. Espera. Escucha. El aire del interior no transmite ningún conocimiento.

Entonces, justo cuando llega al siguiente sobre, piensa: «Espera. Cuando llegue el momento adecuado, lo sabrás. Cuando llegue el momento adecuado, no tendrás que forzar nada. Así que espera».

Es algo que podría haberle dicho Catherine. De hecho, son las palabras exactas que ella habría dicho. Y de alguna extraña forma, de pronto no parece importar si Catherine sigue existiendo, en el cielo, o en el éter, o como un mero constructo bien conocido y amadísimo de la mente de Sean.

No es algo que pueda explicar fácilmente, sino más bien un sentimiento, pero en ese instante son la misma cosa. En ese instante, el hecho de que su

mujer exista o no fuera de la mente de Sean es irrelevante, porque a él le parece que todo cuanto vemos del otro es la representación de lo que almacenamos en la mente. Y Catherine sí sigue existiendo en la mente de Sean. Él todavía sabe cuál es su sabor favorito de helado y también que no le gusta la sopa de zanahoria que él prepara, y todavía puede oírle decir, como si estuviera a su lado mirando la caja, pensando en su dilema: «Espera. Cuando llegue el momento adecuado, lo sabrás, Sean. Así que espera».

FOTOGRAFÍA N.º 23

Formato: 35 mm, color. Dos mujeres de distintas generaciones y un niño, de pie al final de un muelle. De fondo, el cielo se ve azul jaspeado de blanco, aunque el pelo alborotado de los retratados permite intuir que ha soplado un viento feroz durante todo ese día.

Sean traga saliva con fuerza. Porque no es hasta ese instante en que está mirando la foto cuando se da cuenta de que temía encontrarla.

Levanta la instantánea para acercársela a los ojos. Analiza al detalle el rostro de Catherine y se pregunta si se lo ha imaginado, si, quizá, el tiempo estará jugándole una mala pasada a su cabeza. Pero no, ahí aparece, esa expresión vacía, su lengua ligeramente visible por una comisura de los labios, esa transparencia mortecina, la impresión de que estaba allí pero sin estar, como un holograma, tal vez.

Habían ido a Margate a visitar a Wendy, su suegra, quien hacía poco que volvía a estar soltera. Sin embargo, Catherine había estado ausente, distraída y, en general, bastante rara todo el fin de semana, como una mala actriz amnésica, interpretando de forma poco convincente el papel de esposa, madre e hija. Incluso Wendy se había dado cuenta de que le sucedía algo raro.

—¿Qué le pasa a Catherine? —preguntó a Sean, e hizo un movimiento de cabeza para señalar la estancia.

—Nada —dijo él—. Nada en absoluto.

Pero aunque mintió a Wendy, tal como se había mentido a sí mismo, supo que algo andaba mal y que no era ninguna tontería insignificante.

Evitó preocuparse demasiado por el tema durante todo el fin de semana;

decidió sencillamente aparcar la pregunta hasta que su mujer volviera con él el tiempo suficiente para poder preguntárselo. Pero, pasadas unas semanas, cuando recibieron las copias de las fotos, Sean se atrevió a formular la pregunta.

—¿En qué estabas pensando cuándo te saqué esa foto?

—¿Mmm...? —había dicho Catherine.

—¿En qué estabas pensando todo ese fin de semana en Margate? Para el caso, ¿en qué estás pensando ahora mismo? Porque sea lo que sea no es nada relacionado con el aquí y el ahora, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres —respondió Catherine—. Todo va estupendamente bien. —Y como Catherine no había usado jamás la expresión «estupendamente bien», él supo, sin lugar a dudas, que mentía.

Fingió creerla, no obstante; no por altruismo, sino porque le había resultado más fácil.

Acababan de nombrarlo socio en Nicholson-Wallace y tenía que hacer muchas horas extra en el trabajo. Temía no tener tiempo ni energía para lidiar con lo que estuviera pasando en la cabeza de Catherine, y escogió aparcar el tema, por puro egoísmo.

Le sorprendió su propia habilidad para fingir. Sintió, muy en el fondo, como un tirón mientras corres, una especie de tristeza, algo parecido a una sombra, a una pérdida. Por supuesto que se había producido. Pero, concentrándose en las exigencias del trabajo, había conseguido mantenerlo al margen de su conciencia gran parte del tiempo.

CINTA N.º 23

Hola, Sean.

En realidad no tengo muchas ganas de hacer esto, pero si quiero ser totalmente sincera, debo contártelo. Lo siento muchísimo, cariño.

No estoy segura de habértelo comentado antes ni tampoco de si lo recordarás, porque ocurrió hace mucho tiempo. Pero una vez dijiste: «Un día estaremos muertos y seguiremos sin conocernos. No del todo. Porque nadie llega a conocerse de verdad».

Lo que sucedió después fue esa larga y compleja discusión sobre si era realmente posible conocer al otro. Dijiste que todos teníamos jardines secretos, fantasías sexuales y cosas vergonzosas que habíamos dicho o hecho, cosas que jamás admitiríamos delante de otro.

Con destreza cambié el rumbo de la conversación fingiendo que estaba escandalizada y te pregunté cuáles eran tus fantasías sexuales. Eso zanjó enseguida el tema. Evidentemente, no tenías ninguna. Pero la razón por la que me hiciste esa pregunta fue ese fin de semana en Margate, cuando me acusaste de estar distante y tuviste, con toda la razón, la sensación de que algo iba mal. En realidad diste en el clavo. Estaba allí contigo físicamente, pero mi mente se encontraba en un lugar distinto. Todo iba de maravilla entre nosotros, así que no pienses para nada que tú eras la causa. Las cosas no podían ir mejor: te habían ascendido, April llevaba un tiempo encantadora, a Solo había vuelto a crecerle el pelaje y nuestra casa era un hogar feliz. No

estaba buscando nada en absoluto; de hecho, si me lo hubieras preguntado, te habría dicho que no tenía espacio en mi vida para nada más. Pero entonces conocí a alguien. Conocí a Jake y, durante un tiempo, hizo temblar los cimientos de mi existencia.

Entró un día en el refugio con la intención de llevarse un gatito para su hija. Estaba divorciado, pero la pequeña lo visitaba los fines de semana y durante las vacaciones escolares, según me explicó; él quería un gato para que ella sintiera que su casa seguía siendo un hogar. Era principios de junio y teníamos un exceso de gatos abandonados, pero, aunque había muchos entre los que escoger, en general eran todavía demasiado pequeños y estábamos esperando a que se destetaran, los vacunaran o los esterilizaran, antes de darlos en adopción.

En cualquier caso, Jake entró por la puerta una tarde, justo cuando yo estaba a punto de cerrar, y al verlo pensé: «¡Hala!».

Ahora es donde la cosa se pone realmente embarazosa y va a sonarte superficial, como poco. Pero se supone que hago esto es para ser honesta y parte de esa honestidad, además, va dirigida a mí misma. Lo que quiero es reconocer ante mí que, como humanos, en el fondo seguimos siendo animales, sin importar lo mucho que intentemos fingir lo contrario, ni lo sofisticados que nos gustaría ser.

Pues allá va: lo primero que me llamó la atención de Jake fue su vestimenta. Siempre me han hecho tilín los hombres con traje, sé que lo sabes y que pasas del tema porque prefieres fingir que odias esa forma de vestir. Tú y yo sabemos que, por alguna razón inexplicable, vestir con elegancia, con cualquier prenda fuera de lo común, es algo que te avergüenza. En realidad, ha sido una pena, porque los hombres con traje me atraen mucho. ¿Te das cuenta? Ya te he dicho que esto iba a darte dentera. A mí me la da estar contándote todas estas cosas que nunca dijimos.

Jake era abogado. De hecho, es bastante probable que

todavía lo sea. Y no es un abogado del montón, sino uno de esos corporativos de altos vuelos. Así que entró en nuestro refugio para gatos, modesto y destartado, llevando un elegante traje hecho a medida de quinientas libras y una corbata de seda a topos, perfectamente anudada, y una camisa blanca y almidonada con gemelos y tirantes. Ya sé que es una completa tontería, pero me temblaron las piernas al ver el conjunto.

Tenía los ojos de color azul eléctrico y lo que suele definirse como una mandíbula poderosa, la piel muy bonita y un culo precioso, y las manos grandes y tersas que asomaban por los puños blancos de su camisa y, cuando sonreía, algo que sucedía a menudo, dejaba a la vista una preciosa dentadura blanca y perfecta.

Sonrió y me tendió la mano.

—Hola —dijo.

Al intentar responder, me salió una especie de gruñido. Tuve que intentarlo tres veces antes de poder llegar a articular palabra. Espero que no creas que estoy intentando restregártelo, porque no es esa mi intención, ni mucho menos. Solo trato de explicarte lo ocurrido de una forma que, quizá con el paso del tiempo, seas capaz de entender. Verás, no tenía alternativa. En cualquier caso, nunca me pareció que la tuviera. Fue como... no sé. ¿Una compulsión, tal vez?

Al grano: Jake entró con paso decidido, me estrechó la mano, sonrió y dijo: «Hola». Se tocó la corbata como para alisarla, y pensé que estaba nervioso porque quería gustar, y me pareció una monada. Entonces me sucedió algo raro. Me sentí físicamente atraída hacia él. Sentí calor, un ligero mareo y que se me formaba un nudo en la garganta.

Volvió tres veces antes de tomar la decisión final, siempre después del trabajo y siempre con su traje de hombre de negocios. Siempre fue muy amable y siempre se quedaba un poco más de lo necesario para hacer preguntas sobre el refugio, y cada vez que se marchaba, yo

me pasaba media hora pensando en él y una hora más convenciéndome de que estaba siendo tonta de remate; me recordaba a mí misma que estaba casada, y felizmente casada, además.

La tercera vez que se presentó, me tocó el brazo con mucha delicadeza y me preguntó si podía invitarme a una copa. Y yo tuve que sacar fuerzas y determinación de donde no tenía para lograr pronunciar la palabra «no».

Pero no paraba de encontrármelo por casualidad, esa es la verdad. Coincidimos en Sainsbury's y también en la gasolinera. Me topé con él cuando volvía a casa caminando desde la escuela, y luego una mañana que estaba paseando por Midsummer Common. Esa fue la primera vez que lo vi vestido de calle, con un polo y unos chinos. Y me di cuenta de que si el traje le quedaba tan bien era porque tenía una percha fantástica. Más adelante me contó que de joven había sido nadador de competición y lo menos que puedo decir es que todavía se le notaba. En cualquier caso, ambos teníamos que ir por el mismo camino —hacia el centro de la ciudad—, así que anduvimos juntos durante un rato, al mismo paso, y fue una situación un poco violenta.

Hablamos de esto y de aquello por pura educación. Le pregunté qué tal estaba el gatito; él me preguntó por Miau, la madre del gatito y le conté la verdad, que las madres no solían ser buenas candidatas para las adopciones y que la mayoría de ellas pasaban el resto de su vida en el refugio.

Jake se quedó impactado y me preguntó si todavía había tiempo para que la gata congeniara con su cría, para adoptarla también, a lo cual yo respondí que sí, que claro que sí. Y él dijo que no podía soportar la idea de que Miau pasara la vida sin su gatito y en el refugio. Ese pequeño gesto de amabilidad me enterneció, aunque había intentado blindarme a toda costa. Para Jake fue una puerta de entrada; le permitió el acceso, para que me entiendas.

Su ofrecimiento suponía también, claro está, que

debía regresar al refugio y que yo ya estaba informada de sus visitas. Y aunque te juro que intenté evitarlo con todas mis fuerzas, empecé a fantasear con él. Al principio intentaba compensar esas fantasías con otras sobre ti, pero lo novedoso siempre resulta mucho más excitante que lo conocido... No era lo mismo.

Antes de que pasara nada, estaba asustada por lo que pudiera hacer yo, y un par de veces estuve a punto de contártelo. Pensé que, a lo mejor, el bochorno enfriaría las cosas; pensé que tu enfado podría salvarme. Aunque nunca conseguí confesarlo, porque no logré llegar a componer una frase que expresara algo tan complejo, tan sórdido, excitante y estúpido. Todavía me pregunto cómo habría sido esa conversación.

Jake se presentó el jueves siguiente, justo cuando yo estaba cerrando el refugio. Llegó directamente desde el trabajo, así que cuando me recogió en la estación ya eran casi las siete. Llevaba un traje de seda gris de tres piezas. Estaba despampanante.

Le di un par de consejos sobre cómo volver a reunir a los gatos y luego —y estoy segura de que ya te lo has imaginado, porque yo también lo había hecho—, dijo que le parecía complicadísimo y que, si tenía tiempo, lo acompañara a su casa.

Y yo me oí decir: «Claro. ¿Por qué no?».

Podrá parecerte que estoy descargándome de la responsabilidad de todo este asunto, y a lo mejor es así.

Aunque en realidad estaba pensando «¡No, no, no!», incluso cuando me oí decir desde fuera: «Claro. ¿Por qué no?».

Rellenamos el papeleo para la adopción de Miau, él pagó la cuota y añadió un generoso donativo, y yo no paraba de pensar: «Tendrías que haber dicho que no. Tendrías que haberle recordado que estás casada y haberle dicho que no. Sin darle más vueltas». Pero, por lo visto, no pude articular estas palabras.

Me preguntó dónde tenía el coche y le expliqué que

los jueves iba en autobús. Se ofreció a llevarme a casa después, y entonces recuerdo que pensé: «¿Después de qué?».

Metimos a la gata en un transportín y salimos hacia el aparcamiento.

Él se quitó la americana y la tiró al asiento trasero — tenía un bonito MG deportivo de color verde—, y mientras conducía yo no paraba de mirar su camisa blanca y su chaleco y su corbata, que le sobresalía del cuello de la camisa, y era como si tuviera la mente dividida en dos. Una mitad decía: «¿Qué haces, tía? ¡Basta!» Y la otra estaba medio perdida en la fantasía de besarlo, pensando en cómo sería rodear con los brazos ese cuello tan liso y almidonado. Y pensé que un día me moriría y que sería una pena haber perdido la oportunidad, porque, en cierta forma, seguro que todo el mundo se merecía, aunque fuera una vez en la vida, realizar sus fantasías. Me dije a mí misma que nos habíamos casado demasiado jóvenes y que, de habernos comprometido más adelante, tal vez hubiera podido sacarme de la cabeza, y de este mundo, al guapo y arrogante Jake. Me dije que tú habías tenido tu tonteo con Maggie y que ahora me tocaba a mí. Me dije muchas cosas en un intento de que todo me pareciera bien, Sean, pero la triste realidad es que su aura, su confianza —esa confianza que, al menos a él, le permitía vestirse así sin sentir vergüenza— fue como un imán para mí, y por lo visto no tenía fuerzas para resistirme. Sentada junto a Jake, se me aceleró el pulso y todo mi cuerpo deseaba sentir su tacto. Pero, incluso en ese momento, estaba prometiéndome que nada iba a suceder. No sé a quién creía estar engañando.

Cuando llegamos a su piso, vi que era un lugar enorme y moderno en Trumpington y me pregunté si tú podrías ayudarlo con el diseño. Dejamos a Miau en una habitación y a Mitsi (así había llamado su hija a la gatita) en otra, y él colocó un tope en la puerta para que quedara un poco entreabierta, de modo que se pudieran ver la una a la otra. Pero Mitsi se puso como loca, en serio. No había

olvidado todavía a su madre y por eso, en cuestión de un minuto, abrimos la puerta y ambas se fundieron en un tierno y amoroso reencuentro. Fue tan tierno que se me anegaron los ojos.

Jake me ofreció una copa y yo dije que no, pero luego cambié de idea y dije que sí, y me preparó un gin-tonic.

—Hace días que quiero preguntarte una cosa—me dijo mientras se acariciaba la barbilla con delicadeza—. Y no me perdonaría si no lo hiciera.

Le pregunté de qué se trataba.

—Hace días que quiero preguntarte si te importaría mucho que te besara —declaró.

—Mejor que no —respondí con la voz rota—. Bueno, ya sabes..., estoy casada y todo eso.

—Ah, claro —asintió Jake. Y pareció tomárselo bien.

Me quedé y fui tomándome la copa a sorbitos, y no paré de imaginar mi cuerpo presionado sobre la elegante rigidez de su ropa, imaginando su tacto sobre mi piel, imaginando cómo sería besarlo en los labios. Y fue todo cuanto pude hacer para contenerme y no abalanzarme sobre él, en ese instante, allí mismo. ¿Te parece que tiene alguna lógica? Seguro que sí. Apuesto a que tú también has sentido algo así, al menos una vez en la vida.

Pero la situación empezaba a sobrepasarme. Me bebí el gin-tonic de un trago, me levanté y caminé hacia la puerta.

—¿Podrías llevarme a casa, por favor? —dije. Y Jake, bendito sea, hizo exactamente lo que le pedí.

El fin de semana siguiente quise llevarte a comprar un traje. ¿Lo recuerdas? Estábamos en el centro de la ciudad e intenté llevarte a rastras hasta Moss Bros.

Creía, rezaba, más bien, para que, quizá y solo quizá, si te vestías como Jake me salvaras de mi locura, porque, tal como estaban yendo las cosas, sabía que era una especie de locura. Pero tú te limitaste a reírte de mí y me dijiste algo en plan: «¿Qué coño voy a hacer yo con un

traje? ¿Cuándo me lo iba a poner?». Y, como tenías razón, porque siempre hay cosas que no podemos decir a nuestras parejas, no respondí: «Bueno, pues para empezar te lo podrías poner en nuestro dormitorio». Y tampoco dije: «Porque, si no lo haces, voy a tener una aventura con un abogado increíblemente bien vestido que se llama Jake». El jueves siguiente, a la salida del trabajo, Jake estaba allí otra vez, esperando en su MG, en el aparcamiento.

—Me preguntaba si podría llevarte a casa —me dijo—. Me dijiste que volvías en autobús los jueves, así que he pensado...

Accedí. Había decidido que teníamos que hablar. Necesitaba aclararle, de una vez y para siempre, que lo nuestro no tenía futuro.

Condujo hasta esa enorme rotonda al cabo de la calle y luego dijo:

—¿Tienes que volver pronto a casa?

Le dije que no, y era verdad. April iba a quedarse a dormir en casa de Stacy, y tú me habías enviado un mensaje diciendo que ibas a trabajar al menos hasta las diez.

—¿Y si vamos a dar un paseo por Brampton Wood? —sugirió—. Hace una tarde preciosa.

Y como yo había decidido decirle que jamás iba a ocurrir nada entre nosotros, y como además iba a pedirle que dejara de acosarme, y como en realidad no tenía prisa por hacer ninguna de esas dos cosas, accedí.

Cuando llegamos a Brampton Wood, tiró del freno de mano y me tocó delicadamente la rodilla. No me moví. Me mordí el labio. Me quedé mirando hacia adelante.

—Por favor —dijo Jake—. Solo un beso.

Y piqué. Lo sé, lo sé... debería haber sido más fuerte. Pero no lo fui, y perdí el norte. Me abalancé sobre él. Acaricié el cuello de algodón de su camisa, su corbata de seda, le pasé las manos tras la nuca y lo besé. Y, solo durante un instante, no fui yo misma. Durante un instante de fantasía fui una persona totalmente distinta, una mujer

de una película, quizá, besando a un hombre muy elegante, seguro de sí mismo, sobre los asientos de cuero de su MG restaurado de forma impecable. Estoy bastante segura de que un loquero diría que todo fue por mi falta de autoestima. Creo que seguía tocada por lo mal que lo pasé en Margate.

Nos besamos un rato y luego me aparté. Dije algo como: «Creía que querías dar un paseo por el bosque, no retozar en él». Jake rio y dijo: «Está bien». Siempre se portaba como un caballero. Nunca me presionaba. Siempre era tan culpa mía como suya.

Se puso la americana mientras paseábamos juntos por el bosque. Las campanillas estaban en flor y era como un mar azul, y deseé haber llevado la cámara encima. Pero entonces me di cuenta de que no podría explicar de ninguna manera qué estaba haciendo en Brampton Wood.

Como nuestras vidas «reales» estaban vetadas como tema de conversación, por razones evidentes, parecía difícil encontrar cosas de que hablar. Jake habló de sus gatas, creo recordar, y yo por fin hice un comentario sobre su gusto y elegancia en el vestir. Me contó que uno de sus socios del bufete de abogados lo había llevado a su sastre el día que había entrado a trabajar allí, hacia veinte años, y que no había cambiado de sastrería desde entonces.

—La verdad es que solo es un uniforme —dijo—. Como abogado, no puedes variar mucho de atuendo. Me permito ponerme unos gemelos estrafalarios y una corbata llamativa, pero en realidad no se puede hacer mucho más. En mi opinión, es un poco aburrido.

Le dije que no era en absoluto aburrido. Dije que los vaqueros y las camisetas sí eran aburridos.

—Sí —dijo—. Sí, eso ya lo he oído antes. Por lo visto, a las mujeres os encantan los hombres con traje. Teniendo en cuenta lo mucho que se esfuerzan los tíos por atraeros, es increíble que no lo lleven más hombres.

Cuando volvimos al coche, nos quedamos sentados, el uno junto al otro, en silencio.

—Tenemos que dejar de hacer esto —dije al final—. Estoy casada.

—Ya lo sé —repuso él con tristeza—. Lo siento. Lo dejaré si tú quieres.

—Creo que sería lo mejor —añadí—, para todas las partes implicadas.

Asintió con la cabeza, me acarició brevemente los dedos con su enorme y tersa mano —el contacto fue como una descarga— y puso el coche en marcha.

Viajamos en silencio todo el camino de regreso hasta que llegamos a la primera rotonda de la circunvalación, cuando él preguntó, con tono abatido:

—¿A la izquierda o a la derecha?

—¡Oh! —dije.

—A la derecha —dijo Jake—. Por favor di «a la derecha». ¿Solo cinco minutos?

Asentí en silencio. No sé por qué lo hice. De verdad que no lo sé. Estaba como en piloto automático.

Cuando llegamos a su casa, el cerró la puerta y nos besamos apoyados contra ella, y fue algo realmente intenso y salvaje, un acto de fetichismo, seguro; lo sentí así por el hecho de estar siendo besada a la fuerza por un hombre así vestido. Entre la tersa lana de su traje, el satén de la espalda del chaleco y el cuello blanco y almidonado de la camisa, entre la tersura de su piel y la barba sin afeitar al final del día, mis dedos estaban tocando muchísimas texturas. Siempre me han encantado las texturas, y no me cansaba de su tacto. De algún modo quería estrecharme cada vez más contra él.

Nos besamos con pasión desatada durante unos minutos y luego dejé que Jake tirase de mi camiseta hacia arriba para quitármela y me condujera hasta el salón tomándome de la mano.

Un velón enorme ardía dentro de una lámpara de cristal y había una botella de champán en un cubo lleno de hielo. El hielo se había derretido casi por completo.

Todo estaba planeado desde el principio, entonces lo

entendí, y de pronto empecé a replanteármelo. De pronto quise pararlo y largarme corriendo. Pero Jake estaba sirviéndome champán y caminando hacia a mí, y me sentí mal por él y mal por ti, y confusa y culpable. Me parecía un enigma irresoluble.

Me besó y tiró de mí para acercarme a su cuerpo, y volví a sentir que había subido al cielo, y las partes más juiciosas, desconfiadas y leales de mi ser quedaron momentáneamente sofocadas por una oleada de hormonas o endorfinas o algo así.

Fuimos malos una sola vez, allí, en el sofá, y la verdad es que, incluso mientras lo hacíamos, yo ya había cambiado de parecer. Y eso que Jake me gustaba. Era un hombre realmente atractivo, y supongo que no quise herir sus sentimientos. Y había algo en su empeño por seguir adelante que superó mi propio deseo de ponerle freno. Cuando sacó un condón como de la nada, volví a darme cuenta de algo que ya sabía: que todo estaba planeado de antemano y que Jake era demasiado engreído, demasiado pagado de sí mismo. Lo que me había atraído de él ya empezaba a molestarme.

Nada relacionado con su persona resultaba violento ni desagradable; Jake era, ante todo, respetuoso. Aunque lo pensé mil veces, yo no llegué a decir «no» ni «para». Con todo, cuando acabó, tuve la sensación de que lo ocurrido no estaba bien. Era como si volviera a ser yo misma, como si me hubiera despertado y no pudiera entender siquiera qué estaba haciendo allí. Me entraron sudores fríos. Jake parecía afligido. Volvió a subirse la cremallera (respetando mis fantasías, lo había hecho todo el rato vestido), volvió a llenarme la copa de champán y me dijo:

—Lo siento, no suelo ser tan rápido. Es que llevo tanto tiempo pensando en ti que...

—No lo digas —lo interrumpí.

—¿Perdona?

—No sigas —dije—. No puedo hacer esto.

Jake volvió a dejar la copa.

—¿Qué problema hay, cariño? —me preguntó.

—No puedo hacer esto, y ya está. Ha sido un error. Y no me llames cariño.

Yo ya estaba poniéndome la parte de arriba.

—Lo siento, pero tengo que irme ahora mismo.

—No seas tonta —dijo Jake. Cruzó la sala e intentó sujetarme por el brazo, pero yo lo empujé.

—Estoy casada, Jake —insistí—. Eres un encanto y tremendamente guapo. Eres como el hombre perfecto de una fantasía. De verdad que sí. Pero no puedo hacer esto. Lo siento.

Entonces cogí mi chaqueta y salí por la puerta. Estaba temblando de tal manera que casi no podía caminar.

Al final Jake salió corriendo tras de mí y me alcanzó cuando ya estaba en la calle.

—¡Catherine! —gritó—. ¡Joder, deja al menos que te lleve a casa en coche!

Hice un gesto despreciativo con la mano sin volverme y seguí caminando; pasado un rato, paré un taxi.

Para ser totalmente sincera, debería admitir que seguí fantaseando con Jake durante un tiempo, aunque pensar en él siempre me hacía sentir mal. Eran sentimientos muy complicados. Algunas veces pensaba en coger un taxi para volver allí. Una vez busqué su número de teléfono en el ordenador del trabajo, pero no llegué a usarlo.

Cuando mi madre murió, el impacto de su pérdida aniquiló durante un tiempo cualquier deseo que pudiera sentir por nadie. Y también hizo que tú y yo volviéramos a acercarnos.

Pero estoy demasiado cansada para volver hoy a todo eso, cielo; tendrá que esperar a la próxima cinta. Sin embargo, siento haber incumplido mis votos matrimoniales. Te quiero muchísimo. Fueron menos de diez minutos de nuestros treinta años de matrimonio, pero de todas formas incumplí la promesa. Fue algo corto y estúpido, y cuando estaba ocurriendo me di cuenta de que ya no lo deseaba, aunque sé que eso no remedia nada. Pero ¿qué puedo decir? Errar es humano, la carne es débil y la vida es así, ¿verdad? Además, ¿sabes qué? Ahora sé que tenía razón; ahora que sé que de verdad voy a morir un día, y antes de lo que creía, no lamento en absoluto lo de Jake.

Me da la sensación de que era algo que debía experimentar, y me alegro de haberme dado esa libertad. Porque, durante un rato, fue divertido. En realidad, fue más que divertido. Fue una pasión que llegó a mi vida y me hizo sentir que volvía a estar viva, antes de desaparecer, así como así.

Después de aquello, me topé con Jake solo una vez. Estaba en el Grafton Centre y él me pidió que tomáramos un café. Sentí que era lo mínimo que le debía.

No me pareció que implicara ningún peligro, porque sin importar lo que me hubiese atraído de él al principio —los momentos iniciales del enamoramiento, o simple lujuria—, eso ya no estaba. Mientras tomábamos el café le dije que lo sentía, pero que estaba casada y que amaba a mi marido y a mi hija, y que así eran las cosas. Dije que lo sucedido había sido un error terrible, terrible. Por algún motivo le relaté toda una serie de maravillas. Creo que, en cierto sentido, estaba exhibiéndote como un crucifijo para espantar vampiros. Le dije que cualquier otra mujer se sentiría muy, pero que muy feliz de pescarlo, pero que esa mujer no sería yo. Pensé en Mags, aunque demasiado tarde. Me parecía un desperdicio haber aprovechado yo a Jake en lugar de presentárselo a Mags.

Pobre Jake. Estaba tan seguro de lo irresistible que era que, cuando le dije que se había terminado, fue como si ni siquiera lograra entender las palabras que estaba diciéndole: me hizo repetírselo tres veces. Luego se alisó la corbata, se abrochó la chaqueta, hizo ese gesto de tirarse de las mangas a lo príncipe Carlos, me dio un beso en la mejilla, se levantó y se marchó.



Sean está enfadado. Sean está tan enfadado que no puede pensar, ni comer, y tampoco duerme bien. Está obsesionado con Catherine, con Jake; su imaginación genera escenas con sus cuerpos entrelazados, tan reales que siente una punzada de dolor, hasta tal punto que de pronto se da cuenta de que está torciendo el gesto.

Cuando abre el portátil una mañana, la búsqueda en Google de la noche anterior está ahí, en pantalla grande, esperándolo. «“Mi mujer muerta me engañaba”. Aproximadamente 3.230.000 resultados».

Mueve el cursor hasta que se queda sobre la pequeña equis que cerrará esa ventana, pero cuando hace clic se equivoca y abre un enlace. Ha dado con un foro de personas que han descubierto que sus parejas los engañaban. Sin

embargo, el hecho de que ahí fuera, entre esa miríada de humanidad aleatoria, alguien, en algún lugar, esté sintiendo lo mismo que él, tampoco parece de gran ayuda. No le ayuda en absoluto.

Se pregunta a quién odia más, si al estirado y trajeado Jake, que se tiró a su mujer sabiendo que estaba casada, o a Catherine, por haberlo engañado, por haber faltado a sus votos matrimoniales, o quizá, y sobre todo, por haber esperado hasta este momento para contárselo, por haber esperado a no estar presente y obligarle a soportar todo el peso de su rabia.

Los recuerdos que conserva de ella han quedado mancillados, eso es lo que pasa, y no logra saber si eso tiene vuelta atrás. La odia. Y la odia sobre todo porque él se sentía feliz por haberla amado toda la vida. Aunque se hubiera terminado, al menos su vida se había construido sobre los cimientos de esa sólida certeza. Y ella se lo ha arrebatado; con carácter retroactivo, Catherine ha conseguido que sus años juntos parezcan una farsa, estúpidos e inútiles.

La rabia que siente va y viene como las ondas de una energía roja e incandescente producida por una reacción nuclear impredecible. Como no se le ocurre qué hacer con todo ese calor, da un puñetazo a una pared y se lastima los nudillos; lanza una silla, aunque débilmente, al otro lado de la habitación. Por último, el miércoles por la noche, tras dar vueltas sin parar, durante una hora, por una casa que de pronto detesta, se pone unos pantalones cortos y unas deportivas para salir a correr.

Está lloviznando, pero le da igual. Se imagina que la lluvia chisporrotea al entrar en contacto con su piel electrificada por el odio y sigue corriendo sin parar, impulsado por el dolor espiritual y por esa rabia que es demasiado abrumadora para razonarla siquiera. Al final, después de casi una hora, se da cuenta de que lleva perdido durante el último kilómetro y medio, más o menos. Cuando toma contacto con sus sensaciones corporales, cae en la cuenta de que el núcleo chisporroteante e incandescente del dolor ha desaparecido, de que el fuego se ha extinguido. Descubre que su rabia se ha consumido y se ha transformado en un dolor físico distinto, localizado en las piernas, en el pecho, en los pulmones. Y donde antes residía el odio ahora solo hay vacío. Da media vuelta y regresa a casa caminando.

La semana siguiente, los sentimientos de Sean hacia su vivienda han cambiado de forma tan radical que lo que pensaba una semana antes —que la casa era un templo en honor a Catherine, a su hija, a su vida juntos— no parece más que un montón de recuerdos amargos y ligeramente bochornosos.

En este momento, estar en la casa le parece como echar sal en la herida, hasta el extremo que una tarde apenas soporta tener que entrar por la puerta. Pero el otoño se termina rápido, las noches son más frías, no se ven barcas en el río Cam y la llovizna es casi constante. Y se ve forzado a permanecer bajo techo, enfadado y resentido mientras contempla su entorno, mirando con el ceño fruncido cualquier recordatorio de la alargada sombra de Catherine.

El sábado por la mañana llega un joven y elegante agente inmobiliario llamado Irvine, tal como había solicitado. Habla con acento escocés y viste un traje gris perla y una corbata con un nudo enorme. Sean se pregunta si Jake tendría ese aspecto y debe combatir el deseo de cerrar la puerta en las narices al pobre chico.

Irvine se pasea por la casa abriendo armarios y tomando medidas con su artilugio láser, antes de sentarse a la mesa de la cocina, después de dar unos toquecitos a la pantalla de su *smartphone*, para anunciar el rango de precios de su tasación. La casa vale un poco más de lo que había pensado Sean, pero de todas formas no alcanza para comprar y reformar el apartamento de Cantabrigian Rise.

—¿Está pensando en cerrar pronto la venta? —pregunta Irvine.

Sean suspira.

—Mi esposa ha fallecido —dice y se oye a sí mismo declararlo sin tristeza, sin amabilidad. De pronto se asusta de su propia afirmación; se siente inesperadamente asustado por el poder de su rabia—. Además, mi hija se ha ido de casa. Así que, sí. La verdad es que estoy planteándome comprar un piso de soltero en la orilla del río.

—Lamento su pérdida —dice Irvine en tono poco convincente—. ¿Tiene alguna propiedad en mente?

Sean niega con la cabeza.

—La verdad es que estoy al principio del proceso de búsqueda —dice rascándose la oreja.

Irvine asiente con gesto pensativo.

—He visto un piso en Cantabrigian Rise —explica Sean—, pero es demasiado caro y necesita muchas reformas, así que...

Irvine ríe.

—Qué gracioso —comenta—. Ayer mismo hice una tasación de ese inmueble. El 4A, ¿verdad?

Sean frunce el ceño.

—Pues no. Era el 3F.

—Ah —dice Irvine—. Hay pisos de dos dormitorios en la tercera planta, ¿verdad?

—Eso es —confirma Sean, repentinamente intrigado—. Y diga, ¿cuál es el precio de salida del 4A?

Irvine vuelve a reír y juguetea con la corbata, lo que a Sean le provoca un escalofrío de desprecio.

—Bueno —dice—, eso sería divulgar información confidencial. Creo que ni siquiera ha salido al mercado. —Saca una tarjeta de visita de su bolsillo y escribe el nombre de Bonnie Fleetwood en el reverso—. Yo solo hago las tasaciones, tendrá que contactar con Bonnie en este número. Llámela. Yo creo que el precio entrará en su presupuesto. Bueno, en cualquier caso, si me hacen caso, así será. En fin, será mejor que me vaya. Pasaré esto a ordenador y se lo enviaré el miércoles, ¿de acuerdo?

A pesar del dolor en las piernas, Sean sale a correr otra vez el sábado por la tarde, y parece que le sienta bien, porque el domingo por la mañana se despierta sintiéndose más tranquilo. Es como si hubiera conseguido meter a Catherine, Jake e incluso la maldita casa en una caja, con la etiqueta: EL PASADO. Seguramente no es más que un respiro temporal, pero algo es algo.

Se prepara una cafetera y abre la web del *The Guardian* en el portátil.

—Vamos a tener un día tranquilo, ¿os parece? —murmura mientras abre el armarito de la cocina y saca una caja de muesli.

Se da cuenta de que se ha agotado a sí mismo con la rabia. Pero entonces clava los ojos directamente en la caja de zapatos, que está allí, en la última estantería. Y es domingo, ¿verdad? ¿Va a escuchar otra cinta? ¿Será capaz de asimilar más revelaciones sórdidas? Oye la voz de Maggie diciendo: «No están haciéndote ningún bien, ¿sabes?»

—No, Mags, no me hacen bien —masculla respondiéndole en voz alta mientras mira la caja—. Tienes razón. No están haciéndome ningún bien.

Alarga una mano para coger la caja. Se queda mirándola mientras la sujeta. Sigue la curvatura de la caligrafía de Catherine con la mirada y frunce los labios. A continuación, tras unos últimos segundos de duda, exhala con fuerza y se dirige con paso decidido a la puerta trasera.

En el exterior, en el húmedo y frío jardín, levanta la tapa del cubo de basura. Sujeta la caja, la sitúa sobre el cubo abierto y vuelve a dudar. «Libertad», dice en voz alta con tono forzado, como intentando convencerse

a sí mismo. Y luego deja caer la caja al vacío.

Traga saliva con dificultad, luego mira hacia abajo, a la oscuridad, y ve que la caja ha caído derecha e intacta. Los sobres, cintas y fotos de su vida con Catherine se han quedado dentro. Piensa en las fotos, imágenes que no solo documentan la vida de su esposa, sino también la suya y la de su hija. «¡Joder, joder, joder!», masculla al tiempo que se agacha para recuperarla.

Sacude la cabeza y coloca la caja sobre el cubo.

—Tómate tu tiempo —se dice a sí mismo—. Cuando estés preparado lo sabrás.

Recoge la caja y vuelve a entrar en casa.



A pesar de todo, el hecho de no escuchar su cinta semanal deja en Sean un vacío vital que él procura rellenar por todos los medios. En su imaginación ve la caja de sobres constantemente, pero permanece firme. Aún no está seguro de si será capaz de escuchar las cintas que quedan, pero, al menos por ahora, eso es imposible.

Como no encuentra nada interesante en la tele esa tarde, llama a April para charlar un rato. «Hora de concentrarse en los vivos», murmura mientras marca su número.

April se encuentra bien. Le cuenta a Sean que las náuseas matutinas, de las que no había hablado antes, ya se han acabado. Añade, emocionada, que solo tiene que trabajar seis semanas más antes de cogerse el permiso por maternidad. Han pintado el salón y ella pintará la habitación en cuanto esté de baja, dice. Rechaza la oferta de Sean para ayudarla, y le recuerda que Ronan está en casa todo el día por si ella necesita que le echen una mano.

—Pero nos puedes comprar una cuna en cuanto llegue el monstruito —dice a Sean—. ¿Qué te parece?

—Me parece maravilloso —responde Sean—. Para mí será todo un orgullo.

April está a punto de dar por terminada la conversación cuando Sean dice:

—¿Puedo hacerte una pregunta seria, cielito?

—Desde luego, papaíto. Dispara.

—¿Qué sientes con respecto a tu habitación en esta casa? —inquire Sean con indecisión.

—¿Mi habitación?

—Sí.

—¿Que qué siento?

—Sí. Supongo que la pregunta es si tienes un gran vínculo con ella. Por el hecho de seguir teniendo un dormitorio aquí, quiero decir. Sé sincera.

—Pues... no sé —dice April—. Un poco. No demasiado, supongo. Pero sí un poco. ¿Por qué? ¿Estás pensando en buscar un inquilino para que te haga compañía?

Sean ríe con parquedad.

—No, no, nada de eso. Yo solo... Bueno, quiero decir... Mira, solo estoy empezando, ¿vale? Estoy muy, pero que muy al principio. De verdad que solo estoy empezando a pensar...

—Dios mío —lo interrumpe April—. Vas a mudarte, ¿verdad?

—No... Mira... Sí... a lo mejor me mudo. Pero solo si a ti te parece bien. Como ya te he dicho, estoy muy al principio del proceso. —Sean la oye suspirar con fuerza, por eso pregunta—: ¿April?

—Sí... Ya lo veía venir —dice ella—. Claro que lo veía venir. Incluso lo hablé con Ronan hace unas semanas.

—¿De verdad?

—Sí. Y ambos coincidimos en que es lógico, que sería bueno para ti, que sería saludable, quiero decir. Ambos entendemos que debes seguir con tu vida en algún momento. Y parte de eso implica... parte de eso implica que te mudes de esa casa. Debe de haber muchos recuerdos vinculados a ese lugar, papá. No sé cómo puedes soportarlo.

—Entonces ¿no te importa?

April vuelve a exhalar sonoramente.

—Mira, voy a serte sincera, papá. Creía que no me importaría. Pero ahora que está ocurriendo... —Hace una breve pausa y luego sigue, en un tono mucho más acelerado—: ¿Sabes qué? No me hagas caso. Estoy diciendo gilipolleces. Auténticas gilipolleces. Pues claro que deberías mudarte. Si quieres mudarte, es lo que deberías hacer. La casa seguirá estando ahí. Puedo ir a verla y contemplarla cuando quiera. Pero, al fin y al cabo, no es más que una casa, ¿verdad?

—Mmm... No suenas muy convincente. Ni convencida.

—Pues la verdad es que estoy segura. Pero no te irás de Cambridge, ¿no? ¿No irás a mudarte a Londres para vivir en una casa okupa y convertirte en DJ ni hacer ninguna locura por el estilo?

—Bueno, a lo mejor sí —bromea Sean—. En realidad estaba pensando en meterme en una secta. Lo de la cienciaología me llama bastante.

—Es una idea fabulosa —dice April—. Así puedes presentarme a Tom Cruise.

—Bueno, no. Creo que me mudaré a un piso. Algo en el paseo del río. Uno de esos apartamentos que yo diseñé está a la venta, así que a lo mejor empiezo visitando uno de esos para empezar.

—¿Cantabrigian Heights o algo así? —pregunta April.

—Rise —corrige Sean—. Cantabrigian Rise. Sí, eso mismo.

—Dios, me acuerdo de que me llevaste a la obra cuando era pequeña. Siempre tuviste algo especial con ese lugar.

—Ya lo sé. Sigo pensando que es uno de los proyectos más bonitos que he hecho en mi vida. En realidad, por eso me gusta.

—Deberías hacerlo, papá —dice April—. De verdad. Mamá también estaría totalmente de acuerdo. Una vez me contó que económicamente no podíais permitirlos vivir en tus propios edificios. A lo mejor podría acompañarte a visitarlo, ¿te parece?

—Eso sería genial. De todas formas, solo lo haré si tú estás segura de que te parece bien, ¿vale?

—De verdad que sí.

—Bueno, pues entonces te dejo volver a lo que hagáis las embarazadas perezosas los domingos por la noche.

—Estamos viendo una maratón de una serie en Netflix. *El puente*. Es sueca. O danesa. O un poco de cada. ¿La has visto?

—No.

—Es genial. Estamos enganchados. Ve a verla ahora mismo. Oh, antes de que cuelgues, papá.

—¿Sí?

—¿Has sabido algo de la tía Maggie?

—¿De Mags? —pregunta Sean—. No, la verdad es que no he sabido nada de ella. ¿Por qué lo preguntas?

—No dice nada, eso es todo. En Facebook. Bueno, la verdad es que nunca publica muchas cosas, pero sí que marca *Me gusta* en algunas publicaciones, sobre todo a las relacionadas con bebés. Y cualquier cosa que tenga que ver con animales. Pero lleva como un mes sin reaccionar a ninguna publicación, a nada. *Zilch. Niente*.

—A lo mejor podrías llamarla —sugiere Sean.

—Sí —dice April, vacilante—. Sí, supongo que podría llamarla. Es que eso ya no se lleva en la actualidad. No es nuestra forma habitual de comunicación. Pero tienes razón. Le daré un toque.

Después de colgar, Sean se esfuerza por recordar su última interacción con Maggie. Le da la sensación de que el sistema de archivos central se ha desbaratado por el trauma de las revelaciones de Catherine. Aunque al final le viene a la memoria: su llamada para preguntar a Maggie si Catherine podría haber tenido una aventura y el mensaje de ella diciéndole que eso era totalmente imposible. Si supiera la verdad...

Preguntándose si su amiga se habrá molestado con él por no haberle devuelto la llamada ni haber respondido a su mensaje, levanta el teléfono. Maggie responde enseguida.

—¡Hola, Mags! —la saluda Sean. Intenta parecer animado, aunque tal vez se pasa un poco.

—Hola, Sean —Maggie responde sin entusiasmo. Tras una pausa, durante la cual Sean espera a que ella se comporte como siempre, con su típica locuacidad, ella añade—: Dime.

—Solo llamaba... En realidad solo llamaba para saber cómo estás.

—Oh, qué amable —dice Maggie—. Estoy bien, la verdad, teniendo en cuenta...

—¿Teniendo en cuenta el qué?

—Oh, no tiene importancia —dice con un tono de falso desinterés—. He roto con Dave, eso es todo.

—¡Oh, no! —exclama Sean—. No tenía ni idea, Mags.

—No hay para tanto; de verdad que no. Llevo unos días bastante animada. En realidad ya casi ni me afecta.

—Dudo mucho que eso sea cierto —comenta Sean.

—No, supongo que no lo es.

—¿Qué ha pasado? Quiero decir, que si quieres hablar de ello... A lo mejor prefieres no hablar del tema.

—Las chicas siempre queremos hablarlo, Sean —dice Maggie en tono desapasionado—. ¿Todavía no lo sabes?

—Por lo visto no.

—No querer hablar las cosas es más propio de chicos.

—Vale —dice Sean, que duda—. Entonces ¿qué ha pasado?

—Resultó que él no era muy agradable conmigo. Como tú dijiste. Te

diste cuenta antes que yo. La última vez que llamaste, la verdad es que nos pillaste en medio de una discusión.

—Vaya, lo siento. Y esa llamada... Ya sé... ya sé que estaba raro. Es que tuve un mal día.

—Ni siquiera recuerdo de qué iba la llamada, lo siento. ¿De qué me hablaste?

—De nada —dice Sean—. Nada que tenga importancia.

—¿No? Bueno, la cuestión es que estábamos en plena discusión a gritos. Así que, si estaba un poco rara, también te pido disculpas.

—¿Por qué fue? Lo de la riña, digo. Si quieres seguir hablando del tema, vaya...

—Por dinero —lo interrumpe Maggie—. Discutimos sobre todo por dinero.

—¿Por dinero?

—Sí. En términos generales, yo estaba pagándolo casi todo. Lo que, sinceramente, no me importaba. Como estoy segura de que ya viste, Dave no es muy rico que digamos.

—Ni tú tampoco, ¿verdad?

—No. Bueno, más bien no. La cosa es que fuimos al pub y yo pagué las bebidas y la comida, como siempre. Y luego me fui a casa; tenía que levantarme temprano al día siguiente, ¿sabes? Solo que después de haberme ido, Dave invitó a todo el mundo a una ronda.

—Pero ¿a ti no te invitó?

—No, pero no fue por eso. Eso no me habría importado. No, la cuestión es que invitó a todo el mundo a beber y luego le dijo al camarero que lo cargara en mi cuenta. Dijo que yo lo pagaría cuando volviera al pub.

—¿Qué?

—¡Ya lo sé! Como yo me había marchado y él no podía usar mi tarjeta, les dijo que abrieran una cuenta a mi nombre. Así que en mi siguiente visita me encontré con una factura pendiente en la barra. Era de treinta y seis libras con ochenta peniques.

—¡Por el amor de Dios, Mags! ¡Qué comportamiento tan raro!

—Me negué a pagar, por supuesto. Y eso dio como resultado una bronca tremenda con el encargado, que decía que él solo hacía su trabajo y que qué me creía yo. Me largué de allí y volví a casa.

—Vaya, no sé qué decir.

—Dave llegó casi una hora más tarde. Había ido a buscarme al pub,

pero no llevaba la tarjeta encima, según me contó. Y el encargado le dijo que si no podía pagar, le prohibía la entrada. En realidad le dijo que nos la prohibía a los dos. Es la primera vez que me prohíben la entrada en un pub. Así que Dave se puso a gritarme porque lo habían vetado por mi culpa, y que eso era una vergüenza. Entonces llamaste tú, en plena bronca, y luego le dije que se largara. Y así acabó todo, en realidad.

—Es horrible, Maggie. Lo siento muchísimo. ¿Y es definitivo que...?

—Después de eso, volví al pub a pagar la cuenta pendiente —prosigue Maggie—, porque... bueno, porque soy una blanda, supongo. Pero me sabía muy mal, la verdad. Porque el encargado no tenía la culpa de nada, ¿no? Siempre es tan amable... Y a mí me preocupaba que se lo quitaran de la paga o algo así, ya sabes, lo mismo que hacen en los bancos. Pero les pedí que no le dijeran a Dave que lo había pagado y que lo obligaran a pagar otra vez si quería que lo readmitieran o como quiera que lo digan ellos.

—Mags...

—De todas formas, yo ya no tengo nada que ver. Y seguramente es lo mejor, aunque todavía no me lo parezca.

—De verdad que lo siento. Deberías haberme llamado.

—No lo sientas. En cierta forma, todo ha sido gracias a ti.

—¿Gracias a mí? —Sean mira el teléfono con mala cara. No está del todo cómodo con la idea de ser el causante de la ruptura de Maggie.

—Sí, me dijiste que yo merecía a alguien que fuera bueno conmigo, y no paraba de darle vueltas a esas palabras mientras estaba con Dave. Como una especie de mantra, la verdad. Y él no lo era, ese era el problema. No se portaba nada bien conmigo.

—Dios, espero que no haya sido culpa mía —dice Sean—. No me gustaría pensar que...

—Déjalo, Sean. Dave es un perdedor. Me bastó con que tú me abrieras amablemente los ojos para verlo. Así que, en cualquier caso, te estoy agradecida. De verdad. Si alguien tiene la culpa, soy yo. Yo soy la que atrae este tipo de relaciones, ¿sabes?

—En realidad, no. No. Yo diría que, si hay que culpar a alguien, es a Dave.

—Sí. Pero lo escogí yo, ¿verdad? Creo que lo hago de forma inconsciente o algo así. He estado pensando en ir a ver a alguien, a un loquero.

—Si crees que eso te puede ayudar —dice Sean—, deberías hacerlo.

—Porque desde... Bueno..., desde lo de Ian, en realidad, he creído... Me parece que nada me sale bien. Creo que por eso escojo salir con tíos acabados. Para demostrarme a mí misma que tengo razón. ¿Tiene algún sentido?

—Más o menos. Sí, creo que sí.

—Me pregunto qué será de él ahora. Es una pena que no hayamos mantenido el contacto.

—¿Con Dave?

—No, con Ian, tonto. Era un encanto.

—Creía que odiabas a Ian más que a nadie en el mundo.

Maggie lanza un sonoro suspiro.

—No se puede odiar a alguien toda la vida, ¿no crees? Tarde o temprano entiendes que, sin importar lo mal que se portaran contigo, solo intentaban hacerlo lo mejor posible. Nadie se propone portarse mal a sabiendas, ¿verdad? Aunque todos tenemos una serie de traumas y heridas y líos emocionales, intentamos comportarnos de forma funcional, lógica e inteligente. Ian... bueno, él no tenía intención de herir a nadie, ¿no? Creo que su verdadera naturaleza estaba como atrapada en su interior. Parecía tan impactado como los demás por lo que pasó, pobrecillo.

—Bueno, ese es un enfoque muy generoso de lo ocurrido —dice Sean. Se le pasa por la mente que esa conversación pueda tener relevancia para su propio momento vital, aunque, incluso antes de empezar a pensar en ello, percibe que es un tema que requiere tiempo, calma y espacio, así que lo archiva mentalmente para más tarde, cuando esté solo.

—¿Generoso? —pregunta Maggie—. Tal vez sí. O tal vez podrías llamarlo «instinto de supervivencia». —Se lo piensa unos segundos antes de añadir—: Pero no. No fue culpa de Ian. Fue mi mala suerte de conocerlo justo en ese momento. Sigue siendo el mejor novio que he tenido jamás.



Sean se siente raro toda la semana, confuso; más desconectado que decepcionado, en realidad. Cuando intenta no pensar en la aventura de Catherine, es consciente de que esa idea sigue ahí, esperándolo. Pero cuando intenta pensar en ello, la abrumadora sensación ya no es de rabia ni dolor, sino de vacío.

Es como si el recuerdo de su mujer, antes sólido, tan auténtico, tan

inherente a su propio ser que era imposible creer que ella ya no estaba en este mundo, se hubiera vuelto borroso y confuso por las horribles confesiones que ella le había hecho.

Catherine se convirtió, en el espacio de diez minutos de grabación de una cinta, en una persona distinta a la que Sean creía conocer. Y al convertirse en una persona tan diferente, Sean la ha perdido y, quizá, también su capacidad de sorprenderse o de enfadarse, incluso. Porque en cuanto uno acepta que no conoce a alguien, ¿cómo va a sorprenderle algo?

Sean también se da cuenta de que una parte de él desea entenderla. Y la clave para ese entendimiento está dentro de él. Porque ¿acaso él no conoció una vez a una chica sueca en una fiesta? ¿Acaso no podía reconocer que aquella atracción sexual tan potente era literalmente irresistible? Pero él no se había acostado con ella, ¿verdad? Claro, él no había tenido la oportunidad; aunque, de ser así, tampoco lo habría hecho.

El tiempo continúa siendo frío y húmedo, pero Sean sigue saliendo a correr todas las tardes por la simple razón de que mitiga su enfado. Le permite sentirse tranquilo y saciado, casi como si se hubiera tomado un Valium o se hubiera fumado un porro. Por eso sigue corriendo hasta que no puede más para luego ducharse y vegetar delante de la tele.

El domingo, cuando el mal tiempo le impide correr, Sean se da cuenta de que sus salidas son algo más que un hábito; son una auténtica droga. Da vueltas por la casa vacía, asomándose a la ventana para ver la lluvia torrencial, como un animal impaciente y enjaulado, incapaz de imaginar siquiera cómo pasar la tarde sin su dosis. Se pone la ropa de correr varias veces y, en una ocasión, incluso llega hasta el final de la calle. Pero la temperatura apenas alcanza los cero grados y la lluvia es gélida y de intensidad bíblica. Así que da media vuelta y corre directamente hacia casa.

Sin su droga, la frustración, el aburrimiento y la rabia que rebrota lo llevan de forma inexorable hacia las cintas. «Quizá debería acabar de escucharlas de una vez —piensa—. Entonces podré tirarlas de verdad. Y no tendré que volver a pensar en ellas».

Pero sigue dudando hasta que la luz deprimente y gris del día se torna noche cerrada.

Solo entonces, al pensar en que va retrasado y que puede escuchar dos cintas, cae en la cuenta de que, ¡maldita sea!, puede escuchar todas las cintas seguidas si le da la gana, joder. Entonces sale disparado hacia la cocina para

recuperar la caja.

FOTOGRAFÍA N.º 24

Formato: 120, blanco y negro. Dos niños juegan con cubos y palas en la arena. El niño, que lleva vaqueros y un jersey de lana, mira fijamente a la cámara y sonríe de oreja a oreja. La niña lleva un peto y un suéter, y tiene la cara medio tapada por una melena rebelde que le cae hacia delante mientras juega.

Sean se tapa la boca con la mano izquierda mientras analiza la foto que sujeta con la derecha. Sabía que estaría ahí; claro que lo sabía. Debería haber estado preparado. Pero no la esperaba en este momento, no a mitad de camino. Al principio, quizá. O justo al final. Pero no en este instante. ¿Por qué está ahí? ¿Lo decidió así esa mujer a la que ya no entiende llamada Catherine? ¿Quiso hundir más el dedo en la llaga?

Es un verdadero impacto; es un impacto tal que siente como si lo hubieran apuñalado en el corazón. Porque esa imagen le recuerda lo profundo e importante que era el vínculo que los unía, eso que Catherine echó a perder con tanta despreocupación. Y ¿para qué? ¿Para tener un rollo con un imbécil trajeado?

Porque la historia de lo suyo no se produjo por simple casualidad, ni por una simple cuestión de ciencia, como a Sean siempre le ha gustado creer. No se siente cómodo con lo metafísico, ni ahora ni nunca. Pero en este instante, en la intimidad de su mente, es capaz de reconocerlo. Su relación también se construyó, como decía Maggie, gracias al destino. Y ese destino había girado, una y otra vez, en torno a la foto descolorida, desenfocada y profundamente mágica que Sean sostiene en la mano en este preciso momento; una foto tan profundamente simbólica de su vida en común que apenas logra verla con claridad, porque tiene los ojos anegados en lágrimas.

CINTA N.º 24

Hola, Sean.

Entonces sigues escuchándome, ¿no? No sabes cuánto me alegro. Porque todavía hay muchísimas cosas que quiero contarte. Y no te preocupes. No voy a sacarme más amantes de la manga. Lo que pasó con Jake es tremendo, atroz e imperdonable, lo sé. Pero de verdad que fue solo una vez, aunque no sé si te servirá de mucho saberlo.

Bueno, 3 de abril de 1996, vamos allá. ¿Sabes que casi no recuerdo nada de ese día?

Claro, sí que conservo pequeños fragmentos. Recuerdo haber abierto la puerta al policía. Al principio creí que le había ocurrido algo a April. Incluso me sentí aliviada cuando el agente me dijo que la niña estaba bien. También recuerdo palabras sueltas de esa conversación. «En el supermercado», por ejemplo, y, por supuesto, «infarto». Luego la memoria da un salto al Margate General, a esa fría habitación verde. No recuerdo nada, por ejemplo, de cómo llegamos de un sitio a otro. Supongo que tú me llevarías en coche.

Después de eso, tengo otra laguna y luego viene el funeral. April lloraba, lloraba y lloraba tanto que sentí ganas de zarandearla. No tenía espacio para asumir su tristeza. Ni siquiera tenía espacio para asumir la mía.

Fue algo totalmente inesperado, esa es la cuestión. Ella solo tenía cincuenta y un años. Pero imagino que es lo

que pasa cuando uno se alimenta a base de patatas congeladas al horno, cerveza Stella Artois y cigarrillos Silk Cut.

En cuanto a cómo se organizó todo, cómo se solucionaron los pequeños detalles, es como una nebulosa. Solo puedo suponer que tú te encargaste de todo.

Te recuerdo como una gran presencia maravillosa, cálida y benévola a mi lado. Estabas allí cuando sonaba el timbre y también cuando el ataúd se hundió en el suelo. Y lo organizaste todo, lo pagaste todo. Tuvo que ser así. Y nos mantuviste unidos. No creo habértelo agradecido jamás.

El duelo duró meses. Hubo diferentes fases e intensidades. Hubo diferentes estilos de duelo, desde el llanto histérico de ese primer día del desmayo, cuando las rodillas me cedieron en el depósito de cadáveres, hasta esas desesperantes semanas aparentemente infinitas de tristeza devastadora y gris.

Al final, aunque jamás creí que eso llegaría a ocurrir, la niebla empezó a disiparse. Y cuando emergí del duelo por la pérdida de mi madre, me sentí lanzándome de cabeza al amor que sentía por ti. Fue como si por aquel entonces tuviera tanta intensidad emocional que necesitaba algún lugar donde depositarla. ¿Y qué lugar mejor que tú?

De nuevo fui capaz de ver quién eras, y fue como una revelación. De pronto eras ese ser luminoso y nuevo en mi vida, una vez más.

En cuanto desapareció mi necesidad de ti, regresó el amor, y fui consciente, de forma muy gradual, de que estabas marchándote. Estabas dirigiéndote hacia la salida. Eso me impactó de una forma aplastante.

Entre Jake y mi madre, yo llevaba mucho tiempo ausente. Te había dejado solo y ni siquiera había sido consciente de ello. Cuanto más lo analizaba, más convencida estaba de que habías descubierto lo de Jake, que te habías dado cuenta de lo egoísta que era yo, y que estabas esperando el momento adecuado para dejarme. Me

convencí de que justo cuando murió mi madre, estabas a punto de abandonarme. Llegué a la conclusión de que esa abnegación tuya era el último acto de amabilidad antes de salir por la puerta.

Durante meses, cada vez que te sentabas para decirme algo, sentía el corazón en un puño.

Porque cada vez pensaba que estabas a punto de anunciarme nuestra fecha de caducidad. En ese momento estaba más enamorada de ti que nunca. Es asombroso cómo la pérdida inminente intensifica los sentimientos. Y tú te habías portado de forma tan increíble con la muerte de mi madre, con tanta... empatía... Supongo que esa es la palabra.

Otras personas me expresaban compasión, decían: «Te acompaño en el sentimiento. Pero al menos os queráis, ¿verdad?». O decían: «Es una gran pérdida, pero poco a poco te recuperarás, aunque ahora no te lo parezca». O: «Suerte que tienes a Sean y a April». Ninguna de esas frases me servía de nada.

Tú eras diferente. Tenías la habilidad de reunirte conmigo en la oscuridad. Acercabas tu frente a la mía y llorabas conmigo. Abrazabas a April contra tu pecho y llorabas con ella. Y esa disponibilidad para ponerte en ese lugar, para sentir el dolor, incluso cuando no era el tuyo, me resultaba asombrosa. Y única. Para mí, era adorable hasta el infinito.

No podía soportar la idea de que te marcharas, de verdad que no podía. Imaginaba que, llegado el caso, me suicidaría, porque un mundo sin ti y sin mi madre —un mundo sin alguno de los dos— era como intentar sobrevivir en Marte. Pensaba que sería como intentar respirar en un planeta sin oxígeno. O algo parecido.

Quería reconectar contigo, pero todavía había muros que nos separaban, muros que era incapaz de describir en voz alta; una barrera que yo misma había levantado por lo ocurrido con Jake, quizá, y una muralla de pena por la pérdida de mi madre. Y no era capaz de derribarlos.

La carta del ayuntamiento llegó en junio, con acuse de recibo. Cuando por fin fuimos a la oficina de correos a recogerla, supimos que la casa de mi madre debía quedar vacía en un plazo de diez días.

Abnegado como de costumbre, te tomaste una semana libre, alquilamos una furgoneta, dejamos a April con Mags y fuimos hasta Margate. Intentaste cantar esa horrible canción de Chas and Dave para animarme. No sirvió de nada. Volvía a sentirme inútil. No creo que hiciera otra cosa que mirar objetos y romper a llorar. Y, una vez más, tú te encargaste de todo, de llenar las cajas y las bolsas, y de llevar en coche toda la basura de mi madre hasta el vertedero. Cocinaste las patatas al horno que todavía le quedaban, que nos comimos como si fuera una ceremonia de homenaje; eso sí lo recuerdo. Después de comerme la última, me abrazaste y lloré por enésima vez el mismo día.

Y luego, mientras estábamos despejando la librería, encontraste la foto.

Yo estaba sentada en el jardín, tomándome «un rato» para fumar uno de los cigarrillos de mi madre, cuando tú saliste corriendo de la casa agitando la foto en mi dirección. Estabas emocionadísimo. Parecías casi de la misma edad que tienes en ella.

—¡Esta foto! —dijiste—. ¡Mira lo que he encontrado! Esta foto. Tengo la misma en casa. ¡Mira! —Te sentaste a mi lado en ese sofá húmedo y enmohecido y me rodeaste con un brazo—. ¡Mira! —repetiste—. Tu madre tenía la misma foto que tengo yo en casa.

Habías vuelto. Por primera vez en varios meses, habías vuelto, pero yo no entendía qué estaba ocurriendo, porque solo era consciente de que te habías ausentado. Sí, te habías mostrado amoroso y atento y me habías apoyado. Pero esa magia de estar enamorados no era más que un recuerdo lejano para ambos. Entonces me di cuenta de que quizá fuera eso lo que había buscado en Jake. Así que, en ese instante, debí de mirarte frunciendo el ceño, creo. Te

contemplé ceñuda, observé la foto y luego te miré a la cara. Me di cuenta de lo feliz que te sentías. Vi lo hermoso que eras. Que había amor en tus ojos, un amor profundo, doloroso y abrumador; justo como al principio. Por primera vez en muchos años.

—Eres tú, ¿verdad? —preguntaste, señalando a la niña que se ocultaba detrás de su propio pelo—. Mira, somos tú y yo. Dios, te conozco desde que tenía siete años. Mi madre ya me lo había contado, pero... ¡Es que eras tú! Estábamos de vacaciones. En Cornwall. Los inseparables. ¡Eras tú! ¿Verdad? ¿Eras tú? Mira, tu madre tenía la misma foto, joder. ¡Di algo!

Entonces me apretujaste, entusiasmado, y me quitaste el cigarrillo para darle una calada.

—Esto es... ¡Vaya! —exclamaste—. ¿Entiendes lo que digo? ¿Entiendes lo flipante que es esto?

En ese momento no había nada que deseara más en el mundo que reconectar contigo y me di cuenta de que para ti también era lo más importante. Asentí en silencio y sonreí.

Y cuando intentaste insistir para que yo dijera algo, te besé.

FOTOGRAFÍA N.º 25

Formato: 35mm, color. Dos mujeres y un hombre alto y delgado mirando a la cámara. Están todos en unas tumbonas junto a una piscina de agua turquesa, donde flota una chica sobre una colchoneta hinchable naranja. Los tres adultos, muy sonrientes, se hacen visera con una mano para protegerse del sol.

En cuanto Sean vuelve a mirar la foto, se le empañan los ojos, anegados en lágrimas de confusión. Porque, por supuesto, su relación prosiguió tras la muerte de Wendy. Las cosas no terminaron justo después de la aventura secreta de Catherine. Y en el momento en que Sean encontró esa foto, cuando descubrió que había un motivo para enamorarse de Catherine a primera vista —es decir, que no había sido para nada a primera vista—, todavía les quedaban once años más por delante.

Aunque Sean jamás llegó a entender del todo lo mucho que se había alejado Catherine de él, sí había entendido, ese verano en Valencia, que ella había vuelto. Y él lo había agradecido a los dioses.

CINTA N.º 25

Hola, Sean.

¿Verdad que Valencia fue un paraíso? He encontrado un montón de nuestras fotos en España, pero he pensado que esta lo resumía todo a la perfección: los largos días abrasadores tumbados junto a la piscina, los interminables gin-tonics, el pescado fresco a la parrilla... Pero lo mejor, sin duda, eran aquellas largas y sensuales siestas que nos pegábamos, el abrasador garbino que soplaba y agitaba esas largas cortinas blancas hacia el interior de la habitación, como si hubiera un gigante respirando del otro lado de la ventana. Me despertaba con la sensación de haber sido drogada. Todo fue idea de Craig. Era catador de vinos o vendedor al por mayor o comercial.

Fuera lo que fuese, cargó la mitad del coste del alquiler de la casa de campo y la mayoría de las comidas que hicimos en restaurantes a sus gastos de empresa.

¿Te acuerdas cómo nos despertaban por las noches, cuando el cabecero de su cama aporreaba la pared, y ese trémolo vibrante que emitía Maggie cuando terminaban? La primera vez que ocurrió, me diste un codazo en las costillas y susurraste: «Bueno, al menos este no es gay, ¿verdad?». Y los dos nos partimos de risa.

No obstante, el sol valenciano tenía algo muy sensual, ¿no es cierto? Porque Maggie y Craig no eran los dos únicos que quemaban calorías a media noche... Estábamos tan enamorados durante esas vacaciones... Me sentía como si volviera a tener veinte años. Me sentía de

maravilla.

April se hizo amiga de la hija del jardinero, Marina o Marisa o algo así. Quedaron durante las dos semanas que estuvimos allí, creo que sin intercambiar ni una sola palabra para mantener una conversación. La verdad es que hablaban un montón, constantemente. Solo que April hablaba en inglés y Marisa en español. No sé cómo, pero se las apañaban bien.

En cualquier caso, todos estábamos felices, relajados y quemados por el sol. Craig, a quien en realidad no conocíamos tanto, resultó ser un tío de lo más generoso, de trato fácil y divertido. Y Maggie estaba tan, pero tan relajada, que al final me convencí de que me había montado una película al creer que habías tenido un lío con ella.

Por eso me sentía incluso más culpable conmigo misma.

Dicho esto, la verdad es que nunca me quedaba del todo tranquila cuando os dejaba a los dos a solas. Es curioso cómo el cerebro puede aceptar múltiples realidades, ¿verdad? Es decir, yo estaba convencida al mismo tiempo de que habíais tenido una aventura y de que no lo habíais tenido.

El otro día leí una cosa sobre el gato de Schrödinger. Según nuestros científicos más inteligentes, ese gato de la teoría no está ni muerto ni vivo hasta que alguien abre la caja para comprobarlo. Por algún motivo que no acabo de entender, se encuentra suspendido en una especie de estado intermedio. Creo que tu aventura es un poco como el gato de Schrödinger, en el sentido de que existía y no existía, básicamente porque decidí no mirar nunca en el interior de esa caja. Y sospecho que eso me convierte en una persona algo cobarde.

La verdad es que intenté abrir la caja mientras estábamos en Valencia; tenía toda la intención de hablar con Maggie y aclarar las cosas definitivamente. Pero estábamos pasándolo tan bien juntos que nunca encontraba

el momento apropiado. Y al final, como ya he dicho, estaba bastante convencida de que jamás había ocurrido y que quedaría como una idiota si se lo preguntaba. ¿Recuerdas aquella bodega a la que nos llevó Craig ese último fin de semana? Tenían todas esas botellas de vino valenciano a cincuenta euros que probamos y que Craig nos decía que debíamos saborear y escupir. Al principio no lo creímos —siempre estaba de guasa—, pero entonces nos trajo un cuenco para escupir y esas toallitas blancas para limpiarnos la boca, y nos dimos cuenta de que era verdad.

—Este es el mejor vino que he probado en mi vida —dijiste—. ¡No pienso escupirlo, joder!

¡Madre mía, nos pusimos ciegos! Sean, menudo bochorno. Tuvimos que dejar incluso el coche de alquiler allí y llamar un taxi para volver a la casa de campo. Te caíste al bajar del taxi cuando llegamos y luego yo tropecé con tus piernas, y acabamos con un ataque de risa, revolcándonos en el suelo del aparcamiento. Eso siguió hasta que Maggie llegó y tiró de nosotros para levantarnos y nos recordó que teníamos una hija a la que recoger en la casita del jardinero al final del camino.

Al día siguiente la resaca fue de órdago. Ese viaje hasta el aeropuerto fue una de las peores experiencias de toda mi vida.

A la mañana siguiente, me desperté atontada en Cambridge y me sentí peor que nunca. Además me dolía el pecho y la mandíbula, pero cuando llegaste a casa y me dijiste que tenías los mismos síntomas, caí en la cuenta de que era por lo mucho que nos habíamos reído. No creo que haya sufrido dolor de risa antes, ni tampoco me ha vuelto a suceder desde entonces.

Llegar a casa fue incluso peor para Maggie, porque su estadounidense regresó a Los Ángeles. No estoy segura de si tú lo sabías —al parecer ella no quería contárselo a nadie—, pero le pidió que se fuera a vivir con él a Estados Unidos. Se pasó un siglo intentando convencerla; las

llamadas siguieron durante meses. Y yo intenté persuadirla por todos los medios, tanto por razones desinteresadas como interesadas. Pero ella no paraba de decir: «¿Qué narices voy a hacer yo en Los Ángeles?» No había una respuesta más sencilla que: «¿Permitirte ser feliz, tal vez?».

Pero la felicidad, como suele decirse, es una decisión. Y yo no creo que a Maggie se le haya dado bien jamás decidirse por ella.



Cuando April llega el sábado por la mañana, Sean está aspirando el sofá. Da un respingo cuando su hija tose escandalosamente a sus espaldas.

—¡Por Dios! —exclama él, y presiona con el pie el interruptor de encendido de la aspiradora, que se apaga con un gemido ahogado—. ¿Es que quieres matarme? ¿Tienes prisa por heredar o qué pasa?

April pone una expresión encantadora y se encoge de hombros.

—He llamado al timbre. He tocado a la puerta... no sé qué más se suponía que debía hacer. ¿Enviar un telegrama, tal vez?

La mirada de Sean se desvía hacia el vientre de April.

—¡Oh, mira! —exclama—. ¡Si ya tienes barriga de embarazada!

—Ya lo sé —dice April—. Es que el niño es grande, ¿eh?

—¡Sí que lo es! —admite Sean—. Y eso que estás solo de... —Sean frunce el ceño y añade—: ¿El niño?

April asiente con la cabeza.

—De veinte semanas. Es grande para el tiempo que tiene. Creo que va a ser jugador de baloncesto de la selección estadounidense.

—¿Quieres decir que va a ser negro? —pregunta Sean en broma.

April asiente con fingida seriedad.

—Claro que sí. A Ronan le va a encantar.

—Pero bueno, ¡entra, entra! —dice Sean mientras pisa varias veces otro botón hasta que el cable empieza a retroceder y a meterse en la aspiradora—. Pondré agua a hervir para el té. Mmm... siéntate.

April lo observa entretenida mientras él guarda el electrodoméstico en el armario de debajo de la escalera y empieza a rellenar de agua el hervidor eléctrico.

—No creo haberte visto nunca pasando la aspiradora. Me sorprende que sepas cómo funciona.

—¡No te pases! —dice Sean y la fulmina con la mirada—. Me has visto pasar la aspiradora miles de veces más que a tu madre. Y no me hagas hablar de las veces que lo has hecho tú. Puedo contarlas con estos dos dedos. —Junta el índice y el pulgar y forma un cero.

April frunce el ceño, concentrada, antes de decir:

—Eso es cierto. Ni siquiera sé por qué lo he dicho.

—Por sexismo —dice Sean—. Por puro sexismo. El río del sexismo fluye en ambas direcciones, cielito. La verdad es que tendría que dejar de llamarte así, ¿no?

—Creo que sí —dice April—. Prueba con hija gorda. O hija tentetieso.

—Bueno, ¿cómo estás? ¿Cómo te encuentras?

—La verdad es que bien. Muy animada. Todas las pruebas y lo demás van saliendo como toca. Aunque no duermo demasiado bien. Ya no puedo dormir boca abajo. Pero, boca arriba, ronco. Entonces me despierto a mí misma. Y eso es un poco fastidioso.

—¿Y supongo que a Ronan también lo despiertas?

—Ni hablar. A Ronan no hay nada que lo despierte.

—Entonces ¿es un niño?

—Sí. Estábamos pensando en ponerle Jack o Jake o... ¿Qué?

Sean está torciendo el gesto, aunque se esfuerza por relajar la musculatura facial.

—Nada es que... Preferiría que no le pusierais Jake. Si es posible.

—¿Por qué no?

—Los Jake son siempre unos gilipollas, eso es todo.

April frunce el ceño y luego decide no insistir.

—Vale, pues entonces Jack, o Josh, o Jim.

—¿Qué os ha dado por los nombres con jota?

April se encoge.

—No sé. A los dos nos gustan. Eso es todo.

—Está bien. Siempre que no sea Jake.

—Esos nombres me suenan a «júbilo», creo. Jim Jubiloso. Jubiloso Jake. Quiero decir, Jack. Perdón. De todas formas, ya está bien de hablar de nombres para el bebé. ¿Cómo estás tú, papá?

Sean saca dos tazas del aparador y pone una bolsita de té en cada una.

—Bueno, yo... Oh, ¿puedes tomar té negro? No puedes, ¿verdad? —

April asiente con la cabeza, y él prosigue—: Estoy bien. Ocupado. Pero eso es bueno.

—¿Sabes?, ya no hablas tanto sobre ello —comenta April—. Lo de mamá, quiero decir.

—¿Ah, no?

—No. Y he estado dándole muchas vueltas a si debía comentártelo o si era mejor no mencionarlo, o si era conveniente. Así que, bueno, ya sabes, he preferido sacarlo. Para que puedas hablarme de ello. Odio tener que preocuparme por esas cosas.

Sean asiente en silencio mientras sirve el agua en las tazas.

—Creo que prefiero no hablar de ello por el momento. Si a ti te parece bien.

Piensa que ha logrado parecer tranquilo, pero quizá no sea así, porque April responde:

—Está bien. Pero pareces enfadado. No será por mí, ¿verdad?

—¿Enfadado? —pregunta Sean, sorprendido.

—Sí. Enfadado.

—Oh... —Sean se encoge de hombros—. Es una de esas fases, ¿sabes? Negación, aturdimiento, lo que sea, y enfado. —Él suspira—. Aunque a lo mejor no estoy experimentándolas en el orden correcto. Nunca se me ha dado muy bien lo de seguir las instrucciones.

—Vale —dice April—. Si es solo eso...

—De verdad, estoy bien. Y me sentiría mejor si no habláramos de ello justo ahora. De verdad que sí. Pero agradezco que lo preguntes.

—Bien. Bueno, pues ya está arreglado.

Se hace el silencio entre ellos, un silencio en el que solo se oye el leve ronroneo de la nevera y el tintineo de la cucharita dentro de la taza cuando Sean estruja la bolsita de té con ella.

—Vale. ¿Cuándo vamos a ir a ver ese piso tuyo tan maravilloso? —pregunta April por fin.

—A las tres —responde Sean y se vuelve para mirar a su hija con una sonrisa forzada—. Después de invitarte a comer junto al río.



—Pues este es el 4A —anuncia sin aliento Bonnie, la agente inmobiliaria. Tiene un sobrepeso evidente, aunque ha tenido el valor de usar la escalera

porque el ascensor está averiado.

—¡Oh, es estupendo! —exclama April al tiempo que entra—. Tiene muchísima luz. Y ni siquiera es un día soleado.

Sean sigue a su hija hasta la zona del comedor.

—¿Esos muebles son...? Son los muebles originales, ¿verdad? —pregunta April, señalando los módulos de la cocina.

—Sí que lo son. Y mira esto. —Sean se acerca a la encimera, toquetea un pomo y tira de él para sacar la mesa giratoria—. Vaya, pero si está como nueva —dice—. Es como si no la hubieran usado.

—A lo mejor nadie les dijo que estaba ahí.

—Bueno, yo misma no sabía que estaba ahí —comenta Bonnie—. Entonces ¿ya había estado aquí?

—No en este piso —aclara Sean—. Pero son todos iguales. Al menos lo eran hace quince años.

—Ah, entiendo —dice Bonnie, como si en realidad no hubiera estado escuchando—. Bueno, este piso es de una sola habitación —prosigue mientras empieza a contonearse hacia el fondo de la vivienda—, pero podría dividirlo por aquí si quieren una habitación para el bebé.

Sean, que de pronto se siente incómodo, abre la boca para explicar que April es su hija y que no vivirá allí.

Pero ella se le adelanta y dice:

—¿El bebé? ¿Qué bebé?

Bonnie se pone blanca como el papel.

—Oh... Es que yo... esto... —Traga saliva—. Lo siento... es que suponía que...

April se frota la barriga con una mano y niega con la cabeza.

—Es por los donuts —dice—. No puedo parar de comerlos.

—Claro —dice Bonnie—. Bueno..., no voy a ser yo quien te culpe. Es muy difícil resistir la tentación.

Sean mira a su hija de reojo y tiene que morderse la mejilla por dentro para no reír cuando April responde:

—¿Verdad? Lo que es yo, no hay forma de que me controle.

Aparte de enseñarles el piso, Bonnie es incapaz de responder las preguntas de Sean sobre el precio, la disponibilidad o quién podría ser el vendedor.

—Me he equivocado de archivo —dice y agita la carpeta en dirección a Sean—. Y tengo memoria de pez. Lo siento muchísimo. Hoy soy un

auténtico desastre, de verdad.

Una vez que están a salvo en el coche de Sean con las puertas cerradas a cal y canto, él dice:

—Qué cruel has sido. Has dejado totalmente fuera de juego a la pobre Bonnie.

—Venga ya, no seas tonto —replica April—. Solo quería divertirme un rato.

—Habría sido divertido, si ella no fuera una fan absoluta de los dónuts.

April ríe disimuladamente y se muerde el labio.

—Sí. No lo he pensado hasta que ya lo había dicho. Ya me conoces. Disparo a lo loco. Y luego pienso. Pero no creo que Bonnie haya pensado que era una indirecta, ¿verdad?

—No —reconoce Sean—. No, creo que haya visto a una cómplice en ti. Alguien con quien atiborrarse a dónuts. Y justamente por eso tu broma ha sido tan cruel.

—Oye, que a mí me gustan —dice April—. La verdad es que ahora mismo mataría por uno. ¿Hay alguna pastelería por aquí cerca?

—Podríamos ir a tomar un café al Clowns —sugiere Sean—. Pero no creo que tengan dónuts.

—Ooh, el Clowns —dice April—. Me pregunto si todavía prepararán esa tarta de zanahoria con todo ese...

—Sí que la preparan —la interrumpe Sean entre risas—. No ha cambiado nada en veinte años. Pero ¿puedes tomar café?

—Pediré un descafeinado. O un té. O un chocolate caliente. Tomaré lo que sea mientras pueda comer tarta.

Cuando están sentándose con la bandeja, a Sean le suena el móvil.

—Es Bonnie —dice, y le enseña la pantalla a April para que pueda verla—. Supongo que quiere venir a comer tarta con nosotros. ¿Diga?

Pasa un buen rato diciendo «Sí» y «No, entiendo» y «¿En serio?» antes de colgar por fin.

—¿Más información? —pregunta April con la boca llena de tarta.

—Un montón —afirma Sean—. Por lo visto, los vendedores son alemanes. Y vuelven a Fráncfort por lo del Brexit. A él lo han trasladado allí por el trabajo.

—Últimamente hay muchos casos así —señala April con cara de

preocupación—. Creo que cuando hayan acabado de aplicar el Brexit de los cojones, Inglaterra acabará siendo como un enorme aparcamiento vacío.

—De todas formas es una buena noticia para mí, porque Bonnie supone que están desesperados por vender rápido. Me ha dicho que debería hacer una oferta.

—¡Caray! —exclama April—. Bueno, ¿y qué te parece?

—¿Qué te parece a ti? —pregunta Sean, mientras bebé el café a sorbos.

—Oh, ¿qué sé yo? No tengo ni idea de cuánto cuestan los pisos así...

—No —la interrumpe Sean—. Te pregunto si crees que debería mudarme. ¿Te importa que me mude?

April niega con la cabeza, con parsimonia, pero con seguridad.

—No, no me importa. Y, sí, deberías mudarte sin lugar a duda.

—No hay habitación de invitados —le recuerda Sean.

—Entonces tendrás que comprar un sofá cama. Uno de esos buenos, con un colchón de calidad y resortes y todo lo demás.

Sean asiente con la cabeza.

—Además, Bonnie tenía razón. Hay espacio para hacer una división en el dormitorio. Podría construir una segunda habitación.

—¿Para mi donut?

Sean ríe.

—Sí, para tu donut.

—Bueno, pues ya lo ves —dice April—. Ese piso está hecho para ti. Qué narices, es casi como si lo hubieran diseñado para ti, papá.

—Qué narices —repite Sean con una sonrisa—, es casi como si lo hubiera diseñado yo.

FOTOGRAFÍA N.º 26

Formato: 35mm, color. Un grupo de adultos, puede que unas quince personas, están congelados por el flash de la cámara. Sus expresiones son de alegría y felicidad. Una joven situada a la derecha, por detrás del sofá, está lanzando confeti.

«Entonces ¿de verdad vamos a hacerlo? —se pregunta Sean—. ¿De verdad voy a seguir escuchando estas cintas, una por semana, como me pidió?»

Se siente como un títere; siente como si Catherine lo hubiera engañado para hacer algo en contra de su voluntad. Piensa que debería ser más fuerte. Debería plantarse y decir que no. Aunque la verdad es que le gustan esas cintas. Disfruta con ellas. Las necesita.

Incluso después del dolor sufrido tras descubrir la infidelidad de Catherine, las necesita, quizá más que antes. Porque se ha roto algo, ¿y quién más podría repararlo sino ella?

La foto de hoy es de cuando Sean cumplió los cincuenta.

Quiso invitar a un par de amigos a un pub cercano, pero Catherine fingió estar enferma.

—Por favor —dijo ella—. ¿Podemos hacerlo dentro de una semana, cuando me haya quitado de encima esta dichosa gripe?

Sean lo aceptó. De todas formas, tampoco le hacía mucha ilusión celebrar ese cumpleaños. Pero cuando volvió del trabajo a casa el viernes por la noche, a un hogar aparentemente a oscuras y vacío, se arrepintió de esa decisión. Porque, por lo visto, nada podía parecer más deprimente que no celebrar su medio siglo de vida.

Al encender la luz, todos gritaron. April lanzó el confeti y el aire se llenó de papелitos de colores.

Sean se quedó mirando las caras. Estaban todos allí: Catherine (que hizo la foto) y April, Maggie, Steve y Cheryl, Jim y Pete... Solo hay un rostro en la imagen al que no puede ponerle nombre. Una mujer rubia y seria, una trabajadora temporal alemana que había sustituido a su recepcionista de siempre en Nicholson-Wallace. «¿Petra, se llamaba?», piensa Sean.

Había comida y bebida, y Jim había llevado un equipo de sonido y una pila de CD de música disco. Fue una fiesta maravillosa, tal vez la mejor de todas.

En realidad, el único aspecto negativo fue Maggie. Porque Maggie, que todavía sufría las consecuencias de su separación con Craig, estuvo dándole la paliza una hora, bajo una farola, al cabo de la calle. Estaba borracha, en plan llorón, y veía el futuro muy negro. «Voy a comprarme un gato — recuerda Sean que le dijo con embriagada insistencia—. Voy a comprar diez gatos. Me convertiré en una solterona con gatos». Cuando por fin hubo terminado, Sean se sentía bastante deprimido.

CINTA N.º 26

Hola, guapo.

Aquí te dejo otro recuerdo: septiembre de 2013. Tu cincuenta cumpleaños.

Maggie, que estaba soltera y sin trabajo en ese momento, se ofreció para encargarse de organizar la fiesta. Y como era mucho más fácil para ella que para mí hacerlo todo de tapadillo, a tus espaldas, acepté el ofrecimiento. Preparó las quiches, los bocadillos y los aperitivos. Fue a una bodega muy barata de Luton y volvió con alcohol suficiente para abrir un club nocturno.

April estaba molesta porque Ronan, al que acababa de conocer, no pudo ir, pero se le pasó enseguida, en cuanto la dejé encargarse del confeti. Aunque estaba a punto de cumplir los treinta, no podía resistirse a un cañón de confeti. La verdad es que se le disparó uno por accidente unos minutos antes de tu llegada, y tuvimos que reaccionar a toda prisa para recoger todos los papelitos y que no te dieras cuenta al entrar.

Jim puso la música, y fue maravilloso poder volver a bailar. No había vuelto a bailar en condiciones desde Wolverhampton. De hecho, incluso en las fiestas universitarias, siempre estaba demasiado concentrada en parecer guay como para soltarme. Pero, en esa fiesta, la música fue genial y yo estaba borracha, pero sin pasarme, y bailé, creo, desde más o menos las ocho hasta las dos. April también hizo una imitación genial de John Travolta, y yo me alegré por ello. Porque había sido una pequeña

bailarina asombrosa hasta cumplir los doce, pero luego lo dejó por completo. Fue fantástico ver que, como suele ocurrir, recuperaba la confianza con la edad.

En cualquier caso, yo bailé con April y bailé contigo y con Pete. Él no paraba de tomarme de la mano e intentar que bailáramos el *jive*, que, como sabes, jamás se me ha dado muy bien. Pero fue divertidísimo.

En un momento dado, estaba bailando en plan tontorrón un rock-and-roll con Pete, que me hacía girar como una peonza, y no sé muy bien cómo, a pesar de lo borroso que veía, me di cuenta de que no estabas. Así que al final de la canción me separé de Pete y fui a buscarte. Pero no estabas en la cocina, ni en el baño, ni tampoco habías subido a tumbarte ni nada.

Cuando volví a bajar, Jim me preguntó si estaba buscándote. «Ha salido a fumar a escondidas», me dijo. Abrí la puerta y salí al exterior.

Me costó unos minutos localizarte. Estabas al final de la calle sentado sobre un muro, fumando.

Y delante de ti, hablando muy seria, se encontraba Maggie.

Me quedé un rato mirándoos. Intentaba dilucidar si estabais teniendo otra aventura, o si lo vuestro no había terminado, o si estabais pensando en enrollaros, o quizá discutiendo airadamente sobre por qué habíais cortado.

Empecé a caminar hacia vosotros para enterarme de todo. La bebida me infundía esa falsa sensación de valentía. Pero en cuanto pasé por delante del número veintiuno, la ventana de arriba se abrió y un hombre se asomó por ella. «¡Oye! Ya sé que es una fiesta y todo eso —dijo, con razón—, y ya sé que no lo hacéis a menudo, pero tengo que levantarme a las seis para ir a trabajar, así que si al menos pudierais dejar la puerta cerrada, sería genial. Me gustan los Bee Gees, no me malinterpretes. Pero es que lo oigo incluso con los tapones puestos, bonita».

Miré el reloj. Eran casi las dos de la madrugada, me

disculpé y volví para cerrar la puerta de casa, que había dejado entreabierta, como una tonta. Cuando por fin llegué, Mags y tú estabais caminando para reuniros conmigo.

—¿Va todo bien? —me preguntaste—. ¿Ese idiota estaba echándote la bronca?

—No, ha sido amable —dije, levantando la vista por si el pobre tío seguía escuchando—. Y tiene razón. Supongo que deberíamos bajar un poco el volumen. Hay gente que tiene que ir a trabajar.

—Todo lo bueno se acaba —dijo Maggie, y creí percibir cierta aspereza en su tono. Interpreté que el comentario iba dirigido a ti.

Regresamos al interior y Mags fue a bajar el volumen de la música, pero yo te llevé de vuelta al recibidor.

—¿Ya está? —te pregunté.

—¿Que si ya está el qué? —me preguntaste. Estabas bastante borracho.

—¿Que si ya se ha acabado?

—Desde luego, eso es lo que parece —respondiste con tristeza y, durante un instante, pensé que esa frase contenía todo cuanto necesitaba saber. Confirmaba que, efectivamente, habíais tenido una aventura. Y no, no estaba loca por haberlo imaginado. Y sí, había terminado. Tu tono expresaba incluso que ese hecho te entristecía. Durante unos minutos me sentí mejor por lo de Jake. Me sentí justificada. Pero entonces me di cuenta de que la música ya no sonaba. Comprendí que no te referías a Mags, sino a la fiesta.

—Pero bueno —proseguiste—, ha sido genial. La mejor fiesta de todas. —Y entonces te inclinaste para besarme. Apestabas a cigarrillo y a whisky—. Y además —añadiste—, te quiero. ¿Qué puede ser más importante que eso?

Después de aquello, nuestra relación se enrareció durante un tiempo.

Supongo que yo debía de estar otra vez preocupada

por lo de Maggie, porque la aparté con bastante sutileza. Perdimos la costumbre de verla tan a menudo, lo que fue una pena, la verdad. Tú parecías más triste de lo habitual y supuse que era por la ausencia de Maggie. Evidentemente, eso no contribuyó a mejorar las cosas.

Sin embargo, pensándolo ahora, reconozco que estaba ocurriendo algo bien distinto. Creo que, en cuanto cumpliste los cincuenta, empezaste a ser consciente de nuestra mortalidad. Hasta ese momento nos habíamos comportado, más o menos, como si todo fuera eterno.

Creo que el detonante fue la muerte de mi madre. Introdujo el carácter aleatorio e impredecible de la muerte como ingrediente en la mezcla. Luego murió tu padre, y también Iris, del trabajo, y después le diagnosticaron el cáncer a Sylvia, la mujer de Pete. En ese momento el pronóstico era muy grave, aunque al final parece que Sylvia va a vivir más que yo, de largo. Me pregunto si estas cosas solo ocurren por casualidad o si ella llevó una vida mejor que yo, en cierto modo, y se merecía un resultado mejor.

La cuestión es que la muerte estaba en el aire. No creo que ninguno de nosotros lo expresara con palabras. Era solo algo que se respiraba en el ambiente, una sensación, una certeza que íbamos asimilando poco a poco, la conciencia de ello. Pero sé que tú también lo sentías, porque llegaste con ese plan loco de mudarnos a Nueva Zelanda. Vimos un programa horrible de televisión sobre una pareja que había hecho justo eso, y tú dijiste que querías hacer la última locura antes de que fuéramos demasiado viejos. El subtexto, estoy bastante segura, era «antes de que estemos muertos».

Jamás nos mudamos a Nueva Zelanda, ¿verdad, cariño? Y aunque me entristece no haber vivido esa aventura juntos, también agradezco que nos quedáramos en Cambridge. Porque, si nos hubiéramos mudado, jamás habríamos tenido a toda esta gente a nuestro alrededor cuando la necesitábamos. Además, íbamos a necesitarla

mucho antes de lo que creíamos.



El jueves por la tarde, cuando Sean llega a casa desde el trabajo, se encuentra a Maggie sentada en su coche, con las ventanillas bajadas. Está leyendo algo en el teléfono y solo levanta la vista cuando él se inclina a la altura de la ventanilla.

—Ah, ¡hola! —dice.

—Hola, Mags —responde Sean, desconcertado.

—Oye, que no estoy acosándote ni nada por el estilo. Por favor, no pienses que estoy acosándote. Estaba esperando otros diez minutos antes de marcharme, porque siempre estás en casa sobre esta hora.

Sean levanta las palmas abiertas hacia el cielo.

—Bueno, pues aquí me tienes —dice.

Maggie sube las ventanillas y baja del coche. Se queda mirando a Sean por encima del techo del Fiat.

—¡Qué frío que hace esta tarde! —exclama—. ¿Te pilló en mal momento?

Sean niega con la cabeza.

—Está bien, Mags. Entra. Tómate una taza de té.

Maggie lo sigue hasta la puerta principal.

—Ya sé que debería haber llamado, pero pasaba por aquí con el coche y quería felicitarte.

Sean se aparta un poco e invita a Maggie a pasar por la puerta.

—¿Felicitarme?

—¡Por tu traslado!

—April —dice Sean.

Maggie se vuelve hacia atrás para mirarlo y asiente con la cabeza.

—Menos mal que me ha llamado ella, porque si no, ni me habría enterado. Tú siempre con tus secretitos.

—Todavía no es definitivo —dice Sean mientras cuelga la chaqueta en el respaldo de una silla—. De hecho, ahora mismo vengo del Barclays.

—¿El banco? Oh, qué emocionante.

—No, ha sido bastante aburrido, en realidad.

—¿Ah, sí? Entonces ¿qué te han dicho? ¿Malas noticias?

—No, han aceptado mi propuesta. En principio. Me conceden un crédito

punte.

—Vale —dice Maggie con el ceño fruncido—. Un crédito puente. ¿Eso es cuando...? Recuérdamelo, ¿quieres? Creo que ya lo sé, pero refréscame la memoria.

—Te prestan dinero para que puedas comprar una casa mientras esperas a vender la tuya.

—Vale. Claro. Ya lo sabía.

—¿Un té? —ofrece Sean, y hace un gesto desganado hacia el hervidor. Maggie niega con la cabeza.

—¿Café? ¿Cerveza? ¿Vino...?

—De verdad —dice Maggie—. No quiero nada. Así que va todo bien, ¿el préstamo y todo lo demás? ¿Ya has hecho una oferta para el piso?

—Mañana —responde Sean—. En cuanto confirmen que está en venta, en principio. Era algo que ya tendría que estar hecho hoy. El tío tiene que confirmarlo con su jefe mañana por la mañana.

—Y es uno de esos pisos en C. R. ¿verdad?

—¿Cantabrigian Rise? Sí que lo es.

—¿Ese con el cartel de SE VENDE que vimos juntos?

—No, ese era un piso de dos habitaciones. A ese no podía optar. No, este es otro. Uno de una sola habitación, en la cuarta planta.

—Eso es maravilloso, Sean. Casi no me lo podía creer cuando me lo contó April. Son preciosos. Todos estábamos muy orgullosos de esos pisos. Y yo siempre los miro cuando paso por allí.

—Lo sé. Pero son caros.

—Seguro.

—El de una sola habitación cuesta casi lo mismo que esta casa.

—Pero te irá muy bien mudarte.

—Entonces ¿me das el visto bueno? —pregunta Sean. Tiene la extraña sensación de que, sin Catherine, sus decisiones son, en cierta forma, ilegítimas.

—Pero, bueno, ¿cómo no te lo voy a dar? —dice Maggie—. No querrás estar siempre muerto de los nervios en este lugar tan enorme, ¿verdad?

—No —concede Sean e intenta que no se le vaya la cabeza hacia la pérdida evidente que le ha provocado ese estado de nerviosismo inquieto. Abre la nevera y saca una cerveza—. ¿Segura? —pregunta.

Maggie pone los ojos en blanco.

—Bueno, va, sí —dice—. Solo una. De verdad, eres como el diablo de

mi conciencia que quiere llevarme por el mal camino.

FOTOGRAFÍA N.º 27

Foto digital impresa, color. Un hombre se encuentra de pie junto a un deportivo verde y reluciente. Sonríe, aunque al mismo tiempo parece abochornado.

Sean se queda mirando con detenimiento la hoja impresa y recuerda el día que cambió el Renault por el Mazda. Se había llevado el Megane para la revisión anual y allí, en la sala de exposición del concesionario, recién lavado y brillantado, estaba el pequeño deportivo verde. Tenía un precio de cinco mil novecientas libras, que Sean sabía que era más o menos el valor del Megane (lo había consultado la semana anterior).

Había entregado las llaves en el mostrador de recepción y luego, en lugar de coger un taxi para volver al trabajo, como había planeado, rodeó dos veces el MX5 antes de abrir la puerta y agacharse para acomodarse en el asiento del conductor. Acarició el volante, hecho de madera de caoba pulida. Un vendedor apareció a toda prisa y, menos de una hora después, salía conduciéndolo del concesionario, imaginando lo mucho que se reiría Catherine, con el pelo ondeando al viento, cuando la recogiera esa tarde. Hacía ya mucho tiempo que April había abandonado el nido familiar y estaban los dos solos, listos para una nueva ronda de aventuras. A Sean, el coche le parecía un símbolo de ello. Pensó que Catherine estaría encantada.

Pero desde el principio, ella se mostró escéptica. Era como si el coche no fuera un símbolo de estar combatiendo el envejecimiento, sino del envejecimiento en sí. Fuera lo que fuese lo que estuviera pasándosele por la cabeza, incluso antes de que su dolor de espalda lo hiciera todo imposible, notó cierta reticencia. Su reacción al saber que había cambiado de coche no fue en absoluto de alegría.

Además, empezó a tomarle el pelo por el tema con tanta insistencia que él llegó a molestarse. Catherine apodó el coche «Crisis de la Mediana Edad» y más adelante se negó a llamarlo MX5, y siempre se refería a él como CME. En plan: «¿Puedes venir a buscarme a la ciudad con el CME para poder llevar la compra a casa?» o «¿Quieres ir a ver a April en tren, o vamos en el CME?». Sin duda alguna era cierto que el coche era un síntoma de la crisis de la mediana edad de Sean. Y el hecho de que la parte más relevante de esa crisis fuera su deseo de volver a seducir a su mujer, demostrarle que no eran demasiado mayores para pasárselo bien, demostrarle que todavía podía sorprenderla, no hacía más que empeorar sus bromitas.

CINTA N.º 27

Hola, Sean.

No creo que hoy pueda hablar durante mucho rato. Acabo de empezar otra tanda de la quimio de prueba que me están poniendo y, definitivamente, no es un placebo. Me ha afectado seis veces más, de hecho, me ha dejado tan total y profundamente agotada, que esta tarde casi no he podido ni sentarme para hablar contigo.

Lo siento muchísimo.

El oncólogo ha pasado justo después de que te marcharas y me ha dicho que mañana tenemos visita para revisar mi evolución, y aunque conservo la esperanza, por tu bien, de que esto demuestre estar funcionando —sé que estás aferrándote desesperadamente a esa idea—, no puedo evitar pensar en el alivio que será si me dicen que no va como esperaban y que puedo dejar de tomar este veneno; porque es eso, un veneno. Desde el momento en que me enchufan al vial siento que me quema las venas. Y el cansancio que me provoca es tan aturdidor que me quita todas las ganas de vivir. Qué ironía, ¿verdad?

A lo que iba: ya es hora de seguir con estas cintas. Estoy acercándome al final de las fotos que he escogido y, aunque todavía estamos fingiendo que viviré para siempre, creo más que conveniente ir acabando ya con el asunto.

Ha llegado el momento de hablar del coche de las narices.

Llegaste al refugio para recogerme un jueves por la tarde, y no podía creer lo que estaba viendo. Lo primero

que pensé fue en el MG de Jake. Era incluso del mismo color. Así que si mi primera reacción fue poco entusiasta, ese debió de ser el motivo. Además, llevaba todo el día con dolor de espalda, y en la segunda cosa que me fijé fue en lo mucho que me costaba subir y bajar del coche. Eso no me hizo sentir más joven, como tú querías, sino más vieja. Y luego, a saber cómo se te ocurrió la idea, me preguntaste si quería ir hasta Brampton Wood y yo te dije que no, pero no podía decirte el porqué. Pareciste decepcionado cuando te sugerí que cenáramos en Grantchester en lugar de ir hasta allí y me pasé todo el recorrido preguntándome si habrías descubierto lo ocurrido con Jake; si todo eso era un retorcido plan para comprarte el deportivo, o para parecerte más a Jake, quizá, con tal de darme a entender que sabías lo nuestro.

Así que en el asunto del coche no empezamos exactamente con buen pie, ¿verdad?

Estabas loco de contento, como un niño con su bicicleta nueva, y yo me esforcé cuanto pude por mostrarme entusiasmada. Aunque me parece que no resulté muy convincente. Estaba demasiado abstraída intentando interpretar el mensaje entre líneas; demasiado ocupada combatiendo mi propia culpabilidad, sin duda.

Era una tarde fresca y húmeda de septiembre, pero tú insististe en bajar la capota y poner la música, Van Morrison, y cuando llegamos al restaurante The Rupert Brooke, tenía el cuello tan tenso que apenas podía volver la cabeza.

Pasamos por una temporada difícil después de aquello, y en gran parte fue por el coche, aunque estoy segura de que si hubiéramos ido a terapia, nos habrían dicho que simbolizaba algo mucho más importante. Me parece que tú creías que me había inventado el dolor de espalda como una especie de protesta contra el coche. Para compensarlo hice todo lo posible por fingir que me encantaba el dichoso trasto ese, aunque apenas tuviera fuerzas para bajar de él. Acabamos representando una

especie de vodevil que consistía en medias mentiras y verdades no dichas, todo relacionado con mi dolor de espalda y ese estúpido deportivo.

La culminación de aquella pantomima fue, por supuesto, el viaje a Edimburgo. Incluso cuando me lo propusiste, la pregunta iba con trampa.

—¿Qué te parece si hacemos una escapada romántica a Edimburgo? —me preguntaste—. ¿O será demasiado para tu espalda?

No había forma posible de responder que no a eso, ¿verdad?

Cuando por fin llegamos, yo estaba prácticamente paralizada. Literalmente no me podía mover por el dolor y tú tuviste que sacarme del asiento del acompañante y casi arrastrarme, mientras gemía, hasta la habitación del hotel. Los empleados se encargaron de buscar un médico que me visitara y me recetara calmantes potentes, que me dejaron hecha una piltrafa y como drogada, aunque no consiguieron mitigar el dolor del todo. Y luego, el domingo por la noche, como si fuera una manualidad cutre de origami, me doblaste la espalda para meterme en el coche otra vez, y me llevaste de regreso a casa. Me tomé una dosis doble (totalmente prohibida) de calmantes, además de una copa doble de whisky en el bar del hotel, y me alegra decir que no recuerdo nada.

Jamás estuve muy segura de si tú creías que estaba mintiendo sobre el dolor para fastidiarte por lo del coche, o si pensabas que la dolencia era real, aunque psicósomática. Fuera como fuese, al fin y al cabo las consecuencias eran las mismas. Estabas molesto conmigo y, sabiendo que no tenía sentido, te esforzaste por disimularlo. Y, como sabías que no tenía sentido, mentiste y negaste estar enfadado la única vez que intenté hablarlo contigo. Aunque eso es maravilloso, ¿no crees? ¿No es increíble que, a pesar de llevar juntos unos treinta y tantos años, todavía haya cosas de las que simplemente no podemos hablar?

Pero tu enfado tampoco se mitigó, ¿verdad? El que

me llevaras y traieras en el ferri hasta Addenbrooke para las radiografías y las ecografías, y Dios sabe para cuántas pruebas más, y que al final no descubrieran nada, fue como añadir leña al fuego. Era la demostración de que, a no ser por la envidia que pudiera provocarme el coche, yo no tenía motivos para estar enfadada.

¿Sabes eso que dicen de que los perros y los gatos huelen el cáncer de las personas? Bueno, pues a menudo me he preguntado si nosotros no tendremos el mismo don. A menudo me he preguntado si en algún nivel subconsciente no te habrías dado cuenta de que yo me estaba muriendo; aunque esa no fuera la razón por la que estabas tan enfadado. Y aunque esa no fuera la auténtica razón por la que tenías la desesperada necesidad de que corriéramos a todas partes con el deportivo mientras todavía podíamos hacerlo.

Al final, más o menos un año después de comprarlo, te rendiste a lo inevitable y cambiaste el CME por un vehículo en el que pudieras meterme y sacarme en brazos, y, más o menos en la misma época, yo probé las clases de yoga con Maggie, y la verdad es que me aliviaron el dolor durante un tiempo.

Estoy segura de que interpretaste esa coincidencia como la vuelta que yo daba al circuito como ganadora. Mi pequeña celebración libre de dolor, pues por fin había conseguido que te deshicieras de tu querido coche.

Por eso, y en secreto, seguiste resentido conmigo, y yo contigo por no creerme. Hubo que esperar a que descubrieran la auténtica causa del dolor para que todo el problema se esfumara. Aunque debo decir que, al final, prefiero el momento en que no lo sabíamos, aunque eso implicara que estuviéramos enfadados el uno con el otro. Porque incluso cuando estábamos así, yo te quería. El amor jamás dejó de existir.



Sean está comiéndose un bocadillo de atún en los jardines panorámicos de Nicholson-Wallace. Ya es casi finales de septiembre, pero hace un hermoso día soleado. Todo el mundo dice que es un veranillo de San Martín, y cada vez que alguien lo menciona, Sean piensa en que va a buscar la expresión y averiguar cuál es su origen, antes de olvidarlo por completo.

Está comiéndose la segunda mitad del bocadillo cuando el móvil, que tiene en el bolsillo, empieza a vibrar.

—Hola, cielito —dice al responder.

—Te he dicho que ya no me llames así —dice April—. Ahora estoy probando un apodo nuevo. Me hago llamar Masa Amorfa. Estoy en mi pausa, así que no puedo hablar mucho rato, pero quería saber si ya tienes alguna noticia sobre el piso.

Sean ríe.

—Debes de tener un sexto sentido o algo así —dice—. Acabo de subir mi oferta, hace, más o menos, un minuto.

—Entonces ¿han rechazado la primera?

—Sí. Pero di un precio un poco bajo, así que ya me lo esperaba.

—¿Y qué tal esta vez? Si la rechazan, ¿vas a continuar negociando o lo das por zanjado?

—Justo estaba pensándomelo —dice Sean, contemplando un petirrojo que mira con ojos golosos sus migas desde el otro extremo del banco—. Y creo que he decidido dejarlo. Más bien dejarlo en manos de los dioses. Podría subir más, pero las cosas empiezan a estar apretadas. Y soy un poco viejo, creo, como para empezar a preocuparme por cómo pagar la factura de la luz.

—Me parece bien —dice April—. Aunque espero que lo consigas.

—¿De verdad?

—Sí. Creo que te vendría genial.

—Vale, bien. Pues vamos a cruzar los dedos y todo lo demás. ¿Y cómo está el bebé?

—Oh, dando patadas como loco. No para de clavarme los codos y las rodillas. Creo que está practicando para ser gimnasta.

—La última vez me dijiste que era para dedicarse al baloncesto.

—A lo mejor practica ambos deportes —dice April—. Al mismo tiempo. *Gimocesto* o *balonasia* o algo así. Un deporte totalmente nuevo.

—Eso me gustaría verlo —replica Sean, distraído. El móvil vuelve a vibrarle, y se lo aparta del oído para mirar la pantalla—. Perdona, tengo otra llamada. Espera un segundo, ¿quieres?

—¿Son ellos? ¿Es el agente inmobiliario? —pregunta April.

—Sí —dice Sean—. No tardaré mucho.

Pasados dos minutos, Sean intenta volver a llamar a su hija, pero no se pone April, sino Maggie.

—¿Cómo ha pasado esto? —pregunta él.

—¿Perdona?

—Estaba hablando con April. No te he llamado a ti.

—Oooh —dice Maggie, con fingido disgusto—. No hace falta que te alegres tanto, Sean. Sé un poquito más sincero, ¿quieres?

Sean ríe.

—No es que no me encante hablar contigo, Maggie. Es que estaba hablando con April. La he puesto en espera y de pronto me has salido tú. No sé cómo ha pasado.

—Te he llamado yo, Sean —dice Maggie—. ¿Quieres que cuelgue?

—No, qué va —dice él mirando fugazmente la pantalla del móvil. La llamada de April debe de haberse cortado—. ¿Era por algo en especial?

—En realidad no. Solo quería saber si tenías noticias. Sobre el piso de C. R.

—¿Te ha llamado April? —pregunta Sean.

—No. Para nada. ¿Por qué?

—Es que... es muy raro, eso es todo. Las dos estabais llamándome.

—¿Por qué, hay alguna novedad?

—Acabo de saberlo hace diez segundos, literalmente.

—¿Acabas de saber el qué?

—Que han dicho que sí. Los vendedores, quiero decir. Acaban de aceptar mi oferta.

—¡Dios mío! —exclama Maggie—. Dios, eso es una noticia maravillosa, Sean.

—¿Tú crees?

—Sí. No estarán entrándote las dudas, ¿verdad?

—No estoy seguro —responde Sean—. Es que estoy un poco impresionado, supongo. Mira... es que... me encanta charlar contigo, Mags, pero ¿te importaría si vuelvo a llamarte esta tarde? Estaba al teléfono con April y se ha cortado. Estará preguntándose qué ha pasado.

—Pues claro —dice Maggie—. Los hijos son lo primero. ¿Qué te parece si quedamos en algún sitio para tomar una pinta? ¿Y así lo celebramos? ¿Esta tarde?

—A lo mejor el fin de semana —sugiere Sean—. Es que creo que necesito..., no sé, tiempo para digerirlo.

Cuando Sean le cuenta la noticia a April, ella grita:

—¡Estoy emocionadísima!

—¿De verdad?

—¡Sí! Por supuesto. ¿Tú no?

Sean traga saliva con dificultad.

—No lo sé —dice—. Esa es la verdad. De pronto me parece todo... no sé... simbólico. Definitivo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Claro... —afirma April, con un deje de duda—. Bueno, aunque no es definitivo, ¿no? Al menos hasta que pongas tu firma en la línea de puntos.

—Eso es.

—Por cierto, ¿cuándo va a ser el gran día?

—El sábado por la mañana. Si sigo adelante con esto.

—¿A qué vienen esas dudas repentinas, papá? ¿Es por todo el lío de mudarse? Te podemos echar una mano. ¿O es por el dinero? ¿O es por...? No será por mamá, ¿verdad?

—Hemos vivido en esa casa durante casi veinte años —dice Sean—. Escogimos juntos todos y cada uno de los muebles. Todos los rollos del papel de las paredes. Tu madre lo empapeló casi todo ella misma.

—Ya lo sé. Pero ¿no es precisamente por eso?

—¿El qué?

—Pues bueno, el motivo de que esto sea necesario.

—Eso creía yo —dice Sean—. Pero ahora que ya es una realidad, no estoy tan seguro.

—¿Quieres que vaya para allá, papá? ¿Y así podemos hablarlo? Podría ir este fin de semana; a lo mejor incluso consigo convencer a Ronan. Se le dan muy bien estas cosas. Tiene una mentalidad muy lógica. Muy analítica. Y eso ayuda. Bueno, a veces ayuda. Aunque otra vez es realmente molesto.

—No creo que quieras venir hasta Cambridge... —insiste Sean con muy poca convicción.

—Mmm... —dice April—. Vale, nos vemos el sábado por la mañana, entonces.

—Voy a firmar el sábado por la mañana —le recuerda Sean—. Es decir, se supone que estaré firmando.

—Vale. Entonces nos vemos el viernes por la noche.



Sean está sacando tres raciones de curri del congelador cuando suena el timbre.

Deja los envases sobre la encimera y camina hacia la puerta.

—Hola —dice al abrir—. Llegáis pronto.

—Hola, papá —saluda April—. Hemos salido antes de lo normal, así que...

—Pero sobre todo porque conduce como una loca —bromea Ronan.

—Eso no me tranquiliza mucho. ¿No deberías dejar que condujera él?

—Rápida pero segura —le dice April—. Así soy yo. Mientras que Ronan es lento y distraído. Siempre va mirando las nubes y las vacas que pastan en los campos y cosas así. Créeme, es mejor que no vaya él al volante.

—Sí que desvió la mirada de vez en cuando —reconoce Ronan.

April sigue a Sean hasta la cocina y Ronan deja la bolsa al pie de la escalera antes de ir a reunirse con ellos.

—¿Os apetece un curri? —pregunta Sean.

—Ooh —exclama April—. ¿Es tu curri? —Como si estuviera diciéndoselo en un aparte a Ronan, añade—: Los curris de mi padre son los mejores.

—No, lo siento, son de Sainsbury's —explica Sean, desplazándose hacia la encimera al tiempo que señala los envases de congelado—. Pero están ricos. He comprado Rogan Josh y...

—¿Podemos pedir pizza? —pregunta April—. Eso todavía no se ha descongelado, ¿verdad?

Ronan ríe con ganas.

—¿Pizza? —pregunta Sean y luego—: ¿Qué es lo que tiene tanta gracia, Ronan?

—Oh, se ríe de mí porque últimamente solo me apetece comer pizza —explica April—. Supongo que es una especie de antojo.

—¿Una especie de antojo, dices? No, es un antojo en toda regla —declara Ronan—. Hemos comido pizza cinco veces esta semana. Y luego se come las sobras en el desayuno y la comida.

—Cuatro veces —corrige April.

—Cinco. El sábado, en el restaurante, y luego el domingo, el lunes, el miércoles y ayer otra vez, en casa.

—Eran las sobras del lunes —aduce April—. Eso no cuenta.

—Pero eran sobras de pizza, ¿no? —insiste Ronan, sonriendo de oreja a oreja—. ¿O no lo eran?

—Vale, lo que tú digas —replica April y quita hierro a sus palabras sacudiendo la mano con la palma girada hacia sí misma—. Pero ¿podemos pedir, papá? ¿Pizza?

Sean ríe y se encoge de hombros.

—Claro, lo que tú digas. De todas formas, Ronan, si lo prefieres tú puedes comer curri.

Él niega con la cabeza.

—No —dice—. Una pizza será genial.

—¿Estás segura de que eso es una dieta equilibrada? —pregunta Sean y vuelve a meter los envases en el congelador.

—Oh, no empieces otra vez —protesta April.

Ronan abre mucho los ojos mirando a Sean y asiente de forma exagerada con la cabeza.

—¿Lo ves? —comenta Ronan—. Pero a la Princesa de la Pizza no se le puede decir nada.

—Dejadlo ya, los dos —dice April—. Me revienta cuando os confabuláis para meteros conmigo. Además, siempre me pido la que tiene más verdura, así que no pasa nada. Es lo que quiere el bebé. Está pidiéndomelo.

—Por lo visto es italiano y no irlandés —señala Ronan.

April se pone una mano en la cadera y se queda mirando a Ronan con exagerado desdén.

—Bueno, pues a lo mejor sí —replica—. A lo mejor tuve una aventurilla secreta con el tío del Domino's.

Ronan hace una mueca.

—Te acuerdas de la pinta que tiene ese tipo de Domino's, ¿verdad? —pregunta—. Te deseo buena suerte, bonita.

Ronan vuelve al coche a por una docena de cervezas que lleva en el maletero.

—No estoy seguro de que necesitemos doce botellines, ¿no crees? —comenta Sean—. Sobre todo, porque April no bebe.

—Es parte de una teoría que tiene Ronan —dice April.

—La llamo el oráculo de la cerveza —explica él al tiempo que abre botella y se la pasa a Sean—. Si no puedes tomar una decisión importante, tienes que pasarte la noche hablando sobre ella y poniéndote ciego. Por la

mañana, sabrás qué hacer.

—¿Es una teoría irlandesa? —pregunta Sean.

—No. Es una teoría de Ronan —puntualiza April—. Deberías tener miedo. Mucho miedo.

Ronan levanta su botellín para entrechocarlo con el de Sean.

—Salud —dice.

Después de una larga discusión sobre quién prepara las mejores pizzas, Sean cede a los deseos de su hija y pide en Pizza Express a través de Deliveroo.

Luego pasan al salón y, mientras esperan, Ronan va sacando cervezas de la nevera. April, por su parte, se bebe casi todo un litro de zumo de manzana.

Hablan del trabajo de April. Está en el proceso de preparar a un chico que la sustituirá durante su permiso por maternidad, pero, según cuenta ella, no está yendo muy bien.

Sean le pregunta cuál es el problema y ella ríe.

—Básicamente el problema es que el tío es idiota.

—Ya estamos otra vez —interviene Ronan—, a mí siempre me está diciendo que soy idiota, así que...

April lo mira con una mueca.

—Es que lo es muy a menudo —se justifica.

Hablan durante un rato sobre el bebé, pero regresan con insistencia al tema de la dieta basada en pizzas de April.

—Vosotros nunca habéis tenido un antojo —replica ella—. No podéis entenderlo.

—¿La madre de April pasó también por esta fase de la pizza? —pregunta Ronan.

Se hace un silencio momentáneo; una mirada fugaz, incómoda, de April, que frunce el ceño de forma involuntaria, algo que solo ve Ronan, antes de que Sean diga:

—No pasa nada, Ronan, de verdad. Y no, lo cierto es que no. Ella comía bastantes bocadillos de beicon. Así que quizá fuera ese su antojo. Ah, y queso. Un montón de queso cheddar.

April levanta las palmas hacia el techo.

—Quesooo —dice de forma exagerada—. ¿Queso? ¿Pizza? ¿Es que nadie ve la conexión? A las pruebas me remito.

—Vale, en cuanto a los nombres —dice Ronan, a todas luces intentando

cambiar de tema—. April dice que a ti no te gusta «Giles». Así que hemos pensando en...

—Un momento —lo interrumpe April—. Es a mí a quien no le gusta «Giles». Es un nombre de banquero gilipollas, ¿no lo ves?

—¿De verdad? —pregunta Ronan.

—Es bastante pijo —comenta Sean—. Aunque en realidad me gusta. Giles. Sí, tenía un amigo en el colegio que se llamaba Giles. Giles Anderton. Era bastante pijo, pero muy simpático.

—No va a llamarse Giles —replica April entornando los ojos—. No, en realidad ya estamos casi de acuerdo con lo de Jack.

Sean frunce los labios y asiente con seriedad.

—Sí —admite—. Jack es un buen nombre.

—Es bonito, ¿verdad? No es nada pretencioso, ¿no?

—Jack Nicholson —dice Sean—. Jack Dempsey. Jack el Destripador...

—Ooh, hay bastantes, ¿verdad? —pregunta April, dubitativa.

—Sobre todo Jack el Destripador —interviene Ronan entre risas—. Es un nombre de rompe y rasga.

—Jack Twist —sugiere Sean.

—¿Quién es Jack Twist?

—Era uno de los chicos gay en como se llame *Mountain*, ¿no? En *Brokeback*...

—Ah, tienes razón —dice April—. Bueno, mientras mi hijo tenga la posibilidad de explorar su lado femenino, a mí me parece bien.

—Seguro que los chicos encuentran una forma de explorar su lado femenino en lo alto de *Brokeback Mountain* —comenta Ronan en broma.

—Y siempre nos quedará Jack Kerouac —sugiere April, ignorándolo.

—Y Jack Dee.

—Bueno, ¿y será Jack Patrick? —pregunta Sean—. ¿O será Jack Connolly?

—Todavía no lo hemos decidido —dice ella—. Podría acabar siendo Connolly-Patrick. O Patrick-Connolly. ¿Te importaría?

Sean se encoge de hombros.

—En absoluto —dice—. Pero entonces ¿no tendrá segundo nombre?

—Oh, ni se te ocurra mencionar el tema —protesta April—. Nos ha costado un mes ponernos de acuerdo con lo del puñetero Jack.

En cuanto el repartidor de Deliveroo hace la entrega, Ronan va a la cocina a

por otra cerveza.

—No sé si quiero otra —dice Sean cuando su yerno vuelve al comedor.

—Tú confía en el proceso —le aconseja Ronan.

—La cuestión es que, en realidad, creo que ya me he decidido —le dice Sean—. Así que no estoy seguro de que necesite pasar el fin de semana con resaca.

—Un buen resacón y el problema se acabó —dice Ronan y obliga a Sean a coger otro botellín de cerveza.

Comen en el salón con las tres cajas de pizza abiertas sobre la mesita de centro.

—Dios mío, había olvidado lo buenas que estaban —dice April y echa la cabeza hacia atrás mientras se mete una porción de su Romana Padana en la boca.

—Entonces ¿ya te has decidido, dices? —pregunta Ronan—. Es una buena señal.

—Eso creo —responde Sean entre bocado y bocado—. Vaya, sí que están buenas, ¿verdad? Sí, he intentado pensarlo todo de forma lógica. Incluso he escrito una lista de pros y contras.

—Eso está bien. Yo hago lo mismo —dice Ronan.

—¿Y? —pregunta April. Se frota el vientre y añade—: Mmm... ¿Lo veis? ¡Bebé feliz! ¡Al bebé le gusta la pizza! Dice que está *molto bene*. Entonces ¿cuáles son tus pros y tus contras, papá?

—Bueno, el piso es perfecto —dice Sean.

—Bien...

—Y de todas formas tendré que mudarme en algún momento. Porque es una locura seguir en una casa tan grande.

—Eso también tiene sentido —comenta Ronan.

—Y odio la jardinería. Eso en realidad era cosa de tu madre.

—Sí, ya me he fijado en que el jardín no pasa por su mejor momento —señala April.

Sean inspira con fuerza y luego, hablando más rápido de lo habitual, dice:

—Pero creo que no estoy preparado. Y ese es mi principal descubrimiento.

April se queda boquiabierta. Se da cuenta de que tiene la boca llena de pizza y se la tapa a toda prisa con la mano.

—¡Oh! —exclama, traga y luego se lame los dientes.

—Podría estar preparado pronto. Tal vez incluso dentro de un par de meses. Pero ahora mismo no lo estoy, no creo.

—No estás preparado —repite Ronan, que no parece convencido.

—No. Así que en ese punto estoy.

—Pero el piso que has visto podría no estar disponible dentro de un par de meses —señala Ronan con preocupación.

—Desde luego. Casi seguro que no lo estará, porque han puesto un precio muy razonable.

—Bueno ¿y qué te hace falta para estar preparado? —pregunta Ronan.

Sean se encoge de hombros.

—No lo sé. ¿Tiempo, quizá?

—No lo presiones, Ro —dice April.

—Yo solo digo que podría existir una forma para que Sean se sintiera preparado. Si quiere.

—Te he dicho que no lo presiones, cielito —insiste April. Luego se dirige a su padre—: Creo que deberías esperar hasta que estés bien y te sientas preparado, papá. Y sé que eso es lo que habría dicho mamá.

Ronan carraspea.

—¿Puedo? —pregunta.

—¿Que si puedes qué? —pregunta April con sequedad.

—¿Que si puedo decir algo sin que me cortes la cabeza?

—Por supuesto que puedes, Ronan —dice Sean—. Puedes decir lo que quieras.

April suspira.

—Vale, pero no intentes...

—No. Tú déjalo hablar —insiste Sean—. No pasa nada.

Ronan se come lo que le queda de pizza y junta las puntas de los dedos.

—Bien, a riesgo de que me llamen señor Spock —empieza a decir.

—¿Señor Spock?

—Es como lo llamo yo cuando se pone en plan lógico y racionalista conmigo —explica April.

—A riesgo de que me llamen señor Spock —repite Ronan—, nunca he creído mucho en eso de dejarse llevar por la mente.

—¿Perdona? —pregunta Sean.

—Es tu mente —dice Ronan—. Es un órgano, y esperar a estar listo para algo es un poco como esperar a que tu mano te pase la taza de té en lugar de ordenarle que lo haga. —Alarga la mano con gesto teatral hacia el

botellín de cerveza a modo de demostración—. O un botellín de cerveza —añade.

—No sé si te entiendo —dice Sean.

April capta su mirada y vuelve a entornar los ojos.

—Plantéate si tiene sentido para ti el hacerlo. Considerando que: a) es el lugar perfecto para ti, y eso lo has dicho tú, no yo; b) necesitas mudarte, porque este lugar es demasiado grande; y c) es un buen precio... entonces, cambia de mentalidad. Dile a tu mente que estás preparado. No dejes que un turbio proceso bioquímico de tu cabeza tome la decisión por ti. Tu cerebro es una herramienta. Y tú tienes el control, Sean. O, al menos, así debería ser.

—Pues bueno, ya lo has visto —dice April entre risas—, Ronan en estado puro. Ya te he dicho que es lógico hasta resultar irritante. Aunque al final todo se reduce a una sola cosa. ¿Quieres decidir con la razón o con el corazón?

Sean asiente.

—Sí —dice—. Sí, supongo que todo se reduce a eso. La razón me dice que me mude, pero mi corazón me dice que no estoy preparado.

Ronan ríe con sinceridad.

—¿La razón o el corazón? —repite.

April hace una mueca.

—Sí, señor Spock. La razón o el corazón.

—Bueno, hasta donde yo sé —dice Ronan agitando el botellín y con cara de borracho—, una de esas dos cosas que mencionamos es un ordenador bioquímico, el ordenador más potente de este puñetero planeta y diseñado específicamente para pensar. Y la otra es una bomba. Así que yo sé en cuál me basaría para tomar decisiones.

—Una bomba —repite Sean sonriendo y asintiendo—. Eso está bien. Me gusta.

Sean duerme mal esa noche. Tiene sueños torturados de extremidades pesadas que se niegan a responder a sus órdenes, brazos que no levantan botellines de cerveza ni tazas de té, piernas que no caminan... Sueña con colas de personas que jamás avanzan y formularios que, por un motivo u otro, nunca se rellenan. Y, como ha bebido tanta cerveza, tiene que levantarse cuatro veces a hacer pis.

Pero cuando se despierta con la luz del alba, la decisión, a pesar del cansancio y la resaca, está clara. A lo mejor resulta que el oráculo de la

cerveza de Ronan sí que funcionaba.

Cuando baja, April ya se ha levantado y se está comiendo las sobras de la pizza de la cena.

—Ah, hola, papá —dice—. Ronan ha salido un rato a correr. Bueno, ¿qué planes tenemos para hoy?

Sean se encoge de hombros.

—No sé qué planes tendrás tú —dice—. Pero yo creo que voy a ir comprar un piso.

FOTOGRAFÍA N.º 28

Fotografía digital impresa, color. Un hombre y una mujer están sentados en un viejo sofá de color gris, debajo de un amplio porche cubierto. Levantan sus copas y muestran una sonrisa forzada. Es muy probable que estén diciendo «Pa-ta-ta».

Es domingo por la tarde, y April y Ronan acaban de irse.

Sean ha colocado la foto impresa sobre la mesa y está acariciándola con delicadeza con la punta de un dedo mientras se esfuerza por recordar.

Sin embargo, su mente no se da por aludida. No para de divagar pensando en otras cosas, en la compra del piso de ayer, o en el bebé que April está a punto de tener, o en el descarado humor irlandés de Ronan, o en la aventura de Catherine. En todo, la verdad, salvo en esa foto.

Se queda sentado durante al menos media hora intentando evocar recuerdos específicos antes de meter la cinta en el reproductor, pero, a excepción de un par de cosas, como la ciudad donde estuvieron, Fayence, y el hecho de que había una piscina, lo ha olvidado todo. Cree que la casa seguramente era preciosa. Se oía a las ruidosas cigarras de día y, de noche, a las ranas, más escandalosas incluso. También recuerda el sofá de la foto y la tormenta que cayó. Pero eso es todo. No es mucho para unas vacaciones que duraron diez días. Pero, claro, no fueron unas vacaciones cualquiera.

CINTA N.º 28

Hola, Sean.

Han pasado al menos tres semanas desde la última cinta y, la verdad, ni siquiera recuerdo de qué iba la última. Aunque supongo que no importa demasiado. En realidad, son todas episodios sueltos.

Ya sabes que estas no han sido semanas buenas para mí. El estudio en el que he participado se ha interrumpido porque no soy la única, por lo visto, que no puede soportar las dosis de ese puñetero *micromazapán*, como lo llamamos todos por aquí.

Eso me lo inventé yo, por cierto. ¿Qué te parece?

En cualquier caso, otros tres participantes en el estudio ya han muerto, así que supongo que debo dar las gracias por seguir aquí.

Estas últimas semanas he entrado y salido del hospital como un yoyó, por eso no he podido acabar de grabar mis cintas.

Has sido muy tierno, Sean. Muy tierno y valiente.

Seguimos fingiendo que voy a salir de esta; no paramos de repetir que va a obrarse un milagro. April, bendita sea, no deja de traerme artículos impresos sobre las propiedades anticancerígenas del cannabis, la aspirina, la infusión de ortiga y Dios sabe cuántas cosas más. Y yo no paro de prometerle que lo probaré todo en cuanto llegue a casa.

Creo que April es la única que sigue creyendo en la posibilidad de que me cure. De hecho, he hablado de ella

con el psicólogo esta mañana. Quería saber si debería obligarla a que tragara con todo, por así decirlo. Quería saber si debo sentarme con ella y decirle: «Estoy muriéndome, April, estoy muriéndome. April, tu madre habrá muerto dentro de poco». Creía que, a lo mejor, si lo repetía muchas veces, ella acabaría entendiéndolo. Pero el psicólogo me ha dicho que la negación, a veces, es un medio de protección. Como una especie de interruptor de apagado de emergencia o algo así. «Ya se enfrentará a ello —me ha dicho el psicólogo—, cuando esté lista».

Tú también dices las mismas cosa que April. Sigues hablándome de las vacaciones de verano y de dónde podríamos ir, pero veo en tu mirada que no te lo crees. De todas formas, gracias por fingir, cariño. Es divertido mirar esos folletos de Lanzarote e imaginarnos allí. Desde luego, mucho menos deprimente que estar sentada en silencio esperando a estirar la pata y, en serio, esa es la forma en que se comportan las demás familias que vienen por aquí.

Así que, volviendo a la foto de hoy, es de nuestras últimas vacaciones reales y, cuando por fin escuches esto, de nuestras últimas vacaciones en la vida, supongo. ¡Qué pena que no pudiéramos aprovecharlas más!

He estado leyendo uno de los libros de autoayuda de la biblioteca del hospital; trata del hecho de enfrentarse a la propia muerte, y hay una parte muy importante relacionada con lo de vivir el momento presente. Porque, como al parecer dicen los budistas, no existen ni el pasado ni el futuro. Ambos son conceptos de la mente. En realidad, lo único que existe siempre es el momento presente. El problema, por lo visto, es que las personas con enfermedades terminales (y los ancianos, al parecer, que se enfrentan a la vejez y, al final, a su propia muerte) pierden la habilidad de vivir el momento. Están tan preocupados por el final del viaje que se pierden el disfrute de llegar hasta allí. Lo cual es bastante comprensible, aunque no por eso deja de ser una lamentable pérdida de tiempo. Lamentable pérdida de tiempo que queda ilustrada a la

perfección con esos días que pasamos en el sur de Francia.

¿Sabes que casi no me acuerdo de nada? Es como si todo aquello hubiera ocurrido detrás de un enorme ventanal esmerilado.

Debido al dolor de espalda, había estado yendo y viniendo a la consulta del médico, a la clínica y al hospital de Addenbrooke, pero seguían sin encontrarme nada. (A veces me pregunto si los médicos no estarían mirando también a través de un ventanal esmerilado. La verdad es que no parecían muy hábiles interpretando esas ecografías).

En cualquier caso, la teoría que barajaban era que se trataba de un desplazamiento de disco y no fue hasta que mi médico de siempre me pidió (por fin) unas analíticas de sangre cuando empezaron a sospechar que ocurría algo más.

Porque, desde lo del coche, mi dolor de espalda había sido, por así decirlo, un tema difícil; te contaba lo mínimo posible sobre lo que estaba pasando. Parecías tan agotado de mostrarte siempre comprensivo con mi espalda o con cualquier referencia a ella, que lo de los médicos, los análisis, lo recibías con expresión neutra, y de vez en cuando entornabas los ojos.

Así que yo incluso escondía los billetes del autobús para que no supieras que había vuelto a salir. Supongo que me sentía avergonzada con todo el asunto.

La noticia llegó a finales de julio. Por algo que salió en los análisis de sangre, demasiado Billy Rubin o algo así, y me mandaron a repetir las ecografías. Yo no esperaba que apareciera gran cosa; casi me había resignado al dolor por aquel entonces... Pero cuando me llamaron para decirme que debíamos hablar de los resultados, me di cuenta de que no era lo normal y que debía de haber algo que no marchaba bien.

Cuando llegué a casa después de la cita ya lo sabía. Todavía no sabía en qué estadio estaba todo y tampoco si había metástasis, pero mi dolor de espalda tenía una causa,

y no era nada buena.

No conseguí contártelo, no obstante, ¿verdad? Incluso antes de que llegara a casa, me enviaste un mensaje al móvil y me dijiste algo en plan: «¿Dónde estás? ¿Cuándo llegas a casa? ¡Tengo una sorpresa para ti!». Iba en el autobús cuando lo leí. «Ay, Señor, y yo también tengo una para ti», pensé con tristeza.

Cuando entré por la puerta, estabas emocionadísimo. Habías encontrado y reservado una casa de campo en Francia, y estabas consultando una web buscando billetes de avión y un coche de alquiler. ¿Debería habértelo contado en ese momento? No lo sé. La cuestión es que no pude. Sinceramente, sentí que mi espacio para poder contártelo en ese instante era inexistente.

Pensé que tendríamos que anularlo. Pensé que las visitas médicas impedirían todo lo de la escapada a Francia. Pero cuando los llamé el lunes siguiente por la mañana, resultó que, milagrosamente, todas las citas encajaban con el viaje. Tenía una entrevista con el anestesista dos días antes de la fecha de partida y otra con el cirujano dos días después del regreso.

Como ya sabes, siempre he dado mucha importancia a las señales. Y me lo tomé como un señal. Como una señal enorme y puntiaguda e imposible de pasar por alto. ¿Soy tonta por pensar así? Supongo que opinarás que sí.

Es raro, porque incluso entonces, antes de que supiéramos nada en realidad, ya tenía en la cabeza la idea de que esas iban a ser nuestras últimas vacaciones juntos. Así que, a lo mejor, en el fondo, si no dije nada fue precisamente por eso. En realidad ya lo sabía.

Fuera cual fuese el motivo, decidí guardarlo en secreto. Tú sabías que algo andaba mal, claro está, y no parabas de preguntarme si me encontraba bien. En un momento dado, incluso llegaste a pensar que me fastidiaba ir a Francia.

Solo hubo una vez en que estuve a punto de contártelo. Estábamos en esa pizzería de ese pueblo de

montaña... ¿Se llamaba Mons? Da igual, casi te lo cuento allí. La vista era preciosa y había un cielo radiante, azul, y yo me sentí feliz, aunque solo fuera fugazmente, y luego abrumada por la tristeza, de esa forma en la que uno puede pasar de un sentimiento al otro. Ya lo tenía en la punta de la lengua, cuando el camarero se tropezó con el vino que habíamos pedido. Una vez más, lo interpreté como una señal. Me tomé aquel vino derramado sobre mí como una especie de intervención divina.

Estuve rara durante los diez días siguientes, ya lo sé. Y, como estaba rara, tú, por tu parte, estabas preocupado. No disfrutamos demasiado.

Todo lo relacionado con ese viaje, el vuelo, el trayecto en coche, la maravillosa casa rural, la piscina, las comidas, incluso tu presencia, fue una pérdida de tiempo. Y fue así porque, como lo explican claramente en el libro, yo había perdido mi capacidad de vivir el momento. A lo mejor, si me hubiera leído el puñetero libro antes, nos habría servido para disfrutar un poco más de las vacaciones.

El último día cayó un diluvio.

Fue muy exagerado, con truenos y rayos, y un aguacero como no había visto jamás. Pero, al mismo tiempo, la atmósfera era cálida, lo bastante cálida por la mañana para que todavía pudiéramos nadar en la piscina. Creo que ese momento, nadando contigo, con los goterones frescos que nos caían en los hombros, fue el único de esos diez días en que estuve realmente presente. El resto del tiempo lo pasé sumida en mis pensamientos, en el miedo al futuro, supongo.

No paró de llover en todo el día. Por la tarde me puse la chaqueta y tú, tu enorme jersey azul, y nos sentamos en el destartado sofá gris que había en el porche, para contemplar las gotas que impactaban sobre la superficie de la piscina. El sofá en el exterior me recordaba, aunque parezca raro, al jardín de mi madre en Margate.

Había evitado a toda costa el alcohol durante las

vacaciones porque temía irme de la lengua. Y esa fue exactamente la razón por la que me permití beber esa tarde. Tenía la operación programada para tres días después. Debía contártelo.

Nos bebimos casi dos botellas de champán entre los dos y, durante un instante, el alcohol me permitió olvidar. Me di permiso para volver a conectar contigo y nos acurrucamos juntos en el sofá y contemplamos la lluvia desatada. A ti te quedaban dos cigarrillos franceses, así que nos fumamos uno cada uno y nos mareamos. Entonces dijiste, sin venir a cuento:

—¿Te acuerdas de que hablamos de mudarnos a Nueva Zelanda?

Empecé a desmoronarme enseguida porque sabía perfectamente qué ibas a decir, lo presentía.

—Bueno... ¿Y qué te parece Francia? —preguntaste—. ¿Qué te parecería un lugar como este? ¿Y si me tomo un año sabático o algo así? A lo mejor, si tiramos de ahorros podríamos hacerlo de una forma que nos permitiera...

Tu voz, que al principio parecía la de un chalado, fue apagándose hasta acallarse. Al principio creíste que estaba riéndome, y te sentiste herido.

—La idea no es tan estúpida, por el amor de Dios —protestaste. Pero luego te diste cuenta de que mis sacudidas no eran de risa. Entendiste que estaba llorando.

Me abrazaste durante un rato, al igual que habías hecho cuando murió mi madre. Acercaste tu frente a la mía y lloraste conmigo. Ni siquiera necesitaste saber por qué te unías a mí en el llanto. Siempre has tenido esa maravillosa habilidad para empatizar con los demás.

Cuando por fin me quedé sin lágrimas, o al menos pensé que así era, tú dijiste con seriedad:

—Es muy grave, ¿verdad?

Asentí en silencio. No podía hablar.

—¿Vas a dejarme? —preguntaste—, ¿es eso?

Rompí de nuevo a llorar, porque no había una idea

más alejada de la realidad. Lo único que quería, en ese momento, era quedarme a tu lado para siempre.

Al final, logré susurrar la palabra, pero tú no me oíste bien, o no quisiste dar crédito a tus oídos, y me hiciste repetirlo dos veces.

—Cáncer —dije de nuevo. Y luego una tercera vez, que ya me salió con voz chillona y enfadada—: ¡Cáncer!

Nos quedamos sentados mirándonos el uno al otro durante unos segundos. Se me hizo eterno, pero debe de ser que la memoria me juega malas pasadas. Entonces torciste el gesto y volviste a rodearme con los brazos para apretujarme con fuerza.

Me sentía tan segura, allí entre tus brazos... Es una locura, pero, por un momento, me sentí feliz; más feliz que en toda mi vida. Me sentía tan cómoda envuelta por ti y tu jersey de lana. Me parecía imposible sentirme tan segura y estar corriendo un peligro tan grande al mismo tiempo.

Y fue como si me hubieras leído el pensamiento, porque dijiste, entre sollozos:

—Lo superaremos. Sea lo que sea, lo combatiremos juntos. Ya verás. No puedes... ¿sabes?... Tú no puedes... Porque te amo muchísimo. No permitiré que ocurra.



Sean no escucha la cinta el siguiente fin de semana. Se convence a sí mismo de que es porque está muy ocupado; se convence de que es porque está demasiado cansado. Y todo eso es cierto. Está cansado. Está ocupado.

Entre el trabajo, la compra y la colada, entre las constantes visitas al banco y conseguir reparar la rueda pinchada del coche, y las tres citas distintas con los posibles compradores de la casa, Sean descubre que, por primera vez en muchos años, está literalmente sobrepasado.

Incluso el fin de semana, cuando por lo general está tan libre, acaba siendo una locura. Sean tiene que ir a ver a su madre para la comida del sábado (Perry ha tenido que marcharse corriendo a Hong Kong por algún motivo), y Maggie no para de llamarlo hasta que Sean cede y queda con ella para esa copa de celebración de la que habían hablado.

Pero la verdadera razón, y se lo reconoce a sí mismo, es que solo queda un sobre. Y a pesar del esfuerzo titánico que hace para prepararse, no consigue convencerse de que lo ha logrado.

Se da cuenta de que le asusta lo que pueda decirle Catherine en su último mensaje. Y le asusta, sobre todo, llegar al final del proceso; tiene miedo de quedarse realmente solo, una vez más. Porque sí, a pesar de todos los traumas y toda la tristeza, esto ha sido un diálogo. Catherine ha hecho que se sienta feliz, enfadado y triste, y ha sido casi como si siguiera viva. La ha amado y ha llorado con ella y, sí, también se ha puesto como una furia por su culpa. Aunque lo ha hecho siempre en los recovecos de su propia mente. Claro que tiene miedo de dejarla marchar.

El domingo por la tarde, en su horario habitual para escuchar cintas, el miedo alcanza un punto culminante. Está muy nervioso, tiembla y no puede calmarse; se encuentra en un estado que ha logrado contener en parte durante su semana laboral. En medio del repentino y sorprendente vacío del fin de semana siguiente (el teléfono no suena ni una sola vez y no recibe ninguna visita), su miedo al último sobre se exagera, se convierte casi en pánico, y se siente incapaz de comer, dormir o pensar siquiera en otra cosa.

El domingo por la tarde está aún más inquieto y destrozado y, al darse cuenta de que no podrá soportar otra semana como esa, se arma de valor, se sirve un whisky y lleva la caja al salón.

—Ha llegado la hora de acabar con esto —dice en voz baja—. Ha llegado la hora de ser valiente.

Se queda mirando la caja y luego echa un vistazo a la habitación con nerviosismo, intentando localizar posibles distracciones antes de empezar.

En el exterior, al otro lado de la ventana, la niña de un vecino está aprendiendo a montar en bicicleta con su padre. Sean recuerda cuando intentó enseñar a April, que se cayó, se hizo un rasguño en la rodilla y estuvo llorando durante horas. Al final su hija aprendió con Catherine mientras él estaba en el trabajo. Recuerda que eso le provocó un ataque de celos irracional.

Cruza la sala y cierra las cortinas. No quiere ver a la niña pasando en bicicleta. Tampoco quiere que ninguna visita inesperada pueda verlo.

Luego, por fin, vuelve al sofá, levanta la tapa y saca el último sobre de la caja.

Enseguida presiente que ese es distinto a todos los demás, porque pesa y abulta más.

Traga saliva con dificultad. Le cuesta respirar; nota un peso en el pecho. Por un momento se pregunta si no estará dándole un infarto. ¿No sería irónico? Va y la palma antes de haber llegado a escuchar el último mensaje de su mujer. Rompe la lengüeta del sobre. Vuelca el contenido en su regazo.

Una sola foto, otra vez, pero en esta ocasión, no hay uno, sino dos pequeños casetes. Están marcados con las letras «A» y «B».

FOTOGRAFÍA N.º 29

Polaroid, color. Una mujer en una cama de hospital. A ambos lados, con los brazos entrelazados sobre sus hombros, hay un hombre y una chica que se toca el collar que lleva con la mano libre. Sobre la cama hay una bola de papel de regalo arrugado. Los tres protagonistas de la instantánea esbozan una sonrisa poco convincente.

A Sean se le anegan los ojos de lágrimas en cuanto ve la imagen. Es la última foto de familia que se hicieron.

Era el sábado antes del cumpleaños de April, que se había desplazado hasta Cambridge para recoger su regalo antes de tiempo porque, tal y como les explicó, el viernes siguiente, el día de su cumpleaños, tenía que trabajar. Pero todos sabían la verdad: temían que el sábado fuera demasiado tarde. Y por desgracia, no se equivocaban.

Aunque Catherine había elegido el collar unos meses antes, ese día le habían puesto tanta morfina que apenas tuvo la fuerza necesaria para dárselo.

Cuando April regresó a Londres, con unos ojos llorosos que revelaban su auténtico estado de ánimo, Sean regresó junto a su mujer y se tendió a su lado. Catherine murmuró algo parecido a «sueño» y Sean rezó para fuera bonito y agradable.

CINTA N.º 29

Hola, Sean.

Hoy me he despertado temprano y estoy más o menos bien. No he tenido que pulsar el botón de la morfina muchas veces y el dolor, milagro, es bastante llevadero. En realidad, me parece injusto. Habría preferido estar así de lúcida cuando Catherine y tú estuvisteis aquí ayer... ¿Fue ayer? Últimamente he perdido un poco la noción del tiempo.

Pero, bueno, como te decía, hoy estoy un poco más lúcida y creo que voy a poder grabar la maldita cinta. Debo admitir que al final me he cansado un poco de ellas. De las cintas y de todo lo demás.

Me estoy acercando al final. Las sombras acechan por todas partes. Ya te hablaré de ello si tengo tiempo y reúno la energía necesaria, dos cosas cada vez más escasas y preciosas, así que es mejor que me ponga manos a la obra y diga todo lo que quería decir.

Últimamente he soñado con el día en que te conocí. He soñado con Dreamland, la tierra de los sueños. Qué gracioso, ¿no?

¿Sabes que la gente siempre dice que cuando estás a punto de morir ves pasar la vida ante tus ojos? Pues a lo mejor es por eso. Quizá por eso sueño con el principio. Pero, en fin, sea por lo que sea, es un sueño maravilloso.

Yo estoy sentada junto al torno. Y me siento como me sentía entonces. Joven y un poco cachonda, supongo. Y también nerviosa. E insegura por... bueno, por todo. Ser

joven es un infierno. A medida que crecemos lo olvidamos, pero el sueño me ha recordado lo aterrador que parece todo cuando tienes dieciocho años. El sueño me parecía muy real.

En fin, yo estaba ahí, en Dreamland, y pensaba en Phil y en lo inútil que era, preguntándome si debía dejarlo, y si mi madre tendría algo en el congelador que no fueran patatas, y también esperaba que Dennis el Guarro no estuviera en casa bebiendo cerveza en calzoncillos cuando yo llegara. Mi vida me parecía insignificante, aburrida y predecible, con un futuro sin grandes esperanzas. Entonces de repente apareciste tú, con tus amigos y esa sonrisa cohibida, ese brillo en los ojos.

Y como es un sueño, puedo ver cosas en ese destello. De hecho, veo toda mi vida reflejada en ellos. Veo nuestros años en la universidad, el nacimiento de April, la excursión en barca por el Cam. Veo nuestras vacaciones en Grecia y el primer día de escuela de April y cuando estuve a punto de perderte, y cuando te recuperé. Y veo cosas que tampoco pueden verse en la vida real. Veo tus miedos y veo el amor. Sé que no tendrá ningún sentido para ti, porque no es más que un sueño. Pero veo todo el amor que tenías en tu interior, esperándome. Tiene un resplandor rosado, es suave y agradable, como una nube de malvavisco. Quizá lo vi ese día. Quizá fue así como lo supe.

He disfrutado de una vida maravillosa, Sean. Ha sido mucho mejor de lo que podría haber imaginado, sobre todo para una chica como yo.

Esta es la grabación de la foto veintinueve, y creo que hasta aquí llego. Tengo que grabar la de la primera, como una especie de carta de presentación, o cinta de presentación, supongo, para... exponerte mi idea, pero después ya pararé.

¿Sabías que estaba embarazada de veintinueve semanas cuando nos casamos? ¡Imagínatelo! Nuestra preciosa hija era una habita de veintinueve semanas que

vivía en mi vientre, aunque bueno, en realidad para entonces ya era un haba muy grande. También fue tiempo suficiente para que nosotros supiéramos que queríamos pasar el resto de nuestras vidas juntos, ¿no? Así que veintinueve semanas ya está bien. Están bien para un principio e imagino que están bien para un final.

Tengo que contarte una cosa más. De hecho, quizá sean dos, pero aún no he tomado una decisión con respecto a la segunda. A lo mejor me lo llevaré a la tumba.

La primera y más importante tiene que ver con el amor. Es increíble poder disfrutar de la vida con alguien que te ama, Sean. Y si alguien lo sabe bien, soy yo.

Mientras grababa las cintas he tenido tiempo para pensar, a veces durante días enteros, sobre Maggie y tú. He intentado llegar a una conclusión definitiva sobre si tuvisteis una aventura o no.

Algunos días me he convencido de que sí la tuvisteis. Y esa idea no solo me ha ayudado a sentirme un poco mejor por las veces en que yo me he apartado del camino de los rectos, sino que también me he alegrado por ti. A fin de cuentas, todos necesitamos un poco de diversión en nuestras vidas. Necesitamos un poco de emoción, de adrenalina. Contemplada desde cierta perspectiva, la idea de que una única persona puede proporcionarnos todo lo que necesitamos no tiene mucho sentido. Y si de algo me ha servido la situación en la que me encuentro es para poner las cosas en perspectiva.

Sin embargo, hay días, como hoy, en que estoy segura de que no hubo nada entre vosotros. Entonces pienso que no solo no ocurrió nada, sino que tú ni siquiera te diste cuenta de que ella está enamorada de ti. De hecho, a lo mejor tú también lo estás un poco, pero estoy casi segura de que nunca has llegado a pensar en la posibilidad.

Si estoy en lo cierto, si estoy en lo cierto hoy, porque cambio a menudo de opinión, y ambos sentís algo por el otro sin que hayáis hablado del tema, quiero que sepas que no estoy celosa. De verdad.

Tanto si te has acostado con ella como si no, Maggie es una mujer increíble. Por supuesto, será aún mejor si nunca se ha bajado las bragas para ti durante todos estos años, pero aun en caso contrario es generosa, divertida, valiente y bondadosa. Tiene más cualidades que cualquier otra persona que yo conozca, y al analizar mi vida, ha sido la mejor amiga que he tenido jamás. Bueno, aparte de ti, claro.

De modo que sí, pienso que a lo mejor los dos habéis estado enamorados el uno del otro en secreto. Y no creo que eso le reste valor a la relación que hemos tenido tú y yo. Podemos amar a varias personas, no es algo de lo que debamos avergonzarnos.

Si tengo razón, no la dejes escapar, Sean. Esto es lo que quería decirte.

Nada me haría más feliz que saber que tú eres feliz con alguien tan bueno y cariñoso como Maggie. Y, al mismo tiempo, nada me haría más feliz que saber que Maggie por fin ha encontrado a alguien tan maravilloso como tú. Bien sabe Dios que la pobre ha tenido que esperar mucho.

Y eso es todo. Yo ya he acabado, cielo. Tengo la sensación de que he vivido mi vida dos veces. Más que suficiente para cualquiera.

Si puedes, sigue adelante. Yo me he ido apagando en los últimos dos años y cuando escuches esto hará casi siete meses que ya no estoy.

Está a punto de llegarme el final, Sean, y quiero que sepas que no me arrepiento de nada. He tenido una vida maravillosa, cielo. Ha sido increíble gracias a ti.

Por suerte, aún te quedan muchos años por delante, algo muy valioso, mágico y milagroso. Así que no los desaproveches, ¿vale? Sigue adelante, ya sea con Maggie o con otra persona. Vive cada minuto como si fueran a agotarse. Porque un día, como me ha pasado a mí, descubrirás que no eran un bien infinito.

Si existe un más allá, te estaré esperando cuando

llegues; me encontrarás allí, te lo prometo. Y podrás contarme lo que ha ocurrido desde que me fui. Y más te vale que no digas «nada». Porque si no has aprovechado la vida, haré de tu estancia en el cielo un auténtico infierno. Créeme. Lo único que lamento es no poder seguir contigo para disfrutar de todo este tiempo.

CINTA N.º 29 B

Hola. ¡Soy yo otra vez!

Le he estado dando muchas vueltas a esto. Debo de haber cambiado de opinión veinte veces sobre si debía incluirla o no. Pero como ya sabes, nunca se me han dado muy bien las despedidas. Siempre me queda algo que decir antes de cerrar la puerta definitivamente. Y sin esta, la verdad, nuestra verdad, no habría llegado a estar completa.

Es sobre la foto de «nosotros» de niños, la veintitrés o veinticuatro, creo.

Debo admitir algo vergonzoso.

Esa fotografía, la que encontraste en casa de mi madre cuando murió, era la tuya.

Yo la había encontrado en las cajas cuando nos mudamos a Thoday Street. Como mi madre me había hablado de un niño del que me había enamorado durante unas vacaciones, y como, al igual que tú, quise creer que tú fuiste ese niño, cogí la foto para enseñársela a mi madre, y luego me olvidé de devolverla a casa.

Cuando murió mi madre, encontraste la fotografía (mi madre no había hecho una limpieza a fondo en los últimos años) y llegaste a la conclusión de que tenía la misma que tú. Te quedaste tan alucinado que no me atreví a contarte la verdad. Habíamos pasado una mala racha y yo solo quería volver a conquistarte. De modo que la fotografía me proporcionó la excusa que necesitábamos.

Sin embargo, la verdad es que mi madre no me ayudó en eso. Le mostré tu fotografía y le pregunté si la niña que

aparecía era yo, y me dijo que lo dudaba, que yo nunca había llevado peto. Siempre me ponía vestidos. Y es verdad. Recuerdo que siempre tenía las rodillas peladas.

Tenía tantas ganas de creer que era cierto, que le supliqué que mirara bien la foto, que examinara el entorno, los columpios, los retretes que había a la derecha. Le pregunté si recordaba ese camping y me dijo que no, que le parecía que no. De todas formas, en realidad apenas recordaba algo de aquella época. Ni siquiera el novio que tenía entonces.

De modo que lo siento. Lo siento una vez más. Siempre he querido creer, como tú, que era posible. Siempre he elegido creer que quizá éramos tú y yo, que quizá sí nos conocimos cuando yo tenía cinco años, que quizá sí habíamos estado enamorados toda la vida, desde el momento que se tomó esa fotografía. Pero las probabilidades de que fuera así, tal y como decía mi madre, era muy escasas. De todas formas, tampoco está nada mal que nos conociéramos a los dieciocho años, ¿verdad?

Ah, quiero contarte una historia más. Sí, ya lo sé, ya lo sé, tendría que parar, pero se me acaba de ocurrir y me parece una buena forma de poner fin a las cintas, si eso es posible.

¿Recuerdas cuando murió mi madre? ¿Recuerdas que después de la incineración fui a dar un paseo por el cementerio y me encontraste llorando?

Pues resulta que vi una lápida hecha a mano. De hecho, no era de piedra, sino de latón, cortada en forma de corazón, algo tosca, y pintada con esmalte negro. Y escrito a mano, había un poema.

No sé si es un poema conocido o si lo escribió la persona que hizo el corazón, pero me pareció conmovedor y nunca lo he olvidado.

Decía:

Perder a alguien a quien amas,

¿puede haber un dolor mayor?
La pena te ahoga como una marea
y en mil pedazos se rompe el corazón.
Cuántas veces no habré pensado en ti,
cuántas no habré llorado mi desconsuelo.
Si con mi amor pudiera haberte salvado,
la muerte no te habría envuelto en su velo.

Quería que oyeras estos versos, porque son un reflejo
fiel de mis sentimientos.

Mientras leía el poema, una mariposa se posó en el
corazón de latón y me hizo pensar en que a todo el mundo
le gustan las mariposas, pero ellas también mueren.

Si amar a alguien fuera motivo suficiente para seguir
adelante, aún me tendrías a tu lado. Y si el amor bastara
para salvarle la vida a alguien, el tuyo lo habría hecho en
mi caso. Porque nadie me dio tanto amor, ni con tanta
generosidad, como tú.

Te quiero mucho. Y me has querido mucho. Pero eso
no basta para cambiar el destino. Ni para luchar contra el
cáncer. Así que adiós, cielo. Y cuida de April por mí. Tú
eres dueño de la mitad de mi corazón, y ella posee la otra
mitad.

EPÍLOGO

Es cinco de enero y Sean lleva tres semanas de vacaciones. Al final ha sabido sacar partido a los días acumulados durante el año.

Fuera están a bajo cero, pero la nieve, protagonista anunciada del período navideño en todas las previsiones meteorológicas, no ha llegado. Lo cual no deja de ser una suerte. Con la excepción del día de Navidad, que pasó con April en Londres, Sean ha hecho un esfuerzo titánico para ignorar estos días festivos. Y gracias a los preparativos de la mudanza, ha logrado su propósito.

Sin embargo, mientras limpia el desván, ha encontrado la segunda caja de fotos, la que mencionaba Catherine, y no sabe si sellarla con cinta adhesiva y llevársela, sin abrir, al piso nuevo, o abrirla e investigar el contenido.

Se prepara una taza de té y toma un sorbo mientras lo decide. Entonces, se da cuenta de que si no averigua el contenido, es probable que acabe convirtiéndose en una obsesión, de modo que retira la tapa y la vacía en la mesa de la cocina.

Lo primero que ve es una carta. Contiene los resultados de las pruebas de ADN que Catherine mencionaba en sus cintas. Es el informe que confirma su paternidad.

Dobla las hojas con cuidado, las acaricia y las deja a un lado. Luego empieza a pasar las fotos, y ahí está April recién nacida, con cara de sorpresa, luego avanzan en el tiempo y aparece Catherine en la piscina de Valencia, y luego de nuevo April, apoyada con gesto orgulloso, en el techo de su primer coche: el pequeño Opel Corsa verde.

Entre las fotografías hay un álbum amarillento y más antiguo que contiene fotografías de Catherine de bebé, luego Catherine de niña y finalmente en la escuela.

A Sean se le empañan los ojos y decide dejar las fotos a un lado. Está seguro de que le encantarán a April, que podría dar a luz en cualquier momento. Guarda las instantáneas en la caja y la sella con cinta adhesiva.

Aunque nunca tiene muchas novedades que contarle, Sean llama a April habitualmente.

—¿Qué tal estás? —le pregunta.

—Aquí, sentada, gorda como un tonel —responde ella siempre—. Estoy harta del embarazo.



El fin de semana antes del traslado, Sean va a ver a su madre a Wiltshire.

El médico de la residencia le ha administrado una nueva medicación, pero aunque Perry afirma que tiene más días buenos que antes, Sean no ha visto pruebas de ello.

Cuando llega a Los Cedros, la encuentra con la mirada perdida en el horizonte y moviendo las mandíbulas, como siempre.

Sean la besa en la mejilla y abraza su cuerpo frágil y rígido. Le pregunta si sabe quién es.

—Claro que sé quién eres —responde la anciana escuetamente.

Sin embargo, no aporta ninguna información más que confirme sus palabras.

Sean lanza un suspiro y mueve una silla para sentarse a su lado.

—Te he traído unas fotografías —le dice, sacando un sobre marrón de su bolsa—. Las he encontrado en el desván.

Empieza con imágenes de su propia infancia. Perry y él vestidos con el uniforme escolar. Otra de su padre pescando, una foto de la casa en la que crecieron... Pero es una fotografía de Cynthia, con traje de fiesta, joven y guapa, la que provoca la primera reacción. Ella estira las manos temblorosas como si quisiera acariciar la tela.

—Qué vestido tan bonito —dice.

Sean le sigue mostrando imágenes, pero a Cynthia solo le interesa la del vestido de noche, al menos hasta que ve una de él, de cuando tenía unos cinco años, sentado en sus rodillas.

—Se cayó en el estanque —dice Cynthia y sus palabras hacen que Sean se detenga.

La mira y le sonrío.

—¿Quién? ¿Quién se cayó en el estanque?

—¿Eh? —dice Cynthia.

—Que quién se cayó en el estanque —repite Sean.

—Pues Perry, ¿quién va a ser? —replica su madre.

—¿Cuándo se cayó Perry en un estanque, mamá?

—El día que Edward tomó la foto —dice la anciana, señalando la instantánea con la cabeza—. ¿No te acuerdas?

Sean mira fijamente la foto e intenta recordar el incidente, pero aunque le viene a la cabeza una vaga sensación de pánico, una sensación de apremio que acecha los bordes de la imagen, es incapaz de recordar los detalles.

—No, no lo recuerdo —admite él al final.

—Después de esta —dice su madre, tocando la fotografía con el dedo—. Tu padre quería hacerse una con vosotros dos. Y entonces se dio cuenta de que tu hermano había desaparecido.

—Vale —dice Sean, entrecerrando los ojos. Quizá sí recuerda algo. Quizá recuerda la brusquedad con la que lo apartó su padre; quizá recuerda que su madre salió corriendo y atravesó la puerta ventana para rescatar a su hermano del estanque. ¿O acaso esas imágenes son producto de su imaginación, para que encajen con la historia que le ha contado su madre? Resulta difícil saberlo. La memoria humana es un misterio.

—¿Y esta foto? —pregunta, mostrándole una imagen en blanco y negro—. ¿Recuerdas esta, mamá?

Le muestra la instantánea y examina el rostro de su madre, esperando una señal de reconocimiento.

—Los inseparables —dice—. Así es como llaman los franceses a los periquitos. *Les inséparables*.

Sean abre los ojos de par en par.

—Vaya —dice—. Hoy estás en racha. Y esta chica, ¿recuerdas cómo se llama? —Señala a la niña de la foto que se oculta tras su melena.

Desea que los labios de su madre se muevan. Desea que digan «Catherine».

Cynthia mueve la boca mientras piensa. Entonces se le ensombrece el rostro y se le empañan los ojos.

—No —dice con un hilo de voz—, no la recuerdo. Se me ha ido.

Sea le frota la espalda en un gesto de cariño.

—No pasa nada, mamá. Hoy lo has hecho muy bien. Y esto pasó hace años. Hace muchos, muchos años.

—¿Ah, sí? —dice Cynthia, que parece confundida y frustrada—. Es que mis recuerdos son muy turbios. Todo es turbio y confuso. Y... no me gusta.

Sean se levanta para buscar los pañuelos y ofrecerle uno.

—Es normal. No te preocupes.

—... qué frío —dice Cynthia mientras se seca los ojos con el pañuelo.

—¿Tienes frío? —pregunta Sean. Mira el radiador y comprueba que está al máximo. Nota el calor que desprende desde donde está.

—No, en Cornwallles —puntualiza Cynthia, molesta—. Creo que era en verano, pero hacía un frío de mil demonios.

—Vaya, entonces sí que lo recuerdas —dice Sean—. Es increíble.

—Esos estúpidos vestidos —dice Cynthia—. Esos estúpidos vestidos de verano. La pobre siempre estaba helada.

—¿Te refieres a la niña? ¿A mi amiga?

Cynthia asiente.

—También habían ido de camping, pero con mantas. Ni siquiera tenían sacos de dormir. Nosotros teníamos un bungalow, claro, pero ellos estaban en una tienda. La pequeña se pasaba el día con nosotros. Le prestamos ropa y le dimos de comer. No me sorprende que no quisiera irse a casa.

Sean se tapa la boca con una mano y se acerca la fotografía con la otra.

—Muéstrame otra. Esa ya la hemos visto —dice Cynthia.

—De acuerdo —dice Sean—. Pero es que... Ese peto que lleva en la foto. ¿Eran míos?

—Claro que eran tuyos —replica la anciana—. ¿De quién iban a ser? Le quedaban enormes. Tuvimos que hacerle el dobladillo y aun así tropezaba cada dos por tres.

Sean se muerde el labio inferior y saca otra fotografía del sobre con mano temblorosa.

—¿Es ella, mamá? —pregunta, mostrándole una imagen distinta de cuando Catherine tenía cinco años—. ¿Es esta la niña?

Cynthia arruga la frente al verla.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —le pregunta.

—Por favor, mamá —le suplica él—. Es solo un momento. Hazlo por mí. Es importante.

Cynthia frunce el ceño, como si su hijo se hubiera vuelto loco, y observa de nuevo la instantánea.

—No lo sé —dice con su tono petulante—. Quizá sí, o quizá no. ¿Por qué me preguntas todas estas cosas?

Sean lanza un suspiro y guarda la fotografía. Se pasa la mano por la cara.

—Vale —dice desanimado—. Vale, no importa.

—Menuda pelandusca. Una mujer horrible. Se pasaba el día borracha.

Sean enarca las cejas.

—¿Quién? —pregunta, recuperando la esperanza—. ¿La madre de la niña?

Cynthia asiente.

—Era una mujer muy vulgar. Se pasaba el día bebiendo cerveza y eructando. Siempre os daba dinero para comprar patatas fritas, pero nosotros no queríamos que comierais eso, sino comida de verdad.

—¿Patatas fritas? —repite Sean, esbozando una sonrisa.

—Sí, patatas. Cerca del camping había un local de *fish and chips*. Pero esa familia se alimentaba solo a base de patatas. A tu padre no le hacía ninguna gracia.

—Pero ¿la niña y yo comíamos muchas patatas?

—Sí, ya lo creo. Ella era simpática, supongo, pero la madre, Winnie o Wendy se llamaba, creo. Sí, eso es. Wendy. Tu padre la llamaba Wendy Flatulenta. Era una mujer muy vulgar y despreciable, se pasaba el día bebiendo, soltando palabrotas y comiendo patatas fritas. ¡Imagínate lo que ha de ser para un niño criarse con una madre como ella! Sabe Dios lo que habrá sido de esa cría. Pobrecilla.



Sean a duras penas logra llegar al coche antes de derramar las primeras lágrimas, antes de derrumbarse sobre el volante y llorar desconsoladamente.

Llora, en primer lugar, por su madre, que recuerda un local de *fish and chips* de hace cuarenta y cinco años, pero no sabe por qué vive en una residencia. Llora por Catherine, que ya no está, a la que sabe que ha amado desde que tenía siete años. Y, en último lugar, derrama las lágrimas más amargas y dolorosas porque ya es demasiado tarde para decírselo, porque su mujer no llegará a conocer el milagro más grande de la vida que han compartido juntos.

Sean se da cuenta de que lo ha sabido desde siempre. No por los motivos que él creía, pero sí, lo sabía desde siempre. Ahora entiende que el hecho de encontrar la fotografía en la casa de la madre de Catherine no fue lo

que dio pie al pensamiento. Simplemente fue un eslabón más de la cadena. Porque en el fondo, sí, lo sabía. Siempre había sabido que estaban hechos el uno para el otro, que estaban predestinados a acabar juntos y que el encuentro en Dreamland se había producido por algo más que el mero azar.

Cuando las lágrimas se han secado, se reclina en el asiento, todavía aturdido, y mira fijamente el parabrisas empañado.

El misterio final de su vida con Catherine ha quedado resuelto y quizá ahora sí que puede decir con todas las de la ley que la conocía. Se apodera de él una abrumadora sensación de gratitud por ese privilegio tan sencillo y, al mismo tiempo, tan majestuoso. Tenía razón cuando le dijo a Catherine que uno no llegaba a conocer a otra persona por completo, en el fondo no. Ella lo oyó y se guardó ese regalo, ese «conocerlo», hasta el final. Y es un gran regalo, quizá el mayor de todos.

Se está secando los ojos con un trapo que tiene en el coche, cuando oye el zumbido de su móvil, que está en un compartimento de la puerta.

Intenta recuperar la compostura mientras mira la pantalla por primera vez en todo el día.

Llamadas perdidas: 8

Llamada entrante: Ronan



Cuando llega al hospital, la primera persona a la que ve es Maggie.

Está fuera, al sol, a pesar del frío, tomando un café de una taza de plástico.

—¡Sean! —exclama—. Dios, por fin te han localizado.

—Sí. Tenía el maldito teléfono en silencio. ¿Cómo has logrado llegar antes que yo?

Maggie se encoge de hombros.

—No tenía el teléfono silenciado. Venga, sube a conocer a tu nieto. Es precioso. Yo iré dentro de un rato.

—¿Ya está? ¿Ya se ha acabado el parto?

—Sí, ya ha acabado todo. Por cierto, tiene buenos pulmones, ya verás. ¡Venga, ve!

Sean mira hacia la puerta antes de volverse hacia Maggie.

—¿Dónde está?

—Tercera planta. Sigue el pasillo largo, dobla a la derecha cuando pase de verde a azul, y luego busca la habitación veintinueve. Si subes las escaleras que hay en el rincón, no tendrás que pasar por recepción. La tipa esa no destaca precisamente por su diligencia...

Sean atraviesa el vestíbulo, abre la puerta y sube corriendo las escaleras. Cuando llega a la habitación de su hija, el corazón le late desbocado.

—¡Papá! —exclama April al verlo irrumpir por la puerta—. ¡Por fin has llegado!

Ronan está tumbado en la cama junto a April, que tiene en brazos, envuelto en una manta blanca, a su hijo recién nacido.

Sean se queda inmóvil en el umbral y observa la escena, asombrado. Los recuerdos de Catherine en una cama de hospital muy parecida inundan su cabeza.

—Venga, acércate. Ven a conocer a Jake —le dice April.

—Siento habérmelo perdido —se disculpa Sean—. He ido a ver a tu abuela a Wiltshire.

—Lo sé. Me lo ha dicho Ronan. No pasa nada. Lo importante es que ya estás aquí.

—Te he llamado varias veces, pero no respondías —dice Ronan.

—Lo siento. Tenía el teléfono en silencio. —Entonces se vuelve hacia April—. ¿Has dicho Jake? Creía que iba a llamarse Jack.

—Ah, ya sé que no te entusiasma. Y si tanto te disgusta lo cambiaremos. Pero Jake nos gusta, ¿verdad? —Mira a Ronan, que asiente, se encoge de hombros y sonrío al mismo tiempo.

Sean se agacha junto a la cama y acaricia la orejita de su nieto.

—Jake me parece bien —dice en voz baja—. Me acostumbraré. De hecho, ya me he acostumbrado.

El recién nacido escupe un hilo de baba y lanza una mezcla de gemido y sonrisa mientras intenta agarrarle el dedo a Sean, pero April lo aparta.

—Lo siento, papá, ¿te importaría lavarte las manos? Porque este bebé se lo mete todo en la boca.

—Claro —dice Sean—. Claro. No quiero contagiarle nada.

Cuando Sean sale del baño, Maggie ya ha vuelto.

—Es guapísimo, ¿verdad? —le pregunta.

—Sí —admite él—. Y es igualito a su madre de bebé.

—Espero que no tuviera tantas manchas como él.

—Sí que las tenías —le dice Sean—. Pero, tranquila, se van enseguida.

—Menos mal. ¿De verdad se parece a mí? ¿O solo lo decís porque os sentís obligados?

—No, de verdad —insiste Sean—. Tenías la misma expresión de sorpresa constante.

Entonces mira al bebé y luego a April. Padre e hija se miran fijamente. April lanza un suspiro y se muerde el labio inferior. A Sean se le empañan los ojos y sabe que ambos han tenido el mismo pensamiento, sabe que ambos echan de menos a la misma persona. Están los dos juntos, observando el vacío que ha dejado la ausencia de Catherine. Sean se seca los ojos y logra esbozar una sonrisa forzada y guiñarle un ojo a su hija.

—¿Ya lo has cogido en brazos? —pregunta Maggie, rompiendo la tensión.

Sean carraspea.

—No —dice—, aún no.

Al cabo de menos de diez minutos aparece una enfermera para echarlos de la habitación.

—Las reglas son las reglas. Ni siquiera sé cómo han entrado. Pueden volver en las horas de visita, pero ahora mismo deben irse.

Cuando salen al pasillo, Sean se detiene porque no sabe qué hacer durante esas tres horas.

—¿Un café? —le propone Maggie—. Hay un Costa aquí delante. Y a mí no me vendría nada mal comer algo, si no, me desmayaré.

—Claro —asiente Sean—. Buena idea.

En cuanto se sientan, Maggie le da un mordisco a su sándwich y lanza un gemido de placer.

—¿Qué se siente, abuelo?

Sean lanza un resoplido.

—Abuelo —repite—. Me siento de fábula. Pero también un poco triste. Es una sensación un poco agridulce.

—Es normal que te sientas así por no poder compartirlo con Catherine —dice Maggie con tono comprensivo.

Sean asiente y parpadea lentamente.

—Sí —dice Maggie—. Debe de ser duro. Muy duro.

—Pero ellos están bien —añade Sean, forzando un tono alegre—. Y eso es lo que cuenta. April, Ronan y Jake. Ahora ya forman su pequeña familia.

Niega con la cabeza, como si aún no pudiera creer que sea cierto.

—April ha dicho que no te entusiasmaba Jake. Como nombre, quiero decir.

Sean lanza un suspiro y mira a Maggie a los ojos. Se pregunta si conoce el motivo, pero su mirada le parece inocente. Inocente, ingenua, cálida...

—¿Ya has acabado de escuchar las cintas? —pregunta Maggie, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Sí, ya he terminado.

—¿Alguna revelación más?

Sean suelta una carcajada.

—Sí —dice—. Sí, más de una.

Maggie asiente. Espera un momento a que Sean continúe, pero entonces se da cuenta de que no va a hacerlo.

—Bueno —dice, no muy convencida—, está bien. Que las hayas acabado, quiero decir.

—¿Sabes...?

—¿Sí?

—No, nada —dice, arrugando la nariz—. Es algo sin importancia que dijo Catherine.

—Ahora tienes que decírmelo.

Sean niega con la cabeza.

—¡De verdad! —asegura—. Es mejor que no te lo diga.

Maggie chasquea la lengua, molesta, y pone los ojos en blanco.

—Siempre te ha gustado ir provocando.

—¿Provocando?

—Sí, provocando. Sabes que no soporto que la gente empiece a contar algo y luego cambie de opinión. Ahora me pasaré varias semanas dándole vueltas al tema.

—¿En serio?

—En serio.

—Bueno, pues tú lo has pedido. Una de las revelaciones te afecta a ti.

—¿A mí? Ah, ¿te refieres a la supuesta aventura que tuvimos tú y yo? Ya me lo contaste.

—No, con el tiempo Catherine cambió de opinión. Llegó a la conclusión de que no había habido nada entre nosotros. Al menos al final.

—Ah. Pues es un alivio. No soportaba la idea de que... Bueno, ya sabes... De que se hubiera ido convencida de que la habíamos engañado.

—Pero sí creía que tú podías estar enamorada de mí —dice Sean, que le

suelta la noticia bruscamente antes de que pueda cambiar de opinión.

Maggie frunce el ceño y abre la boca para responder, pero la cierra de nuevo y dirige la mirada a la puerta del café. Al final, vuelve la vista hacia Sean y le dice con total naturalidad:

—Bueno, supongo que tiene sentido si creía que tú y yo habíamos tenido una aventura.

—Sí, pero como ya te he dicho, al final cambió de opinión. Estaba convencida de que lo nuestro era un amor platónico. Algo de lo que nunca nos habíamos atrevido a hablar. Ni siquiera a pensar en ello.

—¿De verdad? —dice Maggie, que se sonroja y clava los ojos en su taza mientras juega con la cucharilla—. No sé qué decir.

—No es necesario que digas nada —responde él fingiendo desinterés—. O sea, no hay nada que decir, ¿no? Sobre todo si no es cierto. Sobre todo si Catherine estaba equivocada.

—Claro —concede Maggie.

Dirige la mirada de nuevo hacia la puerta, donde una chica intenta maniobrar con una sillita de paseo de bebé para entrar en el local. Maggie se levanta de un salto para ayudarla.

—¡Pues bueno! —exclama ella cuando vuelve.

—Pues bueno —repite Sean.

Maggie lo mira tímidamente.

—¿Se equivocaba Catherine?

—¿Hm? Ah, pues claro.

—Vale, vale.

—La morfina —dice Maggie, con un gesto de asentimiento—. Eso es lo que hay en esas cintas, Sean. Ya te lo dije. Morfina.

—De acuerdo —concede Sean, aunque pone mala cara—. De hecho, no... por favor. No me gusta... que las reduzcas solo a eso.

—Tienes razón. Lo siento.

—En las cintas hablaba de muchas cosas y puede ser que en algunas... se equivocara, no lo niego. Pero también decía muchas verdades. Ha sido una experiencia increíble.

—Me lo imagino. No quería insinuar nada.

Sean niega con la cabeza, triste, y lanza un suspiro.

—No quería disgustarte, Sean. Es que, bueno, digamos que me has pillado desprevenida, solo es eso.

—No pasa nada, de verdad. Y no eres tú. Pero es que al final me ha

quedado un pesar... Hubo muchas cosas que nunca nos dijimos. Muchas oportunidades que dejamos pasar. Y cuando Catherine decidió hablar del tema, ya era demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Demasiado tarde para que dijéramos lo que queríamos decir, supongo.

Maggie asiente. Estira el brazo y le acaricia la muñeca a Sean.

—Bueno, es un sentimiento muy humano, ¿no? —pregunta ella—. Todos tenemos muchas cosas que deberíamos o podríamos haber dicho. Siempre pensamos en lo que podría haber pasado si... Porque la vida está llena de posibilidades. Hay muchos caminos, pero al final solo podemos elegir uno.

De repente Maggie se siente cohibida y aparta la mano.

—Solo lo he hecho para consolarte, por cierto —dice en un tono muy formal—. No es porque esté enamorada de ti ni nada por el estilo. Que quede claro.

—Que quede claro —repite Sean, con una sonrisa.

A partir de ese momento la conversación pasa a ser algo incómoda, por lo que apuran las bebidas y se ponen los abrigos.

Fuera, en la calle, se dan un abrazo de circunstancias y cada uno toma una dirección distinta. Maggie se dirige a la estación de tren y Sean hacia el hospital. Ha decidido sacar el coche del aparcamiento tan caro del hospital y encontrar una habitación en un hotel cercano. De pronto se siente agotado. Ha vivido demasiadas emociones en un solo día y lo único que quiere es una cama para desplomarse en ella.

Cuando llega al coche, busca las llaves en el bolsillo, pero encuentra el cuarzo rosa que le dio April. Lo acaricia con cariño, lo suelta y saca las llaves del otro bolsillo. De pronto oye el repiqueteo de unos tacones a sus espaldas. Se detiene y se vuelve.

—¡Sean!

—Maggie —dice Sean, con una sonrisa torcida—. Lo siento, ¿querías que te llevara a algún lado o...?

—No —responde Maggie, que se inclina hacia adelante, apoya las manos en las rodillas y jadea—. ¡Madre mía, que desentrenada estoy! —dice sin resuello—. No, quería preguntarte una cosa.

—¿Ah, sí?

—Sí, sobre lo que has comentado en el café —dice Maggie, poniéndose

derecha.

—¿Sí...?

—¿Había algún motivo?

—¿Cómo dices? ¿Si había algún motivo para qué?

—Venga, no te hagas el tonto, Sean. ¿Me has contado todo eso por algún motivo? De todas las cosas de las que hablaba Catherine en las cintas, has elegido contarme precisamente esa. ¿Por qué?

—Ah, bueno. Lo siento. Supongo que lo he hecho porque te concernía.

—¿Me concernía? —repite Maggie.

—Bueno, sí. Trataba sobre ti.

—Ah, de acuerdo. Entonces la siguiente pregunta debería ser: ¿te concernía a ti también?

—Creo que no te sigo.

—Bah, dejémoslo. Esto no tiene sentido —masculla Maggie.

Se da media vuelta para irse, pero Sean la llama.

—¡Maggie! Espera. —Cuando ella se vuelve, él se encoge de hombros y levanta las manos abiertas—. ¿A qué viene todo esto? No lo entiendo.

Maggie se ríe.

—Yo tampoco —replica ella—. Quizá no sea más que otra de esas oportunidades perdidas de las que hablábamos.

—¿Oportunidades perdidas? —repite Sean.

—Quizá. Mira... Dios, qué difícil es esto... Pero qué diablos... Supongo que la cuestión es: ¿qué cambiaría, Sean?

—¿Qué cambiaría el qué?

—¿Qué cambiaría si te dijera «sí» en lugar de «no»?

El gesto de Sean es una mezcla de confusión y bochorno.

—¿Por qué? ¿Crees que cabía esa posibilidad?

—Responde a la pregunta y no escurras el bulto, Sean —le espeta Maggie, molesta—. ¿Qué habría cambiado de haber sido así?

—¿Te refieres a... a si hubieras dicho que estabas un poco...?

—Sí —lo interrumpe Maggie—. No me lo pongas más difícil de lo que ya es, por favor. ¿Qué cambiaría si, solo hipotéticamente, yo hubiera admitido... no sé... que... quizá... me gustabas más de lo que habría sido conveniente?

—¿Más de lo conveniente? —repite Sean.

—Sí.

—Pero solo hipotéticamente, ¿verdad? —dice Sean entre risas.

—Sí, tal cual. Y no te rías de mí. Esto no es fácil.

—No —admite Sean, que hace un esfuerzo para poner un gesto serio—. No, no me estoy riendo. Hm. Bueno, si nos ceñimos al ámbito de las hipótesis, supongo... —Alza la mirada al cielo, buscando desesperadamente una fuente de inspiración, un atisbo de lucidez—. Mira, no estoy preparado. No estoy preparado para nada.

—Eso es evidente.

—Pero más adelante, a lo mejor... Dentro de un tiempo... Si fuera verdad, quiero decir, si te gustara más de lo conveniente, quizá eso cambiaría las cosas.

—Vale.

—Eso podría cambiar muchas cosas, supongo.

Maggie entorna los ojos.

—¿Para bien o para mal?

Sean se encoge de hombros.

—Para bien, creo. O sea, como te he dicho, en estos momentos no estoy preparado para nada. Pero en el futuro, y esto es solo una hipótesis... Quién sabe. Sí, las cosas podrían cambiar. Podrían cambiar para bien, desde luego.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Fay Weldon por animarme cuando más lo necesitaba. Gracias a James por contarme la anécdota que me sirvió de inspiración para escribir esta novela. Gracias a Allan y a Sue por sus correcciones, y a Rosemary y a Lolo por ser las personas más importantes de mi mundo. Gracias a Karen, Jenny, Tina, Diana, Annie y a toda la gente que ha compartido conmigo su opinión sobre esta novela. Sin vosotros no habría visto la luz. Gracias a Apple por fabricar herramientas de trabajo fiables y a Amazon por permitir que los escritores podamos volver a ganarnos la vida con nuestras novelas.